

Juárez!

TOMO

SEGUNDO.

Undécima

Leyenda

Histórica

Segunda

de la

3a. Serie



ESCRITA POR
IRENEO PAZ.





Pa

¡JUAREZ!



Undécima Leyenda Histórica.

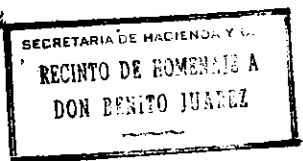
TOMO II.



MÉXICO.

IMPRESA, LIT. Y ENCUADERNACIÓN DE I. PAZ.
2a. calle del Relox número 4.

1904



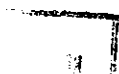
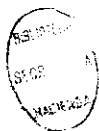
979.0511

P3J

v. 2

817

PROPIEDAD ASEGURADA.



1000000

1000000



SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO XLII:

Contrastes.

MUERAN los frailes!
—¡Ahorquen á los Obispos!
—¡Fuera los mochos!
—¡Viva la libertad!
—¡Viva la Constitución!
—¡Viva Juárez!

Eran los gritos principales, fuera de otros mucho más expresivos que estaba lanzando en Veracruz el día 27 de Enero de 1861 una multitud desenfrenada en que se contaban por lo menos unas ocho mil personas de todas condiciones, edades y sexos.

El gobierno de don Benito Juarez, establecido ya en

México, había ordenado que salieran del país algunos diplomáticos extranjeros que no habían tenido una conducta correcta durante la guerra entre los constitucionalistas y los clericales, y juntos con los diplomáticos salían también para el extranjero, sentenciados á un destierro indefinido, el Arzobispo de México y unos cinco Obispos más de los Estados, quizás los menos culpables ó los más inofensivos entre tantos como habían hecho malés sin cuento á la Nación.

La multitud se dirigía al muelle en los momentos en que iba á hacerse el embarque, y uno cualquiera que quiso hacer de caudillo en la asonada, gritó con todos sus pulmones:

—¡No se embarcarán esas gentes, estamos resueltos á no dejarlas embarcar!

Llegó el Presidente del Ayuntamiento y dijo á ese individuo:

—Vamos á comprometer al gobierno si cometemos el menor ultraje á esos extranjeros: son los representantes de España y las demás naciones.

—Bueno, que los ministros extranjeros se vayan, eso no nos importa, dijo otro de los amotinados, pero no dejaremos que los obispos vayan á pasearse con el dinero que se han robado.

—No los dejaremos que se vayan sin castigo, dijo otro.

—¿Acaso no fueron ellos, preguntó un tercero que blandió un fusil, los que nos obligaron á tomar las armas y á despedazarnos hermanos contra hermanos? ¿No fueron ellos los que atizaron la discordia y la guerra civil?

—¡Pues que los ahorquen! gritó la multitud.

Todos los que la formaban se habían agolpado en el

muelle y en las calles adyacentes, lo mismo que en la plaza de la Aduana, por donde era imposible que pudieran abrirse paso los personajes desterrados, quienes se habían refugiado llenos de susto donde habían podido de pronto, dejando que las autoridades se las compusieran como pudieran.

El Arzobispo de la Garza y Ballesteros y los Obispos Madrid, Munguía, Espinosa y Barajas, se refugiaron en una casa de comercio; el delegado apóstólico, que también iba en la bola, más práctico en las cosas de la política, se metió al consulado francés, el secretario fué á dar á una alcoba en la casa que ocupaba el embajador Pacheco, y á los demás de la comitiva se los tragó la tierra, porque nadie supo por dónde desaparecieron de la escena.

Entre tanto el pueblo seguía amotinado.

En la puerta de la aduana había un grupo de personas decentes que estaban haciendo comentarios sobre los sucesos.

—Esto es horrible, dijo uno, ¿qué van á pensar de nosotros los extranjeros, y sobre todo esos ministros que ya van muy mal prevenidos contra el país y contra el gobierno?

—Y luego formar un motín contra esos míseros ancianos que no pueden defenderse, dijo uno que parecía de buen criterio.

—¿Cuáles son esos míseros ancianos? preguntó otro haciendo una mueca.

—Los obispos.

—Esos míseros ancianos son los que dieron el dinero para que se sostuviera la guerra fratricida; esos míseros ancianos son los que han dicho misas de gracias por los asesinatos que han cometido los generales de la reac-

ción; esos míseros ancianos son los que han conspirado y siguen conspirando aún contra nuestra nacionalidad, dijo un exaltado.

—Pero ahora ya les impuso el gobierno un castigo, y todos debemos acatar lo que hizo el gobierno.

—Precisamente lo que hace el pueblo es protestar contra esa arbitrariedad del gobierno, quien debió someter á los criminales á sus jueces para que los sentenciaran conforme á sus obras y con arreglo á las leyes. El gobierno se está mostrando á la vez débil y arbitrario. Débil, porque no aplica la ley cumpliendo sus deberes de Ejecutivo. Arbitrario, porque conforme á la Constitución nadie puede ser condenado á sufrir ninguna pena que no sea impuesta por el tribunal competente.

—Pero la Constitución no está en vigor.

—Precisamente su vigor es lo que han estado defendiendo Juárez, sus ministros y los generales que han mandado el ejército liberal.

La conversación, como se supone, dado el estado de los ánimos, fué subiendo de tono, sosteniendo unos que el partido liberal era generoso por naturaleza, y que así como había perdonado González Ortega á los prisioneros después de las hecatombes de Tacubaya y de Tepic, así Juárez debía mostrarse humano para engrandecer la causa del pueblo mexicano ante las naciones extranjeras.

Los exaltados decían que no, que Juárez no tenía derecho de interpretar las leyes á su gusto como lo había tenido González Ortega para prodigar el perdón por sí y ante sí, pues que si se quería establecer un gobierno fuerte, era de todo punto indispensable que los decretos que se habían expedido para moralizar la revolución no se quedaran escritos. Que el Congreso ó los jueces en ese

caso absolvieran si podían y querían; pero que era un mal grave que un gobierno estableciera su dominio en bases tan frágiles, comenzando desde sus primeros actos á ser arbitrario é ilegal.

El resultado del alboroto fué que se dejara embarcar tranquilamente á los ministros extranjeros, y que á los obispos se les condujera á San Juan de Ulúa por tres días, para que pasados estos se pudieran ir al extranjero á seguir conspirando contra la República.

Una escena semejante se verificó en Jalapa con el ex-ministro de Miramón don Isidro Díaz, respecto de quien se tenía la idea de que era uno de los que más había influido en la política conservadora que había devastado al país y hecho correr arroyos de sangre con la guerra fratricida. Marchaba al destierro, pero el ministro inglés quiso que respondiera de la responsabilidad que pudiera haberle en la extracción de los fondos de la legación inglesa, y el gobierno mandó que regresara. Entonces se le condujo á un cuartel en Jalapa, y el pueblo se amotinó reclamando que entrara como cualquiera otro criminal á la cárcel pública.

Se acató esa reclamación del pueblo por las autoridades.

¡Oh! aquel pueblo, el pueblo de la revolución de Ayutla y de la guerra de tres años, era un verdadero pueblo, viril, patriota, ímpetuoso, altivo y valiente.

A la vez que estos sucesos conmovían con más ó menos intensidad á los habitantes de las poblaciones de Oriente, en las de Occidente se entraba de lleno á la vida

pacífica, como si de veras ya hubiera tendido sobre ellas el ángel de la paz sus magestuosas alas.

Era domingo, y á las seis en punto de la mañana se echaron á vuelo las campanas de la iglesia de Santa Ana Acatlán. Las naves estaban encortinadas, en el altar principal, ornado de festones y rosas blancas, ardian veinte cirios, el piso estaba todo cubierto de trébol y el cura se habla vestido sus mejores ornamentos. Los cuatro monaguillos corrían de aquí para allá luciendo sus trajes nuevos, y la gente empezó á entrar y á acomodarse, según la costumbre, las mujeres á la derecha y los hombres á la izquierda.

En la puerta de la iglesia, es decir, en el atrio, había varios grupos de personas entre las cuales, con la clara luz de la mañana, podía conocerse al licenciado Quiñones, al boticario, al barbero, al doctor y á todas las demás personas principales.

Estaban conversando respecto de la ceremonia que iba á verificarse en el templo, cuando llegó á incorporarse Patricio Quiñones, el hermano del abogado, que había llegado la noche anterior de Guadalajara.

—¿Con que se casa Refugio Espinosa? preguntó con la curiosidad propia de quien apenas había tenido tiempo de tomar ligeros informes, é interesado en las cosas del pueblo.

—Sí, se casan al fin ella y Adrián, después de tantas adversidades que tuvieron que sufrir.

—Yo no sé nada. Como mis negocios me llevaron á México y estuve tanto tiempo ausente. .

—Pues verás, le dijo su hermano, Adrián hizo toda la campaña portándose siempre como un héroe y llegó á comandante de guerrilleros. Ogazón, Juárez, Zaragoza, to-

dos le propusieron que ingresara al ejército y que obtendría fácilmente un coronelato; pero él se resistió manifestando que no quería seguir la milicia, que era un hombre armado de ocasión y que quería á todo trance conservar su independencia.

—¡Qué extraño! cuando tantos hay que se descuartizan por llegar á coroneles, que es el mejor puesto que se puede apetecer en las fuerzas, ya sean del gobierno ó de los pronunciados, según dicen.

—Pero Adrián tiene sus ideas. Además, murió su tío Cleofas.

—¿Murió don Cleofas?

—Sí, murió el pobre cuando se vino corriendo Miramón y hubo tiroteos en las calles.

—¿Pero murió en la guerra?

—Por curioso: se estaba asomando á una ventana y le pegaron un tiro en la cabeza. Por fortuna había hecho testamento, dejando la tienda y el rancho á su sobrino Adrián, como su único pariente allegado, á quien siempre quiso como hijo.

—Me alegro por Adrián, quien además ha de haber venido fondeado de la revolución.

—Cogió grandes botines; pero todo lo repartió, según dice, á los que lo acompañaban. El sólo trajo tres buenos caballos, algunas armas, cuatro ó cinco joyas de alto precio y un cinturón con cuatrocientas onzas de oro.

—Es poco. Rojas y Rochín no dan por cien mil pesos lo que cada uno tiene ¿Y Pedro su rival?

—Murió en un fortín en Guadalupe.

—Era un valiente muchacho.

—Sí. Según cuentan, era el jefe de un destacamento en una de las trincheras inmediatas á Santo Domingo, por

donde atacaron los del Norte. Murieron todos los artilleros, y Pedro Ordóñez estuvo él mismo cargando la pieza con sólo cuatro hombres que le quedaron. Tuvo á raya á los asaltantes durante media hora, pero no recibió auxilio á tiempo y sucumbió el último como un valiente.

—¡Pobre Pedro! El que era tan pacífico.

—Sólo se afilió en el ejército por combatir contra Adrián, al cual estuvo varias veces á punto de matar. No tenía más mira que deshacerse de su rival; pero éste fué muy listo, y no sólo se burló de él cuanto quiso, sino que además tuvo la fortuna de vencerlo en todos los encuentros que tuvieron, que no bajaron de quince durante toda la guerra. Se puede decir que Adrián tiene vida de milagro: sus generosidades excedieron el límite de la prudencia.

Tan interesante conversación fué interrumpida con la llegada de los novios, que aparecieron radiantes de alegría, con su séquito correspondiente compuesto no sólo de los padrinos, sino de las familias de la intimidad de Refugio y los amigos de Adrián, entre quienes estaban tres de sus compañeros de armas que habían sobrevivido en la larga contienda, y algunos parientes.

Saludaron afables al grupo de personas que estaban en la puerta, y entraron á la iglesia seguidos de toda aquella gente que no se cansaba de admirar á la novia, deslumbrante como estaba con su traje blanco, con su corona de azahares, con sus ojos negros y con su abundante cabellera cayéndole en rizos sobre los hombros.

El viejo don Simón Espinosa, que había accedido al matrimonio refunfuñando y que era uno de los padrinos, reconoció entre la multitud á Patricio Quiñones, y después de saludarlo le preguntó:

—¿Cuándo llegaste?

—Anoche llegué.

—¿De suerte que no sabías nada?

—Nada absolutamente.

—Pues Refugio se casa con este descreído de Adrián. Figúrate que el bribón quería casarse ya por lo civil: quería él estrenar esa condenada ley de Juárez, conforme á la que el matrimonio deja de ser un sacramento y se convierte en un contrato.

Patricio Quiñones se sonrió y dijo:

—Según los informes que yo tomé por allá, el registro civil que se está estableciendo en la República, es una garantía para la familia.

—¡Qué garantía ni qué ojo de hacha! ¿Cuándo se ha necesitado de eso en los tiempos antiguos. ?

Y como el viejo se entretenía más de lo regular platicando fué llamado á la iglesia, porque ya era tiempo de que fuera á desempeñar su parte en la ceremonia.

Esta fué larga, porque hubo mucha música de órgano, mucho canto y mucha plática.

El cura por tres veces tomó la palabra, exhortando á los consortes á hacer buena vida.

Al fin terminó todo, á eso de las nueve de la mañana, y los novios se despidieron de la concurrencia, quedando toda ésta invitada para la una de la tarde á la casa de Adrián, donde se celebraría el banquete de bodas.

Solamente los padrinos los acompañaron dejándolos en la puerta de la casa.

Cuando Adrián y Refugio estuvieron solos, por un movimiento simultáneo se echó el uno en los brazos del otro, y él dijo con voz ahogada:

—¡Al fin eres mía, al fin cesaron nuestras penalidades!

Refugio agregó llorando:

—Aunque muchas veces me desesperaron, aunque tanto tuve que luchar, aunque hubo veces en que creía morir, siempre conservé la fortaleza con tu recuerdo.

Ahora sí ya soy completamente feliz, y le doy gracias al cielo de que haya premiado nuestra constancia.

—Eres una mujer celestial, murmuró Adrián.

Excusado es decir que las caricias que se prodigaron fueron infinitas.

Tras de la comida siguió el baile, que duró hasta las diez de la noche, hora en que por fin Adrián y Refugio pudieron persuadirse ya de que no era un sueño su felicidad.





CAPITULO XLIII.

Arreglo de otra boda.

CORRÍA el año de 1861, cuando en los primeros días de Junio la sociedad mexicana, es decir, la buena sociedad de México, la sensata, la instruida, la juiciosa, la humana, se sintió estremecida de espanto y de indignación con la terrible noticia de que el feroz, el sanguinario, el célebre asesino don Leonardo Márquez, que había de hacer poco después nuevas ilustres víctimas, había mandado aprehender al insigne patricio don Melchor Ocampo, á quien se fusiló con la doble felonía de querer hacer creer al público que había sido muerto por equivocación, en lugar del coronel León Ugalde que acababa de ser aprehendido en una diligencia, y á quien ordenó Zuloaga que sobre la marcha fuera pasado por las armas. ¡como si no hubiera sido tan inicuo y tan bárbaro matar á uno ú otro hombre sin forma de juicio, sin haber el pre-

texto del calor del combate, sin que tuvieran las armas en la mano, sin causa ninguna ni aparente que justificara el enorme atentado, pues que Ocampo vivía tranquilo en su hacienda, retirado de la cosa pública, y el coronel Ugalde viajaba solo sin temor á nadie, una vez que la lucha de los partidos beligerantes había terminado!

Había caído, pues, como bomba la noticia en México, y era comentada de diversas maneras tanto por los miembros del gobierno y del Congreso, como en todos los círculos políticos y sociales.

Para tener alguna idea, entraremos á la casa que ya nos es conocida de nuestro amigo el capitalista don Alejo Rincón.

Al efecto tendremos que explicar que ya el licenciado Domingo Benavides, había sido aceptado como novio oficial, habiéndose fijado los primeros días de Julio para que se celebrara el matrimonio entre él y la bella Adela Rincón, que había subido mucho en el último año tanto en instrucción como en hermosura.

La hostilidad de Néstor Rincón y su esposa doña Amparo, había sido tan fuerte contra las relaciones de los dos enamorados, que Benavides se vió precisado á hacer un viaje de dos meses por el Interior, esperando que pasara la tormenta, viaje en que corrió varios peligros, y al volver á México, el de verse próximo á entrar en la cárcel, porque un acusador anónimo lo denunció de haber ido á llevar ciertas noticias y ciertos elementos de combate al enemigo; el enemigo eran en esa época los liberales; pero felizmente tuvo habilidad y sangre fría para salir airoso en los embrollos en que anduvo y fué llamado á su regreso por el mismo Alejo Rincón, quien conocedor de

sus méritos le tenía gran fé como abogado y mucha estimación como amigo de largos años.

Néstor Rincón, que había sido uno de los jefes de oficina en el departamento de la guerra, del gobierno de Miramón, estaba por ahora de capa caída, viviendo por de pronto de sus economías, puesto que por las penurias del tesoro público siempre se estuvo pagando á los empleados con prorrates, de modo que tanto á él como á su mujer, se les había bajado el orgullo, sin que dejaran de seguir siendo tratados con las mismas deferencias por las familias de Rincón y de Benavides.

Al principio, Néstor había creído de prudencia ocultarse, temiendo ser víctima de la persecución de los liberales; pero luego que vió que éstos se manifestaban sobradamente generosos con quienes los habían odiado y los seguían odiando de muerte, sobre todo, luego que Domingo puso en juego sus buenas relaciones y obtuvo la seguridad absoluta de que aquél no sería para nada molestado en su persona, salió á la calle ya sin temor ninguno y continuó visitando periódicamente á su señor hermano.

En la noche de Junio en que volvemos á presentar al lector estos personajes que ya le son conocidos, estaban en la casa de Alejo las tres familias íntegras. Adela estaba tocando en el piano, Benavides daba vuelta á las hojas del libro de música y los demás estaban tomando una taza de té en el estrado, guardando absoluto silencio.

Cuando Adela acabó de tocar, Alejo fué el que no pudo contenerse y dijo:

—Por más que todos queramos vivir ya tranquilos, no han de faltar las noticias sensacionales.

—¿Se refiere usted, Alejo, á la muerte de Ocampo? preguntó Benavides.

—Sí: me dicen que la noticia cayó como bomba en el Congreso.

—Yo estaba allí y pude presenciar la impresión que produjo.

—¿Qué tal fué?

—Horrorosa. Se pronunciaron discursos vehementísimos y se dictaron varios decretos, entre ellos uno poniendo á precio las cabezas de los execrables asesinos Zuloaga, Mejía, Márquez, Cobos, Vicario, Cajigas y Lozada, quedando fuera de la ley y de toda garantía sus personas y sus propiedades.

Néstor hizo una mueca, y probablemente quiso decir algo; pero su mujer, que estaba cerca de él, le dió un tirón de la levita significándole con un dedo que se puso en medio de la boca, que no era prudente mezclarse en aquella conversación.

—¿Y se dió cuenta allí con algunos detalles? preguntó Alejo.

—Sí, contestó Benavides, se dijo que ya se sabía con anticipación que Ocampo estaba consagrado á las faenas de la agricultura en su hacienda de Pomoca; y que confiado en que nada le harían los reaccionarios, aunque sabía que andaban cerca, una vez que estaba separado de la política, no había querido ocultarse; que Lindoro Cajigas fué el encargado de aprehenderlo con una fuerza de caballería que llevó, entregándolo después á Zuloaga, quien lo traspasó á Márquez para que lo fusilara. Dicen que cuando marchaba al patíbulo, en Jaltengo, cerca de Tepeji del Río, el general Miguel Negrete le aconsejó que pidiera gracia, á lo que Ocampo contestó:

—¡Gracia! ¿de qué? Yo me quiebro, pero no me doblo.

Adela lanzó una exclamación de terror, y todos los demás inclinaron la cabeza consternados, excepto Amparo que dijo:

—Son las represalias de la guerra. Ocampo era ministro en Veracruz cuando las leyes de Reforma.

—¡Oh! exclamó Alejo con su rectitud acostumbrada; pero eso de sacar á un hombre al campo á matarlo, no es la guerra, es el crimen. Es atroz que se mate en el calor de la pelea, es cruel que se fusile á los prisioneros; pero es abominable que se mate sólo porque se tiene la fuerza, á quien no se defiende, ni tiene ni ha tenido nunca las armas en la mano.

—Dice bien Alejo, prorrumpió Francisca la hermana del abogado, que rara vez tomaba parte en las conversaciones políticas, esos actos sólo contribuyen á hacer los odios interminables.

—A mí tampoco me gusta mezclarme en cosas de partidos, dijo por su parte Adela, y sin embargo, me estremezco de horror cada vez que oigo el nombre de Márquez.

—Ese hombre debe ser un mónstruo, afirmó también Tomasa.

Entonces Néstor no pudo contenerse, y habló así:

—Hay otros peores; pero á Márquez le echan la culpa de todo.

—Capítulo de otra cosa, dijo Alejo temiendo la réplica del abogado. Lo que nosotros los hombres de trabajo queremos, es que se establezca cualquier gobierno que nos dé garantías, y siento á la verdad haberme apasionado al hablar de ese desgraciado suceso que no ha podido menos que atacarme los nervios, lo mismo que á todas las personas con quienes hablé ahora, que poco se

ocupan en política. ¿Qué esperanzas habrá, licenciado, de que la paz se establezca?

—Los hombres del gobierno tienen algunas, contestó el abogado; pero la verdad es que la situación de Juárez es delicada.

—Es hombre que manifiesta grandes energías.

—A veces es enérgico y á veces es débil, según los ministros que lo rodean. Citaré dos de sus actos para que ustedes digan si forman carácter: al entrar triunfante á México, pudo, sin mostrarse vengativo y cruel, hacer efectivas las leyes que castigaban á los que se complicaron en la rebelión de Tacubaya, dando á la opinión pública la satisfacción que le pedía; pero no lo hizo, y á su debilidad se debe que continúe la guerra civil ensangrentando el suelo mexicano. En cambio, cuando el ministerio se le puso de uñas, con suma facilidad cambió de hombres, y no sólo, sino que á González Ortega que estaba resplandeciente con la aureola del triunfo, le contestó su nota imprudente con una virulencia tal, que estuvo á punto de producir trastornos. En Guadalajara, en Santa Ana Acatlán, en Veracruz mostró firmeza, impasibilidad, valor, resignación, fué más que un hombre, una roca. En cambio, ya jefe del gobierno, se muestra tibio, indeciso, vacilante y hasta complaciente con los enemigos de las instituciones.

—¿Quiere decir, Domingo, que usted querría que castigara á Néstor, dijo Amparo excitada, puesto que Néstor ayudó al gobierno de Tacubaya?

—No, Amparo, no diga usted tal cosa, ¿cómo había de querer yo que castigaran á Néstor cuando emplée con gusto mi poco valimiento para que tuviera garantizada su tranquilidad en los momentos que creímos de peligro?

Ni yo ni nadie, porque las leyes no lo significan, queremos que se imponga pena alguna, á los que sólo han formado el núcleo de la resistencia: la opinión pública, á quienes designó para el escarmiento, fué á los grandes, á los poderosos, á los que dieron el dinero para sostener la lucha, á los que dispusieron de las armas que había puesto en sus manos la Nación para que defendieran las instituciones; en una palabra, al clero que abrió sus cajas para sostener una guerra criminal, y á los jefes militares que traicionaron al gobierno nacional y quebrantaron el juramento que hicieron de defender la Constitución, fué á los que debió juzgarse conforme á las leyes escritas. Los tribunales serían en todo caso los que habían de dictar las resoluciones absolviéndolos ó condenándolos.

—Licenciado, está usted muy vehemente, murmuró Néstor.

—Tiene razón de estar excitado, como lo estoy yo mismo que no me meto en política, por el horrible fusilamiento de Ocampo, observó tranquilamente Alejo.

—Vamos á ver, exclamó Domingo, ¿no ha tenido razón el Congreso para estallar, dando una ley de proscripción contra Márquez y socios, que en otras circunstancias consideraríamos í icua?

—Lo mejor es que no se hable de política, dijo como al acaso Refugio dando vueltas entre los dedos á su pañuelo de canbray batista.

—Pero hija, contestó inmediatamente Alejo, desde hace mucho tiempo, de tres años á cuatro, á esta parte, no se puedè hablar de otra cosa en México, ¿por qué? porque no hay negocios, ó mejor dicho, porque todos los negocios están subalternados á los vaivenes de la política. Ahora, por ejemplo, nadie saca el dinero que tiene

alzado en sus cajas para hacer compras, mientras no se restablezca la confianza pública. Y sucesos como el de don Melchor Ocampo, no contribuyen en manera alguna á hacer que se abrigue la fé en que alguna vez hemos de tener una administración fuerte, á la vez que justificada.

—Sería una gran calamidad que continuara la guerra, suspiró Francisca la hermana del abogado.

—Tan grande, dijo por su parte Alejo completando el pensamiento de la dama, que sería la ruina del comercio y la agricultura. Ya en tres años hemos sufrido cual más cual menos las pérdidas consiguientes. Muchos no podríamos resistir ya otra trinquetada.

—Y á ese paso, añadió Benavides con cierto aire de misterio, parece indudable que se anda ya buscando una intervención extranjera por los conservadores, y especialmente por los partidarios del clero que no quieren darse por vencidos.

Néstor y Amparo, que durante toda esta sesión habían estado como en brasas, aprovecharon la primera coyuntura para despedirse, con un pretexto cualquiera, y ya una vez ellos fuera de la sala y fuera también Alejo que se había ido acompañándolos, Domingo pudo acercarse á Adela que hojeaba un album, mientras las señoras restantes, formando grupo aparte, hablaban de cosas insustanciales.

—Lo que querías tú, dijo Adela, era que mis tíos se fueran y por eso estuviste tan picante.

—Ellos tienen la culpa que no quieren ceder en sus hostilidades. Ahora vamos á otra cosa, Adela mía: he hablado esta mañana con Alejo.

—Nos lo indicó, aunque de una manera muy velada, de sobremesa.

—¿Qué les dijo?

—Que ya querías tú que se fijara día para la boda.

—En efecto, lo apremié algo. He observado que sin embargo de que me tiene cariño y que no le disgusta del todo que seas mi esposa, como eres tú su única hija, quiere retardar la pena que se le aguarda con tu separación.

—Pero no será separación casi, una vez que tú has dicho que no sólo no saldrás de México, sino que viviremos aquí cerca.

—Con todo, vida mía, los padres no consienten sino á duras penas en dar el parecer para que sus hijas se casen, y más aún cuando se trata de una hija única.

—¿De modo que no quiso papá fijar un plazo?

—Dijo que quería ponerse de acuerdo con tu mamá, y que iba á hablar con ella esta misma noche para resolver el punto.

—Yo estoy segura de que ya hablaron.

—Yo también: precisamente estoy observando ahora el semblante de tu mamá que se deja adivinar sus sensaciones.

—¿Buenas ó malas?

—Penosas, solamente de angustia por la separación. Ahora lo que interesa es que tú la domines y la venzas.

—Sí, la pobrecita no me quita los ojos: parece estar muy interesada en la conversación con tus hermanas, y está á cien leguas.

—Y tú, Adela, la verdad, ¿sientes mucho salir de esta casa?

—¿Cómo no he de sentir salir de la casa de mis padres? Pero te amo, Domingo, te lo he probado, creo firmemente que vamos á ser muy dichosos, y cumplo con

mi destino de llevarte un premio de adhesión y de felicidad á tí que eres tan bueno.

—¡Oh, mi Adela! ¡cómo siento no poderte estrechar entre mis brazos, cómo siento no poderte manifestar aquí mismo, de rodillas, toda mi adoración!

Entró Alejo, y como ya no había nadie que estorbase, se pudo hablar francamente del asunto que á todos preocupaba, y se convino en que la boda se verificaría á los dos meses, siempre que en ese término no volviera á alterarse de un modo serio la paz de la República.

¡Oh! y qué apretón de manos tan expresivo se dieron los novios al despedirse uno de otro en esa noche venturosa!





CAPITULO XLIV.

Sigue la contienda.

LA columna de las tres armas marchaba silenciosamente dejando á su izquierda las cumbres del Ajusco. Iba á la vanguardia una guerrilla de veinticinco hombres, y á unos cien metros, más á retaguardia, una descubierta de cien dragones con la carabina embrazada, luego el general Leandro Valle (el *pelón* Valle como le llamaban cariñosamente sus compañeros, porque siempre usaba la cabeza al rape) seguido de su Estado Mayor, de dos cuerpos de infantería, de seis piezas de montaña y de unos cuatrocientos ginetes, formando un total de mil quinientos ó mil ochocientos hombres.

Como el jefe de la columna iba conversando á la vez con un coronel de batallón que llevaba á su izquierda y con un charro conocedor del terreno que se había tomado de guía, y caminaba á su derecha, los demás oficiales del

Estado Mayor guardaban una respetuosa distancia, y dos de ellos, de los cuales uno montaba un caballo retinto y el otro un bonito alazán, cerraban la marcha, yendo un poco más atrás del grupo de ayudantes y sosteniendo una plática que parecía interesarles mucho.

El uno era el coronel Aquiles Collin, militar francés que había hecho la campaña de Italia en 1840 y proscrito de Francia, por haberse mezclado con entusiasmo en la revolución republicana del 48, y el otro era el capitán Julio Robles, muy joven aún, y que en los dos últimos años se había distinguido como perspicaz y como valiente, ganando sus grados en los campos de batalla.

—Como iba diciendo á usted, mi coronel, veníamos por este mismo camino el día 14, con una fuerza poco más ó menos igual á la que ahora traemos; pero la confianza era mayor, ya porque no conocíamos al enemigo, ya porque sabíamos que muy pronto iban á venirnos refuerzos de la Capital. El general don Santos Degollado iba á la cabeza de la columna muy sereno, como siempre, y muy seguro de que iba á castigar á los asesinos de don Melchor Ocampo; pero si yo hubiera podido hablarle....

—¿Qué?

—Le habría dicho que esperaríamos á que se nos incorporara el coronel O'Horán, que tenia que salir al día siguiente de la Capital con alguna fuerza, y sobre todo, trayendo parque y armamento.

—¿De modo que no sabían ustedes en dónde estaba el enemigo?

—Supongo que él sí lo sabía, y que su propósito era sorprenderlo antes de que huyera, porque ya nos había dicho á sus ayudantes que temía mucho que escapara al sentir nuestro movimiento.

—¿Y qué fué lo que pasó?

—Ya usted lo sabe, coronel: llegamos á Lerma si encontrar á nadie, y sin que ninguno quisiera darnos noticia del enemigo. Nosotros sabíamos que estaba cerca, pero ignorábamos en dónde, hasta que un explorador dijo al general delante de nosotros, que nos había sacado el cuerpo con objeto de emboscarse en el Monte de las Cruces para apoderarse del convoy que traía O'Horán. Lo que pasó fué que el general fué engañado.

—¿Cómo?

—Se le tendió una trampa.

—¿Qué trampa fué?

—Una muy burda, en la que sólo un hombre sencillo y de buen corazón, como era el general Degollado, pudo haber caído. Se le presentó un individuo enviado por el mismo general Buitrón, jefe de los contrarios, diciéndole que él conocía un camino por las montañas que se encuentran á la izquierda del llano de Salazar, en donde estábamos nosotros el 15 de este mismo mes de Junio en que fué la acción; sin más ni más, fiándose del dicho de aquel hombre, ordenó que nos pusiéramos en marcha; nos encumbramos efectivamente dominando toda la selva que se encontraba á nuestra derecha; pero á poco descendimos á una hondonada rodeada de árboles: cuando estábamos en ella, el general buscó al guía, pero ya no estaba á su lado. había desaparecido en el monte que acabábamos de atravesar. En ese mismo momento resonaron con estrépito las descargas que se nos hacían de todos lados, sin ver al enemigo que estaba cubierto con la maleza y con el bosque: nosotros estábamos en el claro que había en el centro y éramos fusilados. ¡Habíamos caído en una emboscada!

—¡Sacre. !

El oficial francés lanzó un juramento y en seguida preguntó:

—¿El general Degollado murió en la acción ó se le fusiló después?

—El general Degollado, con su valor y serenidad de siempre, trató de organizar la tropa que entró en gran confusión con la sorpresa, y había logrado formar una columna fuerte de trescientos hombres para dar una carga y abrirse paso; pero al emprender el movimiento recibió un balazo en la frente, cayó del caballo y nuestra derrota quedó consumada. Los pocos que escapamos de aquel infierno, no lo conseguimos sino con grandes esfuerzos, teniendo que batirnos de árbol en árbol hasta que dejamos de ser perseguidos, gracias al botín considerable que habíamos dejado en el lugar no del combaté, sino de la sorpresa.

—¿Así es que ustedes no saben qué número de hombres fueron los que los sorprendieron y derrotaron?

—No, mi coronel. Después hemos sabido que estaban allí Buitrón y Gálvez con unos seiscientos hombres, los cuales se retiraron á Huisquilucan, en donde fué sepultado el general con toda solemnidad, permitiéndosele á don Francisco Schiafino, que cayó prisionero, pronunciar una oración fúnebre en honor del ilustre difunto.

El coronel se quedó pensativo por un momento, y tornó á preguntar:

—Y ahora que conoce usted poco más ó menos al enemigo que vamos á combatir y estos terrenos que ocupa, ¿qué opinión se forma de nuestra campaña?

—Hablando con franqueza, mi coronel, yo creo que el gobierno nos está mandando de pocos en pocos, para

que nos acaben en probaditas. Lo que en mi concepto debía hacerse, era mandarse de una vez fuerzas muy considerables por todos lados, de modo que el enemigo quedara encerrado en un cerco de bayonetas.

—Pero es que el gobierno carece de recursos para mover de una sola vez fuerzas que sean muy considerables.

—En ese caso mejor sería esperar á que las tuviera.

—Yo tengo mucha fé en el valor y pericia militar del general Valle.

—Yo también, y por eso precisamente me he venido á su lado, porque ardo en deseos, como otros compañeros que vienen aquí, de vengar la sangre de mi general Degollado, quien fué el primero que me puso la espada en la mano.

Aunque el coronel Collín tenía casi el doble de la edad de Julio Robles, encontrándole simpático lo hizo su amigo, y no volvió á separarse de él en el resto de la jornada.

Ambos se fueron comunicando constantemente sus impresiones. Por la noche cenaron juntos y habiéndose acostado vestidos debajo del mismo árbol, cerca de la cabaña única que ocupaba el general en jefe, siguieron conversando, aunque muy quedo, unas dos ó tres horas antes de que pudieran dormirse. Los dos tenían malos presentimientos que no se confesaban abiertamente, y que antes bien, querían ver discipados, esperando que el uno le comunicara al otro su fortaleza y su convencimiento.

El general Valle, por su lado, apenas durmió, comprendiendo muy bien con su instinto militar que se encontraba en vísperas de una batalla.

A las dos de la mañana encendió la luz, y al primero

que mandó llamar fué al coronel Collín, en quien depositaba una confianza plena.

—Mi querido coronel, le dijo, tengo noticias de que Márquez está unido con Buitrón, y que es el jefe que manda las fuerzas que vamos á combatir.

—¿De modo que estando las dos fuerzas unidas, deberán tener unos dos mil hombres? preguntó el coronel.

—Creo que muy cerca de tres mil.

—¿Y piensa usted atacarlos formalmente, mi general?

—A eso me han mandado; á eso he venido, creo que triunfaré, pero aunque no lo creyera, aunque no tuviera más que diez hombres, no sería yo el que le volviera la espalda al enemigo.

—Es usted todo un valiente, mi general.

—Soy un militar que sabe cumplir su deber. Pero ahora no se trata de otra cosa sino de pelear y ganar la victoria. Tengo mucha confianza en los jefes de cuerpo, aunque no mucha en la tropa ni en la oficialidad en que pueden ser muy contados los veteranos, así es que vamos á tener que trabajar mucho desde este momento para hacerles moverse, y después para que cada cual se mantenga firme en su puesto. Con otras tropas como las que mandé en el Sur de Jalisco y en el asedio de Guadalajara, marcharía recto al triunfo, ahora necesitamos triunfar de los nuestros y de los contrarios. Dentro de unas cuantas horas tal vez, quizás hasta mañana que veamos al enemigo, el terreno dirá cuáles son las disposiciones que hemos de tomar, ahora sólo deseo que vaya usted personalmente á decir á los jefes de los cuerpos que estén listos para marchar, que recomienden á sus oficiales mucho orden y mucho silencio, que repartan la ración de arma-

da al ir á ponerse en movimiento, y que si hay combate, nos cubramos de gloria con el triunfo, siendo generosos con los vencidos.

El coronel Collín que conocia muy bien la historia de Valle, cuando salió á cumplir sus órdenes, se fué murmurando:

—¡Cómo! ¿este joven guerrero que ya salvó á Casanova y á Isidro Díaz de ser fusilados, que prestó grandes servicios á Miramón, quien le confió á su propia mujer con preferencia á sus parientes, que ha sido magnánimo con todos, todavía después de las horribles muertes de Ocampo y Degollado, habla de generosidad con los vencidos? ¿Quiere decir con eso que no fusilará á Márquez ni á Buitrón si caen en su poder? ¿Acaso le perdonarían á él, si tuviera la desgracia de ser su prisionero. . . ? ¡Ah! ni pensar en eso. . . no es posible pensar en que un hombre tan generoso, muera á manos de enemigos crueles y despiadados. . . no, no puede ser. . . . no lo permitirá nunca la justicia divina.

Cuando aparecieron los primeros tintes de la aurora, se dió la orden de marcha.

El general Valle, que había permanecido durante dos horas pensativo, soñador, á veces taciturno, montó á caballo con brío, y al momento mismo se manifestó alegre, festejoso, hablador. Dirigió la palabra á todos cuantos estaban cerca, con un tono de compañerismo que inspiraba ánimo y confianza.

A los soldados los llamaba hijos, y les encargaba que no se separaran de las filas, y que en caso de combate, se ayudaran mutuamente y no desperdiciaran sus cartuchos quemándolos inútilmente.

A los oficiales les daba la mano y les aseguraba que

obtendrían un ascenso en el primer combate victorioso.

A sus ayudantes les hablaba aún con mayor familiaridad, diciéndoles que había dormido poco, no porque experimentara ninguna inquietud respecto del éxito de aquella campaña, sino porque ardía en deseos de vengar la sangre de Ocampo y Degollado, dando el castigo que merecían á los corifeos de la reacción.

—Conozco á Márquez, les decía, conozco á Buitrón, conozco también á Gálvez, y sé cuáles son sus ardidés en la guerra: en eso he estado pensando, en la manera de contrarrestarlos, y si tenemos hoy un encuentro, como lo deseo, ustedes me ayudarán á desarrollar el plan que tengo meditado. Márquez es táctico, Buitrón es astuto, Gálvez es tenaz; pero los tres se desmoralizan luego que se les toma un flanco. Eso es lo que vamos á hacer nosotros, á flanquearlos en donde quiera que se encuentren. Ya verán: ustedes me van á ayudar mucho en esa operación que ha de ser la decisiva.

Y sus ayudantes le contestaban que ejecutarían con rapidez todas las órdenes que les comunicara luego que llegara el momento

El momento llegó, escuchándose al par de las últimas palabras que se pronunciaron, varias detonaciones de fusil.

Collín se ofreció al instante á ir á ver lo que ocurría.

—Iremos ambos, contestó el general.

La columna hizo alto, y el jefe y su ayudante subieron á la pequeña colina que había á la izquierda, desde donde vieron con la luz clara de la mañana, que una pequeña fuerza defendía la entrada del Monte de las Cruces.

—Nos quieren atraer á una emboscada dispuesta por Buitrón, dijo Valle.

Y fogoso como era, apenas descendió de la altura, ordenó el ataque á paso de carga.

• Habiéndose replegado la descubierta de caballería, formando ala izquierda en un repliegue del camino, se adelantaron los tiradores y luego los cañones apoyados por la infantería, mientras que los cuerpos de caballería entraron por derecha é izquierda, según lo permitía el terreno, para explorar el bosque.

Pero sucedió que el bosque estaba repleto de combatientes, y que uno de los cuerpos que no pudo maniobrar entre los árboles, fué cortado y hecho prisionero.

Valle observó que el combate del frente era bien sostenido por los suyos, que por la izquierda la refriega era encarnizada, y quiso aprovechar el momento para ir él mismo á libertar al cuerpo de caballería prisionero penetrando por la derecha al monte con doscientos hombres de la reserva.

Collín quiso seguirlo, pero el general le dijo:

—No, no: necesito que usted se quede aquí en observación para que me avise si pasa algo extraordinario.

—¡Oh, mi general! contestó Collín con resignación, pero muy contrariado.

Aquella era precisamente la emboscada de Buitrón. Valle y sus doscientos soldados se metieron en el centro de mil enemigos, y todos quedaron allí muertos ó prisioneros. Valle fué de estos últimos.

La batalla estaba perdida.

Las tropas liberales, viéndose sin jefe, empezaron á desbandarse, dejando el camino y sus alrededores regados

de piezas de artillería, mulas cargadas, caballos sin ginetes, cajas de parque, bagajes, heridos y muertos.

Collín y Julio Robles se retiraron juntos paso á paso.

Repentinamente el francés se detuvo y dijo á Robles tendiéndole la mano:

—Adios, amigo, yo me vuelvo á correr la suerte de mi general.

Inútil fué que Robles quisiera detenerlo: su resolución estaba tomada.

Al llegar al campamento de la reacción oyó unos tiros.

Márquez, lleno de júbilo, había mandado fusilar á Valle, diciéndole:

—Ustedes nos han puesto fuera de la ley por escrito: nosotros la aplicamos de hecho.

Collín, viendo el cuerpo de su general acribillado de tiros, derramó lágrimas y dijo á Márquez:

—He venido con la resolución de correr la misma suerte de mi general.

Márquez le fijó una mirada sangrienta, y sin contestarle directamente, dijo á los suyos:

—Fusilen á ese.

Aquíles Collín fué fusilado inmediatamente.

Julio Robles, que había ido siguiendo á su nuevo amigo, sin ser molestado por nadie á causa de la confusión que reinaba en el campo de batalla, observando lo que pasaba, dió media vuelta, tomó una travesía y se fué murmurando:

—Eso no es conmigo, yo tengo que ir á buscar otro general que me traiga á la victoria ó á la derrota, ya veremos.



Apareció el General Parrodi.

BIBLIOTECA
DE LA

33635



CAPITULO XLV.

Preludios monárquicos.



Los que pudieron escapar de la derrota del Monte de las Cruces, fueron llegando en grupos de quince y de veinte hombres á la Capital, y en el más numeroso de unos ciento cincuenta que llegó al último, siendo los más de los que lo componían jefes y oficiales, iba Julio Robles, á quien ya se le había pasado la fuerte impresión que le causara la suerte corrida por el general Valle y el coronel Collín, habiendo tornado á ser decididor, bromista y alegre compañero. Todos eran ya sus amigos.

Si la muerte de Ocampo y Degollado habían producido honda emoción en los miembros del gobierno y sus adictos, la del general Leandro Valle, que era extraordinariamente simpático, tanto por su valor como por sus generosos arranques, produjo universal sentimiento.

Entonces ya no se llamaba á don Leonardo Már-

quez tigre, hiena, leopardo y buitre, sino verdugo evocado del infierno, mónstruo horrible, execrable bandido, etc., etc., y se decía tanto en los periódicos como en las conversaciones, que aquel demonio tendría que seguir matando impunemente á los más ilustres liberales, si no se hacía un esfuerzo supremo, el que se pudiera, para acabar con él á todo trance.

Pero lejos de poder hacerse ese esfuerzo, al día siguiente del 23 de Junio en que se verificó el combate desgraciado del Monte de las Cruces, ya fuerzas de Márquez se encontraban en las cercanías de México, y el día 25 se presentó él mismo al frente de mil quinientos ginetes en la Rivera de San Cosme, produciendo en los habitantes de la Capital la alarma consiguiente.

—Luis Velázquez, ven á dar la mano á un viejo amigo.

—No me equivoco . . . eres Julio Robles.

—El mismo.

—Un abrazo, en vez de un apretón de manos, te creía muerto.

—Estuvo feroz la refriega y pocos escapamos; yo entre esos pocos, como siempre, ileso.

—Con buena fortuna. ¿Pero qué estás haciendo en mi batallón?

—Acabé de llegar con veinte soldados que me sobraron, me presenté á la Comandancia y se me dió orden de venirme al cuartel de San Fernando.

—¡Cuánto me alegro! ¿Y ahora qué vamos á hacer con estos cuatro gatos?

—Pues á impedir que pasen las chusmas reaccionarias ó á entregar otra víctima á la tintorera. Ahora le toca á Parrodi.

—Es el general Parrodi el jefe de la línea?

—No solamente el jefe de la línea, sino el jefe de todo este ejército que va á batir á Márquez y sus chusmas.

—¿Sabes tú cuántos son los que tiene Márquez?

—Aquí al frente nos presenta mil quinientos hombres de caballería; pero atrás vienen otros tantos de infantería con su artillería.

—¿Y nosotros?

—Nosotros, según me dijo el coronel, podemos llegar á seiscientos, habiendo quedado otros tantos en las guardias y las reservas.

—¿Qué se hizo, pues, el ejército de treinta mil soldados de González Ortega?

—Unos cuerpos los dieron de baja por economía, otros están diseminados en guarniciones y se los van comiendo poco á poco los mochos, y otros se encuentran expedicionando. El mismo González Ortega anda con unos dos mil hombres persiguiendo á Márquez.

—Pues estamos frescos.

En esos momentos se presentó el enemigo y las cornetas tocaron atención. El general Parrodi apareció seguido de su Estado Mayor por una calle transversal y mandó roncear los dos cañones de á ocho que estaban en la esquina de San Cosme con la puntería para el Paseo Nuevo, donde se veía un buen trozo de caballería.

¡Pum! ¡pum! dos cañonazos que no alcanzaron al enemigo.

—¡Que avancen las piezas!

Las piezas avanzaron y volvieron á lanzar dos botes de metralla que tampoco hicieron ningún daño al enemigo.

Avanzaron otro poco, y entonces una bala rasa se llevó á cinco ginetes con todo y caballos. Los asaltantes no esperaron más, dieron media vuelta y se fueron á escape, ocupando con toda impunidad Tacubaya y todos los pueblos cercanos á la Capital, porque no había ninguna fuerza competente con qué perseguirlos hasta el día siguiente, por la tarde, en que González Ortega, en vez de lanzarse sobre el enemigo que estaba muy diseminado, entró á la Capital y se acuarteló tranquilamente

Márquez, que estaba bien impuesto de cuanto sucedía en el campo enemigo por el directorio clerical que funcionaba en México con toda confianza, concentró sus fuerzas y se fué para Páchuca á hacerse de recursos, porque hay que advertir que el programa político de la reacción entonces era conseguir dinero y matar liberales. . . . después, las circunstancias dirían á quién se ponía de Presidente y con qué plan en caso de triunfar, pues Zuloaga con toda su nulidad á costas no era en aquellas filas más que un despreciable monigote.

A la sombra de las manos libres y del botín, se levantaron numerosas gavillas desde las goteras de la Capital hasta el Pacífico y hasta el Golfo, que si no podían dar al traste con el gobierno por medio de las armas, porque más se ocupaban del pillage que de su organización, sí lo colocaban en una de las situaciones más críticas, porque era imposible que faltando la paz hubiera presupuesto.

Los *plateados* del Bajío, llamados así seguramente porque siempre traían mucha plata tanto en el vestido como en las monturas y en las faltriqueras, llegaron á formar grupos hasta de tres mil ginetes que se lanzaron como una horda de cosacos sobre poblaciones tan importantes como Guadalajara.

A los que acaudillaban esas gavillas los llamaban Bueyes Pintos, Cantaritos, el Culebro, la Lagartija, y así con otros apodos muy vulgares, de modo que se comprendía que procedían de la más baja estofa, salidos algunos de los presidios. Con uno de ellos que hubiese sido medianamente instruido ¡cuántos males de la mayor trascendencia hubieran producido en los Estados del interior!

Pero ya así eran muchos los que causaban, pues estando todo el país sobre ascuas ardiendo, ¿quién había de pagar las contribuciones?

Los pagos no andaban al corriente, es cierto, pero el ánimo y la alegría no faltaban entre los militares, y así veremos que el 30 de Junio en México, ya cuando la ciudad estaba tranquila por estar velando sobre ella González Ortega que había sido nombrado Vicepresidente de la República y por haberse ido lejos los reaccionarios, por la noche iban del brazo los capitanes Luis Velázquez y Julio Robles y platicaban muy festejosamente.

—Pues el caso es, dijo Robles, que yo ofrecí á nuestras amigas las Fregoso llevarlas al teatro.

—¡Fregoso habían de ser!

—¡Cuidado con maltratarlas que son casi nuestras novias!

—Ellas, está bueno; pero tenemos que cargar también con la vieja y con el hermano.

—Eso no es lo peor, sino que apenas hay para pagar las localidades en galería y nos falta dinero para la cena.

—¿Ya hiciste bien la cuenta?

—Sí: vamos seis, á cuatro reales, tres pesos y solo sobra una peseta de nuestro capital.

—Y lo menos que necesitamos son otros dos ó tres pesos.

—Sólo que no las lleváramos á cenar; pero ¡qué dirán!

—Yo tengo un amigo judío en la tienda de la esquina que nos podrá facilitar el dinero.

—¿Sobre la palabra?

—¡Ya, voy! sobre mi pistola que por ahora no la necesito.

Y ambos capitanes, con el mejor humor del mundo, gastaron cuanto tenían aquella noche paseando á la familia Fregoso, no sin que Julio declarara por fin su amor á la bella Elvira y Luis á Eva, que si no era tan guapa, como su hermana si tenía buenos ojos, pies pequeños coquetamente calzados y un lunar muy negro encima del labio superior.

—¿Te declaraste, Julio?

—Ya lo creo que me declaré, ¿y tú?

—También la dije mi atrevido pensamiento.

—¿Te correspondió?

—Me juró que desde antes de nacer ya me amaba.

—Pues has sido afortunado: Elvira me tuvo siempre fuera de tiro y hasta á última hora, cuando la había hecho beber tres copas de cognac, me estrechó con fuerza la mano y me dijo: Te quiero mucho, Julio, porque eres muy simpático, pero me resisto á enamorarme de tí porque eres un loco. Creo que te amaré, creo que ya te amo. . . adios, adios. Esto último pasó cuando estábamos en la puerta. Me dió otro apretón de mano y fué la primera que subió la escalera y desapareció en el tramo superior.

—Esa Elvira te ha de dar más de un dolor de cabeza, porque tiene fuerte condición. En cambio Eva que es muy candorosa, me dijo que su mayor orgullo consistía en ser la novia de un militar, y su mayor gusto que lo supieran los vecinos.—Ven á todas horas, me dijo luego

que me correspondió, porque quiero que te vean todas mis amigas.

El resto de la noche lo pasaron ambos capitanes, una parte, haciéndose confianzas y fabricando castillós en el aire: la otra, soñando en los combates, en la gloria, en el amor y en la felicidad.

La realidad más austera se les presentó por la mañana en forma de una orden perentoria para acuartelarse y preparar la marcha de sus compañías para el día siguiente.

Apenas tuvieron tiempo de decir adios á las muchachas Fregoso que se quedaron inconsolables, conformándose con presenciár el desfile de la tropa en aquel sombrío 2 de Julio, que siempre fué para ellas un recuerdo perenne.

González Ortega, que á pesar de sus ambiciones manifiestas y sus discolerías de patriota supino, siempre era el caballito de batalla, salió de México con tres mil hombres que se le pudieron reunir con grandes trabajos y con unos cuantos miles de pesos que escasamente podrian alcanzarle para una quincena de campaña.

A los cuarenta días de correr leguas y más leguas tras un enemigo que no se quería detener, y que diez veces se le escapó de entre las manos, logró interponérsele, teniéndolo agoviado por la fatiga.

Era el 13 de Agosto. Márquez y unos diez generales de la reacción que le acompañaban, llegaron con su dos mil quinientos hombres, medio muertos á Jalatlaco, á eso de las cuatro de la tarde, y tomaron posesión de los cuarteles, resueltos á descansar toda la noche para tomar de nuevo la estampida por la mañana; pero á las once de la misma noche los fuegos de las avanzadas indicaron que ya tenían encima al enemigo.

Márquez se tiró de las barbas con cólera y. fu-
siló en su mente á González Ortega. ¡Oh! si lograra
tenerlo en su poder!

Inmediatamente comunicó su plan de combate á los
compañeros: nos defenderemos hasta poco antes de la ma-
drugada, dejaremos unos doscientos hombres que se sacri-
fiquen mientras nosotros, con el grueso del ejército, nos re-
tiramos para donde convenga.

Pero Márquez no contaba con la huéspedada, esto es,
no contó con la tenacidad de González Ortega, quien sabía
que aunque acabase con su tropa, no debía dar tregüa á
un enemigo que no quería tanto combatir como aprove-
char cualquiera coyuntura para escaparse, y siguió peleando
sin cesar en medio de la obscuridad de la noche, hasta
que á las tres de la mañana del 14, pudo apoderarse del
parque, de la artillería y de más de doscientos prisioneros
entre los cuales no se encontraba ninguno de los genera-
les que cogieron dos horas de ventaja á los que pudieran
ser sus perseguidores.

La victoria de González Ortega produjo en México el
furor que producian todas sus victorias: hubo salvas, re-
piques, y grupos de pueblo recorriendo las calles y dando
los desesperados gritos de costumbre.

Entre los que no experimentaron ningún júbilo por la
derrota de Márquez, se distinguieron los ministros extran-
jeros, no obstante el recuerdo, fresco todavía, del saqueo de
la legación inglesa. Los diplomáticos habían recibido ya
la consigna de simpatizar con el destronado Zuloaga y con
sus adeptos, por más que se llamaran Márquez, Buitrón,
Bueyes Pintos ó el Tigre de Alica, porque en ellos había
que buscar el apoyo de las operaciones futuras; así es que
fué el conde Dubois de Saligny, ministro francés, á quien

La Orquesta representaba, en sus espirituales caricaturas, rodeado de botellas, el primero que alzó golilla, inventando que en la noche del *folgórico* motivado por el triunfo de González Ortega, se le habían gritado muertas y hasta se le había disparado un balazo, haciendo que hasta los representantes de los Estados Unidos y del Ecuador dirigieran un regaño muy fuerte al gobierno, dando por cierto que éste permanecía con los brazos cruzados ante los desmanes de toda clase que se estaban cometiendo con los extranjeros.

El día 19 de Agosto entraron las fuerzas victoriosas en Jalatlaco, y el día 21, por la noche del día en que había hecho su protesta de Presidente de la Suprema Corte de Justicia el general González Ortega, estaban en el café reunidos nuestros amigos Julio Robles y Luis Velázquez con otros compañeros.

—¿Qué tienes de nuevo? preguntaron los que estaban sentados á un recién venido.

—Pues no hay más cosa nueva que la protesta del general.

—¡Ah, sí! dicen que su discurso estuvo feroz.

—Sí; echó un discurso, porque el general es muy amigo de las arengas, en que le echó pestes á Juárez.

—Es raro: no se pueden ver y siempre pegaditos.

—Se necesitan: Juárez no podría sostenerse sin el brazo fuerte del general, y el general quiere ser Presidente, pero por la buena, haciendo que el mismo Juárez le ceda voluntariamente la silla.

—Este Medina es medio diplomático.

—Digo lo que oigo decir, y á más tengo un tío que es secretario del ministro de Relaciones. Allí se saben muchas cosas.

—¿Qué más se sabe?

—Que el día 1° se va á reunir el Congreso en sesiones extraordinarias y que cincuenta ó sesenta diputados van á pedir á Juárez que se retire porque lo está haciendo muy mal y deje la silla al general González Ortega.

—Pues yo creo que á Juárez sólo lo arrancan de la silla hecho pedazos.

—Pero no es eso lo más grave que se sabe en el misterio de Relaciones.

—¿Hay otra cosa todavía?

—Los conservadores andan buscando en Europa un príncipe extranjero para coronarlo rey ó emperador en México.

—Esos son chismes, gritó casi Velázquez dándose una sumida de hombros muy enérgica.

—¡Ojalá y fueran mentiras! pero la cosa es muy seria, muy seria.

—Cuenta, cuenta.

—¿Ustedes supieron que el gobierno dió una ley suspendiendo los pagos que se estaban haciendo de las deudas extranjeras?

—Yo no me he fijado.

—Ni yo tampoco.

—Pues sí: el gobierno dijo que ya no pagaba, y entonces los ministros inglés y francés bajaron sus banderas y dijeron que quedaban rotas las relaciones.

—¡Psé!

—Nada de ¡psé! porque sin embargo de eso, se han quedado en México y todos los días están contando á sus gobiernos doscientos mil embustes para ponernos en mal. No sólo les cuentan que todos los días y á todas horas se matan extranjeros en las calles de México, sino que tam-

poco en los Estados se tienen garantías. Todo esto se publica en Europa para preparar la opinión, pues lo que se quiere es mandar una intervención armada de varias potencias y establecer aquí la monarquía.

—¡La monarquía!!! exclamaron todos asombrados.

—Sí, señores, vendrá un príncipe extranjero. ¿Se acuerdan ustedes de que ya en tiempo de Santa-Anna se corría la palabra por las noches en los campos liberales gritando ¡muera el príncipe extranjero y viva la libertad! Pues entonces todo era un juguete, una suposición, un deseo vago de los conservadores. Ahora ya es cosa seria, porque están en la intriga todas las naciones de Europa, instigadas en primer lugar por los mexicanos enemigos de Juárez, y en segundo lugar por los diplomáticos que están aquí, que son también muy hostiles.

—Pues si tenemos guerra extranjera llevo á general, dijo Julio.

—Yo también, le contestó Velázquez; pero lo importante por de pronto es ir á donde nos esperan.

—¡Ah! sí, con las Fregoso!

Luego al despedirse Robles de sus amigos, dijo con voz ruda:

—¡Muera la monarquía!





CAPITULO XLVI.

Corpezas.

ERA el 15 de Septiembre por la noche: el tiempo estaba sombrío y el cielo lleno de nubes como si quisiera asociarse á la tristeza que estaban sintiendo ya á aquellas horas los corazones de los buenos mexicanos con los que, no eran sólo presentimientos sino realidades, respecto de la tempestad, que preñada de amenazas, se estaba cirniendo en el horizonte político de la patria.

En aquella noche, como de costumbre, se solemnizaba el aniversario de la independencia: el Presidente tenía que aparecer á las once de la noche con la enseña tricolor, y repetir el grito dado por el cura don Miguel Hidalgo en 1810; pero no reinaba la animación de años anteriores en las calles de la Capital, ya porque la iluminación y los adornos de las casas manifestaban mucha economía, ya porque en el pueblo se reflejaban las angustias que es-

taba sufriendo el gobierno por la situación llena de embrazos á que había llegado.

Sin embargo, el abogado Domingo Benavides había ofrecido acompañar á la familia Rincón á la Plaza de Armas para asistir á las festividades patrióticas, y se había presentado á las nueve de la noche, hora en que todavía no regresaba Alejo de su despacho, en donde lo habían detenido ocupaciones urgentes y hora en que su esposa Refugio había comenzado á vestirse.

Quien recibió á Benavides en la sala fué Adela, que desde muy temprano había comenzado á arreglarse poniéndose muy guapa con su vestido azul pálido que le iba maravillosamente.

Ya el matrimonio entre ambos era cosa tan resuelta, que debía verificarse el 22 del mismo mes, de manera que era ya recibido el abogado como novio oficial.

Se puede decir que por primera vez se encontraban los candidatos completamente sin testigos, pues si bien muchísimas veces habían tenido oportunidades de hablarse muy mano á mano, pero siempre estando en la misma habitación ó muy cerca alguno de la familia ó una amiga al menos de la joven, ahora no, ahora no había nadie, y como era natural se aprovechó el tiempo.

Lo primero que hizo Benavides fué abrazar á su novia y besarla en la frente: fué el primer beso que causó gran conmoción en la joven, haciéndola ruborizarse, pero sin ninguna protesta de su parte, ¿para qué? ¿acaso no iban á ser marido y mujer muy pronto?

—Vida mía, mi encanto, dijo él.

—Domingo. dijo ella, y no pudo pronunciar otra palabra.

Solamente al segundo abrazo ella recobró algo de fuerzas y le dijo muy emocionada:

—Vámonos sentando.

—Vamos á sentarnos.

—Si vienen, es fuerza que nos encuentren muy formalitos.

—Como siempre.

—Te estaba esperando hace tiempo.

—Hace tiempo que estaba yo también rondando la calle, pero temía anticiparme.

—¿No tienes confianza en la casa?

—Si la tengo, pero tanto Alejo como tu mamá son muy delicados, muy finos, muy correctos, y no quiero darles el menor motivo de desagrado. Demasiado veo que si consienten, es porque no les hemos dejado salida, pero si encontraran una por donde pudieran escapársenos, lo harían.

—Es verdad, dicen que soy la hija única, y á veces me hacen enternecerme viéndolos tan tristes. Todavía hoy me dijeron que las circunstancias son desfavorables para un casamiento. . . que debíamos aplazarlo.

—¿Por qué?

—Por la política. Parece que nos amenaza una guerra extranjera.

—Pero yo tengo que ver muy poco con la política.

—Dicen que no: que estás muy metido en el gobierno liberal.

—Tiene mis simpatías, en efecto, y me conviene cultivar las relaciones que sirven siempre para el buen éxito de mi profesión.

—Añaden que esta guerra que va á venir, á na-

die dejará tranquilo y menos á los amigos del gobierno liberal.

—Yo soy independiente, Adela, y venga lo que viniere, sabré conservar mi independencia.

—Ya te digo lo que piensan para que estés prevenido.

—Alejo se persuadirá, y por lo que á ti hace, te juro que aunque vinieran mil guerras juntas no me intimidarían. Una guerra más ó menos no ha de arrebatarme la felicidad que ya tengo entre las manos.

Adela se sonrió satisfecha, y luego dijo al oír el roce de un vestido:

—Ya viene mamá.

En efecto, entró Refugio sin dar á conocer que se había apresurado á vestirse para no dar lugar á que los novios estuvieran mucho tiempo solos, saludó afectuosamente y continuó una conversación ligera, no tardando en llegar Alejo, que dijo como para disculparse de su tardanza:

—Todos los que nos dedicamos al comercio, estamos ahora con mucho quehacer, arreglando lo mejor que se pueda nuestros negocios para prepararnos á la nueva trinquetada.

—Los comerciantes están siempre bien informados, ¿qué dicen?

—Dicen que la intervención de las potencias es inevitable; que el gobierno ha cometido una insigne torpeza sin necesidad, suspendiendo los pagos de la deuda extranjera oficialmente, cuando bien podía no pagar nada sin decirlo por un decreto, que era el único pretexto que se aguardaba para romper las hostilidades; causa grande alarma que los ministros inglés y francés hayan roto las relaciones, y se sabe que el conde Dubois de Saligny está com-

prado por la Casa Jecker para llevar las cosas á la extremidad, motivo por el qué lejos de mostrar el menor carácter conciliador, está llevando muy lejos sus pretensiones y sus insolencias.

—¿De manera que el comercio cree que no se conseguirá entrar en ningún arreglo con las potencias?

—El comercio está seguro de que habrá invasión y de que habrá guerra si acaso el gobierno se defiende.

—Tendrá que defenderse.

—¿Con qué recursos, con qué armas, con qué ejército?

—No sé de dónde se sacará todo eso; pero estoy cierto de que Juárez no entregará el país sin combatir.

—Eso dicen los comerciantes: Juárez es tenaz y patriota; pero si no puede acabar con Márquez, con Cobos, con Lozada y con Bueyes Pintos, ¿qué hará si se le echan encima Francia, España é Inglaterra reunidas?

—¿Tendrán tanta cobardía de reunirse todos, preguntó Adela, para venirse sobre un país tan pobre como México?

—Ese es el plan precisamente, contestó Alejo, aprovechar las dificultades en que están los Estados Unidos para venir todos juntos y repartirse á México.

—No será, Alejo, no podrá ser; los mexicanos tendremos que defendernos.

—He ahí precisamente lo que yo he estado pensando. Los que estamos casados tendremos quizás que abandonar nuestras familias para tomar las armas y los que no están casados aún, tendrán que esperarse para después que pase la tormenta.

Adela fijó una mirada llena de angustia en Domingo: éste se apresuró á contestar:

—Todavía no hay más que rumores y presentimientos. Generalmente el público hace con las noticias sensacionales la bola de nieve, que mientras más rueda más crece, llegando á darle tamaños extraordinarios. Hasta ahora, lo que se ve claro es lo siguiente: los conservadores han ido á pedir la intervención dizque para que se coloque en el trono que va á erigirse un príncipe extranjero; los ministros de las potencias, influenciados unos por el clero y otros ganados por el oro francés, han volteado sus baterías contra el gobierno y contra la misma nación, acusando al primero de inepto, de corrompido, de debil, y á la segunda diciendo que aun está bárbara y que necesita sentir sobre el cogote el tacón de un monarca enérgico y civilizado que nos haga entrar al camino de la inteligencia y el progreso; los pretextos para todo esto son la falta de pagos, el robo de los caudales que hizo Márquez en la legación inglesa y la muerte de un español en una finca desierta: en suma, parece que se quiere intervenir á mano armada para tres cosas: para que se paguen las deudas, para que se establezca un gobierno y para que los extranjeros tengan garantías. Pues bien, yo, Domingo Benavides, abogado del foro mexicano, sostengo y juro: que no habrá guerra con todas las potencias, que no podrán tener una acción colectiva por ser diversas sus pretensiones y tendencias, y que si la hay, será con alguna de ellas, y eso mientras los Estados Unidos lo permitan; y después de todo, que ninguna de esas naciones europeas que se nos echan encima está tan bollante para venir á gastar millones y millones y á dejar miles de hombres devorados por las enfermedades de las costas y acabados por las mil guerrillas que se levantarán y que no les dejarán conquistar otro terreno que el que puedan ocupar materialmente. Ha-

brá guerra tal vez, pero tendrán que pensarlo mucho, tardará algún tiempo y los que estamos en vísperas de casarnos podremos acercarnos al altar seguros de que nadie interrumpirá las ceremonias y que en un año por lo menos nadie turbará nuestra dicha.

Benavides recibió toda la aprobación de la familia y muy poco faltó para que se le dieran aplausos, especialmente por Adela que quedó encantada con la elocuencia y con la astucia del abogado que tan bien había desvanecido los argumentos del papá; en seguida se fueron todos juntos al *grito*, que se dió á las once con mucho entusiasmo, no obstante que la noche estaba muy oscura y muy lluviosa.

Eso sí, en esta vez en virtud de que los rumores habían sido persistentes respecto de la actitud amenazadora del gobierno español, y de que por la salida nada airosa del embajador Pacheco las relaciones andaban tirantes, el pueblo se dió gusto gritando con todos sus pulmones: ¡Mueran los gachupines! A nadie se hubiera matado, porque el pueblo mexicano se entusiasma mucho pero no asesina; sin embargo, los españoles en lo general se ocultaron donde se creyeron más seguros en aquella noche, porque siempre la prudencia es la madre de la seguridad, según nos enseñaron nuestros abuelos.

Naturalmente, siendo Benavides un novio ya aceptado y próximo á casarse, llevó todo el tiempo á su novia del brazo, y fué aquella de consiguiente una de las noches más felices que pasaron, porque además de hacerse las protestas de costumbre, arreglaron un porvenir color de rosa y lleno de encantos.

¡Qué habían de pensar en la tempestad que estaba rugiendo ya en el cielo de la patria! No se acordaron pa-

ra nada de la guerra que era el tema de todas las conversaciones, ¡qué habían de acordarse! pero les hizo volver á la realidad un encuentro que podía considerarse desgraciado en aquellos momentos.

Cuando iban ya de retirada, saliendo de la plaza entre el bolón, repentinamente oyeron las voces conocidas de Néstor y su esposa Amparo, quienes les invitaban para tomar alguna cosa en la Bella Unión. Ambos consortes respiraban el mayor contento, y Benavides pudo observar que Néstor hablaba con mucho interés, y casi en secreto, con Alejo, el cual lanzaba de cuando en cuando algunas exclamaciones, como las muy conocidas de ¡Ah! ¡Oh! ¿Es posible? ¡Diablo!

Lo que más le chocó á Benavides, es que Néstor y Amparo se mostraron tan festejosos hasta adelantarse á pagar el primero los gastos que se habían hecho, quitándole ese derecho á su hermano, que era el rico y que era el que siempre los hacía.

Se despidieron los importunos en la esquina de la casa del comerciante, y al llegar á la puerta, Benavides se despidió también; pero luego que entraron las señoras y mientras subían las escaleras, Alejo que lo había detenido del brazo le dijo:

—¿Oíste lo que me dijo mi hermano?

—No.

—Como sabes, está ligado con los conservadores, y en tal virtud conoce y trata á los que componen el Directorio. Dice que á pesar de la decadencia en que están las armas de la reacción; que á pesar de las frecuentes derrotas que han sufrido Márquez y los suyos; de haber sido nombrado Doblado jefe del ejército en lugar de González

Ortega; que á pesar de haber sido fusilado Marcelino Cobos y demás motivos que tendrían para desmoralizarse; que lejos de eso, todos están muy contentos porque saben de cierto que Napoleón III está ya comprometido con los obispos, generales y diplomáticos mexicanos que se encuentran en París para derribar á Juárez y para fundar un nuevo gobierno que bien podrá ser una monarquía ó un protectorado.

Se cree que Almonte vendrá á ser el Dictador sostenido por las potencias, que ya las escuadras combinadas vienen navegando, que desembarcará un ejército formidable y que seguramente todo se hará con la mayor tranquilidad, siendo una locura que Juárez quiera presentar sus chusmas mandadas por generales como Doblado ó González Ortega, que no son más que licenciados, contra cien ó doscientos mil hombres que vendrán dirigidos por mariscales y almirantes.

—En el fondo hay algo de verdad, contestó Benavides con calma; pero es posible también que se estén haciendo muchas ilusiones, como que ya no tienen otra tabla de salvación más que las armas extranjeras. Veremos, veremos.

Y se despidieron.

Ocho días después, se verificó el matrimonio del licenciado Domingo Benavides con la joven Adela Rincón en la iglesia de la Profesa, que se vió muy concurrida de comerciantes y hombres políticos con sus familias. No se oyeron en todos los labios más que frases de encomio para la feliz pareja, sobre todo á ella la encontraban hermosa, tan hermosa que no admitía ponderación. Y bien vestida. ¡vaya si estaba bien vestida! Con anticipación había encargado Domingo el traje de bodas á París, lo mismo que las otras galas.

Néstor y Amparo su mujer, aunque echando chispas porque no los habían convidado de padrinos, estuvieron en la ceremonia. Amparo no encontrando más que decir, dijo al oído de Néstor:

—¿Quién peinaría á tu sobrina tan mal? Ese ramo de azahares debía ir al lado izquierdo.

Luego que concluyó la misa y entraron los novios á la sacristia para recibir las felicitaciones de la concurrencia, Amparo y Néstor se unieron á la familia; allí estaban también las hermanas de Domingo á las que dijo Amparo:

—¡Qué suerte ha tenido Benavides! Mujeres ricas y hermosas como mi sobrina, no se encuentran á la vuelta de cada esquina.

—Ambos van á ser muy felices, contestó Tomasa con prudencia.

Hubo banquete en la casa de Alejo, á que concurrieron los parientes y amigos de mayor confianza. Al oscurecer, se despidieron los recién casados para irse á su nido de amor que había preparado Domingo allí cerca: era una casa chica, pero sola y con todas las comodidades.

Una vez solos, él la estrechó en sus brazos diciendo en un suspiro.

—¡En fin!

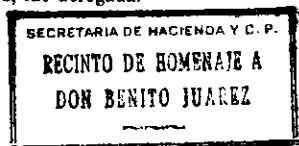
Ella sólo contestó.

—¡Soy tuya!

En la política, el congreso había reprobado el contrato Wyke-Zamacona que mereció los más duros calificativos.

El ministro inglés había dirigido á Juárez un ultimatum.

La ley de 17 de Julio, que había sido si no el motivo, el pretexto de los escándalos, fué derogada.



Sin embargo de que el gobierno estaba haciendo todo lo que era compatible con su dignidad para salvar la crisis, el público decía.

—¡Cuántas torpezas está haciendo el gobierno!
Pero ¿cuáles eran esas torpezas?





CAPITULO XLVII.

Amenazas europeas.

EN menos de tres años de gobierno, don Benito Juárez había cambiado nueve ministerios, desfilando por su administración de cuarenta á cincuenta personas de las más notables en el periodismo, en la tribuna, en el foro y en la banca. La banca consistía entonces en los contrabandos que se hacían por Tepic, lo cual hizo figurar en el ministerio de Hacienda á don Gabriel Castaños que fracasó en el primer enjuague financiero.

Esas sesenta personas habian naturalmente ejercido mayor ó menor influencia en el gobierno; pero en los negocios graves siempre se hacía notar el carácter inflexible, vigoroso, enérgico, verdaderamente acerado del indio oaxaqueño.

Así fué como lo encontraron, firme como si fuera un hombre de granito, don Santos Degollado y González Or-

toga, que cuando eran los ídolos del pueblo, recibieron muestras patentes de su incommovible serenidad: el primero siendo eliminado de la secretaría de guerra y haciéndole sufrir un proceso; el segundo cuando le hizo presente que no lo necesitaba en el poder y le dejó sin el mando de las armas.

Así fué también como lo encontró impasible el vendabal furioso con sus avalanchas de escuadras extranjeras que amenazaban venir á barrerlo con todo y sus pobres legiones y cuanto les opusiera á su paso.

En los fines de 1861, cuando las potencias europeas se habían propuesto resueltamente venir á concluir con nuestra anarquía que decían era endémica, haciendo con ello una obra de caridad á la civilización; cuando venían á establecer un gobierno fuerte que diera garantías á los extranjeros; cuando venían en suma á cobrarse por la fuerza lo que nadie se negaba á pagarles, era cabalmente en los momentos en que la reacción sólo estaba representada por unas cuantas partidas de bandoleros que se ocultaban en los montes; cuando los extranjeros disfrutaban de mejores consideraciones que los nacionales, y cuando el gobierno, un poco libre ya de las calamidades que habían estado gastando sus energías, sus fuerzas y sus recursos, se preparaba á dar satisfacción á los tratados que ni siquiera eran suyos, sino carga que le había dejado la reacción conservadora, pagando las deudas que se habían contraído sin otro fin que ensangrentar el suelo de la patria.

El palacio nacional se veía en esa época más concurrido que nunca: eran tantos y tan variados los rumores que circulaban, era tanto lo que se decía respecto de lo que se proponían hacer con nosotros Francia, Inglaterra y España, particularmente la última, que aseguraba era la

más decidida á aniquilarnos, tomando la revancha de lo que habían hecho Hidalgo; Morelos, Iturbide y Guerrero, eran tan interesantes. También los asuntos que debatía el Congreso, que la curiosidad, el interés, el temor ó el entusiasmo hacían que toda clase de personas recorrieran casi en tropel los corredores de Palacio, formándose grupos aquí y allá que discutían con calor los negocios públicos, cruzándose sin término desde por la mañana hasta por la noche, las más variadas opiniones y noticias.

Una mañana apareció allí un hombre de buen aspecto, vestido de general, acompañado de dos oficiales, que llamó mucho la atención porque llevaba una pierna de palo apoyándose en un bastón y era saludado con mucho respeto por los oficiales que lo encontraban al paso.

—¿Quién es ese? preguntó el diputado Buenrostro.

—¡Cómo! ¿no lo conocen ustedes? contestó Ordorica que había sido coronel de guardia nacional, es el general López Uruga.

—¡Ah! el que cayó herido en poder de Woll en Guadalupe cuando atacó aquella plaza.

—El mismo.

—Este general no había vuelto á figurar desde la guerra de tres años, dijo Méndez.

Entonces el primer diputado exclamó dándose una palmada en la frente:

—Ya sé: viene á ofrecer su espada á don Benito Juárez para el caso de que haya guerra extranjera.

—¿Y qué noticias hay ahora? preguntó Bustamante.

—Acabo de estar en Relaciones, contestó Buenrostro, y he visto una copia de las instrucciones comunicadas por el gobierno español al capitán general de Cuba don Francisco Serrano.

—¿Pero se mandaron ya oficialmente á nuestro gobierno?

—No: las consiguió un agente mexicano en Madrid y las mandó con mucha reserva.

—¿Y qué dicen?

—Que se aliste para venir con veinticinco embarcaciones y una tropa de desembarque de seis mil hombres al puerto de Veracruz, ocupándolo como prenda pretoria mientras se cumple con los siguientes puntos. 1°. Satisfacción por la expulsión del embajador Pacheco. 2°. Reconocimiento del tratado Mon-Almonte. 3°. Indemnizaciones por todas las quejas de súbditos españoles. 4°. Pago de las deudas que hubiere pendientes. 5°. Indemnización por una fragata *Concepción* que se perdió en las aguas mexicanas. 6°. Y lo demás que se vaya ofreciendo.

—Aseguro que á esos seis mil hombres nos los comemos aquí, dijo el coronel Ordorica.

—Pero en todo ello no hay nada que amerite una guerra internacional.

—Dicen que no vendrán los españoles en son de guerra, sino que solamente vienen á hacernos una demostración.

—Si vienen á las aguas de Veracruz una escuadra y además veinticinco embarcaciones con tropas de desembarque, es claro que tiene que haber una agresión, y habiendo una agresión, ésta da derecho á la justa defensa. Si llegan á romperse las hostilidades, ¿quién será capaz de decir á dónde se puede llegar?

—¡Y todavía si viniera España sola!

—Es claro que no viene sola; pero quiere ser la primera con el fin de adquirir mayores ventajas.

—A mí se me figura, dijo Juan Bustamante, puede

ser esto sólo un buen presentimiento, que de quien menos debemos desconfiar y de quien menos debemos temer es del gobierno español que todo se ha de volver bravatas. Para mí los peligrosos son los franceses y los ingleses, cuyos ministros han tenido para nosotros no solo animosidad, sino verdadera rabia.

—¿Pero no ha visto usted, don Juan, como nos ponen los periódicos madrileños? Lo menos que dicen es que necesitamos nueva conquista para que aprendamos á fuerza del látigo á ser cultos, á ser honrados, á saber tratar á los extranjeros y á saber gobernarnos.

—El caso es que España nada tiene que reclamar.

—Y las otras naciones, ¿qué tienen? pretextos, solamente pretextos, porque el poco dinero que se les debe, sobre todo á Francia que apenas monta á unos cuantos miles de pesos, sin incluir los asquerosos bonos de Jecker que trae en el bolsillo su patrono Dubois de Saligny, no compensa los enormes gastos que tienen que hacer para traer expediciones armadas.

—El ministro francés, Mr. Dubois de Saligny, es el peor enemigo que tiene México: casi se puede decir que á él debe el gobierno y la nación las terribles dificultades que se vienen encima.

—Sí, porque en realidad Sir. Ch. Wiyke se ha mostrado algo conciliador, y tal vez es el diplomático que ha dado á su gobierno los informes menos ofensivos para nosotros.

—De quienes ha informado mal diciendo que son unos ladrones, ha sido de Márquez y Miramón, por el robo del dinero de la legación inglesa.

—Sea como fuere; señores, dijo Buenrostro, estamos sobre un volcán.

—¿Y qué jaez de pájaro es el general español don Francisco Serrano que parece es el que han nombrado para venir á combatirnos? preguntó Ordorica.

—No ha de ser de seguro otro Hernán Cortés, contestó Méndez.

—Yo lo conocí cuando estuve en la Habana, dijo Bustamante, tiene los bigotes recortados, los labios gruesos, feo, tiene una fisonomía patibularia.

—Yo preguntaba respecto de sus dotes militares:

—Es uno de los favorecidos de la Corte y nada más.

En esos momentos se agregaron al grupo los diputados Goytia y Ruiz que salían de la Presidencia, y dijo el primero:

—Serán ustedes los primeros que sepan la noticia: no está declarada la guerra de una manera oficial; pero el gobierno tiene noticia de que se están haciendo grandes aprestos militares en la Habana; y que de un momento á otro se hará al mar, si no se ha hecho á estas horas; una poderosa expedición compuesta de quince buques de guerra y de un gran número de embarcaciones con tropas de desembarco. El general Uruga ha sido llamado por el Presidente para encargarle el mando del ejército; y saldrá hoy mismo ó mañana á preparar la defensa nacional.

Por más que estuvieran aquellos diputados muy hechos á todas las sorpresas, á todas las noticias alarmantes y á todas las situaciones difíciles, no dejaron de impresionarse penosamente con aquellas palabras, y Ordorica fué el único que pudo decir con entereza:

—Nos defenderemos... Lo que es de lamentarse es que estemos desunidos los mexicanos. Por una parte están los conservadores y clericales debilitando al gobierno con todas sus guerrillas que es fuerza perseguir, y por otra, has-

ta; nosotros los diputados estamos divididos en juaristas y orteguistas. Si no fuera eso:

— Si no fuera eso, siempre seríamos débiles para luchar contra toda la Europa; pero ya costaría trabajo reducirnos si peláramos como un solo hombre.

— El patriotismo hará que todos vengan al lado de Juárez que es la cabeza de la Nación, prorrumpió Ordorica con fuego:

— Así debía ser, dijo Goytia, pero precisamente acabo de saber en la Presidencia que hay un padre Miranda en la Habana que está mandando cartas á los jefes conservadores diciéndoles que en caso de invasión se pongan del lado de las tropas invasoras.

— ¡Traidor infame! volvió á exclamar Ordorica.

Frente á frente de este grupo de diputados juaristas, había otro pequeño grupo de orteguistas, que formaban por entonces el partido de la oposición, quienes sin dejar de profesar los mismos principios liberales, habían firmado una representación que le llamaron la de los cincuenta y uno, pidiendo á Juárez que se separara del poder y lo dejara en manos de González Ortega.

Se había formado este partido en la Cámara, en el público y aun en el ejército, así por los laureles de las victorias que había ganado el general zacatecano, pues los mexicanos siempre nos hemos deslumbrado más de lo debido por las glorias militares, como porqué se creía que en el gobierno se habían sucedido los desaciertos por la ineptitud unas veces, y otras por las debilidades y condescendencias de los diversos personajes que habían desfilado por la Presidencia como ministros.

Juárez no sabía reírse, y por eso no se rió de aquel partido personalista que quería llevar al poder á un hom-

bre que no tenía más méritos ni más antecedentes que haberle sonreído la fortuna en tres hechos de armas en que poco tuvo que poner de su parte, lo mismo que Iturbide cuando venció al poder virreinal que estaba de antemano vencido; pero si no lanzó Juárez una carcajada de las que llaman homéricas al recibir la representación de los 51, si permaneció ante ellos con su impassibilidad de costumbre, y cuando se le pidió un acuerdo sobre aquel asunto, respondió que no se contestaban impertinencias.

En el grupo de los orteguistas estaban Saborío, Tovar y Rojas. También habían visto entrar al general Uruga á la Presidencia hacía más de una hora, y también andaban por allí á caza de noticias para transmitir las á su jefe quien se encontraba por entonces un poco retraído de los negocios públicos, á lo menos en la apariencia.

—Al pasar por allí, les dijo Saborío señalando al grupo enemigo, he oído que Goytia daba una noticia que me ha llamado mucho la atención.

—¿Cual? preguntó Rojas.

—Que el general Uruga ha sido nombrado jefe del ejército.

—Eso no puede ser, exclamó Tovar, á González Ortega es á quien corresponde de derecho repeler la invasión extranjera en el caso de que la haya.

—Pero también el general ha renunciado á todo, dijo con tristeza Saborío, ¿cómo Juárez que es tan orgulloso ha de ir á buscarle la cara?

—Pero al menos debía llamarlo y decirle: Se trata de esto, ¿quiere usted ponerse al frente de la defensa nacional? Y sólo en el caso de que el general no aceptara podría fijarse en otra persona.

—También es verdad que don Benito le tiene mucho miedo, observó Tovar.

—González Ortega no es desleal.

—Bueno: eso lo sabemos nosotros; pero quite usted de la cabeza á Juárez que amà la silla como si fuera la hija de sus entrañas, que el nuestro quiere quitársela, como de hecho se la quitará, en el momento que se le antoje.

—Cuando menos sabe que no abusará nunca del mando de las armas.

—Siempre es para él un rival peligroso, dijo Rojas.

—Se me figura que tienen que terminar todas las rivalidades desde el momento en que nos amenaza una guerra extranjera, dijo por su parte Saborio.

—¿Y qué hay de noticias?

—Hay la mar de noticias en los periódicos extranjeros y principalmente en los americanos, contestó Rojas. El ministro de la guerra tiene más de veinte marcados de rojo en que se hacen toda clase de apreciaciones muy desfavorables de nosotros. Los periódicos españoles nos dirigen insultos, los franceses amenazas, los ingleses lecciones de formalidad y los americanos predicciones nada consoladoras. Los que nos hacen más favor, dicen que somos ingobernables y que nos hace falta un protectorado. En lo general dicen que debemos desaparecer como nación y depender como colonia de alguna potencia que nos cobije con sus alas de madre.

—Poco importa lo que digan los periódicos, lo que nos interesa es saber lo que hacen los respectivos gobiernos.

—Después de haber roto las relaciones diplomáticas los ministros inglés y francés, después de haber arreado las banderas de las legaciones y haber cerrado éstas, des-

pués de haber sido expulsado el embajador español por nuestro gobierno las consecuencias están indicadas; dijo Saborio suspirando.

—Pero los ministros diplomáticos no son los gobiernos mismos, objetó Tóvar.

—Los ministros no dan paso ninguno sin instrucciones de sus respectivos gobiernos, contestó Rojas.

—Con nosotros han estado no solamente tirantes, sino muy hostiles, dijo Saborio bajando la voz como temeroso de que se le oyera, yo sé de cierto que nos han levantado mil calumnias, que han agrandado cuanto han podido sus respectivas reclamaciones, que han estirado la cuerda demasiado con la idea fija de hacerla que se reviente y, así, tendrá que venir la guerra porque la quieren los ministros, porque ya nos han amenazado con ella principalmente Dubois de Saligny.

—¿Es cierto eso?

—Me lo ha referido el mismo general. En una conferencia oficiosa que tuvo con ese diplomático, éste le dijo poco más ó menos: «no hay arreglo posible con ustedes, porque no tienen manera de garantizarnos ninguna de nuestras reclamaciones ni con los Estados Unidos que también van á ser aniquilados por Europa. El emperador tiene ya en sus manos los destinos de México, y así como se propuso ser el árbitro de los de Italia y lo fué, así lo será de esta nación. El emperador tiene una voluntad de hierro. Ya dijo que se la van á pagar ustedes y se la pagarán.»

—¿Al general González Ortega le habló en esos términos Saligny?

—Sí, señores.

La conversación fué interrumpida por la aparición del general Uruga que salía de la Presidencia acompañado

de muchos militares. Cuando estuvo en medio de los grupos de diputados y demás políticos que pululaban en los corredores, buscando una cara conocida, y en ese momento se fijó en Ordorica á quien no veía desde Guadalajara:

—Coronel, le dijo, supongo que se vendrá usted conmigo.

—¿A dónde, mi general?

—A la campaña de Veracruz. El gobierno me ha hecho el honor de nombrarme general en jefe de nuestras tropas.

—¿De modo que está declarada la guerra? preguntó uno de los diputados.

—Todavía no; pero ya hasta en notas oficiales se nos amenaza con que viene á devorarnos la Europa.

El general Uraga se alejó riéndose, y los diputados se despidieron con caras compungidas.

Los sucesos se precipitaron como nadie se lo esperaba. Los españoles, contra su costumbre, desplegaron una actividad extraordinaria, siendo su voluminosa escuadra la primera que se presentó en las aguas de Veracruz, pues les corría prisa, según dijeron, tanto porque era fuerza anticiparse á los nortes, como para salvar á los súbditos extranjeros que estaban en peligro de ser asesinados en Veracruz.

El comandante general de marina, don Joaquín Gutiérrez de Rubalcaba, que tenía el mando en jefe de la expedición, dirigió al general Llave, gobernador de Veracruz, un *ultimatum* mencionándole la larga serie de agravios que se proponía vengar en México el gobierno de S. M. C. y que así para obtener cumplida satisfacción por tantos ultrajes, como para hacer cumplir los pactos y asegurar las debidas consideraciones para lo futuro, tenía que ocupar la plaza de Veracruz y el Castillo de San Juan de Ulúa. Si en

24 horas no se hacía la entrega ni se recibía contestación, comenzarían las hostilidades.

Todo el mundo se fué de espaldas: los mismos ingleses y franceses que estaban ya en Veracruz se preguntaban: ¿cómo se procede así sin previa declaración de guerra? ¿por qué es el comandante el que firma el *ultimatum* y por qué lo dirige á un gobernador? ¿por qué se anticipa á la acción de las otras naciones que debe ser combinada con ellas según el tratado de Londres?

Y los mexicanos por su parte también se preguntaban: ¿qué significa ese atrabancamiento? ¿para qué se obra con precipitación y sin ningunas formalidades? ¿Se quiere, pues, la guerra á todo trance sin dar entrada á ninguna explicación ni á ningún arreglo? ¿cuáles son los pactos que no se cumplen, los ultrajes de que se quejan, los españoles que se han asesinado, las deudas que no se quieren pagar y los demás motivos poderosos que puedan existir, para que sin más ni más nos rompamos las cabezas?

Llave contestó que ya transmitía las notas al jefe de la Nación, y que respecto á garantías de los extranjeros, las tenían mayores que los mexicanos no sólo en Veracruz, sino en toda la República.

El gobierno de México dijo al de Veracruz: «Ajeno sería del gobierno de la República dirigirse á un jefe que, salvando las formalidades del derecho de gentes, comienza intimando la entrega de una plaza. El grito de guerra que la Nación ha lanzado espontáneamente, marca al gobierno el camino que debe seguir, y no será el Presidente el que retroceda delante de una invasión extranjera; con tanta más razón, cuanto que en el caso, México no hace más

que rechazar la fuerza con la fuerza, usando de su derecho natural é incontrastable.»

Sin embargo, la prudencia aconsejó retirarse por el momento, dejando abandonados á los españoles el casti-tillo de Ulúa y la plaza de Veracruz, porque se temía que una vez disparado el primer cañonazo, no se sabría cuándo se tendría que disparar el último. Por otra parte, se abrigaba la esperanza de que Inglaterra y Francia no aprobarian aquel modo atropellado de proceder tan fuera de los usos internacionales, por más que se tratara de un pueblo pobre, desangrado con los discordias intestinas é inerme casi ante tantos desastres. Era necesario agotar la paciencia y el sufrimiento, hasta que ya no quedara más recurso que defenderse hasta morir.

Un general español, Gasset, fué el que ocupó la plaza de Veracruz, y en su proclama dijo que veía en aquellas playas las huellas de Hernán Cortés.

Pero eso no era nada: los ministros inglés y francés se retiraron de Mexico por esos días, rompiendo toda clase de relaciones con el gobierno, para irse á Veracruz á reunirse con sus escuadras y desde allí fulminar sus rayos contra el gobierno de don Benito Juárez, á quien aborre-cían, y contra la Nación, á la cual despreciaban.

En Veracruz fué donde se acabó de formar el com-plot que debía devorarnos, y de donde la Europa, repre-sentada por ministros, mariscales, almirantes y generales, nos mandó sus amenazas de muerte.



CAPITULO XLVIII.

¡ A la guerra !

EL gobierno no se cruzó de brazos ante la actitud de las tres grandes potencias que se presentaban en son de guerra, sin ninguna declaración anterior, sin ningún rompimiento formal, sin el menor pretexto plausible para apoyar el paso que daban en algún hecho concreto como es de uso no sólo entre las naciones cultas, sino aun entre los mismos particulares, que nunca se van á las manos sin motivo.

El pretexto que había hecho jugar en la intriga el gobierno de Napoleón III, ganado por la casa de Jecker, que era la suspensión de pagos, ya no existía, porque se había derogado la ley que la decretaba y el gobierno no se negaba á pagar, sólo pedía esperas como lo hace todo aquel que no tiene de pronto fondos en caja; pero que está seguro de poder proporcionárselos más tarde. El gobierno expidió los decretos correspondientes cerrando el puerto de Veracruz, decla-

rando incursos en la pena del delito de traición á la patria. á los que se unieran á los invasores, llamando á todos los mexicanos que lo estaban combatiendo con las armas en la mano por medio de una amnistía amplia, y autorizando á los gobernadores para que dispusieran de las rentas federales á fin de que mandaran sus contingentes para armar á cincuenta y seis mil hombres que era por de pronto el ejército que se necesitaba para lanzarlos contra las huestes extranjeras que entre todas apenas pasaban de unos diez mil hombres.

El capitán Julio Robles ocupaba un cuarto en una casa de huéspedes justamente en frente del Palacio; tenía el balcón abierto, y en ese momento el joven, con los codos clavados sobre una mesa y sosteniendo ambas mejillas con las manos, contemplaba melancólicamente aquel edificio que quién sabe si por poco tiempo lo seguiría ocupando Juárez con sus ministros, siendo tal vez substituido por los extranjeros que sólo porque eran fuertes querían aplastar á los débiles, sin más razón que el poder, el dinero y la fuerza.

—¡Mejor quemarlo antes! exclamaba el joven interiormente.

Fué sacado de sus meditaciones por la irrupción que hicieron el Capitán Luis Velázquez y otros dos oficiales que le acompañaban.

—En nombre de Napoleón, rinda usted las armas, le gritó su amigo poniéndole jovialmente una mano sobre las espaldas.

Robles se levantó de un brinco á impulsos de una impresión momentánea, todos se rieron, se dieron las manos y él les dijo:

—En eso estaba pensando cabalmente: en las angus-

tias que estarán pasando los hombres que gobiernan dentro de aquel palacio con el chubasco que se les ha venido encima.

—¿No has visto el manifiesto de Juárez? le preguntó Velázquez.

—No.

—Aquí lo trae el teniente Montero en el *Siglo* que acaba de comprar allá abajo, y hemos subido para que lo leamos juntos.

—Bien, bien: á leerlo, pues.

—Que lo lea Tapia que tiene buena entonación.

Tapia se arrellenó en una silla, y leyó lo siguiente que fué oído con atención profunda:

«Mexicanos: Los anuncios de la próxima guerra que se preparaba en Europa contra nosotros, han comenzado por desgracia á realizarse. Fuerzas españolas han invadido nuestro territorio; nuestra dignidad nacional se halla ofendida, y en peligro tal vez nuestra independencia. En tan angustiadas circunstancias, el gobierno de la República cree cumplir con uno de los principales deberes, poniendo á vuestro alcance el pensamiento cardinal que deberá ser la base de su política en el presente negocio. Se trata del interés de todos; y si, pues, todos tienen la obligación, como buenos hijos de México, de contribuir con sus luces, con su fortuna y con su sangre, á la salvación de la República, todos tienen igual derecho á instruirse de los acontecimientos y de la conducta del gobierno.

«El día 14 del presente mes el gobernador del Estado de Veracruz ha recibido una intimación del comandante de las fuerzas navales españolas, para desocupar aquella plaza y la fortaleza de Ulúa, que el mismo comandante

anuncia conservar como prenda, hasta que el gobierno de la reina de España se asegure de que en lo futuro será tratada la nación española con la consideración que le es debida, y de que serán religiosamente observados los pactos que se celebren entre ambos gobiernos. Anuncia también el jefe español que la ocupación de la plaza y del castillo servirá de garantía á los derechos y reclamaciones que contra el gobierno mexicano tengan que hacer valer la Francia y la Gran Bretaña.

«Los fundamentos de esta agresión son inexactos, á saber: los agravios inferidos al gobierno de S. M. C. por el gobierno de la República, y la ciega obstinación con que el gobierno de México se ha negado constantemente á dar oídos á las justas reclamaciones de España.

«La conducta invariable del gobierno mexicano no permite á los ojos imparciales de la justicia, dar ascenso á semejantes imputaciones. Al gobierno español, desde el tratado de paz de 1836, siempre se le ha considerado como el de una potencia amiga y relacionada con México por medio de vínculos especiales, sin que contra esta verdad pueda emplearse hoy como una objeción fundada el hecho de la expulsión del embajador español, pues que bien sabidas son las circunstancias especiales de ese caso, y bien sabida es, no menos, la disposición que el gobierno tuvo y tiene aún de dar sobre el particular las explicaciones más racionales y convenientes, reducidas en pocas palabras á la necesidad de separar del territorio nacional á un funcionario extranjero que vino decididamente á favorecer á los fautores principales de la rebelión contra las autoridades de la República. El gobierno hizo uso entonces de un derecho que tienen y ejercen todas las naciones, y que ha ejecutado la España repetidas veces; pero manifestando al

mismo tiempo, que esa determinación en nada afectaba las buenas relaciones que existían y que quería conservar con la nación española.

«Las violencias cometidas contra súbditos españoles no son tampoco hechos que se puedan presentar en contradicción del propósito de mantener la mejor armonía con aquel gobierno, porque esas violencias sólo han sido las consecuencias inevitables de la revolución social que la nación inició y consumó para extirpar los abusos que habían sido la causa perenne de sus infortunios: consecuencias que, á su vez, han sufrido nacionales y extranjeros, sin ninguna distinción de su respectiva nacionalidad. Y si alguna mayor parte de esas desgracias ha recaído sobre súbditos españoles, ¿no ha podido esto provenir de que el número de los residentes en la República es también mayor que el de los de otra nacionalidad? ¿No ha podido provenir de que los españoles, más que ningunos otros extranjeros, han tomado y toman parte en nuestras disensiones, en las cuales muchos de ellos han desplegado un carácter sanguiinario y feroz?»

«Sin embargo, las diversas administraciones que se han sucedido han escuchado siempre todas las reclamaciones de la legación española, y han acogido favorablemente las que han visto apoyadas en algún principio de justicia.

«Con mucha anterioridad al reconocimiento de nuestra independencia, el Congreso mexicano hizo nacional la deuda contraída por el gobierno español, aunque gran parte de su monto se había empleado en combatir nuestra misma independencia, y otra parte no menos considerable se había destinado á los compromisos europeos del monarca español.

«Con posterioridad se dió el carácter de convención

al arreglo de las reclamaciones españolas; pero aclarado después, que algunos de los súbditos españoles interesados en ellas, abusando de la buena disposición del gobierno de la República, introdujeron créditos cuantiosos, que evidentemente no tenían las calidades exigidas por la convención, el gobierno mexicano ha hecho esfuerzos en solicitud de que se rectifiquen esas operaciones, reduciéndolas á términos justos y equitativos.

«Por lo demás el gobierno ha estado y está dispuesto á satisfacer todas las reclamaciones justas, hasta donde lo permitan los recursos de la nación, bien conocidos de la potencia que hoy la invade. Todas las naciones, y muy particularmente la España, han pasado por épocas de escasez y de penuria, y casi todas han tenido acreedores que han esperado mejores tiempos para cubrirse. Sólo á México se le exigen sacrificios superiores á sus fuerzas.

«Si la nación española encubre otros designios bajo la cuestión financiera, y con motivo de infundados agravios, pronto serán conocidas sus intenciones. Pero el gobierno, que debe preparar á la nación para todo evento, anuncia como base de su política: que no declara la guerra, pero que rechazará la fuerza con la fuerza hasta donde sus medios de acción se lo permitan. Que está dispuesto á satisfacer las reclamaciones que se le hagan, fundadas en justicia y en equidad, pero sin aceptar condiciones, que no puedan admitirse sin ofender la dignidad de la nación ó comprometer su independencia.

«Mexicanos: si tan rectas intenciones fuesen despreciadas; si se intentase humillar á México, desmembrar su territorio, intervenir en su administración y política interior, ó tal vez extinguir su nacionalidad. yo apelo á vuestro patriotismo y os excito á que deponiendo los odios y ene-

mistades á que ha dado origen la diversidad de nuestras opiniones, y sacrificando vuestros recursos y vuestra sangre, os unáis en derredor del gobierno y en defensa de la causa más grande y más sagrada para los hombres y para los pueblos: en defensa de nuestra patria.

«Informes exagerados y siniestros de los enemigos de México, nos han presentado al mundo como incultos y degradados.

«Defendámonos de la guerra á que se nos provoca, observando estrictamente las leyes y usos establecidos en beneficio de la humanidad. Que el enemigo indefenso, á quien hemos dado generosa hospitalidad, viva tranquilo y seguro bajo la protección de nuestras leyes. Así rechazaremos las calumnias de nuestros enemigos, y probaremos que somos dignos de la libertad é independencia que nos legaron nuestros padres.

«México, Diciembre 18 de 1861.—*Benito Juárez.*»

—¡Canastos! exclamó Robles. . . y no pudo decir más porque se le ahogaron las palabras en la garganta y le aparecieron las lágrimas en los ojos.

—Eso está muy claro, muy bien dicho y muy conmovedor.

—Yo les hubiera dirigido á los invasores una proclama más templada: eso está escrito con agua tibia, exclamó Luis.

—Es preciso ser justos, dijo Robles repuesto ya de su emoción, no hay fuego ni exaltación; pero sí la serenidad del que se dispone al sacrificio, del que va á la lucha sin muchas esperanzas de vencer. Se nos vienen encima tres grandes naciones, cada una de las cuales tiene diez veces

más elementos que nosotros y sería ridículo que las recibiéramos con baladronadas.

—Pero si Juárez dice que vamos á rechazar la fuerza con la fuerza, ¿por qué se les han dejado sin pelear el Castillo de Ulúa y la plaza de Veracruz?

—Eso no lo dice Juárez en su proclama, en efecto, contestó Robles á Tapia que fué quien hizo la pregunta; pero entiendo ó que no había preparativos para la defensa ó que no se quiso que fuera México quien disparara ó quien diera motivo para disparar el primer cañonazo.

—Ha de haber sucedido lo de siempre, exclamó Montero, han de haber faltado los viveres, las municiones y el dinero.

—Los condenados *mochos* son los que tienen la culpa de todo, exclamó el capitán Luis Velázquez, ellos que no han dejado al gobierno hacer los preparativos convenientes para la defensa nacional.

—A propósito, preguntó Robles, ¿ya vieron ustedes la proclama que ha mandado circular desde Ixmiquilpan el general Zuloaga?

—No.

—Es lástima que no la tenga á la mano. Dice que las escuadras extranjeras sólo vienen á poner en cintura á la facción demagógica; que no es á su *gobierno* á quien vienen á hostilizar, sino todo lo contrario, á sostenerlo, restaurándolo en el Palacio Nacional de donde fué arrojado por el general Miramón.

—¡Canalla! exclamó Velázquez dando rienda suelta á su indignación.

—¡Qué desgraciado es México! exclamó á su vez Tapia: en la guerra de la conquista fueron traidores los tlaxcaltecas; en la guerra de la independencia fueron traidores

todos los obispos, Iturbide y cuantos mexicanos estaban al servicio de los virreyes; en la invasión americana, el mismo que ejercía el mando supremo de la República, y ahora todos esos desgraciados que están ya preparándose para ir á besar el látigo con que les han de azotar el rostro los extranjeros.

—¿No habrá, pues, servido de nada la amnistía tan amplia que se ha dado para que todos los que quieran se presenten á defender la nacionalidad, aunque hayan combatido al gobierno? preguntó Robles.

—Se han presentado unos cuantos; pero Mejía, Márquez, Zuloaga, Cajiga, los Cobos, Vicario, Cadena, Rivas, Lozada y otros cien comandantes más, aunque ya sólo con guerrillas más ó menos numerosas, siguen merodeando por distintos lados, según veo en este mismo número del *Siglo XIX*, en que está el manifiesto, contestó Velázquez.

—Lo que siento, dijo Tapia, es que se haya dejado aquí nuestro cuerpo de guarnición.

—Por eso se llama «Fijo de México.»

—Ya nos tocará pelear á las órdenes de Zaragoza ó de algún otro jefe, contestó Velázquez; una vez que comience la guerra, sabe Dios cuándo terminará.

—Pero yo quisiera estar con el general Uraga al frente del enemigo.

En ese momento se presentó el ayudante del Batallón.

—Me alegro de encontrarlos á todos reunidos, les dijo, el coronel les manda decir que se alistén para marchar mañana.

—¿Mañana? preguntó el capitán Robles.

—Sí: nos vamos á incorporar con el contingente de Querétaro que llegó hoy, mandado por el general Arteaga.

—Ya conozco al general Arteaga, saltó diciendo Velázquez, un gordo muy vivo de genio, pero de buen fondo y todo un valiente.

Todos brincaban casi de alegría; sólo Robles estaba un poco mustio. Le preguntó Velázquez qué tenía y le contestó al oído.

—Hombre, me estoy enamorando de Elvira, y se me figura que ella va á recibir buen golpe cuando sepa que nos vamos.

—También mi Eva derramará las de San Pedro; pero hijo, ¿para qué se andan enamorando de militares, y menos en estos tiempos de revueltas?

Propuso Tapia que se fueran todos juntos á comer bien por última vez reunidos en la Capital, en una fonda, y aceptaron los otros, menos el ayudante, diciendo que todavía tenía que cumplir muchas comisiones.

—¿Y la despedida? preguntó Robles á Velázquez.

—Esa la dejamos para la noche.

—Está bien: váyanse á la fonda de la Estrella, allí los alcanzo dentro de diez minutos: quiero escribir dos letras.

Cada cual dirigió una broma al enamorado Robles, y luego se fueron riéndose á carcajadas y haciendo por las escaleras un ruido infernal.

En efecto, Robles que era cumplido caballero, juzgó necesario prevenir de su marcha á su novia Elvira, anunciándole que en la noche iría á despedirse acompañado de su amigo Velázquez.

La comída de los cuatro oficiales pertenecientes al mismo Batallón, y amigos casi inseparables, fué estrepitosa, pues que para las últimas libaciones hubo otros agregados que llevaron su contingente de noticias con referencia

á movimientos militares, á sacrificios enormes que hacia el gobierno para la defensa nacional, á lo poco prevenida que estaba la Nación para una guerra formidable, en que tan inferior se encontraba en trenes, armamento, municiones, equipo y disciplina del ejército, que debía constar de cincuenta mil soldados improvisados, no habiendo por de pronto ni diez mil en buen pié de guerra, etc., etc. ¿Por qué estos oficiales subalternos que rara vez se ocupan en otra cosa más que de ir á donde los mandan, ahora discutirían de esta manera, analizando detalles? Por dos razones muy sencillas: porque se trataba del problema de vida ó muerte para la República que andaba en todas las bocas y todos discutían, y además porque acababan de adquirir alguna experiencia en los campos de batalla en tres años de luchas en que vieron con sus propios ojos las ventajas que obtuvo siempre Miramón con menos tropas generalmente, pero bien armadas, organizadas y fogueadas. ¿De qué elementos se necesitaría para repeler la invasión de tres naciones poderosas, aunque de pronto sólo estuvieran representadas por quince ó veinte mil hombres?

No obstante, los brindis con que terminó la pequeña fiesta, fueron tan belicosos como entusiastas, y principalmente el de Robles, que dijo:

—Brindo porque el fin de esta guerra, en que muchas veces tendremos que ser vencidos, sea como el de la anterior, porque salgamos victoriosos, y que si no perdemos la vida, como no la hemos de perder, porque cosa mala nunca muere, volvamos con la banda de coroneles.

¡Cómo lo aplaudieron y cuántas veces después recordaron este brindis dicho en la víspera de los grandes acontecimientos!

La familia Fregoso estaba consternada con la noticia

de la marcha de los oficiales, especialmente Elvira y Eva.

Hacia pocos meses que los habían conocido y que los estaban tratando; pero ¡eran tan simpáticos!

La familia Fregoso se componía de las dos hermanas que hemos dado á conocer al lector, de la madre, viuda del comandante don Antonio de aquel apellido, y del joven Aurelio, de diecinueve años, cuyo sueldo en una casa de comercio, unido á los productos del trabajo manual de las tres mujeres, proporcionaba lo suficiente para que vivieran los cuatro muy modestamente, pero con descanso, ocupando su respectiva viviendita en una casa de vecindad que les ganaba doce pesos, renta equivalente entonces á la de cuarenta pesos en los tiempos en que se hace el presente relato.

Quando nuestros dos oficiales se presentaron en la casa al obscurecer, los cuatro miembros de la familia estaban alumbrados con una lámpara en torno de la mesa redonda, Aurelio leía un libro en voz alta y la madre y las dos hijas trabajaban en sus costuras.

—Venimos á despedirnos, dijo Velázquez.

—¡Ay, sí! contestó Eva, ¡se van mañana!

Elvira levantó los ojos preñados de lágrimas y no pudo hablar. Robles tenía una de sus manos entre las suyas.

—Salimos hasta las tres de la tarde.

Entonces se siguió hablando de la vida azarosa de los militares, de los grandes peligros que iban á correr, de las pocas probabilidades del triunfo, de la miseria en que se encontraba el gobierno, de lo mal pagadas que estaban las tropas, de las pocas esperanzas que había para que regresaran á la Capital. . .

—En eso no hay duda, exclamó Velázquez, nuestro

cuerpo es el «Fijo de México,» tenemos que volver si vivimos.

—Los nombres no significan nada, dijo la viuda, mi marido sirvió en un cuerpo que se denominaba «Rifleros» y no había allí ni un rifle.

Todos se rieron á pesar de la gravedad de las circunstancias.

En fin, ¿qué podían decir los oficiales, cuando ellos mismos veían el porvenir envuelto en sombras? Palabras, solamente palabras que se evaporaban en el vacío. ¿Los matarían? ¿no los matarían? Y en caso de que no los mataran en los primeros encuentros, que tal vez tenían que ser desgraciados por la falta de elementos, ¿en qué rincón del país se refugiarían para seguir combatiendo? Y en caso de caer prisioneros.

—Hay algo en mi interior, dijo Julio Robles, que me asegura que hemos de salir con bien en esta campaña y que hemos de regresar victoriosos; pero si no fuere así, ¡qué diantres! nuestra profesión nos llama á la guerra, y tenemos que ir; y aunque no fuéramos militares, somos mexicanos, somos jóvenes, y de todas maneras el deber nos llamaría á defender la patria. Así, nada de caras tristes, ni nada de despedidas sentimentales. . . hasta muy pronto ó hasta nunca. . . el honor nos llama.

—Bien dicho, exclamó la viuda, lo mismo era mi marido: nunca me dejaba llorar cuando se iba á la guerra.

—¡Adios!

—¡Adios!

Y siguieron los abrazos y también las lágrimas, á pesar de las recomendaciones de la viuda y de la entereza manifestada por el futuro coronel Julio Robles.

—¿No nos hemos de ver mañana? preguntó Eva.

—Imposible, contestó Velázquez, vamos á estar encuartelados hasta la hora de la marcha alistando nuestras compañías.

—¿Quién va mandando la columna? preguntó la viuda.

—El mismo gobernador de Querétaro en persona, el general Arteaga que es el jefe del primer contingente de los Estados que ha llegado.

—Valiente, muy valiente, fué compañero de armas de mi marido.

—Nosotras iremos á verlos pasar en casa de unas amigas que viven en la plazuela de la Santísima, dijo Eva, allí les daremos el último adios, aunque sea con los pañuelos. ¿No les parece?

—Yo iré al cuartel á las dos de la tarde, dijo Aurelio.

Elvira se quedó tan triste como si hubieran muerto todas sus esperanzas . . . ¿volvería alguna vez su amado? ¿qué vida tendría ella sabiendo que su novio estaba corriendo todos los días peligro de muerte?

La viuda trató de fortalecerlas con los recuerdos del comandante que muchas veces se había ido y había vuelto.

Al día siguiente, desde al medio día, comenzó á ponerse en movimiento la División del general Arteaga, que se componía poco más ó menos de unos tres mil hombres:

Cuando el coronel del "Fijo de México" dijo á sus soldados al salir del cuartel una pequeña arenga que concluyó con estas palabras:

—¡Muchachos! vamos á defender la patria contra el invasor extranjero!

Los soldados contestaron á una voz:

—¡Viva México! ¡A la guerra! ¡á la guerra!





CAPITULO XLXIX.

En las Zullerías.

—**S**íste, Pepa?
—Sí, señora, contestó la flacucha Pepa con los ojos brillantes, todo lo he escuchado:

—¿Y qué opinas tú?

—Opino que V. M. debe recibir bien á esos mexicanos que vienen á devolver tan voluntariamente lo que arrebataron á España.

—Ya hablaremos de eso. Ahora la única dificultad que se me presenta es que vengan personas extrañas á la hora de nuestras comidas y nuestros juegos íntimos, según la solicitud de la princesa de Metternich.

—Son unos bárbaros que se divertirán, señora.

—Quizás tengas razón, mi pobre Pepa. Además, ¡intriga ha de ser manejada á tientas, casi en la sombra, para que tenga todo el encanto del misterio.

—Y después, cuando se vea claro, cuando aparezca toda la trama á la luz del día, la España dirá de la Emperatriz Eugenia: ¡es tan hermosa como inteligente aquella Emperatriz que le hemos dado á Francia! ¡Viva siempre gloriosa!

—Calla, calla.

—Porque yo creo que V. M. apoyará con todo su poder á esos mexicanos que quieren echarse en brazos de España.

—Entonces no has comprendido lo que pretende Mme. Metternich.

—¿Qué es lo que quiere ella?

—Que México sea repartido entre Austria y Francia.

Pepa se rionó con malicia y exclamó haciendo un dengue:

—¡Eso allá lo veremos! V. M. les puede decir que sí á todo, que al fin y al cabo el Emperador será quien haga inclinar á uno ú otro lado el platillo de la balanza.

—¿De modo que en principio aceptamos la intervención?

—En principio y en fin. ya verá V. M. cómo vamos á divertirnos.

Esta conversación, como se comprende bien, la sostenían en la alcoba imperial, la Emperatriz Eugenia y su camarista de confianza la señorita Pepa, como la llamaban en la corte de las Tullerías. Esta Pepa era una española que había estado al servicio de la familia Montijo, que había crecido al lado de Eugenia, sabiendo insinuársele de tal modo, que fué imposible que ésta consintiera en abandonarla á pesar de las súplicas del Emperador, ni separarla nunca después de sus departamentos y de su con-

fianza, por más que causó serias desavenencias entre los regios consortes.

Pepa era todavía joven, delgada, rubia, de ojos negros, no era fea ni tampoco hermosa, pero muy desagradable, con sus labios enteramente delgados y pálidos, con su voz chillona y con sus maneras canallescás.

Por lo demás, tenía una fisonomía inteligente, y sobre todo, unos ojos seductores y penetrantes. A pesar de su poca instrucción, pues casi no sabía leer, había dominado de tal modo á la Emperatriz, que no había negocio chico ó grande sobre los que aquella no le consultara, siguiendo casi invariablemente su parecer, fuese porque ya la tuviera sugestionada, fuese porque tenía absoluta fé en su buen sentido práctico, en su observación y en su experiencia, ó mejor aún, porque creía que era la única persona que le hablaba con sinceridad.

Pepa, como de costumbre, mientras estuvo de visita la princesa de Metternich, por más que estuviera acostumbrada á verla diariamente en las Tullerías sola ó con su marido, se puso en asecho y escuchó la conversaci6n.

Los mexicanos fugitivos por el papel más ó menos interesante que habían desempeñado en la reacci6n, y que se habian refugiado en París, continuaron haciendo las mismas tentativas que desde muchos años atrás habian iniciado Gutiérrez Estrada, Hidalgo y otros monarquistas para conseguir un príncipe extranjero que quisiera ponerse al frente de los destinos de México, y como supieran que la casa de Austria tenía uno en disponibilidad, se habian acercado á tantear el terreno con el ministro austriaco, cuyo cargo era desempeñado por el príncipe de Metternich. Este lo platicó á su mujer, y como era ella tan intrigante, como viva y audaz, exclamó luego:

—Se nos viene á las manos una bonita aventura. Déjame dirigirla.

—¿Cómo?

—Haciendo entrar por el aro á la Emperatriz. Ella es una romántica que se muere por esta clase de intrigas. Ya verás, ya verás.

Y corrió al palacio y lo desembucó todo á su amiga Eugenia, la cual la estuvo escuchando con poco interés, aunque prometiéndole sin embargo que aquella noche misma recibiría á sus protegidos, á las doce de la noche, que era la hora destinada á los placeres de todos sus favoritos.

En efecto, según refieren muchos historiadores y entre ellos Pierre de Sans, muy interiorizado en todo lo que pasaba en las Tullerías, y de quien principalmente tomamos estos datos, casi todas las noches, pero especialmente los lunes, días que eran llamados los *lunes de la Emperatriz*, cuando se retiraba Luis Napoleón á sus aventuras nocturnas, que también era dado á ellas con furor, la Emperatriz se desquitaba haciendo que en el mismo palacio se representaran las escenas más indecorosas y más llenas de prostitución que puedan imaginarse.

Los personajes que iban á ser introducidos misteriosamente á las doce de la noche por el intendente Mr. Thelin al palacio de las Tullerías, é introducidos luego por Pepa á las habitaciones particulares de la Emperatriz, eran los tres reaccionarios de más empuje Almonte, Hidalgo y Arrangoiz.

Todo se hizo como lo dispusieron aquellas damas.

Ellos puntuales, como que estaban ardientemente interesados en el asunto, estuvieron en la terraza que se les designó á las doce en punto. Mr. Thelin los aguardaba, y

haciéndoles atravesar un dédalo de galerías que parecían interminables, los entregó á Pepa, que empezó por hablarles en su propia lengua y por manifestarles que la Emperatriz estaba muy bien dispuesta en su favor, habiendo la misma Pepa preparado su ánimo en la forma conveniente.

Pepa era extremadamente rapaz, y con todas aquellas insinuaciones lo que quería decir era esto: ¿Cuánto iré yo ganando en este negocio?

Arrangoiz, que era el que más conocía las costumbres de las Tullerías, le dejó entender que si salían bien en la empresa, ella resultaría favorecida con algunas tierras, con algunas acciones de minas y con algún regalillo en onzas de oro mexicanas.

Así fué que al ir á dar parte á Eugenia de que ya estaban allí sus mexicanos, se le acercó mucho para decirle al oído:

—¡Son encantadores!

—Está bien. Que entren y tomen asiento. Después hablaremos.

En efecto, aquellos momentos no eran propicios para una conversación grave.

El salón contenía unas treinta personas de ambos sexos que estaban riendo á carcajadas, pues que sólo estaban tratando de divertirse.

Uno de los favoritos había sido enviado á averiguar si ya se había acostado el general Rollin, que era el primer ayudante del Emperador y el encargado de hacer cumplir en palacio los reglamentos que eran muy severos y él muy extricto para cumplirlos.

El favorito volvió diciendo:

—El general ya se acostó, pero todavía no se duerme.

—Pues que se cierren bien las puertas para que no nos sorprenda y que no se haga aquí mucho ruido, ordenó la Emperatriz. Y ahora vamos á mi juego favorito.

Los juegos eran muchos, muy divertidos, muy originales y algunos muy disolutos, aunque según parecían ejecutados con toda inocencia.

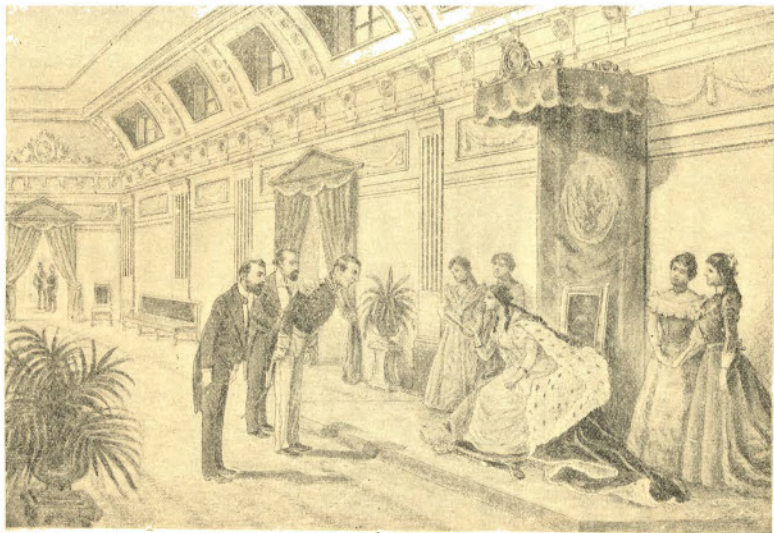
El que llamaba la Emperatriz su juego favorito, porque era de agilidad, de valor, de ejercicio y de movimiento, era el de «Las Arenas de Arbannes.»

Hay un montículo cerca de Fontainebleau que había sido descubierto recientemente por la Emperatriz, esto es, ya estaba bien descubierto antes; pero ella no lo conocía, y cuando lo conoció le llamó la atención por sus pendientes formadas de arenas muy blancas y muy finas. Estando ella en la cumbre, rodeada de sus gentes, tuvo la fantasía de levantarse el vestido, sentarse en el borde y dejarse ir para abajo gritando: «Siganme los que puedan.»

Como vieran que no se había hecho daño, la mayor parte hombres y mujeres, la siguieron en mayor número, produciendo el juego risas generales á la vez que posturas inverosímiles.

Como en las Tullerías no había monte de arenas, se mandó construir un aparato de tablas lisas con una plataforma arriba, á la cual se ascendía por un caracol y desde allí se deslizaban todas las princesas y condesas, mientras los hombres las miraban enfrente del aparato sentados en semicírculo y muy divertidos, viendo cómo algunas llegaban al piso después de la suerte, casi desnudas.

La que inició como siempre el juego, fué S. M. la Emperatriz Eugenia, que con gran serenidad y bizarría se



En la corte de la Emperatriz Eugenia.

levantó las faldas hasta la cintura, y en seguida se dejó resbalar con suma gracia, concluyendo con toda felicidad aquella bajada vertiginosa á que estaba tan ejercitada.

Pero como entre las princesas, duquesas y marquesas había unas muy gordas, otras muy torpes y otras demasiado desenvueltas, el espectáculo provocaba una hilaridad escandalosa.

Ninguno de los íntimos ignoraba ya cuáles eran las verdaderas formás de todas aquellas alegres contertulianas.

—Vamos ya á otro juego, exclamó la Emperatriz que estaba loca de gusto.

Y como el juego que seguía en el programa de aquella noche era el de las *Escondidillas*, se apagaron las luces, quedando solamente una lámpara pequeña dentro de un velador que daba luz muy escasa.

Almonte dió de codo á sus compañeros diciéndoles muy en secreto:

—¿Y qué hacemos ahora nosotros?

—Quedarnos á oscuras en nuestro sitio, contestó Hidalgo.

Y se quedaron allí de una pieza aquellos hábiles plenipotenciarios.

En aquel juego de las *escondidillas* se vieron algunas cosas. . . es decir, no se vieron porque estaban las habitaciones á oscuras, pero sí pudo adivinarse que pasaban escenas de las que el mismo pudor se ruboriza. Se oían carreritas menudas de las damas en que no hacían ningún ruido con los piés, pero sí con el fru fru de los vestidos, risas apagadas, besos fugaces; se observaban encuentros furtivos, apretones inconscientes, respiraciones ahogadas, movimientos de puertas y de muebles, y en fin todo lo que pueda figurarse el lector que pase entre unas

treinta personas que se buscan con avidez, que desean conocerse en la obscuridad sin que los demás lo adviertan, alargando naturalmente el momento de dar con la que se necesita ó la que todos fingen buscar, y que es quizás la que menos se esconde.

Al fin de una media hora de aquella faena loca, pero silenciosa, turbada de cuando en cuando por una porcelana rota ó por una exclamación de sorpresa, fué encontrada en el hueco de un balcón, entre las cortinas, la dama escondida, que en aquella noche le tocó ser á la condesa de Castiglione.

En ese instante aparecieron las luces, y todavía los mexicanos que estaban allí arrinconados en solicitud de una intervención europea, tuvieron oportunidad de ver algo de lo que les habria llamado la atención hasta en una casa de tolerancia.

La Emperatriz, aún jadeante porque habia corrido mucho, más con curiosidad y con casquivanería que con ánimo culpable, pues tenia fama de conservar su honradez en medio de aquel foco de inmundicias, se acordó de sus huéspedes, y mandó á Pepa que los condujera á su retrete particular, mientras ella despedía á sus contertulianos:

—Conque sí, señores, les dijo con volubilidad luego que fué á reunirse con ellos, ya la Princesa de Metternich y Pepa me han puesto al corriente de todo.

Entonces Almonte quiso pronunciar un largo discurso que llevaba preparado, pero Eugenia se lo interrumpió poniéndole casi la mano en la boca y diciéndole:

—Son inútiles conmigo los razonamientos. Ya dos personas que son las únicas que influyen en mis determinaciones, me han hablado del negocio, y estoy dispuesta

á complacerlos, de manera que cuentan ustedes con todo lo que valgo en el consejo del Emperador. Ustedes vean al señor de Morny, que es todo poderoso, y si él ayuda también franca y lealmente, pueden ustedes contar con que les mandaremos un ejército para hacer la nueva conquista de México. Mi pobre Pepa tiene deseos de que sea en beneficio de España, pero ya veremos después.

Y entonces la Emperatriz se levantó en señal de que la entrevista había terminado.

Cuando se retiraban los tres canallas cabizbajos tuvo ella algún remordimiento, porque agregó:

—Y dispénsenme que la audiencia haya sido tan corta porque ya es tarde, estoy fatigada y tengo hoy en el día muchas cosas que hacer.

Lo que sacaron en limpio fué que con la camarista Pepa era con quien tenían que entenderse, y á ella dirigieron sus *rendez vous* de allí en adelante.

En uno de los días posteriores, los tres mexicanos que estaban en grandes inteligencias con el banquero Jecker, que andaba ya bastante tronado, hicieron que éste los llevara con el duque de Morny que era el hombre de más influencia en aquellos momentos con Napoleón III, y en su despacho le expusieron sus proyectos, que ya de antemano eran bastante conocidos.

El ministro estuvo reticente y se limitó á darles algunas esperanzas; pero al otro día la conversación que tuvo con el banquero Jecker fué la que lo decidió á tomar un papel principal en el asunto.

—¿Y á cuánto asciende el crédito que tiene usted contra México?

—Á veintidos millones de francos, Excelencia.

—Que los considera usted perdidos.

—Perdidos completamente si no triunfa en México el partido de los clericales que fué al que presté el dinero.

—¿Y bien?

—Estoy dispuesto á ceder la tercera parte de esa cantidad á quien me ayude á recobrar todos los veintidos millones.

—Pero tengo entendido que usted, señor Jecker, no llegó á dar en efectivo ni la décima parte de esa cantidad.

—Quizás no: aunque hecha la liquidación con réditos y gastos, hay veintidos millones reclamables. Convengo en que la operación no es del todo limpia; pero por eso precisamente cedo siete y medio millones. ¿Quiere V. E. ganarlos?

—Sí, contestó Morny con el cinismo que le era propio.

Jecker se apresuró á estrecharle la mano diciéndole:

—Por mi parte, firmo las obligaciones que sean necesarias.

—Todo se acordará. Lo que se necesita es contar con la Emperatriz.

—Ya la tenemos.

—Procure usted interesar á la «pobre Pepa.»

—Le daré un millón si es necesario.

—Yo por mi parte desde hoy mismo me comprometo á dar la primera puntada al Emperador.

Jecker salió de allí muy contento. Fué á su despacho, sacó un lío de billetes y fué á las Tullerías en busca de Pepa.

—Los mexicanos me refieren, le dijo luego que la vió, que usted está bien dispuesta para ayudarnos con la Emperatriz.

—Se los he dicho y me han hecho ofrecimientos, pero muy vagos.

—Pues yo vengo á hacerlos á usted más positivos.

—Vengan.

—Tan luego como me paguen mi reclamación doy á usted doscientos mil francos, y aquí tiene usted un apunte de siete mil.

Los ojillos de Pepa brillaron llenos de codicia y dijo:

—Acepto esto ahora; pero me firma usted una obligación de quinientos mil francos para cuando ganemos el pleito.

—Concedido.

Y he aquí cómo por medio de las intrigas y ascendentes de una criada y un judío suizo, tuvo nacimiento y luego forma la intervención francesa en México.





CAPITULO L.

La conferencia tripartita.

Y á reserva de volver á las Tullerías, porque hay todavía mucho, pero mucho paño de donde cortar, asistamos ahora á la importante conferencia que celebraron los comisarios generales de las tres potencias europeas aliadas contra México, y en la cual, por fortuna nuestra, la infamia descarnada, la maldad en toda su desnudez, la perfidia intensa de Dubois de Saligny, que quiso anonadarnos y destruir nuestra nacionalidad, nos vinieron á salvar de los inicuos resultados que se esperaban en la corte de Napoleón III, una vez que el tiro, como suele decirse, se le salió por la culata.

Vamos á ver en seguida cómo estuvo esto.

Se habían roto ya las relaciones diplomáticas con España, Francia é Inglaterra, aunque por parte de estas dos últimas potencias sin los motivos ni las formalidades que se estilan en los países cultos.

Habían mandado ya sus escuadras y sus ejércitos de ocupación sin la correspondiente declaración de guerra.

Se habían puesto de acuerdo en la forma en que deberían ejercer su acción colectiva, dando el mando en jefe de la expedición al general Prim, por su mayor categoría ó quizás por mera deferencia, una vez que había hasta algunos almirantes en Veracruz.

Se había mandado ya un *ultimatum* al gobierno mexicano, lo cual importaba en cierto modo su reconocimiento.

Una comisión de oficiales de las tres potencias, mandada á México, había quedado agradablemente sorprendida de que los mexicanos no anduvieran vestidos con plumas, y de que se les hubiera tratado con la más exquisita distinción y con la más natural cortesanía.

El gobierno mexicano, aunque sorprendido de la belicosa actitud que sin causa alguna demostraban las potencias, había manifestado ya que ni se rehusaba ni nunca se había rehusado á arreglar las diferencias que hubiera en el terreno de la diplomacia y conforme á las reglas usuales de la razón y de la justicia.

A consecuencia de las notas cambiadas, habían ido comisionados mexicanos á Veracruz, se había llegado á ciertas infeligencias, y finalmente, el general Doblado había alcanzado un triunfo espléndido en las negociaciones diplomáticas, consiguiendo que fuera firmado el tratado que fué conocido con el nombre de Preliminares de la Soledad, en el cual los representantes de las tres potencias invasoras se comprometían á celebrar arreglos basados en la justicia, á no intervenir en la política interior y á retirarse de los puntos que se les concedían para establecerse, siempre que para ello fueran requeridos.

Estaba, pues, completamente vencido en el campo de la discusión, justa y razonada, el ministro francés Saligny, que era el único que conocía los secretos de la política de las Tuillerías, y por consecuencia el único rebelde á todo acomodamiento.

Cuando el general Prim, que ya se había hecho cargo de la situación del país, que conocía también que se les quería hacer á él y á los comisionados de Inglaterra víctimas ó cómplices de una perfidia del gobierno francés; que se había inclinado como hidalgo que era en favor del débil, del oprimido, del que se quería explotar con refinada malevolencia, tomando pié de las maniobras descaradas de los traidores que habían llegado al país amparados por la bandera francesa, citó á los miembros de la conferencia á una junta para acordar las determinaciones del caso, de acuerdo con el tratado de Londres y los preliminares de la Soledad, y más que todo, para que se acordara la respuesta que había de darse á la siguiente nota que tan respetuosa, como hábil y razonada dirigió el gobierno mexicano por el conducto de su ministro á los representantes de las naciones invasoras:

He aquí la nota:

«El infrascrito ministro de Relaciones Exteriores de la República Mexicana, tiene el honor de dirigirse por acuerdo del señor Presidente, á los EE. SS. Comisarios de Inglaterra, Francia y España, para manifestarles que, siendo de innegable notoriedad el hecho de haberse presentado don Juan N. Almonte, don Antonio Haro y Tamariz, el padre don Francisco J. Miranda y algunos otros reaccionarios que los acompañan, con el manifiesto fin de promover una

nueva revolución y provocar asonadas, la permanencia de dichos individuos en el territorio nacional y en los puntos que han escogido para foco de sus conspiraciones, es una amenaza criminal contra la paz pública, objeto principal de las altas potencias aliadas, tan interesadas en su conservación como es necesario al bienestar general y al feliz término de las cuestiones pendientes entre ellas y la República.

« En consecuencia, el Supremo Gobierno, obligado á mantener la paz y con el derecho que le asiste de alejar cuanto pueda alterarla ó comprometerla, pide á los EE. SS. Comisarios se sirvan disponer que las personas que se mencionan sean reembarcadas desde luego y enviadas fuera de la República. Este pedido es de tan incontrovertible justicia, que el Supremo Gobierno no puede permitirse dudar que los dignos representantes de las altas potencias aliadas le concedan su inmediata deferencia. »

Ya el conde de Reus ó sea el general Prim, había escrito á su gobierno en uno de los días anteriores, entre otras cosas, lo siguiente:

« Los jefes de las fuerzas francesas, dejando á un lado toda reserva, han desplegado ya su bandera; las tropas que llegaron últimamente á Veracruz han tomado bajo su amparo á los emigrados que vienen á conspirar contra el gobierno constituido y contra el sistema existente; custodiados por las bayonetas francesas han penetrado hasta Córdoba los Almontes, los Haros y los Mirandas, y tan graves y trascendentales disposiciones se han tomado no sólo sin consultar á los plenipotenciarios de España é Inglaterra, sino en desprecio de nuestra opinión contraria, previamente comunicada á los jefes franceses.

« Sir Charles Wyke y yo, no hemos podido menos de ver en semejante conducta un propósito deliberado de atropellar los compromisos contraídos en la Convención de Londres de faltar á los miramientos que se deben entre sí las naciones, mayormente cuando se asocian para llevar á término una empresa de humanidad y civilización; de faltar á los pactos ya celebrados con el gobierno de Juárez; en fin, de desentenderse totalmente de la cortesía y consideración que eran debidas á los representantes de España é Inglaterra por sus colegas de Francia. ¡Y todo esto se hace cuando venimos á quejarnos de falta de cumplimiento de los tratados!

« Y serán vanos los esfuerzos de la Francia: bien clara y francamente se le ha manifestado al Emperador; la monarquía no se puede ya aclimatar en México. . . »

De semejante manera había informado el comisario inglés á su gobierno sobre las felonías que se intentaban llevar á México á la sombra de la bandera francesa.

El conde de Reus.—Señores comisarios: el objeto principal de esta Junta es tomar un acuerdo sobre la respuesta que debe darse á la nota del gobierno mexicano á que se acaba de dar lectura, y cuyos términos de verdad y de justicia no pueden desconocerse desde el momento en que fueron firmados los tratados de la Soledad, reconociéndole como gobierno de hecho y con sus facultades naturales para obrar en la política dentro de su territorio como mejor cuadro á sus intereses. Si bien la necesidad nos obligó á aceptar dichos preliminares, porque nuestras tropas estaban pereciendo, y si se hubiera declarado la guerra hubiera sido posible que sufriéramos un desastre, de todas maneras estamos obligados, por nuestra digni-

dad propia, y por la de las naciones que representamos, á respetar los convenios en que hemos estampado nuestra firma, ya que precisamente es de lo contrario de lo que venimos á quejarnos.

Saligny (entre dientes.)—Con un gobierno como el de Juárez, que no es ni gobierno, todo es permitido.

El general Prim (sin fijarse ó queriendo hacerse el disimulado respecto de lo que hablaba el ministro francés.)—Habiendo llegado á Veracruz el general Almonte, enemigo de la administración actual y del sistema republicano de este país, con un padre Miranda y otros revolucionarios, el que habla, así como el comodoro Dumlop y Sir Wyke han visto con estupor que esos individuos sean no sólo recibidos con agasajos, sino escoltados por batallones franceses en sus correrías, y más sorpresa aún les ha causado que el almirante Jurien de la Gravière haya notificado al gobierno de México el movimiento retrógrado de las fuerzas francesas previsto en los preliminares de la Soledad, lo cual equivale á una declaración de guerra que nosotros los comisarios de las otras dos potencias no hemos autorizado. ¿Qué significa esto? ¿Sólo porque se trata de una nación no débil pero sí desangrada, hemos de hollar nuestra palabra y nuestros convenios? ¿Acaso los comisarios de Inglaterra y de España no significan nada aquí, ó los comisarios franceses han recibido instrucciones especiales de su gobierno, ya sea para dejar la acción común, ya para provocar un rompimiento á fin de seguir el camino que les parezca? ¿Conforme al tratado de Lóndres, los comisarios franceses tienen derecho á proceder como están procediendo?

El almirante Jurien (muy colorado.)—No creo que hayamos faltado hasta ahora ni al convenio de Lóndres ni

á los tratados de la Soledad, y precisamente para no faltar á estos últimos he notificado al gobierno de México que las tropas francesas van á retroceder de Tehuacán en virtud de la protección que le están dando al general Almonte y á sus amigos. Este es un rasgo de lealtad nuestra, sobre el cual no teníamos necesidad de consultar á nuestros colegas. Hemos acogido bajo la protección de la bandera francesa al general Almonte y á los que lo acompañan: esto disgusta al gobierno mexicano, pues entonces renunciamos á las ventajas que nos proporciona Tehuacán y volvemos á nuestras posiciones en la tierra caliente, que es la parte que se nos ha abandonado, el terreno neutral. El general Almonte y sus compañeros, por lo demás, son amigos de S. M. el Emperador, son sus protegidos y deben contar con su completa benevolencia.

Sir Charles Wyke.—Me parece extraña semejante teoría, porque el Emperador Napoleón bien puede proteger y amparar á quien quiera en su propio territorio, pero no en una nación que no es la suya y sobre la cual no tiene concedido ningún derecho, menos aún tratándose de los que son enemigos declarados del gobierno. Aquí no hemos venido á sostener cada cual una política propia, sino otra muy diferente en común, con arreglo á las bases establecidas en Londres.

El conde de Reus.—Abundo en el mismo parecer: creo que ninguno tenemos el derecho de obrar en caso tan grave como el que nos ocupa, sin estar de acuerdo con sus colegas, una vez que en virtud de un tratado venimos á ejercer una acción colectiva.

El almirante francés.—Señores representantes de Inglaterra y España: hago saber á ustedes que por mi parte me reservo el derecho de interpretar el tratado de Lón-

dres; dejo la misma libertad á los demás comisarios y azepto la responsabilidad de mis actos.

Sir Ch. Wyke.—Vamos á ver si es posible que nos entendamos antes de llegar á un rompimiento que considero ya inevitable: desde un principio, esto es, desde que hemos obrado en común, convenimos en establecer negociaciones con el gobierno mexicano, con un gobierno *de facto*, si se quiere, pero en fin, con un gobierno establecido, y los representantes de las tres naciones comprometidas, hemos *firmado*, hemos empeñado nuestra palabra, nuestra honra y la dignidad de las banderas que nos cubren, en una convención que estamos obligados á guardar, ya que precisamente nuestras reclamaciones se fundan en la falta de cumplimiento de las que comprendimos en nuestro *ultimatum*. Si hemos reconocido á ese gobierno para tratar con él, sería inicuo de nuestra parte que les diéramos valor á sus enemigos dispensándoles la menor protección, porque esto sería tanto como mezclarnos en la política interior del país, la cual hemos protestado respetar en nuestras proclamas y notas colectivas.

El almirante Jurien.—La protección dispensada al general Almonte y sus compañeros, se reduce al amparo que les da el pabellón francés, que en ningún tiempo ni en ninguna parte ha dejado de cobijar á los desterrados y perseguidos de todos los países, y tal protección no constituye en manera alguna la menor intervención en los asuntos interiores de esta República.

El general Prim.—Tal protección se dispensa á los vencidos y á los que padecen persecución ó se encuentran en peligro grave; pero no á las personas que vienen del extranjero con intenciones hostiles hacia un gobierno con

el cual esos protectores officiosos están en relaciones abiertas.

El almirante francés.—Pero Almonte y sus pania-guados no vienen en actitud hostil, sino como conciliadores de los partidos, recomendando nuestra misión civilizadora.

El conde de Reus.—¡Pero si ya cayó entre las manos del gobierno de Juárez y está publicado el plan revolucionario de Almonte, y está comprobado que éste quiere venir á derribar la República para sustituirla con una monarquía!

El Ministro francés señor de Saligny.—Es imposible negar que el objeto real y principal del convenio de Londres, fué el de alcanzar satisfacción de los ultrajes inferidos á los extranjeros por el gobierno mexicano y obtener de éste el pago de lo que debe, siendo sólo por parte del banquero Jecker, que ha adquirido la nacionalidad francesa, la suma de veintidos millones; las complacencias de los comisarios, lejos de servir para algo, han insolentado á las gentes del gobierno de este país, de tal modo, que ahora son intolerables para los extranjeros las arbitrariedades, las violencias y las tiranías, de modo que yo no quiero que continuemos siendo benignos, y opino que lo que debemos hacer es marchar en el acto sobre México.

Sir Wyke.—Esas apreciaciones son del todo injustas, puesto que no tenemos nuevos motivos de queja contra el gobierno mexicano.

El conde de Reus.—No se puede declarar la guerra apoyándose en razones fútiles que no tendrían justificación ante el gran tribunal del mundo civilizado. ¿Por qué se niegan los comisarios franceses á dar crédito á las pro-

mesas solemnes del gobierno mexicano, tanto más cuanto que no se necesita más que esperar unos días para poner á prueba su sinceridad?

Saligny.—¿Por qué? Porque cada día son más numerosos los agravios que sufren mis compatriotas, y de los mismos españoles, de quienes he recibido un gran número de reclamaciones.

El conde de Reus.—¿En dónde están?

Saligny.—No se pueden abrir los paquetes en donde se encuentran.

Sir Wyke.—Es raro que no hayan llegado á nuestro conocimiento esas quejas. ¿De qué naturaleza y contra quiénes se han cometido?

Saligny.—Los súbditos franceses no han de haber ido á llevarlas á la legacion británica.

Sir Wyke.—Precisemos. ¿Será cierto que el señor de Saligny dice que no da á los preliminares de la Soledad ni el valor del papel en que están escritos?

Saligny.—Es verdad: nunca he podido abrigar la menor confianza ni en los preliminares ni en todo lo demás que viene del gobierno de México.

El comodoro Dumlop.—¿Por qué puso su firma S. E. en esos tratados? ¿Por qué no está comprometido en ellos habiéndolos firmado?

Saligny.—No tengo que dar explicaciones sobre los motivos que me impelieron á estampar mi firma en esos tratados. Además, el gobierno de México es el que los ha rasgado primero de mil maneras.

Los otros comisarios españoles é ingleses se veían sorprendidos como preguntándose:—¿Cuándo ha sido eso? ¿Habrà descaro mayor que el de este hombre?

Saligny.—Comprendo por qué el conde de Reus cen-

sura el proyecto de monarquía en favor del príncipe Maximiliano: es que él tiene sus pretensiones á efecto de ceñirse la corona de emperador de México.

El conde de Reus (echando chispas por los ojos).—Nunca he podido abrigar proyecto tan insensato. Lo que he dicho, y lo sigo sosteniendo, es que es absurda la candidatura de un príncipe austriaco.

El almirante francés.—Dejemos á un lado cuestiones personales que pueden hacerse enojosas.

Sir Wyke.—Lo que debe hacerse es darse respuesta á la nota del ministro Doblado.

El almirante francés Jurien.—Ya la contesté yo diciendo que no se accedía á la solicitud del gobierno de reembarcar á Almonte y demás individuos.

Sir Wyke.—Siendo la nota del gobierno mexicano dirigida á todos los comisarios, la contestación debía ser colectiva y de consiguiente aprobada por la conferencia.

El conde de Reus (á los comisarios franceses).—¿Persisten SS. EE. en esos descarados procedimientos?

Los comisarios franceses.—Persistimos.

El conde de Reus.—En ese caso, someto á los comisarios ingleses la siguiente proposición: «Considerando la conducta de los representantes del gobierno de Francia como una violación del tratado de Londres y de los preliminares de la Soledad, los de los otros gobiernos nada tienen que hacer aquí, y en consecuencia, las tropas inglesas y españolas se retirarán del territorio mexicano.»

Los comisarios ingleses.—Aprobamos.

Los comisarios franceses.—Bueno.

Y como Prim, Wyke y Dumlop lanzaran una mirada de infinito desprecio sobre los comisarios franceses, por

más desvergonzados que fueran éstos, por más interesados pecuniariamente que estuvieran en la intriga, por más instrucciones secretas que tuvieran de Napoleón III, no dejaron de sentir que les salía á la cara cierto rubor de humillación; pero cuando estuvieron ya libres de las miradas aniquiladoras de sus colegas y al lado del general Lorencez, Saligny dijo en medio de una carcajada:

—Ya nos sacudimos á esos importunos, ya es nuestro el campo. Ahora, general, ¡á México!





CAPITULO LI.

Se desata la tempestad.

ERASE el 2 de Mayo de 1862. El día había sido caluroso, pero en cambio la noche estaba serena, el cielo limpio y estrellado y una ligera brisa refrescaba la temperatura.

En la ciudad de Puebla se notaba algún movimiento tanto en la plaza como en las calles principales, con motivo de la reunión de tropas que se estaba allí verificando, de haber salido el general O'Horan con mil quinientos caballos á batir á Márquez y evitar su incorporación con los franceses, de haber llegado en esa tarde la División que mandaba el general Arteaga con éste al frente de ella en camilla, por haber sido herido en el descabro que sufrió en las Cumbres de Acultzingo, y finalmente, por las muchas noticias que circulaban en el público, algunas de las que alarmaban y producían el pánico.

En una fonda céntrica estaban ocupando un gabinete varios oficiales, entre los que se encontraban Velázquez, Otero y Tapia.

El primero acababa de ver su reloj y de decir á sus compañeros:

—Son las siete y cuarto, él dijo que vendría á las siete de modo que no debe tardar.

—Si es que no lo ha llamado el general.

—De todas maneras, como ofreció venir y sabe cumplir su palabra, él hará lo posible para estar con nosotros.

—¡Presente! exclamó Julio Robles jovialmente al entrar, repartiendo luego abrazos y apretones de mano.

Este capitán, por uno de tantos cambios que se habían verificado en el Ejército, dejó su Batallón temporalmente llamado por el general Arteaga que estaba prendado de su inteligencia y expedición, para que le sirviera de ayudante.

El «Fijo de México» había vuelto entre tanto de Estado de Veracruz para reforzar la guarnición de Puebla, en donde se temía que intentaran un golpe de mano los reaccionarios, no obstante que estaban ya reducidos á simples guerrillas mandadas por Márquez, Mejía, Vicario, Galvez y Cobos, que sólo se ocupaban en andar huyendo por los montes.

—Primero que todo, dijo Luis Velázquez, pide cuanto apetezcas, nosotros pagamos, porque debes traer hambre rezagada.

—No, contestó el capitán Robles alegremente, todavía no llega el tiempo de las malpasadas; pero sí traigo buen apetito.

Entonces Otero tomó á su cargo el pedir una cena pa-

ra todos, eran nueve, y Velázquez, que no cabía en sí de gusto al ver otra vez á su amigo, sin dejar de cotemplantarlo, le dijo:

—He ofrecido á estos compañeros que tú nos contarías todo lo que ha pasado, porque eres buen narrador, y aquí nos tienes dispuestos á escucharte entre trago y trago y entre bocado y bocado.

—Gracias por el buen concepto; pero ustedes ya deben estar al tanto de todo lo ocurrido.

—Aunque sin sus pelos y sus lanas.

—Pues allá va el relato desde el momento en que estuvieron á punto de romperse las cabezas los comisionados de las tres naciones.

—¡Cómo!

—Aquello acabó como el rosario de Amozoc, y por poco el general Prim cogió del cogote al borracho de Saligny y le pega de bastonazos por puro cochino.

—Prosigue.

—Yo pude oír unas cosas, en buenas fuentes, y presenciar otras, porque fui mandando la escolta de los comisionados y estuve codeándome con los jefes franceses y españoles, así que es pura verdad lo que les refiero. Se supo que el mismo día 9 del pasado, en que dió el traquidazo la conferencia de los diplomáticos, el Almirante Jurien y Saligny para preparar el terreno dirigieron una nota á nuestro ministro de relaciones diciéndole que el general Almonte era un enviado de Napoleón III para realizar la unión de los mexicanos, á fin de que establecieran un gobierno fuerte, y que estaba por lo mismo bajo la protección de la bandera francesa; que cada día se acentuaban más las violencias que se ejercían en los súbditos franceses; que últimamente dos soldados habían sido asesinados

cerca de Orizaba, y que por lo mismo consideraban rotos los Preliminares de la Soledad, y todavía queriendo cumplirlos ellos, por su parte, iban á hacer que sus tropas se volvieran á sus atiguas posiciones para comenzar las hostilidades, sin aprovechar la ventaja de encontrarse ya de este lado de las posiciones fortificadas.

—Parece que los tales comisarios son unos bandoleiros, dijo Tapia.

—Ahora lo verán, continuó Robles. El ministro mexicano contestó que ni el gobierno ni la Nación tenían conocimiento de que Almonte, que no es más que un traidor, trajera encargo pacífico alguno, y que los únicos que se conocían, porque eran notorios, eran sus trabajos para traer una intervención extranjera armada con el fin de dar vida al partido clerical, vencido por las armas y por la voluntad general, y que extrañaba que los comisarios franceses se mezclaran en la política interior del país, cuando por los tratados y por sus proclamas se habían comprometido á aceptar la soberanía mexicana. Que por lo demás, era una invención grosera lo de las violencias ejercidas en los extranjeros, puesto que ni una sola queja se había motivado. Tras esa nota enérgica del gobierno, don Benito Juárez expidió la proclama que ustedes conocen, porque se leyó á todos los cuerpos, la cual está fechada el 12 de Abril.

—Yo la traigo siempre conmigo, exclamó Tapia, y si ustedes me lo permiten, voy á leerles la parte final, que es la que me encanta y la que es preciso que nunca se nos olvide.

—Leela, leela, dijeron todos.

Y entonces Tapia, con buena entonación, mientras los demás seguían comiendo, pero sin hacer ruido, leyó el

final de la proclama que en aquellas terribles circunstancias expidió Juárez, y que dice así:

« . . . el gobierno de la República cumplirá el deber de defender la independencia, de rechazar la agresión extranjera y aceptar la lucha á que es provocado, contando con el esfuerzo unánime de los mexicanos, y con que *tarde ó temprano triunfe la causa del buen derecho* y de la justicia.

«Mexicanos: el Supremo Magistrado de la Nación, libremente elegido por vuestros sufragios, os invita á secundar sus esfuerzos en la defensa de la independencia; cuenta para ello con todos vuestros recursos, con toda vuestra sangre, y está seguro de que, siguiendo los consejos del patriotismo, podremos consolidar la obra de nuestros padres.

«Espero que preferireis todo género de infortunios y desastres, al vilipendio y al oprobio de perder la independencia, ó de permitir que extraños vengán á arrebatarnos vuestras instituciones y á intervenir en nuestro régimen interior.

«Tengamos fé en la justicia de nuestra causa: tengamos fé en nuestros propios esfuerzos, y unidos salvaremos la independencia de México, haciendo triunfar no sólo á nuestra patria, sino los principios de respeto y de inviolabilidad de la soberanía de las naciones.»

Una lluvia de aplausos contestó á la lectura de estos párrafos.

El capitán Robles continuó luego con la palabra:

—De la misma manera aplaudimos los que estábamos allí cerca de los invasores la honrosa proclama de Juárez.

rez. De la misma manera se aplaudió una proclama del general Zaragoza, que se publicó dos días después, que termina con las siguientes palabras que se consideran como un pronóstico:

• Tengo una fe ciega en nuestro triunfo; en el de los ciudadanos sobre los esclavos: muy pronto se convencerá el usurpador del trono francés de que pasó ya la época de las conquistas: vamos á poner la primera piedra del grandioso edificio que librará á la Francia del vasallaje á que la han sujetado las bayonetas de un déspota. •

Los oficiales aplaudieron de nuevo y Robles continuó:

---Los comisarios franceses y Almonte dieron también sus manifiestos plagados de mentiras y de chocarrerías; que ustedes deben haber leído.

---Sí, contestó Velázquez, unos con indignación, otros con desprecio.

—Lo que veíamos allí muy claro, era que se buscaban toda clase de subterfugios, toda clase de chicanas, primero, para romper ó declarar sin efecto los tratados de la Soledad en que estaban estampadas sus firmas y comprometido el honor militar francés; segundo, para sostener la personalidad de quien es el encargado por Napoleón para dirigir la intriga monárquica, y tercero, para no volverse á Paso Ancho por temor á las enfermedades y á las fortificaciones del Chiquihuite. Entonces el general Zaragoza se dirigió oficialmente al Almirante Jurien de la Gravière manifestándole que conforme á los tratados de la Soledad, las tropas francesas debían retirarse á los puntos convenidos; pero como sus enfermos estaban en Orizaba, podían que-

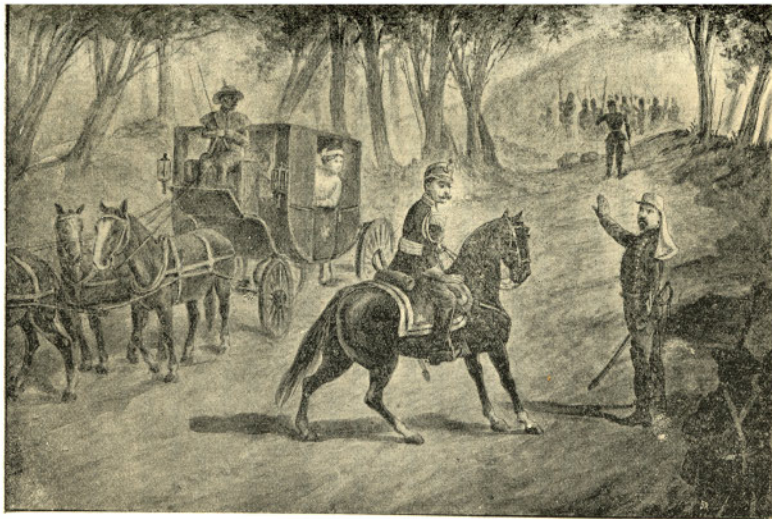
darse allí bajo la salvaguardia del Ejército Mexicano: que no era necesaria, pues, la escolta de seiscientos hombres que estaban custodiando los hospitales.

—¡Ah! sí, sí, ya sabíamos algo de eso por acá, murmuró Tapia, y recuerdo que hasta nos estiramos las barbas de cólera cuando comprendimos hasta dónde llegaban las bribonadas de esos hombres.

—Bueno: el almirante Jurien sólo contestó para ganar tiempo, que ya el general Lorencez era el encargado de las operaciones militares, y urgido éste dijo á su vez que en cuanto á la guardia dejada en Orizaba afirmaba que no había ninguna, que todos los que había en los hospitales eran enfermos, aunque los más andaban ya por su pié y portaban sus armas porque ya estaban aliviados de sus enfermedades. Este general Lorencez, según se dijo allí entre los nuestros, hizo varias burlas indignas de su carácter. Primero llamó carta á la nota oficial que le dirigió el general Zaragoza. Segundo, consintió que se dijera que con él era con quien debía entenderse nuestro general, cuando el almirante era el jefe de más categoría y el que había estado figurando como principal en las negociaciones. Y tercero *negó* desvergozadamente que hubiera un cuerpo de tropas en los hospitales, cuando todos nosotros estábamos viéndolos con nuestros propios ojos y cuando se sabía de pública voz y fama que estaban allí para apoyar un pronunciamiento que dizque iba á hacer Almonte con los partidarios de la monarquía para cogernos entre dos fuegos y acabar allí con la defensa nacional.

—Pero ¡qué canallas son todos esos franchutes! exclamó frenético uno de aquellos oficiales.

—Es sabido ya, que tanto Napoleón como la Montijo su mujer, dijo otro, están rodeados de puros pícaros.



Impaciente el coronel Díaz avanzó él mismo á donde estaba detenido el carruaje.

—Así lo dijo Victor Hugo en su «Napoleón el Pequeño.»

—Y así lo afirman todos los franceses que tienen dignidad, como Favre, agregó Velázquez. Pero dejen á Robles que prosiga.

—Pues prosigo, porque voy á llegar á lo más interesante. El general Lorencez, urgido por Almonte que debía hacer su pronunciamiento, y de acuerdo con los comisarios que formaban una misma trinidad, les puso una comunicación que tuvo el cuidado de publicar para que se conociera en Europa y para que fuera disculpada su alevosía, diciéndoles que aunque había muchos motivos para considerar rotos los preliminares de la Soledad, tales como haber sido muertos tres soldados franceses cerca de su campamento, como haber muchas guerrillas que rodeaban á Veracruz en preparativos de guerra, como eran los decretos de Juárez contra los traidores y poniendo á los invasores fuera de las leyes de la civilización declarándolos piratas, el principal motivo que tenía para no retroceder y antes bien para ir sobre Orizaba, era que en esa ciudad estaban trescientos enfermos en poder de un ejército indisciplinado y mandado por jefes poco escrupulosos que no vacilarían en retenerlos como rehenes y en hacerlos sufrir una suerte peor si no volaba á socorrerlos, y que había tomado por lo mismo semejante resolución el mismo día 19 en que les daba el aviso para que también se pusieran en salvo uniéndose á sus tropas.

—¿Y no dió el mismo aviso al general Zaragoza? preguntó el teniente Torres.

—No, porque precisamente había concebido la doble perfidia no sólo de faltar á lo estipulado, sino de sorprender y derrotar á nuestras tropas que, como sus jefes, es-

peraban con tranquilidad que los franceses cumplieran con el artículo 4º del convenio que les obligaba á volver á sus antiguas posiciones.

—¡Ah! de manera que el general ignoraba.

—Completamente. De tal modo, que el mismo día 19 del pasado en que debía salir el general Prim de Orizaba con las fuerzas españolas, el general Zaragoza tomaba sus providencias para que entrara allí una fuerza mexicana, pues él estaba sólo con algunos oficiales y una pequeña escolta. Es el caso, sin embargo, que como ya se sospechaba la conducta aviesa de Lorencez por todos los antecedentes, como precaución de guerra solamente, mandó situar ochocientos hombres en Escamela, camino de Córdoba, avanzando con cuarenta hombres el coronel Félix Díaz, para que desde el punto del Fortín observara los movimientos del ejército francés é impidiera, si era posible, el paso á cualquiera fuerza que con carácter hostil se presentara. Esto, repito, sólo como una precaución militar, pues nadie, ni el mismo Díaz se figuraba que los franceses avanzaran, y mucho menos cuando sabían que podían encontrarse con las tropas españolas que ya se retiraban.

—De manera que.

—De manera que el coronel Félix Díaz no quedó poco sorprendido cuando vió que se venía á paso de carga una fuerza como de trescientos hombres, que era nada menos que la descubierta del ejército francés que ya entraba en combate, sin haber hecho la menor notificación, como en los mismos tiempos de la conquista, en que cualquier conquistador se presentaba dirigiendo mandobles á diestra y siniestra.

—¿Y qué hizo el coronel Félix Díaz?

—Adelantó á un oficial que le acompañaba á manifestar cortesmente á la columna que avanzaba, que se detuviera, porque no quería cargar con la responsabilidad de hacer resistencia cuando no se habían roto las hostilidades; y como en esos momentos pasaba por el Fortín la esposa del general Prim en un carruaje con escolta, y acompañada del brigadier español Milans del Bosch, á éste le hizo el jefe mexicano el encargo de manifestar al jefe que mandaba aquel destacamento francés, la posición difícil que guardaba, pues que no quería ser el primero en mandar disparar un fusil sin tener para ello la orden terminante de sus superiores. Impaciente el coronel Díaz avanzó él mismo á unos cien metros en donde estaba detenido el carruaje á cerciorarse de lo que pasaba, y observando que el brigadier español le hacía señas de que permaneciera ageno al debate, se hizo á un lado y esperó. El sargento que había quedado con el mando del retén se impacientó á su vez y cometió la imprudencia de avanzar también con unos doce hombres armados, lo cual sirvió de pretexto para que el oficial francés de apellido Capitán, sin miramiento á las señoras, se echara con cincuenta hombres sobre aquellos infelices, de los cuales perecieron cinco, casi sin hacer resistencia, quedando los otros prisioneros. Lo mismo quiso hacer con el coronel Díaz; pero el brigadier español lo salvó diciendo á Capitán:

—Este señor es un oficial mexicano que se ha prestado bondadosamente á sacarnos fuera de su campamento.

Debido á este ardid pudo el coronel Félix Díaz regresar á dar parte al general Zaragoza de lo que pasaba, llevándose de paso á unos veinte hombres que habían sobrado de tan inesperada y alevosa embestida.

Esa fué la primera sangre derramada á causa de la invasión extranjera, traída por Almonte y sus compañeros.

—¡Traidores!

—¡Infames! exclamaron varios de los oficiales.

Y Robles continuó hablando así:

—Profunda sorpresa causó en nuestro campo aquella conducta aviesa del general francés, y más aún en el general Prim, tan caballeroso y tan cumplido, el cual dijo al general Zaragoza cuando éste fué á comunicarle temblando de ira, que tenía que contramarchar para buscar nuevas posiciones:—«No hay en la historia del mundo un acto más indigno que éste, en un militar. Ya supe que mi misma esposa fué casi atropellada. Adios, general, yo también parto ahora, llevando la seguridad de que ustedes sabrán defender la integridad de la República.»—Prim no salió esa tarde sino al día siguiente, á las seis de la mañana. A las ocho entraron los franceses en Orizaba, llevando la noticia de que ya Taboada había hecho su pronunciamiento en Córdoba, el primero que había de traer al país un monarca extranjero. Lorencez quería que sobre la marcha se pronunciara también Orizaba; pero no se encontró gente que quisiera pronunciarse, y fué necesario esperar á que Almonte llegara. Una coincidencia repugnante se nos hizo notar: en los momentos en que estaban muriendo cinco soldados mexicanos en el Fortín, asesinados materialmente por los invasores, Taboada, mexicano, aquel general traidor, estaba rindiendo vasallaje á Napoleón III.

—¡Pero qué bribones, qué malvados, qué viles son esos traidores! exclamó Velázquez.

—Nosotros continuamos replegándonos para este rumbo. Yo tuve que volver al lado de mi general Arteaga,

quien sólo me había prestado al general en jefe para el desempeño de algunas comisiones, sin que por eso perdiera de vista á ninguno de los dos. Zaragoza, infatigable, recorría todos los puntos de arriba á abajo, reconocía el terreno en todas direcciones y en seguida inspeccionaba las tropas que habían sido desmoralizadas por Uraga cuando éste manifestó que eran incompetentes para batirse con las europeas. Nuestro general padecía de angustia como indeciso sobre el partido que debía tomar ante el avance de las tropas francesas, que con mejores elementos podían darnos alcance de un momento á otro y tal vez en un punto desventajoso para nuestras armas inferiores. Estábamos en Acultzingo: entonces fué cuando ordenó al general Arteaga que se situara en las cumbres y detuviera al enemigo uno ó dos días, ó siquiera unas cuantas horas. Nos establecimos allí con los dos mil hombres el 27 por la tarde. El 28 vimos llegar la columna enemiga, con cuyos cañones y fusiles sabíamos bien que no podían medirse los nuestros; pero én fin, ocupábamos un punto ventajoso, y no teníamos la misión de vencer sino de estorbar el paso, lo cual conseguimos por todo el día 28. A eso de las dos de la tarde avanzó una compañía de zuavos y la rechazamos, luego se nos echaron encima tres fuertes columnas, otra nos flanqueó y á todas les hicimos frente durante tres horas. Desgraciadamente á eso de las cinco, cuando dábamos una carga con el Estado Mayor y un escuadrón por un camino angosto, el general Arteaga, que cometió la imprudencia de ponerse al frente de ella, fué herido de una pierna y comenzamos á retirarnos con el desorden consiguiente. Nosotros tuvimos un muerto y pocos heridos: el enemigo unos ocho hombres de pérdida, y hubiera tenido quinientos si nuestros hombres hubieran sabido

hacer puntería. La herida del general no es mala, pero como es tan gordo se desangró mucho y ha sufrido horriblemente. Los demás estamos ya aquí sanos y salvos. Los franceses han venido detrás de nosotros á una jornada; pero se ha quedado vigilándolos é inquiteándolos la guerrilla Martínez. Mañana ó pasado tendremos el combate decisivo, amigos míos; bebamos, pues, por la victoria.

—¡Por la victoria!

—¡Viva México!

—Llamada de tropa, exclamó Velázquez aplicando el oído al son de una corneta que se dejó escuchar.

—A nuestros cuarteles, dijo Robles, y mañana cada cual firme en su puesto.

—La última copa, pues, en recuerdo de nuestras amadas.

—Bien, y mañana nos encomendaremos á ellas y á nuestro Dios, como los caballeros de la edad media

Tomaron la copa alegremente y todos se salieron de la fonda haciendo ruido con las espadas.





CAPITULO LII.

Momentos supremos.

ERA el 5 de Mayo de 1862. Don Benito Juárez, á las siete de la mañana se encontraba ya en los salones Presidenciales rodeado de los ministros y de muchos de sus amigos, entre los que había diputados, militares y empleados superiores.

Se había estado paseando antes de que hubiera gente, y de cuando en cuando se detenía ante una mesa, cogía tres ó cuatro telegramas de los últimos que habían estado llegando la noche anterior, los volvía á leer, y sin que su fisonomía se alterara en lo más mínimo, continuaba sus paseos y dirigía pocas palabras á los pocos individuos que se encontraban en el salón, se puede decir bien, los íntimos, los de la familia.

De repente se detuvo, dirigió la mirada al balcón como para calcular la hora sin necesidad de ver la muestra, y dijo como hablando consigo mismo:

—A estas horas Zaragoza ha levantado el campo ó se está batiendo.

—Debe estar atacando á Lorencez según el plan comunicado, dijo uno de los íntimos.

—Sí, siempre que O'Horán hubiera derrotado á Márquez, porque si Márquez ha eludido el encuentro y se ha unido á los franceses, ya Zaragoza queda impotente con mil quinientos hombres menos, que no habrán podido reunirse estando de por medio el ejército francés.

—Lo probable es que nuestras tropas se estén batiendo con los franceses, dijo con voz muy elevada Santacilia, haciendo contraste con el silencio casi religioso que reinaba en el salón.

En esos momentos apareció el ministro de la Guerra general don Pedro Hinojosa con un papel en la mano.

—Es un telegrama de Puebla, dijo al Presidente, llevándosele al hueco de un balcón.

El general Tapia, gobernador y comandante militar de Puebla, decía que Zaragoza no podía comunicarse con el gobierno porque desde temprano había abandonado la ciudad para situarse con sus fuerzas en las faldas de los cerros de Loreto y Guadalupe para acudir á donde fuera necesario.

Que Márquez había sido derrotado por O'Horán, y que de consiguiente los franceses no podían recibir aquel refuerzo, siendo probable que tampoco O'Horán púdiera llegar á tiempo, porque los franceses, según las noticias, se habían movido de Amozoc y seguían avanzando.

De un momento á otro se presentarían y atacarían la plaza ó los fuertes de Loreto y Guadalupe.

En el primer caso, Zaragoza le lanzaría sus columnas luego que lo creyera oportuno.

En el segundo caso, Tapia á su vez, atacaría á los franceses si se le ordenaba, ó haría fuego solamente desde sus posiciones. Que se conservaba bien el espíritu de la tropa, y que todo hacía esperar un resultado favorable en el combate, aunque no decisivo, por la superioridad de las tropas francesas tanto en número como en armamento y pericia militar. Que si el enemigo no cortaba la línea telegráfica, seguiría comunicando los incidentes del combate.

Juárez hizo que se leyera en alta voz aquel mensaje, y como los ayudantes estaban anunciando repetidamente á varias personas, ordenó que se abrieran las puertas y que entraran los que quisieran.

—Es muy justo que todos quieran saber lo que pasa, y es muy justo también que lo sepan.

Entonces hicieron irrupción los diputados, militares, etc., y la conversación unas veces era general y otras particular, en los diferentes grupos, manifestándose en el semblante de todos la ansiedad, la inquietud, el entusiasmo y hasta la angustia.

Sólo el Presidente permanecía tranquilo, inmovible, como si en aquellos momentos no fuera á resolverse por las armas quizás el porvenir de su gobierno y el de la República.

Si Zaragoza era derrotado ¿no era seguro que el ejército francés iba á avanzar á marchas forzadas sobre la Capital, para no dar tiempo á que llegaran los contingentes de los Estados y se le volviera á presentar un nuevo combate que siempre disminuiría sus fuerzas, de por sí no muy numerosas? ¿Y qué podría hacer Juárez si no declararse vencido ó huir al Interior como en la vez pasada empuñando la bandera de la legalidad? Pero en aquel en-

tonces los reaccionarios estaban solos, y esta vez tenían ya el apoyo de las bayonetas francesas que podían seguirse aumentando indefinidamente. ¿No era por lo mismo la situación difícil y azas comprometida? Sin embargo, aquel hombre parecía seguir siendo como de roca.

Así como la animación era grande en los salones presidenciales, de la misma manera las antesalas, los corredores de Palacio y el frente y los costados de este edificio estaban muy concurridos por infinidad de personas que deseaban adquirir noticias, las que, como era natural, circulaban muy adulteradas, pues ya se decía que los franceses habían caído en una emboscada, ya que había estallado un pronunciamiento en Puebla, ó ya que Zaragoza había sido destrozado y que el ejército invasor seguía avanzando sin detenerse para ocupar la Capital.

Estas noticias desfavorables las esparcían los simpatizadores de un príncipe extranjero, quienes por fortuna en aquellos momentos eran pocos en la Capital, á pesar del desprestigio que los periódicos de oposición y una parte numerosa de los diputados habían procurado hacer caer sobre el gobierno para que sustituyera á éste el partido orteguista, esto es, el partido de los que querían que fuera Presidente de la República el general González Ortega, algunos de buena fé, para que hubiera más energía, más iniciativa y más justicia en la administración; pero los más, como sucede generalmente, para obtener mayores ventajas personales.

Así, aunque la oposición á Juárez había sido terrible en los meses anteriores, ésta era más bien de los liberales mismos, pues los conservadores, monarquistas ó clericales estaban trabajando en la sombra, y ya sabían que la intervención, como trabajada por ellos mismos, tenía que

resultar en su provecho, y no necesitaban más que esperar el desenlace de aquella comedia de monarquía sin apresurarse á poner gran cosa de su parte, por eso las noticias fatales eran pocas y mal acogidas y referidas más bien por los ociosos y mal intencionados.

Transcurrió una hora sin que se recibiera ningún mensaje de Puebla, y todos los que rodeaban al Presidente demostraban ya la mayor ansiedad, cuando el ministro de la Guerra dió cuenta con el segundo de la mañana que acababa de llegar y que decía:

«Los exploradores avisan que el ejército enemigo sigue avanzando.

«Además, desde lo alto de las torres de la Catedral se ve perfectamente el polvo que levanta la columna, todavía como á unas cuatro leguas de distancia.»

El Presidente dijo sin inmutarse al ministro:

—Acusaremos recibo de este despacho, suplicando al general Tapia que nos continúe informando sin interrupción de lo que pase, y de que en el caso que sea cortada la línea telegráfica, tenga mensajeros listos para que vengán á depositar sus despachos en la primera oficina que se encuentre expedita fuera de la zona del combate.

Todos aprobaron expresivamente esta determinación del Presidente.

Poco después se recibió otro mensaje del general Tapia diciendo:

«El general Zaragoza me encarga comunique al supremo gobierno que ya tiene todas sus medidas dictadas y todo su plan combinado para resistir ó para atacar, según las circunstancias, luego que se presente el enemigo, y que

en junta general de oficiales generales se acordó combatir hasta vencer ó morir, mientras quede un hombre y un cartucho. Que puede descansar el personal del Ejecutivo en la seguridad de que la bandera nacional será defendida vigorosamente y de que el honor militar mexicano saldrá bien librado en esta prueba.»

Indecible fué el entusiasmo que produjo este telegrama entre los íntimos de la administración allí reunidos.

Sucesivamente el general Tapia continuó rindiendo los siguientes partes:

«Son las nueve de la mañana. Se ha avistado el enemigo.»

«A las nueve y media. Las tropas que forman la columna francesa se ven ya perfectamente desde esta plaza, de tal modo, que pueden contarse sus cuerpos, sus cañones, sus banderas y el inmenso número de carros y mulas de carga que forman su convoy, con repuesto de víveres y de municiones.»

«Nueve y tres cuartos. Como unos cien tiradores nuestros que estaban pecho á tierra, se han levantado y hecho fuego, haciendo detener toda la columna. Casi en el acto se ha destacado otra faja mucho más numerosa de tiradores á pié del enemigo, y los nuestros se han retirado paso á paso hasta cubrirse con los árboles, sin dejar de hacer fuego. Después de esta pequeña demostración, ha continuado el silencio. Ni con el anteojo se ve, ni los exploradores confirman el hecho de que vengan soldados mexicanos con los invasores, no obstante que se sabe que vienen Almonte, Haro y otros generales, lo mismo que el padre Miranda y algunas personas que se dicen conoce-

doras de la plaza de Puebla y de sus contornos. La columna francesa, según se advierte, se compone de unos seis mil hombres. Nosotros le oponemos menor número, pues el general Zaragoza, habiendo desprendido á O'Horán con la mayor parte de la caballería, sólo cuenta con cuatro mil hombres escasos, de línea, y yo tengo en la plaza cerca de mil quinientos, pero todos reclutas. Tenemos municiones, pero no las suficientes para un sitio ni para combates muy prolongados. Se entiende que estos informes son enteramente confidentiales.»

«A las diez de la mañana. A la vez que los cuerpos del enemigo han formado pabellones y encendido fogatas para tomar sus raciones en pleno campo, se ha destacado un Estado Mayor, probablemente el del general en jefe, seguido de un escuadrón, para hacer reconocimientos, según se advierte, dirigiendo éstos de preferencia á los cerros y no á la plaza como todos creíamos. Aunque el general Zaragoza debe estar observando estas operaciones, ya las mando poner en su conocimiento, sobre todo por si se presentare la oportunidad de cortar á ese grupo de gente, de modo que no pueda volver á su campamento.»

«Son las once. El reconocimiento fué corto, y como me había imaginado, se dirigió á inspeccionar el terreno para establecer la artillería de sitio, desde donde se puedan batir los fuertes, y en ver las dificultades materiales que puedan presentar los caminos que deben elegirse, y fundo mi opinión en que inmediatamente después del regreso de los jefes con su escolta, han salido los ingenieros y trabajadores á desempeñar trabajos de zapa, muy bien escoltados. Se observa gran movimiento en el campo enemigo; pero muy ordenado, y por el orden de formación que toman los cuerpos, se comprende que se están orga-

nizando las columnas para un asalto sobre la plaza ó sobre los fuertes. Bien puede ser que hagan algunos amagos sobre éstos, y que el ataque verdadero, en un momento dado, lo dirijan sobre la plaza. Pronto vamos á verlo. »

Hubo un intervalo de una hora, que á todos pareció un siglo, en que no se recibió telegrama ninguno. Probablemente el hilo telegráfico había sido cortado, tal vez el general Tapia estaba ya batiéndose en virtud de haberse dirigido el ataque sobre la plaza, como era de esperarse, poniéndose fuerzas suficientes al frente de Zaragoza, para que no pudiera auxiliarla; en fin, se hacían diversas conjeturas, cuando á eso de las doce y cuarto se recibió el siguiente despacho:

«El enemigo ataca resueltamente los fuertes de Loreto y Guadalupe, particularmente este último, sobre el cual ha lanzado tres poderosas columnas compuestas de zua- vos y marinos que han avanzado bajo fuegos mortíferos, demostrando la mayor intrepidez. Las columnas desaparecen en los repliegues del camino á unos doscientos metros del fuerte de Guadalupe, esperando que la artillería abra brecha suficiente para dar el asalto. El cañoneo es incesante por ambos lados, y nuestros fuegos, lejos de ser apagados, se ve que á cada instante toman mayor incremento, y á lo que parece son bien dirigidos. »

Ya se comprende el estado de inquietud y de incertidumbre que debe haber dominado los ánimos con la lectura de este telegrama que puso á todos nerviosos.

El combate había comenzado, era reñido, terrible, según podía comprenderse, y parecía imposible que los franceses no tomaran la posición, conocidos como eran

sus elementos, su pericia, su valor y la superioridad en todo sobre nuestros bisoños soldados.

A la una nadie pensaba en retirarse del Palacio, todos estaban esperando el desenlace de Puebla con un interés, con una ansiedad indescriptibles.

Después de media hora se recibió este nuevo despacho:

«En estos momentos el combate es terrible: el humo es espeso y no deja ver nada; pero el estruendo de fusilería y de artillería es espantoso. Se comprende bien que hay grandes movimientos en los fuertes y en sus contornos, siendo el combate muy vivo en una línea que abarca más de trescientos metros. El general en jefe ha logrado comunicarse conmigo: me dice que todo va bien y que debo estar preparado para hacer una salida con las reservas, dejando las trincheras guarnicionadas.»

Naturalmente estas noticias triplicaron el desasosiego. Era claro que los franceses estaban dando ya el asalto con el vigor que tan notables los hizo en Crimea y en Italia. ¿Resistirían su empuje formidable nuestras tropas, que ya sabían con qué clase de soldados estaban luchando?

El mensaje que llegó á poco vino á disipar los temores:

«Las tres columnas francesas están retrocediendo rechazadas en toda la línea.»

Como se vé, la noticia era breve, pero confortable. La alegría se difundió entre los circunstantes, y no faltó quien dijera:

—Ahora toca su turno á Zaragoza de echarse sobre ellos y derrotarlos.

Pero pronto llegó otro despacho que volvió á establecer la duda.

«Los franceses están organizando nuevamente sus columnas reforzadas por una parte de las reservas, han emplazado en nuevas posiciones sus baterías y están dirigiendo un fuego más vigoroso contra el fuerte de Guadalupe, el cual también es contestado con mayor energía. Reina un gran entusiasmo en las tropas de la plaza que están ansiosas de entrar en combate. El nuevo asalto del ejército francés ofrece ser terrible.»

Nueva incertidumbre, nueva ansiedad y nuevas angustias para los concurrentes de Palacio.

Son las tres y media de la tarde y nadie se mueve, nadie quiere retirarse. Algunos militares examinan los planos y señalan los movimientos probables de los combatientes.

Llega otro parte que vuelve á hacer renacer la esperanza y que causa el mayor regocijo:

«El segundo ataque acaba de ser rechazado victoriosamente. Los salientes de la montaña están coloradeando con los pantalones de los zuavos que han quedado muertos; pero están llegando nuevas reservas, aun las que custodian el parque se han movido y han trabado una lucha sangrienta en la llanura con nuestra caballería. Se prepara un nuevo asalto.»

Siguió otra media hora más en que se vió al Presidente sereno, dirigiendo de vez en cuando la palabra á los que tenía al lado con toda tranquilidad, mientras los demás estaban pálidos y casi jadeantes.



En este momento el combate es terrible.

Entonces se recibió el último telegrama:

• ¡Victoria! ¡victoria completa! El enemigo fué totalmente rechazado en su tercer ataque, con grandes pérdidas; al querer reorganizarse para asaltar por cuarta vez los parapetos, una columna de nuestras tropas lo ha atacado de flanco auxiliada por la caballería de la plaza, obligándolo á retirarse completamente á sus posiciones primitivas, en donde está ya formado en cuadro.

• En los cerros de Loreto y de Guadalupe y en la plaza se están tocando dianas. Se ha desatado una lluvia torrencial que ha venido á completar el fracaso de los franceses. •

Entonces el Presidente se sonrió diciendo solamente:
— ¡Gracias á Dios!

Todos le dieron la mano, algunos lo abrazaron derramando lágrimas y los más se retiraron para ir á comer. Al atravesar por los corredores, y en las calles inmediatas al Palacio iban dando la noticia, y ésta se propagó como si un cordón de pólvora hubiera estado extendido en toda la ciudad y se le hubiera puesto fuego.

El mismo pueblo, espontáneamente subió á las torres y repicó las campanas, en tanto que todos los barrios eran recorridos por grupos de gente en gran número gritando hasta enronquecerse ¡viva la República! ¡viva la independencia! ¡viva Juárez!

El telégrafo se puso en actividad, y el fausto suceso fué comunicado á todos los gobernadores y festejado con inmenso júbilo hasta en los últimos rincones de la República.

Los mismos partidarios de la intervención se regocijaron interiormente por algo que tuvieran aún de amor á la

patria ante aquel triunfo de los humildes soldados mexicanos, que habían sabido humillar el orgullo de los que venían apellidándose los bravos soldados de Magenta y Solferino, los primeros soldados del mundo!

El gobierno pudo tener un respiro para preparar la defensa nacional, con la conciencia de que aquella guerra inicua apenas había comenzado.





CAPITULO LIII.

Judrez, es arrollado.

HABIA transcurrido ya un año después del acontecimiento notable que se acaba de relatar en el capítulo anterior. La disoluta corte de las Tullerías, por su capricho de intervenir en México, había gastado más de cincuenta millones, el séstuplo ó tal vez diez veces más quizás de lo que podían importar las reclamaciones justificadas que se presentaban contra nuestro gobierno, y habían perecido con la aventura napoleónica en ese año más de dos mil franceses, una tercera parte de enfermedades y los demás en acciones de guerra, sin que por eso se pensara en desistir de la empresa; antes bien, se había echado mano de los mejores generales, de los mejores regimientos, de los mejores buques de guerra, y de todo lo demás que se necesitaba para establecer un imperio, entre cuyos útiles se contaban hombres diplomáticos, políticos y financieros.

El momento que habían escogido Napoleón y sus cómplices para realizar aquel crimen de lesa-nacionalidad, no podía ser más oportuno: la República de los Estados Unidos estaba envuelta en la guerra separatista, y el gobierno del Norte estaba embebido en sus propios negocios para que pudiera ó quisiera ocuparse de los nuestros; nuestro partido liberal, aunque triunfante del de la reacción, había consumido sus fuerzas vitales en tres años de lucha sangrienta; una buena parte de los mexicanos, los vencidos, no lo estaban completamente, todavía contaban con muchos jefes de bandidos, con muchas guerrillas á cada momento derrotadas, pero no extinguidas: por eso el clero y los ricos conservadores del país estaban dispuestos á formar el nuevo bando que debería llamarse el partido traidor, porque iba á ponerse bajo la protección de los invasores, á fin de establecer una dinastía exótica: nada se presentaba tan fácil como la empresa napoleónica que había de tener por prólogo el imperio de Maximiliano y por epílogo la Baja California y Sonora convertidas en colonias francesas.

La mesa estaba puesta, el puchero estaba servido, no había más que acomodarse bien y engullir hasta los asientos.

Y ahora que había transcurrido ya un año, cuando ya parecía llegado el plazo de recoger el botín de la victoria, era cabalmente cuando iban á deslindarse bien los campos, y cuando iba á comenzar la gran contienda de la fuerza contra el derecho, del poderoso contra el débil, del oprimido contra el opresor, del patriota contra el traidor, de la libertad contra el despotismo, de los verdugos contra las víctimas: los primeros muy envanecidos y llenos de elementos y de confianza, y los segundos muy pobres,

pero eso sí, sostenidos por la fe y por el entusiasmo que comunican las buenas causas, cuando estas proceden de la justicia.

Era el 31 de Mayo de 1863.

Don Alejo Rincón y su esposa Refugito sólo esperaban para sentarse á la mesa que llegaran el Lic. Benavides y Adela, según la costumbre que tenían de comer juntos una vez por semana.

Se comía á la una en punto; pero en esta vez pasaban ya quince minutos de la una y no llegaban, por lo que don Alejo se paseaba impaciente por el corredor y á cada vuelta echaba un vistazo al zaguán.

Por fin aparecieron cuando ya casi iba á dar la media, notándose desde luego en el semblante de Benavides que algo le contrariaba ó tenía alguna preocupación.

—¿Algún pleito te impidió venir más temprano? le preguntó Rincón cariñosamente.

—No señor, le contestó el abogado estrechándole la mano. Es otra cosa que le referiré cuando estemos sentados. Les suplico á usted y á Refugito que me dispensen: yo he tenido la culpa. Adela me esperaba vestida é inquieta. Vamos, vamos al comedor.

Y después de los abrazos y besos de los papás para Adela, se sentaron todos á comer.

Rincón insistió luego:

—Vamos, cuéntame ahora.

—¿Acaso no han notado el movimiento que hay en la calle? preguntó Benavides.

—Yo sí, respondió Rincón y conocemos la causa. El comercio está alarmado por los preparativos que se están haciendo para defender la Capital. Los cañones de los



franceses acabarán con México como acabaron con Puebla, en donde según dicen, ha habido una destrucción espantosa.

—Pues ya no se defiende la Capital. Todos los extranjeros se han acercado á Juárez rogándole que no haga tal cosa, y se va hoy mismo al oscurecer, secretamente.

—Pero si se va secretamente, ¿por qué es el movimiento que hay en la calle?

—Porque por más que se ha hecho no ha podido guardarse todo el sigilo que se quería. Los empleados, los comprometidos, corren de aquí para allá buscando carruajes, buscando caballos, en fin, arreglándose para seguir al gobierno que va á establecerse á San Luis Potosí.

—Pues me alegro mucho, como comerciante, que no se defienda la Capital, porque un sitio prolongado nos arruinaría á todos; pero lo siento como mexicano, por que se les disputaría á los invasores cada pulgada de terreno.

—¡Oh! si todos los hombres de negocios fueran tan patriotas como usted! exclamó Benavides con entusiasmo.

—Y tú ¿qué piensas hacer?.

—Mi primer movimiento ha sido correr á Palacio para ir á ofrecer mi brazo al gobierno.

—Pero tienes tu mujer, tienes tu hijo Carlitos, y esto debió haberte contenido.

—He luchado entre dos deberes en efecto. Por una parte yo no soy político, y en las luchas civiles me ha contentado seguir con mis simpatías á los liberales; pero ahora se trata de defender el suelo mexicano, ahora viene á profanarse la patria que todos estamos obligados á defender lo mismo que su autonomía. En el otro platillo de la balanza ha pesado mucho el amor que les

profeso á mi mujer y á mi hijo, y he visto las lágrimas que ha derramado mi Adela.

—Y.....

—Aunque he corrido ciegamente á Palacio sin atender á nada más que á mi deber de patriota, he encontrado aquello tan revuelto, tan sin piés ni cabeza, que no encontré quien acogiese mis pretensiones. Lo único que me han dicho es que sobran oficiales y que no hay con qué pagarles.

—Pero era una locura la tuya, dijo Refugio.

—Era una locura en efecto, señora, contestó Benavides; pero el patriotismo es ciego y sordo. Si no hubiera encontrado cerradas las puertas, á estas horas sería yo militar.

—Figúrense ustedes cómo estaría yo, dijo Adela, si poder quitar esa idea á Domingo que se había encaprichado ya en seguir al gobierno.

—¿Pero á tí qué te importa una vez que no eres empleado, ni militar, ni estás comprometido?

—Quería evitarme el bochorno de ver aquí á los franceses, quería evitarme también la vergüenza de ver á los traidores saludando al invasor, porque ha de haber aquí en México muchos traidores, y quería, sobre todo, contribuir en la esfera que me fuera posible á la defensa nacional.

—Ahora cuéntanos lo demás que sepas.

—Apenas oí decir en la Corte de Justicia que se marchaba el Gobierno, me fuí con varios amigos á Palacio para averiguar la verdad. Vimos á Juárez rodeado de sus ministros y algunos generales, porque la puerta estaba franca para todos cuantos querían entrar á la Presidencia, y aquel hombre de bronce estaba enteramente se-

reno como si no pasara nada extraordinario: á la vez que dictaba á su secretario algunos partes, que comunicaba á los ministros sus acuerdos, daba órdenes ó instrucciones á los militares, que estuvieron saliendo uno detrás de otro á cumplirlas. Al dar la una estrechó la mano á los que estaban cerca, saludó á los demás á su paso y sin que un solo músculo de su cara se contrajera, dijo que se iba á comer y que volvería á las tres de la tarde para despachar los asuntos pendientes. Entonces pudimos hablar con un ministro amigo, el cual nos dijo al oído:

—Dejamos la Capital esta noche. Ya las tropas están saliendo, no quedará aquí más que el Ayuntamiento con la policía.

—¿Pero no se defiende, pues, la plaza? preguntó uno de los que habían ido allí conmigo.

—No, contestó el ministro. Se han hecho muchas gestiones ante el gobierno y éste ha figurado acceder; pues nada hubiera importado al Presidente que no quedase piedra sobre piedra en esta ciudad si hubiera elementos para hacer una buena defensa; pero las principales tropas han sido destruidas, no tenemos con nosotros más que cinco mil hombres mal armados, no hay parque, no hay provisiones suficientes, y sobre todo, hace falta un general de prestigio en quien se pueda tener plena confianza. El señor Juárez dice que ya el gobierno hizo los esfuerzos que pudo y los seguirá haciendo á la medida de sus fuerzas; pero que en adelante el país mismo se levantará como se levantó en la revolución de Ayutla y en la guerra de tres años, y de allí, de las masas, surgirán los generales que han de venir forzosamente á dar la victoria á la República.

—¿Tiene fé el Presidente en el triunfo? pregunté yo.

—Mucha. Dice que ni diez Napoleones juntos conquis-

tarian á México, y mucho menos si terminara la guerra separatista en los Estados Unidos.

Nos despedimos, hicimos los comentarios correspondientes, y he ahí por qué razón nos tardamos mi Adela y yo, siendo mía la culpa.

Adela fué y le dió un beso diciéndole:

—Ahora ya se me salió el susto del cuerpo: ahora te quiero más.

—Ya veremos, ya veremos, contestó el abogado que siempre tenía su idea fija.

Al concluir la comida llegaron á tomar el café Nestor Rincón y su esposa Amparo. Estaban radiantes. En la primera oportunidad que se presentó dijo ella:

—¿No saben ustedes?. Ya van á dar los demagogos la estampida. Están ya muy cerca los que vienen á ponerlos en juicio.

—No están muy cerca, rectificó Néstor; lo que hay de cierto es que no se espera ya á los franceses en la Capital porque. . . . corvas son triunfos.

Refugito hizo que inmediatamente cambiara la conversación.

En el resto de la tarde la Capital estuvo presentando un aspecto de los más tristes: el cielo estaba muy nublado, las calles estaban desiertas, solo de cuando en cuando se veían oficiales que corrían á caballo y caravanas más ó ménos numerosas de empleados y adictos al gobierno que saltan como podían, aun algunos pié á tierra. Cuando vinieron las primeras sombras de la noche, el Presidente salió tranquilamente en un coche de camino, llevándose en sus archivos sólo los papeles más necesarios. Los demás los dejó en cajones clavados y sellados.

En otros carruajes iban los ministros y los cuarenta amigos que se llamaron más tarde los *inmaculados*.

Ahora vamos á terminar este capítulo con una escena de otro género.

Los nubarrones que durante la tarde habían estado entoldando el cielo se desgajaron por la noche acompañados de relámpagos, cayendo una lluvia que, sin ser una tempestad, no dejaba de ser nutrida y estrepitosa.

Elvira y Eva que habían estado en el balconcito hasta casi cerrar la noche viendo desde allí algo de lo que pasaba en la ciudad y esperando como siempre, aunque no se tenga ninguna esperanza, aunque fuera una ráfaga de viento que les trajera noticia de sus capitanes, pues desde que se había estrechado el sitio de Puebla por Forey ya no habían vuelto á saber nada de ellos, se estremecieron cuando su madre les dijo:

—Métanse, muchachas.

Y ellas se habían metido suspirando.

A poco había empezado á llover y entonces cerraron las demás puertas. Estaba ya la familia en la salita en torno de una lámpara que había en la mesa redonda, Eva y Elvira cosiendo, el hermano leyendo y la mamá dormitando, cuando distintamente oyeron ruido de sables en la escalera y luego tres golpes secos en la puerta de la vivienda.

—¿Es aquí donde llaman? preguntó la señora como sobresaltada.

—Sí, aquí es, contestaron ambas jóvenes, lanzándose á abrir la puerta vidriera que sólo tenía un pasador.

Quitar éste, abrirse ambas hojas y recibir á los capitanes Robles y Velázquez en sus brazos, todo fué uno.

Siguieron á los saludos, las preguntas de ordenanza sobre los motivos de por qué no habían escrito luego que

terminó el sitio de Puebla, y después de las reconven-
ciones, lo de que, por una y otra parte se contaran lo más
notable que hubiera pasado.

Robles y Velázquez refirieron punto por punto lo
que sucedió después del hecho glorioso del 5 de Mayo; cómo
aquello de que por un descuido que no podía disculparse
militarmente, González Ortega se había dejado sorprender
en el cerro del Borrego, teniendo cinco mil hombres por só-
lo noventa franceses que lo pusieron en derrota, frustrando
el ataque de Orizaba en donde Zaragoza tenía la plena se-
guridad de pulverizar á Lorencez que sólo contaba con
cinco mil hombres que estaban allí metidos en una rato-
nera.

—El triunfo era probable, pero no seguro, objetó
Velázquez, porque los franceses tienen una disciplina tal,
que combaten siempre hasta quemar el último cartucho.
Sin el fracaso del Borrego quizás hubieran tenido que ca-
pitular; pero no sin dar al general Zaragoza algunos dolo-
res de cabeza.

—¡Ay! continuó Robles suspirando, nuestro querido
general Zaragoza murió desgraciadamente en Puebla, quién
sabe si para su bien porque así se fué con toda su gloria,
ó quién sabe si para nuestro mal, porque tal vez hubiera
empleado mejores recursos para combatir á Forey, que los
empleados por González Ortega y Comonfort; pero de se-
guro cualquiera que hubiera sido nuestra suerte teniéndole
á él por jefe, no sería tan desastrada como la que tene-
mos ahora en que quizás no nos queda más recurso que
irnos á morir de hambre en lo más intrincado de los
montes ó en lo más profundo de las barrancas.

—Pero en fin, no nos han contado ustedes lo que
siguió después del descalabro del Borrego.

—Tuvimos que retirarnos, contestó Velázquez tristemente, no sin librar algunos combates que tuvieron poca significación; pero que sirvieron sin embargo para acostumbrar á nuestra gente á pelear con los franceses que eran considerados como semidioses. Ya todos han visto que también vuelven la espalda cuando tienen miedo, que se saben rendir pidiendo perdón de rodillas cuando se ven perdidos y que se mueren como todo hijo de vecino cuando se les mete una bala en el cuerpo.

—Y el sitio de Puebla ¿qué tal estuvo? preguntó Elvira, no porque no conociera hasta los menores detalles, sino por oír hablar de ello á su novio.

—Pues el sitio de Puebla, contra lo que todos creían, duró sesenta y dos días con sus noches ¡carambolitas! y cómo se quemó allí pólvora y cómo murieron allí franceses y mexicanos, principalmente en los ataques de San Javier y Santa Inés y el Cármen, en que los franceses no perdían ménos de tres ó cuatrocientos hombres en cada ataque, porque como siempre fueron rechazados, al retirarse sufrían nuestros fuegos á quema ropa y morían como hormigas. Si el gobierno francés fuera otro, exigiría la responsabilidad á Forey, que contra todas las leyes de la guerra estuvo mandando hombres al matadero, sin ninguna necesidad, porque como nosotros no teníamos ni parque ni víveres suficientes, nos hubiéramos rendido á los tres ó á los cuatro meses, sin haber matado á un solo francés.

—Pero, ¿cómo es posible que no hayan tenido víveres ni parque? pues entonces, ¿para qué se encerraron? preguntó la señora grande.

—Porque así somos nosotros: hacemos para pensar y no pensamos para hacer. Se pensó en hacer fortines, en

acumular allí cosa de veinte mil hombres; pero se creyó seguramente que se repetiría lo del 5 de Mayo, que en ocho días terminaría todo, una vez que Forey iba á ponerse entre dos fuegos, entre nosotros y el ejército de Comonfort que había de caerle en el momento oportuno, y que antes bien, fué quien dejó que le cayeran encima en San Lorenzo, volteándose el chirrión por el palito.

—Y bueno, Puebla sucumbió.

—El fin, como ustedes saben, estuvo grandioso, sorprendente, tan inesperado, que hizo abrir á los franceses semejantes tapas. Rompimos las armas, quemamos el poco parqué que quedaba y dimos libres á los soldados, de manera que los franceses no tuvieron más botín que las ruinas de una ciudad.

Los ojos de Eva y Elvira brillaban de entusiasmo.

Robles continuó:

—Los oficiales nos entregamos prisioneros en número de mil y tantos, y desde los generales abajo, casi todos nos hemos fugado del camino. Hoy sólo van desterrados á Francia los que no quisieron escaparse. Velázquez y yo sólo pudimos evadirnos ya en Veracruz, y desde allá hemos hecho una peregrinación digna de escribirse en bronce, que en otra vez les contaremos, porque hoy estamos muy de prisa.

—¡Cómo! exclamó casi toda la familia al mismo tiempo.

—Tenemos abajo á nuestro asistente con los caballos. Pocós como nosotros pueden contar ahora que tienen caballos y asistente: ya en otra vez les referiremos nuestras aventuras. Hoy tenemos que salir luego á dar alcance á las pocas tropas que lleva el gobierno, en primer lugar, porque mañana van á pronunciarse aquí los

mochos por el imperio, y en segundo lugar, porque necesitamos ir á presentarnos cuanto antes para tener colocación y. . . ascenso.

Velázquez se rió y ambos apresuraron la despedida, que fué muy tierna, á cuyo efecto tuvo que disimularse un poco la mamá, pues por lo que respecta al muchacho ya se había dormido.

—¡Tuya hasta la muerte! dijo Elvira al oído de Robles.

—¡Te amaré eternamente! dijo muy quedo Eva á Velázquez.

Y se oyó como un susurro que no fué sino un' doble beso.





CAPITULO LIV.

Una mujer fuerte.

VAMOS á encontrarnos entre gentes más sencillas todavía y muy ajenas á la política y á los grandes sucesos, que las que acabamos de escuchar en el capítulo precedente. Ahora volvamos á un pueblecillo que ya fué nuestro conocido en otra parte de esta relación y en donde contamos también con amigos. Nos presentamos ahora en Santa Ana Acatlán, en la casa del licenciado Quiñones, en donde con motivo de las noticias del día, están reunidos los principales del pueblo, que forman allí como una sola familia.

—A ver, Patricio, dice el abogado, repite á los señores lo que acabas de contarme.

—Son las noticias que corren en Guadalajara, yo nada invento.

—No tengas cuidado, hombre, estamos entre amigos,

y luego que ya sabemos que eres persona de negocios, que no te metes en la política, y que poco se te da por lo mismo que gobierne Juan ó Pedro.

—Pues en Guadalajara hay mucha alarma, tanto porque las guerrillas de los Tovar, de los Rivas y de los Lozada han vuelto á levantarse por Tepic y Mascota, cómo porque aseguran que ya los franceses vienen ocupando los Estados y que pronto los tendremos también en Jalisco.

—¿Y qué sucedió con el general Doblado?

—Se espantó de tantas cosas como se le vinieron encima. Lo único que arregló fué quitar á don Rafael Tapia su hacienda del Carmen para regalarla á unos generales.

—¡El reparto de la mano muerta! exclamó el cura suspirando.

—Y del señor Juárez; ¿qué noticias hay? preguntó con mucho respeto Adrián Canales.

—Don Benito Juárez sigue empuñando la bandera de la legalidad.

—Pero ¿en dónde se encuentra ahora?

—De pronto estableció su gobierno en San Luis Potosí; pero como los franceses van avanzando y extendiéndose para hacer que se levanten actas de adhesión al imperio en todas las poblaciones, se dirigió con las pocas tropas que le quedaban para los Estados fronterizos.

—Tiene muchas cosas curiosas esta intervención extranjera, dijo con zonga el licenciado Quiñones. Primeramente vienen los diplomáticos reclamando los daños y perjuicios que se han causado á sus nacionales, y traen con sus tropas de ocupación empleados á Márquez, Miramón y otros que fueron los que impusieron los préstamos y secuestraron las conductas. En segundo lugar, vienen á darnos civilización, á enseñarnos cómo se cumplen los convenios, y los mis-

mos diplomáticos que firmaron los convenios de la Soledad, se hacen atrás y dejan que sus generales echen un borrón en su honor militar, dejando de volverse á sus puntos como estaban comprometidos á hacerlo y atacan á traición á nuestras tropas. En tercer lugar, vienen á establecer un buen gobierno compuesto de hombres de prestigio, de progreso, de honorabilidad, y pretenden destruir á un gobierno ya establecido popularmente, trayendo para formar el suyo á los que fueron ya derrotados y echados del país, á los que no solamente no tienen simpatía alguna, sino que son odiados y temidos hasta de los mismos suyos. Y por fin, dizque vienen á librar al país de una minoría opresiva y levantan actas de adhesión á su imperio á culatazos!

—Y lo particular también que olvida el abogado es que dicen que vienen á establecer el orden, la paz y la justicia, á respetar la propiedad y la independendencia, y nombran jefes de bandoleros como un tal Dupin y un tal Clinchant para que formen contraguerrillas que incendien, roben y maten, y decretan en Puebla la confiscación de los intereses de los liberales. Por lo que toca á la independendencia yo tengo un decreto que comienza así, también expedido en Puebla por un prefecto traidor: «Según la propuesta del señor ministro del Emperador, he tenido á bien decretar lo siguiente. . .»

—Pero, ¿quién es tan niño para creer todo lo que vienen ofreciendo? preguntó el boticario. Intervención quiere decir intervenir, y nadie interviene en algo sin llevar la intención de dominar, de dirigir y de apropiarse alguna cosa. Aquí lo único que quiere Napoleón, á mi entender, es poner un gobierno á su gusto para sacar el dinero que diz-

que se debe á un judío Jecker y los demás millones que se le antojen, apropiándose también algo de territorio. Ni por Almonte ni por Márquez, ni por ningún buen mozo vienen los franceses desde tan léjos, gastando un dineral y haciendo correr mares de sangre tanto francesa como mexicana, sino que el plan debe ser naturalmente indemnizarse con algo muy gordo. Eso de que Napoleón sacrifique miles de hombres y millones de francos solo por el gusto de fabricarle un imperio á Maximiliano, me lo clavan en la frente. Sus planes tienen que ser otros que no conocemos.

—Tiene razón don Pedrito, afirmó el señor cura, y más cuando ya no manda Almonte sino que el único que manda y hace y deshace según las noticias, es el comandante de las tropas francesas. Desde que fué llamado el señor Forey que era todo un déspota, pero un déspota político é ilustrado y que le sustituyó en el mando el señor Bazaine, ya no hay ningún mexicano ó traidor, como los llaman ustedes á los señores que se han unido con los franceses, sino que ese general francés es el supremo imperante.

Entonces el licenciado Quiñones que estaba ansioso de más noticias, interrumpió la conversación dirigiendo á su hermano esta pregunta:

—¿Y sabes tú cómo murieron el general don José M. Cobos, los patriotas generales don Ignacio de la Llave y don Ignacio Comonfort, lo mismo que el ilustre escritor don Florencio M. del Castillo?

—Ya todo eso hace algunos meses que pasó.

—Pero como nosotros estamos aquí en un destierro, y muchas veces recibimos los impresos con retardo por falta de comunicación, todos los detalles de los hechos que

han llegado aquí como rumores, tienen siempre para nosotros mucha novedad.

—La muerte de Cobos, que creo era español, pasó como sigue: estaba declarado el estado de sitio en Matamoros, residencia del gobernador don Manuel Ruiz, cuando se pronunció Cortina en favor del gobierno constitucional que había de hacer cesar el estado de sitio, é invitó á Cobos que estaba en Brownsville para que se pusiera á la cabeza del movimiento, como jefe caracterizado que no había querido servir á la intervención, y éste publicó una proclama desconociendo á Juárez y á la regencia, queriendo poner una tercera entidad, lo cual disgustó á Cortina, quien como era dueño de la fuerza lo mandó fusilar hasta sin confesión.

—Era lo que sabíamos. ¿Y la Llave y Comonfort?

—El general Ignacio de la Llave murió de la manera más insípida, asesinado por su propia escolta al dirigirse á San Luis á tomar órdenes del gobierno liberal, y Comonfort, que era á la vez ministro de la Guerra y general en jefe de la resistencia nacional, fué también asesinado cerca de Celaya, á donde iba con una pequeña escolta, cayendo en una emboscada que le pusieron los conservadores.

—¡Es una lástima que mueran esos hombres, y en estos momentos en que tanta falta van á hacer á la República!

—Y todavía faltan los demás que tienen que seguir cayendo.

—De seguro. ¿Y Castillo?

—Aquel gran escritor liberal murió del vómito en San Juan de Ulúa.

—¡También un asesinato!

—¿Y qué noticias tiene usted de las cortes marciales?

—Dicen que Bazaine dió un decreto ordenando que se establezcan en todas las poblaciones que se ocupen, y que ya han comenzado á funcionar en México y en otros puntos. Dos ó tres oficiales escogidos entre los más sanguinarios y los más brutales forman el tribunal, cuyas sentencias, que siempre son de muerte contra los que caen en sus garras, se ejecutan sin apelación.

—Pero esos hombres quieren despoblar la República, murmuró el boticario.

—Así han sido siempre los conquistadores, hizo observar el señor cura, quien tenía fama de haber leído muchos libros, ellos no han traído en las puntas de sus espadas más que cadenas, sangre, incendio, pillaje y desolación.

Adrián se había quedado desde hacía rato pensativo, y como se estableció un pequeño silencio lo aprovechó para decir:

—Todo el que tenga sangre mexicana en las venas, debe apresurarse á defender su patria.

Por fortuna no estaba allí la hermosa Refugio con su hija en los brazos, que seguramente se habría estremecido y protestado al oír tales palabras; pero las recogió el abogado que se apresuró á decir:

—En efecto, todos los solteros que no tienen obligaciones de familia deben apresurarse á combatir á los invasores.

—Todos, todos, hasta las mujeres, exclamó Adrián con miradas que lanzaban fuego.

Pocos momentos después agregó con más calma:

—Aunque no se tratara de los franceses, la causa del señor Juárez siempre es justa, siempre es la del pueblo mexicano; con más razón ahora que tiene empuñadas las dos banderas: la de la independencia y la de la Constitución.

—Tú ya eres casado, Adrián, y tienes una hijita. Ahora ni tu mujer ni nosotros te dejaremos hacer más calaveradas, dijo el abogado que había comprendido bien las tendencias del joven.

Adrián se mordió los labios y murmuró como hablando consigo mismo.

—¡Quién sabe! . . . allá veremos.

El cura, para poner punto á este pequeño incidente, dijo dirigiéndose á Patricio:

—Aquí vienen noticias de que sin embargo de que los franceses apenas han comenzado á moverse de la Capital, todos los días hay combates no sólo en Oriente y Norte de la República, sino también en Jalisco.

—Todo el país está en conflagración, respondió el hermano del abogado. En Guadalajara hay un periódico que se llama el *Boletín de Noticias*, que deben haber visto ustedes, el cual está repleto de relaciones de guerra, en que, como es natural, sobresalen las victorias de los liberales; pero con todo y eso éstos van perdiendo terreno y las guerrillas que se han levantado por todas partes, según dicen azuzadas por los partidarios de la intervención, se han insolentado tanto que ya se acercan á las mismas Capitales ocupadas por las tropas del gobierno. Las columnas expedicionarias francesas que se han destacado para las tierras calientes, han sido hechas pedazos, habiendo ya muerto en los encuentros muchos oficiales de

importancia, y aquí en Jalisco sólo el Sur está tranquilo y todo lo demás se encuentra ardiendo, de tal modo, que Ogazón ha pedido al Gobierno que venga otra persona á ponerse al frente de la situación, porque para él se ha hecho insostenible por la falta de oficiales, tropas y suficientes recursos, diciéndose que viene ya en marcha el general Arteaga con algunos batallones que servirán de pié veterano para formar el Ejército del Centro.

—¿Y qué número de fuerzas tienen los intervencionistas? preguntó el doctor Velasco que también se encontraba en la reunión.

—Según las relaciones que traen los periódicos, contestó Patricio, los franceses cuentan con algo más de cuarenta mil hombres, siendo doce ó quince mil los que tienen ya organizados los intervencionistas.

—¡Jesús! ¡Jesús! murmuró el cura, si todos vienen juntos son capaces de hacer polvo á los liberales.

—Eso nunca, dijo luego Adrian con mucho brío: en primer lugar los defensores de la independencia cuentan con jefes tan distinguidos y tan valientes como González Ortega, Doblado, Negrete, Porfirio Díaz, Uraga, Arteaga y Régules, que no se dejarán envolver, y con guerrilleros como Rojas, Aureliano Rivera, Angel Martínez, Simón Gutiérrez, Pueblita y otros muchos que necesariamente tienen que volverlos bolas en un país tan extenso que ellos conocen como la palma de la mano. Los franceses entrarán á Guadalajara, ocuparán todas las capitales, pero no podrán tener guarniciones en las montañas, en las barrancas ni en las haciendas, de modo que aunque traigan doscientos mil soldados, nunca llegarán á ser dueños de toda la República. No se les vencerá á ellos, pero á su vez jamás acabarán con la resistencia de los mexicanos.

—¿De manera que no tienes ya otras noticias? preguntó Quiñones á su hermano.

—Hay muchísimas, sobre todo de encuentros armados con varía fortuna para los combatientes; pero he dicho cuáles son las principales, entre las que se considera como la más alarmante la del avance al Interior de varias columnas francesas que mandan los generales Douay, Castagny, Bertier, Marguerite y el mismo Bazaine, habiéndose quedado en México con el mando político y militar el general Neigre.

—¿Y qué generales mexicanos acompañan á los franceses?

—Mejía y Márquez, aunque algunos agregan que también viene Miramón, sin mando ninguno. Si se cuentan Almonte y Salas, se puede decir que ya pasan de doce los generales intervencionistas.

—Eso es lo que á mí no puede pasarme, interrumpió Adrián dando un puñetazo en el brazo del sillón que ocupaba.

—¿Qué? preguntó el abogado.

—Que haya mexicanos con sangre mexicana en las venas que se hayan unido con los invasores.

—Pero eso es natural, arguyó el cura, siendo del partido contrario al de los liberales, una vez que se viene á combatir á éstos.

—¿Pero acaso van á triunfar los conservadores? ¿No ve usted, padre, que lo primero que han hecho los franceses es declarar que sigan vigentes las leyes de Reforma? A Napoleón le importan un pito los conservadores, y si para algo los necesita, es para que sirvan de lacayos á sus tropas. ¿Pues no lo estamos viendo? ¿No Almonte, Labastida, Ormachea y todos los notables se han puesto

de rodillas á recibir órdenes de Saligny, de Forey y de Bazaine? Los conservadores sólo están sirviendo de instrumentos para que se establezca un trono extranjero, una corte en que siempre han de domñar extranjeros, y en el que nunca habrá más voluntad soberana que la de Napoleón III. ¡Ustedes lo verán!

—¿De manera que siempre tendremos imperio? preguntó el boticario.

—Un imperio de burlas, un reinito de sainete y nada más, porque esta es República, y el sentimiento que domina en las masas es republicano; pero seguramente vendrá un emperador, aunque quién sabe si le corra la misma suerte que á don Agustín de Iturbide, porque esta no es la tierra donde pueden florecer los emperadores.

Como Patricio se despidió á poco, la reunión se disolvió, y cada uno se fué á su casa cavilando sobre todas aquellas cosas que habían conversado; pero ninguno iba tan pensativo como Adrián, á quien luego Refugio notó su estado de preocupación, preguntándole el motivo.

Cuando Adrián le hubo referido todo y confesádole sus intenciones, cuando esperaba sus protestas, un torrente de lágrimas se desprendió de sus ojos al oír que ella le dijo con entereza:

—Precisamente esperaba que me lo dijeras, para aprobar tu proyecto. ¡Que nos quedamos mi hija y yo sin amparo! si lo tenemos, porque todos los del pueblo son nuestros amigos, y yo todavía tengo personas de mi familia que me protejan. Pero tú, Adrián, tú, ¿qué haces aquí que vayas á ser perseguido por las cortes marciales, conocidas como son tus opiniones? ¿Te perdonarán los que antes fueron tus enemigos? ¿No están por allí los parien-



Quiroga cometió el desacato de mandar tirotear el carruaje del Presidente.

tes de Pedro Ordóñez respirando odios y deseos de venganza? Y además, la patria necesita tu brazo y yo no puedo negarle uno de sus más leales defensores. Vete á la guerra. ¡Dios te bendiga y te acompañe!

Adrián no pudo menos que besarla y caer de rodillas ante aquella heroica mujer.





CAPITULO LV.

Nueva peregrinación.

ERA el mes de Diciembre de 1863, retrotrayéndonos un poco á la conversación del capítulo anterior, cuando don Benito Juárez, que se encontraba en San Luis Potosí con el gobierno y en contacto con los Estados que le permanecían fieles, que eran todos los que no habían caído en poder de la intervención, viendo que el mundo se le venía encima, esto es, que Bazaine se había desprendido de la Capital con poderosas columnas capaces de arrasar con cuanto encontraran, reunió como siempre á sus ministros Lerdo de Tejada, Núñez é Iglesias, diciéndoles:

—Ha perecido nuestro ministro de la Guerra el señor Comonfort en una celada, Doblado ha tenido que separárenos para ir á practicar las operaciones que ustedes saben, y ahora nosotros mismos tenemos que organi-

zar nuestra campaña, una vez que sabemos que fuerzas muy considerables vienen sobre esta ciudad y otras columnas siguen avanzando con el propósito bien claro de cortarnos toda retirada, ¿qué hacemos?

Los ministros se quedaron viéndolo sorprendidos de aquella tirada de palabras, y le manifestaron que lo mejor que podían hacer era retirarse en vista de que no era posible defenderse en la plaza contra todas aquellas divisiones que venían avanzando á paso de carga.

Las noticias que se tenían allí eran exageradísimas, pues en realidad el único que iba sobre San Luis, sin franceses, era Mejía con ochocientos hombres en infantería, caballería y artillería.

Como aquellos hombres estaban de capa caída, todo les era adverso, hasta las noticias, y en esa virtud acordaron evacuar la ciudad, pero con la pompa debida á la elevada magistratura que desempeñaban, esto es, con tambor batiente y banderas desplegadas, con decreto previo y circulares respectivas.

Se mandó llamar á Palacio al general Miguel Negrete que mandaba la escolta de los Supremos Poderes, compuesta de unos tres mil hombres y se le puso en autos de lo que pasaba.

Aquel general que era todo un valiente, manifestó que él podía defender la ciudad contra cualquier ejército que se presentara, y sólo en vista de las razones que se le expusieron convino en que era de conveniencia notoria que el Gobierno se retirara á otro punto que no le fuera á servir de ratonera.

Quedó convenido en que él tomaría la ofensiva ó la defensiva, batiría al enemigo ó evacuaría la plaza, como

creyera conveniente, dejándolo árbitro de las operaciones de la guerra.

El Gobierno salió con toda pompa, esto es, en medio de una valla de soldados y de una salva de veintinueve cañonazos, yendo á esperar el resultado de aquella campaña en el mineral de Catorce.

Pero aquella era la época de la desgracia, todo salía mal: sucedía al gobierno lo que á los jugadores cuando no están de suerte: no había albur que no perdieran.

Negrete, que era intrépido, se dejó sorprender sin embargo por las falsas informaciones, evacuó la ciudad con fuerzas muy superiores, y cuando se volvió de la hacienda de Bocas para atacarla, avergonzado de haber caído en una falsa urdimbre, ya Mejía se había hecho fuerte con sus ochocientos hombres, y estando mejor posesionado, no sólo lo rechazó, sino que lo derrotó completamente quitándole toda la artillería.

—Vamos adelante, dijo don Benito á sus ministros, por ahora no están de vena nuestros generales. Vámonos, si les parece, con rumbo á los Estados de la frontera del Norte, mientras vienen los mejores tiempos, que tienen que venir.

—Vámonos, le contestaron los ministros casi alegres de salir de aquel atolladero, y enderezaron la proa para el Saltillo en donde les esperaba un nuevo calvario.

La recepción que se hizo á los Supremos Poderes en aquella ciudad no fué muy entusiasta, pero sí afectuosa, notándose sin embargo que la primera autoridad, el general don Santiago Vidaurri, Señor absoluto de los Estados fronterizos del Norte, no se presentara ni á darles la bienvenida ni á recibir órdenes, sino que antes bien daba,

aparte de esos signos de desafección, algunos otros de hostilidad.

Con todo y eso, los Supremos Poderes se llenaron por de pronto de un gran disimulo y establecieron allí el gobierno.

Casi coincidiendo con aquella frialdad ostentosa del magnate de la frontera y con las noticias que se recibían diariamente de las continuadas derrotas que estaban infligiendo los franceses por diversos lados á las pocas fuerzas liberales que habían quedado organizadas en el centro del país, don Benito Juárez recibió á una comisión allí en el Saltillo enviada por los generales Doblado y González Ortega que todavía en esos momentos se encontraban con las armas en la mano. La comisión la formaban el general don Nicolás Molina y el licenciado don Juan Ortiz Careaga, y su misión consistía en manifestar á Juárez que debía separarse del poder en el cual era un obstáculo, para que pudiera llegarse á un arreglo con los invasores, quienes habían dicho repetidas veces que con cualquiera persona que se pusiera al frente del Gobierno, tratarían, menos con don Benito Juárez.

Por supuesto que era un candor creer que en aquellas circunstancias cualquiera otro pudiera dar mayor vigor á la resistencia, ni mucho menos que Napoleón III consintiera en retirar sus tropas, aunque se le ofreciera lo que se le ofreciera, cuando ya estaba completamente comprometido á establecer una monarquía en el suelo de México.

Aquello de que sólo don Benito Juárez era el escollo en que se tropezaba para celebrar arreglos diplomáticos, no era más que una celada que se ponía á los patriotas

liberales para hacer más violento el derrumbe del orden constitucional.

Pero don Benito Juárez no cayó en el garlito, y con la energía y el aplomo que le eran característicos en las situaciones más comprometidas, se amuralló con el principio de autoridad ante los comisionados despidiéndoles con cajas destempladas, y á Doblado le escribió la siguiente carta, que debe grabarse con caracteres de fuego en todos los corazones mexicanos:

«Saltillo, Enero 20 de 1864.—Sr. general D. Manuel Doblado.—Mi estimado amigo: El Sr. D. Juan Ortiz Careaga me entregó la carta de V. de 3 del corriente, y ha desempeñado al mismo tiempo con el Sr. general D. Nicolás Medina, la comisión que V. les dió, pidiéndome que renunciara la presidencia de la República. Me dice V. en su citada carta, y me lo han repetido los señores sus comisionados, que se determinó V. á dar este paso en la inteligencia de que yo había manifestado antes de mi salida de San Luis Potosí, mi resolución de abandonar el puesto, según lo dijo á V. el señor D. Manuel Cabezut, y que además cree V. que esta determinación allanaría las dificultades que pone el enemigo para entrar en arreglos que pongan término á la presente guerra. Ya dije á V. en mi carta del día 10, y he repetido á los Sres. Ortiz Careaga y Medina, en presencia del Sr. Cabezut, que jamás he dicho palabra alguna á este señor relativa á mi renuncia; pero prescindiendo de este incidente, he vuelto á meditar detenidamente, como V. se sirve recordarme, este punto, y por más que he apurado mi pobre pensamiento no alcanzo una razón bastante poderosa para que me convenza de la conveniencia de la medida que se desea. Por el

contrario, la veo como un ensayo peligrosísimo, que nos pondría en ridículo, nos traería el desconcierto, y la anarquía y que á mí me cubriría de ignominia, porque traicionaba á mi honor y á mi deber, abandonando voluntariamente, y en los días más aciagos para la patria, el puesto que la nación me ha encomendado. Temo con tanta más razón este resultado, cuanto que no hay seguridad de que el enemigo trate con el Sr. Ortega á quien considera como desertor faltado á su palabra, ni con ningún otro mexicano que no acepte la intervención.

«Además, los hechos están demostrando que el enemigo no busca la destrucción de las personas, sino del gobierno que por sí se ha dado la nación. Por eso ha establecido ya la monarquía con un príncipe extranjero, y por eso Napoleón, en su último discurso de apertura del cuerpo legislativo, ha dicho que en la expedición á México no ha tenido un plan preconcebido; que quería el triunfo de sus armas, lo que está ya conseguido, y que ahora quiere el triunfo de los intereses de la Francia, poniendo los destinos de México en manos de un príncipe digno por sus luces y cualidades. Ya ve V. que no se trata de la persona que ejerce el gobierno nacional sino de un gobierno que reciba su sér de Napoleón, y que nazca de la intervención, para que obre por los intereses de la Francia. Por esto creo que mi separación no sólo sería un paso inútil y ridículo á los ojos del enemigo, sino peligroso por el desconcierto y anarquía que de ello pudiera resultar, porque tampoco hay seguridad de que la nación apruebe mi resolución de separarme, y una vez que algún Estado desconociese la legalidad del mando del Sr. Ortega, entre otras razones por haber escogido éste de dos destinos de elección popular, el gobierno de Zacatecas, el mismo se-

ñor Ortega se vería en la necesidad de reducir á los disidentes por medio de la fuerza, ó á perder el prestigio moral que da el unánime reconocimiento en favor de un poder legítimamente establecido; y de cualquiera manera, nosotros mismos habríamos dado un triunfo al enemigo, que alegraría nuestro desconcierto como un argumento poderoso en apoyo de su intervención.

«Estas consideraciones y otras, que no es dable concretar en los límites de una carta, avivan más y más en mí los sentimientos de patriotismo, de honor y del deber de continuar en este puesto, hasta que el voto nacional, por los conductos legítimamente expresados, me retire su confianza, librándome de la obligación que hoy pesa sobre mí, ó hasta que la fuerza de la intervención, ó de los traidores sus aliados, me lance de él.

«Entretanto, yo seguiré haciendo todos los esfuerzos que estén en mi posibilidad para ayudar á la patria en la defensa de su independencia, de sus instituciones y de su dignidad. Es verdad que la situación nos es desfavorable por ahora, y no me hago la ilusión de creer que estamos en tiempos bonancibles; pero yo sé que nuestro deber es luchar en defensa de la patri; y entre la defensa de una madre y de una traición, no encuentro medio alguno honroso. Será esto un error mío; pero es un error fundado, que yo acaricio con gusto y que merece indulgencia. Yo suplico á V. que no reciba mal mi resolución á la insinuación que se sirve V. hacerme para que renuncie, sino que la considere como hija de la más pura intención. También suplico á V. siga prestando su cooperación con la misma constancia y abnegación que hasta aquí, haciendo la guerra de cuantas maneras sea posible al enemigo, en el concepto de que ella es nuestro único

medio de salvación. De otra manera, el enemigo no tratará con nosotros, sino bajo condiciones deshonrosas que no debemos admitir, ó tratará con el gobierno establecido; pero ese no es el gobierno de la nación.

«Soy de V. amigo Q. B. S. M.—*Benito Juárez.*»

Una vez que se separaron los comisionados llevando aquella carta, se quedaron en el salón de acuerdos del Palacio en la ciudad del Saltillo el Presidente don Benito Juárez, sus ministros don Sebastián Lerdo de Tejada y don José María Iglesias. El primero como indiferente á todo: los segundos muy pensativos.

Lerdo fué el primero que dijo cuando ya los comisionados habian salido con su escolta y se les vió ir lejos desde el balcón que estaba abierto de par en par:

—Ahora sólo falta que González Ortega y Doblado se incomoden con esa contestación y se pronuncien contra nosotros.

—Casi es imposible, afirmó Iglesias.

—Pues que se pronuncien, contestó don Benito con calma. Hemos tenido á tres naciones poderosas enfrente y no nos hemos intimidado; tenemos ahora en contra á la Francia y tal vez tendremos pronto al Austria y á Bélgica y estamos luchando, ¿por qué no hemos de luchar también con Doblado y González Ortega en caso de ser necesario, si nos asiste el derecho?

—El derecho es á veces arrollado por la fuerza, objetó Lerdo de Tejada.

—Seremos arrollados, nos matarán, pero siempre tendremos empuñada con firmeza la bandera de la Constitución.

—Esos están siquiera lejos, murmuró Iglesias, pe-

ro tenemos cerca á Vidaurri que lleva las trazas de ser un traidor.

—Es un traidor ya, prorrumpió don Benito, sólo que no se atreve á declararse, un poco por temor á nosotros, pero más aún por miedo de que lo maten los fronterizos que siempre se han distinguido como patriotas.

—¿Hay datos ya precisos sobre su traición? preguntó Iglesias distraidamente.

—Aquí está en cartera su expediente, respondió Lerdo. Desde luego tenemos el asesinato que cometió don Santos Pinilla, que pertenece á los suyos, en la persona de don Francisco Villanueva, gobernador de San Luis, y los oficiales que lo acompañaban, de acuerdo con el jefe reaccionario don Florentino López. Se ha ordenado á Vidaurri que proceda contra el culpable y ha contestado con evasivas. Tenemos noticias, por personas de crédito que están á su lado, sobre la correspondencia activa que ha estado sosteniendo con Bazaine últimamente. Además, ayer se presentaron aquí dos oficiales fronterizos manifestando que se habían desertado de Monterrey porque los ayudantes de Vidaurri dicen públicamente que éste se encuentra ya comprometido á pronunciarse lo más pronto posible contra el gobierno constitucional. Si á esto se agregan sus proclamas agresivas que está publicando y sus órdenes, que hemos interceptado, para que se nos nieguen los recursos, debemos convenir en que su traición es manifiesta.

—Es necesario sin embargo obligarlo á que dé un color definido, dijo Juárez, y sobre ese particular tenemos que dictar varios acuerdos.

Iba á proponer éstos, cuando se escuchó el toque de clarines y se vió que desembocaba una tropa por la esqui-

na de la plaza. Eran los restos del ejército que había estado á las órdenes del general don Miguel Negrete.

Este fué recibido, y el resto del día se pasó oyendo las explicaciones que dió el general sobre su derrota de San Luis y las penosas marchas que había hecho, asegurando que á pocas jornadas venía ya el general Doblado con la División de Guanajuato.

Los ministros se dirigieron una mirada de inteligencia cómo queriéndose decir:

—¿Ahora vamos á estar entre dos fuegos como la jiricalla?

Pero no, Doblado no se había enojado por la respuesta enérgica que dió don Benito á sus pretensiones, y antes bien, tan pronto como se puso al habla con el Gobierno manifestó estar convencido de que éste había procedido bien y se puso á sus órdenes incondicionalmente.

Entonces se le dió el encargo de que con su División marchara á Monterrey á esperar al Gobierno.

Los Supremos Poderes debían ir á establecerse en esa ciudad para que se aclarara de una vez la situación, esto es, para que Vidaurri se sometiera ó tirara el guante. En esa virtud se expidieron las comunicaciones respectivas, preparándose la salida del Saltillo con todas las formalidades acostumbradas.

Pasaba todo esto en los primeros días del mes de Febrero de 1864.

Doblado tenía unos dos mil quinientos hombres con seis piezas de artillería. Vidaurri menos de dos mil, ocupando la fuerte posición de la Ciudadela. Por de pronto el primero fué bien recibido, y sólo se le manifestó que no entraran aún sus tropas á la población porque se les iba á preparar alojamiento, que los que podían entrar eran los

cañones para que se hiciera la salva de ordenanza á los Supremos Poderes.

En esa virtud las piezas de artillería entraron á la plaza y las tropas acamparon fuera de Monterrey.

Juárez y sus ministros seguían avanzando con todo su séquito, y en Santa Catarina se encontraron con las tropas y luego con Doblado, quien dijo al Presidente:

—Vidaurri es hostil al Supremo Gobierno.

—¿Pues qué ha pasado? preguntó don Benito.

—En primer lugar, está parapetado en la Ciudadela; en segundo lugar, ha dicho que no dejará que se acuartelen allí nuestras tropas, y en tercer lugar, acabo de saber que se ha apoderado de nuestra artillería, llevándosela para la Ciudadela.

Todos comprendieron que se había caído allí en una ratonera.

—¿Qué hacemos? preguntaron los ministros.

—Vamos adelante, contestó don Benito.

Doblado opuso algunas dificultades; pero el Presidente dijo con energía:

—Está ya anunciado que el Gobierno se establezca en Monterrey, y aunque no sea más que por una hora, aunque acabemos allí todos de una vez, debemos proceder con entereza. Nos ampara la ley: sigamos adelante.

Y siguieron todos adelante.

El día 12 de Febrero, á las once de la mañana, hizo su entrada el Gobierno en medio de una fuerte lluvia; pero no obstante el mal tiempo, las calles se llenaron de gente y el Presidente fué victoreado.

El Ayuntamiento hizo los honores con alguna timidez, porque no podía prever quién se quedaría dueño del campo.

Los Supremos Poderes pasaron allí tres días muy angustiosos, esperando que de un momento á otro se rompieran las hostilidades, ya porque Vidaurri se negaba á salir de la Ciudadela para prestarse á una entrevista, ya porque recibía grandes refuerzos y hacía sin cesar preparativos de combate.

En ciertos momentos se tuvo la idea de atacarlo en sus posiciones, con la esperanza de que sus tropas no harían fuego sobre las del Gobierno; pero Doblado manifestó que no podía batirlo sin artillería.

Vidaurri, por último, mandó hacer la proposición de que se retiraran las fuerzas de Doblado, quedándose el Gobierno bajo la salvaguardia de las suyas y que entonces trataría.

No se le contestó, pero se ordenó la marcha de las tropas.

Estas salieron y se quedó solo el Gobierno en Monterrey preparándose también para partir.

Alguien dijo á Juárez:

—Es una imprudencia quedarse aquí en poder del enemigo.

—Que haga Vidaurri lo que quiera, contestó don Benito.

Lo que hizo Vidaurri fué bajar luego que se fueron las tropas y presentarse con una fuerte escolta al Gobierno.

—¿Qué es lo que usted desea pues? le preguntó Juárez.

Vidaurri, que ya estaba hasta la médula de los huesos comprometido con Bazaine, que soñaba con ser imperialista, masculló algunas palabras sin hilación.

Proponía vagamente que se disolviera aquel espan-

tajo de Gobierno para que terminara la guerra y los sacrificios que estaba haciendo la nación. Don Benito le volvió las espaldas y subió en su coche, siendo luego seguido por su comitiva sin que nadie se atreviera á molestarlo.

Allí estaba el Gobierno sin tropas, porque las de Doblado llevaban algunas horas de marcha, allí estaba en poder de Vidaurri, que no tenía que hacer otra cosa para terminar con todo, más que dar órdenes para apoderarse de aquellas gentes, la mayor parte sin armas; pero no osó dar ese paso de que mucho se arrepintió después, tuvo miedo y dejó que todos se fueran, llevando el natural desasosiego de que muy fácilmente allí, en el camino, de un momento á otro, podrían encontrar su tumba.

Cuando estaban á una legua de la ciudad sin verse perseguidos, empezaron á respirar.

El Gobierno se estableció otra vez en el Saltillo, Vidaurri hizo públicas sus relaciones con Bazaine y sus propósitos de filiarse en la traición, lo cual le enagenó todas las simpatías del pueblo fronterizo.

El Gobierno allegó elementos para combatirlo con éxito, y el 25 de Marzo al fin se vió obligado á escaparse con una escolta de trescientos hombres para ir á hacer el despreciable papel, que después lo veremos desempeñar, como servidor del archiduque Maximiliano.

Vidaurri tuvo dos buenos caminos que escoger: ó seguir resueltamente al Gobierno de Juárez como patriota y combatir por la independéncia llenándose de laureles gloriosos, ó acabar en Monterrey en un momento con el Gobierno constitucional para hacer un mérito que le hubiera pagado regiamente la intervenció; pero hombre de pocos alcances y de ningún empuje, no supo hacer otra cosa que llenarse

de lodo hasta el día en que recibió por la espalda cinco balazos como traidor, acabando su historia en un vergonzoso patíbulo.

Juárez volvió á Monterrey después de la huida de Vidaurri y allí estableció su gobierno, descansando ya un poco de tantas penalidades y disgustos, disgustos que llegaron á enfermarle á pesar de su naturaleza de hierro.

Desorganizados los buenos elementos de guerra que tenía Vidaurri en los Estados de la frontera, en donde pudieron haberse reunido más de cinco mil hombres de excelente tropa que hicieran frente al enemigo que seguía avanzando lentamente en todas direcciones con el propósito de destruir á un Gobierno que aparentaba despreciar la intervención, pero que le hacía muchas cosquillas, sembrada la desconfianza en los jefes y oficiales y habiéndose cundido la desmoralización por las derrotas, Juárez no pudo ya sostenerse en los pueblos de la frontera todo el tiempo que se había imaginado; pero estuvo sin embargo allí hasta el 15 de Agosto, en que ya se vió materialmente rodeado de tropas enemigas.

El mismo general Quiroga que era de Vidaurri y se había sometido, tenía el virus de la traición en el seno, y cometió el desacato de mandar tirotear el carruaje del Presidente á la salida de Monterrey, llegando su audacia hasta seguirlo con sus hostilidades á Santa Catarina.

Era que ya venían aproximándose los franceses conducidos por los traidores, era que se encontraban á pocas jornadas de aquellas dos ciudades, y tanto fué así, que el Gobierno ya no pudo ir al Saltillo que fué ocupado por Castagny y tuvo que cortar terreno por lugares desiertos, viéndose perseguido por una multitud de fuerzas que se le echaron encima, no contando ya á esas horas más que

con mil quinientos hombres muy desmoralizados, una vez que todo el grueso del ejército preparado para la defensa nacional se había extinguido en infaustas expediciones.

Enormes fueron los trabajos que tuvieron que sufrir el Presidente y sus compañeros recorriendo leguas y leguas, sin albergues, sin agua y sin alimentos, saliendo al fin al Estado de Durango, en donde continuó la persecución de los franceses, hasta que el Gobierno, después de que sus escasas tropas siguieron sufriendo varios descalabros, se estableció en Chihuahua el 12 de Octubre, para continuar más tarde su larga y trabajosa peregrinación á Paso del Norte, límite del territorio nacional por aquella frontera.

La intervención francesa traída por un grupo de traidores, se había adueñado pues de todo el país, la República era una sombra, y se veía flotar en los palacios y en todas partes, el pabellón triunfante de la monarquía.

Al mismo tiempo que Juárez andaba fugitivo, sin más elementos que su bandera constitucional, Maximiliano se sentaba en el trono de México sostenido por cincuenta mil bayonetas extranjeras y una media docena de testas coronadas.





CAPITULO LVI.

¡Sangre! ¡sangre! ¡sangre!

Los pueblos veracruzanos por donde el más canalla de los bandidos, Dupin, había paseado la desolación y el espanto cometiendo robos, asesinatos y tropelías sin número, se encontraban contentos de que aquel hubiera sido nombrado por Bazaine comandante militar y gobernador de Tamaulipas, con residencia en Tampico.

Los habitantes de Ozuluama habían vuelto á sus hogares, y entre otras familias la de don Miguel Flores, que era éste un anciano trabajador, pacífico y honrado á carta cabal, su esposa y sus hijas, estaban un día entregadas á la faena de arreglar sus piezas, cuyos muebles habían sido destrozados, ya reemplazados por otros que habían podido proporcionarse. Se encontraban las tres en la sala sacudiéndolos, y mientras que los sacudían tarareaban una canción, llenas de alegría.

Repentinamente entró don Miguel que venía demudado.

—¿Qué tienes? le preguntó alarmada su esposa.

Las dos señoritas dejaron también los plumeros y se le acercaron.

—Qué he de tener, exclamó Flores, sacando tembloroso un papel que llevaba en el bolsillo, que el coronel Dupin vuelve.

Todo fué oír aquel nombre y que las tres se pusieran á temblar también.

—Vamos á ver, dijo la señora procurando manifestar alguna calma, como todas las gentes están azoradas, te han dado alguna noticia que puede ser ó no verdadera.

—El alcalde ha recibido una comunicación de aquel hombre bárbaro, y aquí traigo la copia que voy á leerles. Dice así:

• Ha pasado el tiempo de la clemencia: pronto volverá á Ozuluama el coronel Dupin, y en cuanto aparezca en la plaza, deberán entregársele cincuenta fusiles y municiones que estaban destinados, en caso de un revés, á asesinar á sus soldados. Por cada fusil que falte, pagará el pueblo doscientos pesos de multa y diez mil pesos si no entregan ninguno.—En caso de desobediencia á la orden anterior, será reducida á cenizas la villa entera y las haciendas que la rodean. Del mismo modo será tratado todo lugar que continúe fomentando la revolución. Teniendo necesidad de caballos el coronel para remontar su tropa, se traerán veinte ensillados y enfrenados á la plaza de Ozuluama, que serán avaluados por una comisión compuesta de tres franceses y tres habitantes de la villa. Si se traen las ar-

mas y se entregan; si los habitantes de los pueblos, fiados en nuestra palabra, vuelven pacíficamente á sus hogares, el coronel empleará la clemencia una vez más; pero si todo lo mandado no se cumple, quedará horrada de la carta del imperio la villa de Ozuluama.»

Las tres se quedaron de una pieza después de oída la lectura de tan atroz documento, sin poder decir palabra, dominadas por el terror.

Por fin la señora Flores fué la que tuvo más ánimo y preguntó:

—¿Qué piensa hacer el señor alcalde?

—El alcalde dice que no hay ni una arma ni un caballo en veinte ó cincuenta leguas á la redonda, porque todo se lo han llevado los quinientos mónstruos que trae Dupin á sus órdenes.

—De manera.

—De manera que si viene, y es seguro que vendrá porque no hay quien se lo impida, aniquilará la población con todo y habitantes, porque ese es un demonio que no tiene entrañas.

En ese momento apareció otro personaje en la puerta de la sala.

—Pase usted, compadre don Agapito, le dijo don Miguel.

Don Agapito venía asorado por más que quisiera hacerse fuerte delante de las señoras.

—Venía sólo á saber de la salud de ustedes, dijo tartamudeando.

—No, usted venía á darnos la funesta noticia, se le conoce en la cara, sino que se detuvo por éstas; pero no tenga cuidado, ya lo saben todo.

—Ya sabemos que viene Dupin, dijo suspirando la señora de Flores.

—¿Y qué piensan ustedes hacer, compadre de mi alma?

—Pues ó morir aquí achicharrados ó abandonar lo que tenemos para quedarnos en la miseria.

—Yo venía á proponerles que se fueran con nosotros á mi rancho, que como está casi oculto en el monte quizás escapará de los foragidos.

—¿Pero en qué bestias nos vamos, si ya no nos han dejado nada los aventureros que vienen con el tigre Dupin?

—Yo les proporcionaré burros.

—Pues entonces cuanto antes, mejor. Yo no aguardo aquí á la fiera. Todavía me tiembla el corazón al recordar las matanzas que hizo Dupin la vez pasada. Me tocó pasar por el camino por donde había muchos colgados, y todavía á la entrada del pueblo lo ví fusilando á tres desgraciados que le parecieron sospechosos.

—Sí, realmente es muy sanguinario el tal Dupin. Uno que viene de Tampico dice que se jacta de haber matado ya á más de quinientos mexicanos, y que tiene intenciones de acabar con todos. En los faroles, en los árboles, en todas partes por allá se ven cuerpos colgados de los infelices á quienes Dupin ha mandado matar. Últimamente colgó en los faroles de la plaza á cinco hombres que calificó de guerrilleros.

Al día siguiente se fueron don Agapito y su compadre don Miguel con sus familias, y fué la señal para que todos los demás salieran, pues nadie quiso esperar á Dupin.

Este llegó á los seis días, y fué tal su rabia al no en-

contrar ni las armas ni los caballos que había pedido, ni á nadie con quien entenderse, pues que también las autoridades municipales habían huído, que desde luego dió orden á sus quinientos bandoleros para que saquearan la villa y después la incendiaran, lo mismo que las fincas de campo inmediatas, dándose muerte á cuantos fueran encontrados huyendo.

La devastación duró varios días, y en seguida fueron abandonadas las ruinas de la villa, yéndose todos aquellos bribones cargados con un inmenso botín que á poco tendrían que tirar para que no les embarazara en sus nuevas depredaciones

Otro bandido que se titulaba nada menos comandante superior de Veracruz, un tal H. Maréchal, general del ejército francés, al pasar por Tlacotalpam el 29 de Julio de 1864, expidió un decreto en el cual decía entre otras barbaridades:

«Leed hombres, habitantes, y se desvanecerá vuestro miedo.

«Por lo demás, os obligaré á tener el sentimiento de vuestro valor y de vuestra dignidad, y os prevengo que por donde yo vaya á expedicionar contra los bandidos que se titulan liberales, mandaré destruir todas las casas que se hallen desamparadas por sus moradores.

«Os prevengo, además, que trataré del mismo modo que lo he hecho hoy (había mandado saquear y quemar varias casas de liberales) toda casa en que se hallen efectos pertenecientes al ejército francés.»

El canibal Maréchal tenía otro émulo: otro comandante superior que se firmaba *A. Combe*, quien acaban-

do de salir Maréchal de Tlacotalpam, publicó una proclama semejante, diciendo entre otras cosas:

«Convida el comandante á todos á volver á sus ocupaciones, y si dentro de pocos días los lancharos y pescadores no hubieren vuelto á su puerto, el señor comandante mandará quemar sus botes y canoas.

«Con el fin de evitar todo error y hecho involuntario; se previene á los habitantes, que todo aquel que fuese cogido fuera de la línea militar, será inmediatamente fusilado ó ahorcado, según tuviere lugar, salvo el caso en que presente personas fidedignas que abonen su conducta, y en caso de engaño los dos sufrirán la misma pena.

«Durará la responsabilidad por tres meses.

«Todos pueden circular libremente, pero el señor comandante recuerda á los habitantes que no deben abusar de esta licencia, si no, se mostraría rigurosísimo!!!»

Aquí hay que considerar varias cosas:

1ª Que todos esos comandantes se convirtieron en reyezuelos.

2ª Que todos legislaban é imponían penas á su satisfacción.

3ª Que á quienes molestaban y hacían principalmente la guerra, era á los habitantes pacíficos.

Y 4ª que todas las amenazas que hacían no se quedaban escritas, sino que con los hechos eran por lo general más brutales que con las palabras.

Por lo demás, todos esos bandidos como Maréchal, Combe y un tal Berthelin que fué más cruel y más feroz que todos ellos en el Sur de Jalisco, con excepción de Dupin que no sabemos dónde moriría, pagaron con la vida sus iniqui-

dades en suelo mexicano. Todos recibieron un castigo que no compensó nunca el mal que causaron, una vez que esos cuatro infames y otros tan infames como ellos, que vinieron como montones de cieno pegados al ejército francés, pudieron formar ríos con la sangre que derramaron.

Nada sin embargo había que extrañar, porque la guerra que mandó hacer Napoleón en México, sin darle para ello ningún motivo, sólo porque dominaba en Francia, tenía ejércitos y quería complacer á su mujer y á sus favoritos, esa guerra fué exterminadora, desoladora, rapaz y mortífera.

Fuera de los mexicanos que á cientos murieron desde Veracruz á México en los grandes combates que se libraron en 1862 y 1863, y los que siguieron muriendo en la guerra que se siguió sosteniendo en todo el país, hubo todavía otra mortandad mayor simultanea en todas las poblaciones que fueron ocupando los franceses, por medio de unos tribunales de sangre que establecieron y los que recibieron el nombre de Cortes Marciales.

Las Cortes Marciales hacían temblar á todas las personas pacíficas que no se mostraban adictas al imperio, como probablemente hacían temblar en tiempo de Felipe II á las gentes ilustradas los Tribunales del Santo Oficio.

Los que tenían las armas en la mano no podían temer á las dichas Cortes Marciales porque raras veces lograban llegar hasta ellos, supuesto que cuando caían prisioneros, eran fusilados en el mismo campo de batalla: los que sí las veían con pavor, eran los que estaban en el seno de sus familias, que no sabían si el día de mañana iban á ser denunciados como sospechosos para ser llevados ante esos tribunales que jamás pronunciaron una palabra de perdón. Funcionaban á mañana y tarde y á

tarde y mañana, pronunciándose veredictos condenatorios.

¡Cuán pocos de los que tuvieron que comparecer ante las Cortes Marciales escaparon de ser llevados á pagar el crimen de llamarse mexicanos, con la pena del último suplicio!

Unos cinco en Aguascalientes, dos en Colima y uno solo en Guadalajara fueron los que pudieron escapar en tres años, de las garras feroces de las Cortes Marciales, y eso debido á circunstancias especialísimas que no es ahora del caso relatar.

Cuando ya había llegado Maximiliano al país, historia que todos los mexicanos conocen hasta en sus menores detalles, se creía que era un príncipe benévolo, de corazón noble, de sentimientos humanitarios, y á poco de haber empuñado el cetro, la Municipalidad de Veracruz le dirigió el siguiente telegrama:

«Señor.—La Corte Marcial de esta ciudad, ha condenado á los llamados Félix, Encarnación, Santiago y Santos González y Ciriaco Tapia. Como su delito es *puramente político*, el Consejo Municipal de esta ciudad, en nombre del pueblo que representa, suplica á V. M., que si lo cree conveniente, conmute la pena dictada contra los expresados mexicanos. . fiamos en sus *humanitarios* sentimientos, etc. etc.»

Maximiliano, que como es sabido no podía tener voluntad propia, sujeto como estaba á las órdenes del cuartel general de los franceses, dió cuenta á Bazaine con aquel negocio, y el jefe de su gabinete militar, Mr. Loysel, escribió al archiduque diciéndole: «que se protestaba con-

tra la suspensión de la sentencia, porque si se destituía de su prestigio á las Cortes Marciales, éstas vendrían á quedar totalmente inútiles que era preciso desconfiar de la *sensibilidad* de los tímidos que sólo agujoneados por el miedo podían implorar el perdón de los malhechores.

¡Cuánto cinismo y cuánta infamia! Era claro que Bazaine y su gabinete militar no podían tener miedo de nadie porque se encontraban protegidos por la fuerza. ¡Ya se hubieran visto en otras circunstancias!

De modo que el prestigio de las Cortes Marciales consistía en que supieran matar, no en hacer justicia; su objeto, pues, era producir el terror, y disminuir cuanto se pudiera el número de los mexicanos.

Bien dijo otro francés de los buenos, de los ilustrados, de los que no pertenecían á la pandilla de Napoleón, M. Alberto Allonet en su obra «El Acusado Bazaine,» refiriéndose á éste y á sus paniaguados: «que todos aquellos hombres revelaban en sus actos un apetito insaciable de carne humana.»

Todos saben igualmente que los franceses fabricaron á Maximiliano un castillo de barajas y lo sentaron en un trono de cartón, que desde luego que tuvo tal peso encima, empezó á crujir y á desmoronarse.

Pues bien, cuando estaba haciendo mayores equilibrios para sostenerse, se inventó, ó como una falsa noticia de bolsa para que subieran los bonos imperiales en Francia, en donde ya andaban por los suelos, ó para que pudieran acentuarse más las medidas de terror que no habían producido el resultado eficaz que se necesitaba, se inventó, decimos, el falso informe de que don Benito Juárez

rez había pasado el río Bravo, abandonando el territorio mexicano.

Desde luego los hombres juiciosos, los hombres medianamente observadores de la situación, comprendieron que aquello no era más que una farsa, porque Juárez no tenía el menor motivo para salir del país, en primer lugar, porque nunca lo persiguieron hasta aquella frontera, y en caso de que lo hubieran perseguido tenía leguas y leguas de este lado del río para recorrerlas de arriba abajo y de abajo arriba sin que nunca lo hubieran alcanzado, y en segundo lugar, porque un hombre tan tenaz y tan firme como él, no era fácil que hubiera dejado un puesto que había disputado á González Ortega, por más que estuviera herizado de espinas y repleto de dificultades.

Pero la falsa noticia sirvió para que el gobierno imperial, dirigido por Bazaine, expidiera el brutal decreto del 3 de Octubre de 1865, en que se dijo lo siguiente:

«Art. 1°. Todos los que pertenecieren á bandas ó reuniones armadas, que no estén legalmente autorizadas, proclamen ó no algún pretexto político, cualquiera que sea el número de los que formen la banda, su organización y el carácter y denominación que ellos se dieren, serán juzgados militarmente por las Cortes Marciales, y si se declarase que son culpables, aunque sea sólo del hecho de pertenecer á la banda, serán condenados á la pena capital, que se ejecutará dentro de las primeras veinticuatro horas después de pronunciada la sentencia.»

Siguen otros tres artículos en que sólo se habla de pena de muerte, y como si todas esas monstruosidades no hubieran parecido bastantes, todavía el artículo 5° con-

signa una gran enumeración de casos, entre los que resaltan los siguientes:

«Art. 5°. Serán juzgados y sentenciados con arreglo al artículo 1° de esta ley:

I. *Todos* los que voluntariamente auxiliaren á los guerrilleros con dinero ó cualquier otro género de recursos.

II. Los que dieren noticias, avisos ó consejos.

III. Los que voluntariamente y con conocimiento de que son guerrilleros, les facilitaren ó vendieren armas, caballos, pertrechos, víveres ó cualesquiera útiles de guerra.»

Y todavía se apretó más el tornillo con otro artículo que dice:

«Art. 6°. Serán también juzgados con arreglo á dicho artículo 1°:

I. Los que mantuvieren con los guerrilleros relación que pueda importar connivencia con ellos.

II. Los que voluntariamente y á sabiendas los ocultaren en sus casas ó fincas.

III. Los que *vertieren de palabra ó por escrito* especies falsas ó alarmanes, con las que se pueda alterar el orden público, ó hicieren contra éste cualquier género de demostración.

IV. Todos los propietarios ó administradores de fincas rústicas que no dieren oportuno aviso á las autoridades más inmediatas del tránsito de alguna banda por la misma finca.»

Después de otros artículos igualmente bárbaros, que son seguramente bien conocidos de nuestros lectores, recordarán que el artículo 13 dice:

Art. 13. La sentencia de muerte que se pronuncie por delitos comprendidos en esta ley, será ejecutada dentro del término que ella dispone (24 horas), quedando *prohibido dar curso* á las solicitudes de indulto.»

De manera que lo que quería el gobierno del imperio patrocinado por Napoleón III, era acabar con los mexicanos. ¡Y venían ambos á dar orden, ilustración, libertad y garantías!

El ministro de la guerra don Juan de Dios Peza, mandó la ley á los prefectos con una circular destilando sangre, la cual dijo entre otras cosas:

«Las Cortes Marciales encargadas especialmente del exacto cumplimiento de esta soberana disposición, deben desplegar la energía y actividad que las circunstancias demandan imperiosamente, haciéndose responsables por *su morosidad ó conmisceración* de las *fatales* consecuencias á que pudieran dar lugar con su *lenidad y clemencia* que repugnan la civilización, la humanidad. »

Todavía causa horror ahora que se hablara de civilización y de humanidad, cuando se recomendaba que se matara, que se matara, que se matara sin contemplación ninguna, en acatamiento de la ley de 3 de Octubre

Pero todavía Bazaine se mostró más salvaje en su circular secreta á los comandantes franceses, diciéndoles:

«Todos esos bandidos, comprendiendo también á sus jefes, han sido puestos fuera de la ley por el decreto imperial de 3 de Octubre de 1865.

«Encargo á usted que haga saber á las tropas que

están bajo sus órdenes, que no admito que se hagan prisioneros: todo individuo, *cualquiera que sea*, cogido con las armas en la mano, *será fusilado*. No habrá cange de prisioneros en lo sucesivo: es menester que sepan bien nuestros soldados, que no deben rendir las armas á semejantes adversarios.

«Esta es una guerra á muerte; una lucha sin cuartel que se empeña hoy entre la *barbarie* (?) y la civilización; es menester por ambas partes, matar ó hacerse matar.»

Pues este energúmeno, ¿por qué no se hizo matar de los alemanes en Metz? ¡Y dijo barbarie! ¿Pues de parte de quién estaba la barbarie, de parte de Riva Palacio, Antonio Rosales y Porfirio Díaz, que llenaron de consideraciones á los prisioneros de guerra extranjeros, ó de parte de Bazaine que encargaba á sus soldados que no hicieran prisioneros sino que mataran á cuantos cayeran en su poder?

Y aquí es fuerza decir que ni don Juan de Dios Peza, ni Bazaine necesitaban excitar el celo de las Cortes Marciales ni de los comandantes franceses que en ese año de 65, cuando se dió la ley de 3 de Octubre, ya llevaban mil novecientas ejecuciones en las ciudades, en los encuentros de armas y en los caminos en donde los contraguerrilleros mataban á cuantos encontraban, correos, espías ó desertores de las partidas de liberales.

El 13 del mismo funesto mes de Octubre, el general José María Arteaga, que tenía más de mil hombres á sus órdenes en Santa Ana Amatlán, fué sorprendido por el imperialista Ramón Méndez, derrotado por consiguiente y hecho prisionero con muchos de sus oficiales.

El general Arteaga, que era obeso y que además su-

fria de una herida en una pierna, fué llevado á pié hasta Uruapam, lo mismo que sus compañeros, donde fueron fusilados él, el general Salazar y los coroneles Díaz Paracho, Villa Gómez y Pérez Milicua, fuera de otros oficiales que se rindieron y fueron acuchillados en la acción. ¡Todos murieron como héroes!

El jefe del Estado Mayor de Bazaine escribió sobre este suceso el siguiente repugnante billete á M. Loysel, jefe del gabinete militar del mismo mariscal:

«Mi querido Loysel: Adjuntas remito á usted dos cartas de Méndez. Todo va bien. He hecho publicar algo en los periódicos, *aunque omitiendo el detalle relativo al fusilamiento de nuestros camaradas Arteaga, Salazar y demás. No podía hacerse otra cosa por ahora: la verdad vendrá á brillar después.*—Esta es la mejor oportunidad para ascender á Méndez á general de Brigada.... (siguen algunas amargas burlas para Vander Smissen que había dejado muchos prisioneros belgas en poder de Riva Palacio, y firma.)—Napoleón Boyer.»

Este Napoleón Boyer era tan asqueroso como Bazaine y como todas las demás sabandijas que se encontraban al servicio de Napoleón III. Pero en este vértigo, en este furor de derramar la sangre mexicana, no fueron los principales culpables los invasores, sino los que los trajeron, para que hombres extraños vinieran á mandarlos, á ponerles el pié en el pescuezo á ellos y á derramar á torrentes la sangre de sus hermanos. . . . no de sus hermanos; de sus víctimas. ¡Qué infame traición!



CAPITULO LVII.

El triunfo del Imperio.

MIENTRAS corrían arroyos de sangre mexicana, sin que escaseara mucho la sangre francesa, pues que no quedaron menos de diez mil cadáveres enterrados en el suelo de la República para obedecer el capricho de un déspota y de su corte corrompida, de cuyas hecatombes se ha hecho un ligero resúmen en el capítulo anterior, se menudearon los acontecimientos, de que también se va á hacer un breve relato en las siguientes líneas, á efecto de que no quede un vacío en la leyenda, cuya época está delineada con todos sus rasgos en la anterior á ésta, que tiene por título «Maximiliano.»

El príncipe austriaco que estaba tronado, con sus posesiones de Miramar hipotecadas, aceptó la corona del imperio de México y se puso á las órdenes de Napoleón, mediante la aquiescencia de las monarquías europeas y

de su larga parentela de Austria, Bélgica y Alemania.

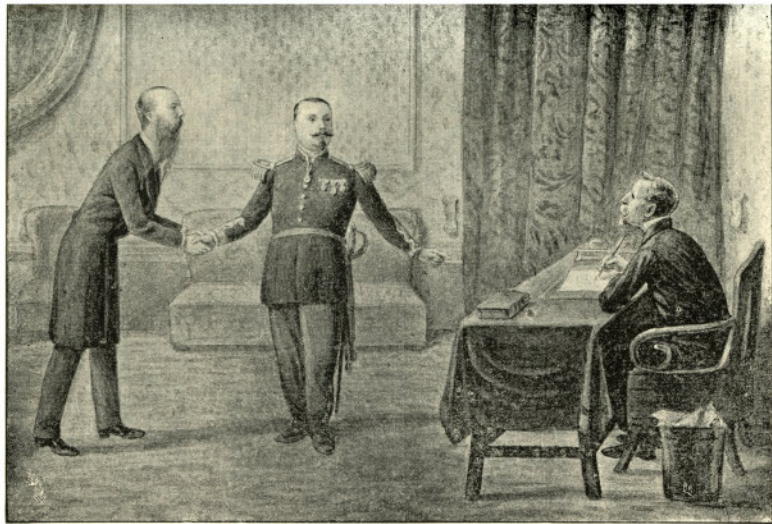
Se le hizo creer, ó lo que es más probable, por que no era nada lerdo, fingió creer que un país que no lo conocía lo aclamaba por su soberano, cuando la comisión mexicana, compuesta de traidores, le presentó las actas que los franceses arrancaron á las poblaciones á fuerza de bayoneta, y se puso en camino con un séquito compuesto de criollos y de extranjeros de distintas nacionalidades para hacer la felicidad de una patria que no era la suya.

Se gastaron sumas enormes por los que lo habían exaltado al poder con el apoyo de un ejército extranjero, para que se le recibiera con estrépito, y desde Veracruz pasó en medio de fiestas pagadas con aquel dinero distraído de las arcas nacionales

Estableció su gobierno de burlas bajo la tutela de Bazaine, que era en realidad el verdadero emperador.

Ni siquiera tuvo el infeliz archiduque el apoyo del clero ni el muy decidido de los conservadores, como se lo esperaba, pues que tanto el primero como los segundos se disgustaron infinitamente luego que vieron que no se establecía el sistema netamente realista, como el de un Felipe II por ejemplo, sino que las leyes de Reforma eran sancionadas, reconocidas como buenas por el gobierno francés, lo cual les hacía decir que nada habían ganado con el cambio de tener ahora un mandarin rubio en lugar de un mandarin oscuro, puesto que ambos eran igualmente antireligiosos y por ende enemigos de la Iglesia, que en su lenguaje quería decir enemigos de la preponderancia clerical.

Así es que tanto los miembros principales del clero, como los prohombres del partido conservador, dieron al pobre Maximiliano muchos dolores de cabeza, al grado



Maximiliano sólo pudo contestar á Bazaine con un apretón de manos.

de hacer que lo viera con ojeriza el mismo pontífice romano.

Pero lo peor era que la lucha continuaba incesante, desoladora, encarnizada, sangrienta, sin que en los años transcurridos se dieran tregua los combatientes.

Habían desaparecido todos los principales caudillos de la primera resistencia: Zaragoza á consecuencia de una fiebre, Comonfort y La Llave habían muerto asesinados, Doblado, González Ortega y otros muchos generales, unos voluntariamente y otros como prisioneros de guerra, se encontraban expatriados; algunos se habían sometido, y otros como Uruga, considerando la causa de la República perdida, se habían pasado al Imperio; pero quedaban aún firmes en la liza, sostenidos por una fe inquebrantable Porfirio Díaz, García y Figueroa en Oriente, Escobedo, Garza, Treviño y Naranjo en el Norte, Corona y otros distinguidos campeones en Occidente; en el Sur, en donde ya habían sucumbido Arteaga y Salazar, estaban Régules, Riva Palacio y Villada.

Cerca del gobierno de Juárez se encontraban Negrete, que fungía como ministro de la Guerra, Patoni, Terrazas y otros muchos valientes.

Además de estos jefes que eran los de más nombradía, por todas partes pululaban las guerrillas, las columnas sueltas más ó menos numerosas, que sin cesar eran atacadas y destruidas, por los franceses, y sin cesar volían á renacer de sus propias cenizas, haciendo la guerra interminable, lo cual desesperaba en primer lugar á Napoleón, que hubiera querido acabar de un golpe con nuestra República, en segundo lugar á Bazaine, que era calificado de inepto por Maximiliano, y en tercer lugar, á éste mis-

mo y á su corte, que aspiraban á tener una vida quieta y una nación sumisa para gobernarla á su antojo.

Lo que más desesperaba á todos era que Juárez hubiera establecido tranquilamente su gobierno en Chihuahua, y que desde allí estuviera dando manifiestos, órdenes, circulares, nombramientos, y haciendo todo cuanto estaba en sus manos para mantener viva la insurrección.

A este propósito se encaminaban todas las quejas de Maximiliano contra Bazaine, que iban á dar á Paris, entre las que no dejaba de asomar la idea de atribuirle segundas miras, sin poder comprenderse por qué se entretenía en pequeñas campañas y no emprendía la decisiva, la capital, la que más importaba, que era la de ir á acabar de una vez con aquel gobierno que le hacía sombra y que era su eterna pesadilla.

Por fin llegó un día en que se armó de resolución, y encarándose al jefe francés le dijo:

—Mariscal: es preciso de todo punto que mande S. E. ocupar á Chihuahua.

—Sire, le contestó Bazaine, si pudiera ya lo habria hecho.

—¿Pero no tenemos entonces suficientes soldados para ir á destruir al principal nucleo de nuestros enemigos?

—No los tenemos. Contamos con sesenta mil hombres; pero necesitamos cien mil para establecer una línea militar desde aquí á Chihuahua, en que sólo de desiertos hay más de ochenta leguas.

—De manera que V. E. no considera como yo indispensable que para el establecimiento definitivo del imperio debe acabarse de una vez con Juárez.

—Lo considero tanto más indispensable, cuanto que mientras haya República no puede haber imperio.

—Pues entonces

—Entonces creo que lo que debe hacer V. Majestad es organizar un ejército exclusivamente destinado á perseguir á Juárez hasta sus últimos atrincheramientos.

—¡Oh! si yo tuviera el mando de las armas. V. E. sabe muy bien que yo no tengo á mis órdenes un solo soldado.

—Tiene V. M. los austriacos y los belgas, y puede además mandar que se organice una sección mixta en que haya principalmente mexicanos, que saben hacer la guerra sin vitualla.

—Pero yo no tengo recursos. Quien debe soportar esa carga, es mi aliado, es el gobierno francés que me ha embarcado en esta aventura, es Napoleón que me ha ofrecido un país pacífico para venir á gobernarlo.

Bazaine se echó á reír y dijo á Maximiliano con sorna:

—Yo voy á prestar á V. M. un buen servicio muy particular, contra las instrucciones del ministro de la guerra francés, de quien dependo; él me ha ordenado que no exponga las tropas en expediciones lejanas y peligrosas: voy á mandar á un buen jefe, con una columna respetable, para que ocupe á Chihuahua.

—Está bien, Mariscal; pero Juárez se irá más lejos.

—Yo no puedo mandarlo seguir á donde quiera que se vaya. Eso es imposible.

—Si ese jefe francés que V. E. va á mandar con una respetable columna llevara instrucciones de destacar una sección cualquiera en pos del gobierno de Juárez, quizás se conseguiría que éste pasara la frontera.

—Y entonces.

—Entonces estaría salvado el imperio, porque ya la República no tendría bandera, y los insurrectos podrían ser calificados como bandas de malhechores y puestos fuera de la ley.

Bazaine se sonrió con fruición, y dijo con el semblante iluminado:

—Veo con placer que V. M. está dispuesto á adoptar el buen camino de la energía. Haré cuanto pueda para complacerle.

Y en seguida, en su presencia, ordenó al jefe del gabinete militar pusiera una orden telegráfica para que fuera ocupada Chihuahua por el general Brincourt, el cual había de llevar á sus órdenes tres batallones, dos escuadrones de cazadores de Africa y cuatro secciones de artillería con un total de dos mil quinientos hombres.

—Los cazadores de Africa serán quizás, añadió Bazaine sonriéndose, los que impidan que los americanos tengan un representante cerca del gobierno de Juárez. ¿Queda complacido V. M.?

Maximiliano sólo pudo contestar á Bazaine con un apretón de manos y se retiró enternecido.

Don Benito Juárez, con sus cuatro ministros y con sus treinta oficinistas que después recibieron el nombre de *inmaculados*, había establecido su gobierno en Chihuahua, en donde si no le sobraban los elementos, tenía lo suficiente para vivir con modestia republicana.

Aunque lejos de las operaciones militares que iban reduciéndose á menos Estados, á medida que los franceses ensanchaban su esfera de acción, allí acudían los comisionados de los generales y gobernadores, y de allí partían, si no los recursos, porque no los había, las autoriza-

ciones, los nombramientos y las instrucciones. Allí estaba el núcleo de la resistencia, allí estaba el centro de unión, allí estaban los Supremos Poderes de la Nación, allí, se encontraba plantada la bandera de la República.

Tenemos á la sazón que trasladar la escena á esos lugares.

—¿Qué hay? preguntó don Benito á Lerdo de Tejada á quien vió entrar á su gabinete con un papel en la mano.

—El general Ruiz ha mandado un extraordinario diciendo que se ha replegado del Parral á Santa Rosalía.

—¡Ah! entonces es verdad que avanzan los franceses.

—Sí, señor Presidente, según informa dicho jefe, con una fuerte División.

— Parecía increíble que no lo hubieran intentado antes.

—En efecto, es mucho que nos hayan dejado tranquilos tanto tiempo, cuando debíamos ser los principales perseguidos y aniquilados, contestó don Sebastian sonriéndose.

—Como no hay que pensar en una resistencia eficaz después del terror que ha sobrecogido á nuestras fuerzas con el terrible descalabro de Majoma, dijo el Presidente, será conveniente citar á los ministros para que tomemos una resolución.

—Los ministros están advertidos de lo que pasa y esperan.

—Sírvasse usted mandarles decir que pueden entrar.

Entraron Iglesias y Prieto. El general Negrete, poco docil y algo exigente, estaba ya separado del ministerio de

la guerra, y en su lugar se presentó el oficial mayor, que era por de pronto un coronel retirado.

¿Para qué podía servir entonces en aquellos momentos una Secretaría de guerra y un Estado Mayor, si cada jefe de los grupos armados que defendían el territorio nacional obraba por su propia cuenta? El ramo estaba completamente simplificado.

Como los negocios de Estado en campaña se trataban generalmente en familia, las puertas estaban abiertas y entraban y salían los secretarios particulares, los ayudantes, los generales de servicio, los oficinistas y los amigos, que solían algunas veces emitir su parecer, así es que el Consejo se vió algo concurrido, por haberse propalado ya entre todos los que rodeaban al gobierno las malas noticias.

El señor Lerdo de Tejada manifestó en pocas palabras cuál era la situación.

Los franceses venían en un número respetable marchando sobre Chihuahua, buscando la manera de dar un golpe decisivo á la cabeza de la Administración. Es cierto que en aquella época, era el mes de Julio, los ríos estaban crecidos, los caminos eran difíciles de transitarse y los tres mil hombres que mandaban Ruiz, Aguirre y demás jefes, podían haber defendido el paso con éxito seguro en otras circunstancias; pero el armamento era desigual y defectuoso, el parque escaso y la moral de la tropa se encontraba casi perdida, por lo que aquellos generales que tenían el mando habían considerado inútil la resistencia, prefiriendo fraccionarse y tomar diversos caminos en espera de que se presentaran mejores oportunidades para tomar la ofensiva.

Esto era lo que se había comunicado al gobierno de

la defensa nacional en las comunicaciones acabadas de recibir.

A este propósito, aunque ya los miembros del gobierno conocían á fondo la situación, no era fuera de oportunidad exponerla en términos claros para que se fundaran en los hechos las resoluciones que hubieren de tomarse.

El general Negrete, que había abandonado el cargo pasivo de ministro de la guerra, para ponerse él mismo al frente de las operaciones, comunicaba que había logrado hacer que se le sometieran las diversas partidas del Norte, consiguiendo formar un pequeño ejército en que se encontraban jefes tan valientes y reputados como Escobedo, Guzmán, Méndez y Naranjo; pero que luego se le habían destacado fuerzas muy superiores mandadas por los jefes franceses de más nombradía, las que habían frustrado sus principales proyectos, que eran atacar á San Luis después de haberse apoderado de Matamoros, Monterrey y el Saltillo, manteniendo en su poder estas dos plazas con poquísimas probabilidades de poder conservarlas.

De Sinaloa se han recibido algunas noticias y muy atrasadas, siguió informando el ministro. Después de la brillante victoria de Antonio Rosales, obtenida en San Pedro á fines del año pasado, en que logró destruir una columna de seiscientos franceses, tomando prisionero al mismo jefe de la expedición, Corona, con un verdadero puñado de valientes, hace frente á más de seis mil enemigos, y asegura que si pueden darle la mano Durango y Sonora, logrará hacer una campaña eficaz, porque cuenta con gente que está resuelta á combatir hasta la muerte.

En Oaxaca, como es sabido, sufrieron un revés las armas nacionales, y no es lo sensible que se hayan perdi-

do allí en aquella capital seis mil combatientes con todo su material de guerra, sino que se encuentre prisionero su caudillo el general Porfirio Díaz, que es un guerrero admirable por su tenacidad y bizarría.

Quedan no obstante en la liza jefes ameritados como su hermano Félix, el general Figueroa y otros

El ejército del Centro, en que se tenían tantas esperanzas, pues que constaba ya de cerca de ocho mil hombres, ha sido destruido por la traición de Uraga y la derrota de Arteaga, á consecuencia de la cual se perdió el Estado de Colima, huyendo los restos en muy malas condiciones á Michoacán.

En Colima y Jalisco quedan sin embargo muchas guerrillas mandadas por Rojas, Julio García y Echeagaray, distinguiéndose por su audacia un joven Adrián Canales, que él sólo, con unos cuantos, tiene en constante alarma á todas las guarniciones que forman el cordón militar de Guadalajara á San Blas y el Manzanillo.

Tantos reveses como hemos sufrido por nuestra parte en esta guerra injusta y desgraciada, para la que estábamos tan poco prevenidos, que casi el pueblo mexicano solo conducido por los buenos patriotas, es el que tiene que combatir, esos reveses, digo, han tenido grandes compensaciones, como son: la derrota de Clinchant en terrenos de Veracruz, la derrota del general Jeaningros por Negrete y Naranjo en el punto de la Angostura, y la muy brillante victoria alcanzada en Tacámbaro por Régules contra los belgas, mandados por el mayor Tydgodt, quien fué herido de muerte, quedando prisioneros más de doscientos hombres.

Al llegar á esta parte de su discurso el señor Lerdo, fué calurosamente aplaudido por el auditorio que se había

formado, no obstante el respeto que inspiraba el señor Juárez y la solemnidad del acto verdaderamente dramático que se estaba allí representando.

Esto hizo que el secretario particular del primer magistrado suplicara á los concurrentes que despejaran el salón.

Cuando los ministros se quedaron solos con el Presidente, el de Relaciones, que era el que estaba dando cuenta, agregó:

—Tendríamos, si quisiéramos, como ustedes saben, las armas y recursos que nos ha ofrecido el gobierno de los Estados Unidos; pero el señor Presidente ha rehusado tales ofrecimientos, creyendo que con su apoyo moral nos basta, tanto más cuanto que, como la mujer de Cesar, no quiere ser ni sospechado de deslealtad á la patria. Ahora bien, ¿qué es lo que debemos hacer en el momento crítico en que nos encontramos? El señor Presidente desea conocer la opinión de sus consejeros.

—Yo opino, dijo el representante del departamento de la guerra, que nos armemos todos y salgamos á encontrar á los franceses.

Iglesias y Lerdo se vieron y se sonrieron. El primero dijo:

—Nosotros todos haremos lo que disponga el señor Presidente, siendo la primera medida que debe tomarse, en mi concepto, la de ponerse á salvo su persona, que es la genuina representación de la República.

Se siguieron emitiendo pareceres, y se dispuso por fin que se expidieran circulares avisando á las autoridades civiles y militares de la Nación, que el gobierno iba á establecerse provisionalmente en Paso del Norte.

Don Benito, sin embargo, no quiso separarse de Chi-

huahua sino hasta el último momento, y como el enemigo todavía tardó más de un mes en llegar, hubo tiempo para que el Presidente, sus ministros y los immaculados hicieran tranquilamente sus maletas, saliendo el 5 de Agosto en plena luz del día, despedidos con lágrimas por los chihuahuenses que tan honrados se consideraban con tener en su ciudad á los Supremos Poderes.

El general Ojinaga, gobernador y comandante militar del Estado, acompañó á Juárez algunas leguas, dejándole una escolta de cien hombres para su resguardo.

El día 16 de Agosto de 1865 hubo un repique simultáneo en todas las capitales, comenzando por la del imperio, y apareció en letras gordas en las esquinas en grandes carteles, la siguiente noticia comunicada por telégrafo:

« Ayer ocupé á Chihuahua sin resistencia. Juárez va huyendo con unos cuantos para la frontera. — Brincourt »





CAPITULO LVIII.

El guerrillero.

A mediados del año de 1866 se celebraba una boda de gente humilde en un poblado más humilde todavía, que se encontraba por aquel entonces en un punto de la costa llamada San Sebastián, cuyo pueblo desapareció, corriendo los años, á causa de un incendio.

En la misma plaza se había levantado una tienda formada de hojas de palmeras muy verdes y muy frescas, y abajo se había puesto una tarima para los bañadores. Al rededor de esta tarima, que era grande, había unas cuantas sillas para el cura y sus parroquianos, pues que los demás concurrentes no necesitaban asientos porque sólo estaban acostumbrados á sentarse en cuclillas.

Una vez terminada la comida á las cinco de la tarde, comenzó el baile, acompañado de cantadoras, de modo que además del redoble sobre la tarima que podía oírse á

una legua de distancia, el ruido se aumentaba con lo que aquellas gentes llamaban música y con lo que con menos razón todavía llamaban canto.

La música se componía de dos guitarras, un tambor y una flauta, y las canciones eran unas que se llamaban la *justicia*, la *valona* y el *terendengue*, y el canto lo desempeñaban dos hombres y dos mujeres, haciendo éstas lo que llamaban la *primera* y aquellos echando la *segunda*; pero con todo y ser primeras y segundas, tenían muy frecuentes y grandes destemplanzas.

Como en la esquina de la placita había una tienda en que se vendía aguardiente de caña y vino mezcal de Tuxcacuezco, se veían agrupados en las dos puertas más de veinte ginetes que *raspaban* en los caballos, esto es, provocaban sus bríos para que se movieran con violencia, y muchas veces las salidas eran tan fuertes, que iban á dar hasta encima de los concurrentes al *mariachi*, que este era el nombre de aquellos fandangos, resultando riñas que á duras penas podían calmar el alcalde y los novios, secundados por los pacíficos, habiéndose conseguido ya, lo cual era mucho, que no salieran á relucir los machetes mientras duró la luz de la tarde.

Pero como no sólo se bebía en la tienda, sino que también entre los bailadores y la gente de la reunión circulaban á cada momento las botellas de aguardiente, cuando llegó la noche y se encendieron las luminarias y las fogatas con leña de ocote en derredor de la tienda, ya la alegría había llegado á su colmo, y el baile, más que baile parecía un tumulto en que estaban las parejas formando una masa compacta de carne humana, sudorosa y pateando con verdadero encarnizamiento sobre la tarima.

Casi en las afueras de la población había unos corra-

les con varios cuartos á que le daban el nombre de mesón y que servía de posada á los arrieros y caminantes.

Al oscurecer habían llegado dos ginetes, al parecer muy fatigados tanto ellos como sus cabalgaduras, éstas no de muy buena estampa por cierto. Pidieron al mesonero un cuarto para ellos y una caballeriza para sus caballos, de los cuales se ocuparon preferentemente, cuidando de que se les diera agua después de paseados y buenas pasturas.

Luego que dejaron á sus animales bien instalados, se fueron á ocupar su cuarto, muy desmantelado porque apenas tenía dos muebles con cierta figura de camas que llamaban allí *tapejates*, formadas por un cuadro de madera que sostenía un cuero de res sobre cuatro leños que servían de patas, sin ninguna otra vastimenta. También había dos bancos de tres piés y otro banco más grande con un candelero de barro y una vela de sebo. No había más.

Los viajeros, por su parte, no llevaban más equipaje que sus sillas de montar que pusieron en un rincón y unas pequeñas maletas amarradas en las mismas sillas. Ambos tenían como únicas armas sus pistolas en el cinto, cosa que no era de llamar la atención, porque en esos tiempos todos los viandantes andaban armados.

Se disponían á tenderse sobre los cueros que formaban las camas para descansar, cuando uno de ellos asomándose á la puerta y fijando la atención, dijo al otro:

—¿Oyes?

—¿Qué cosa?

—Un ruido extraño como el de las olas entrechocándose.

—Sí, se está oyendo un ruido extraño, ¿qué será?

A ese tiempo pasó el mesonero y se lo preguntaron.

—Es el *mariachi*, les contestó.

—¿El mariachi?

—Sí, una boda.

—¿De modo que están bailando?

—Sí, lo que se oye es el baile.

—¿En dónde está?

—Aquí cerca, en la plaza.

—¿Vamos á ver?

—Vamos, contestó el compañero.

Apagaron la vela; cerraron el cuarto que tenía una mala llave y se fueron ambos muy festejosos á ver el baile.

No hacía cinco minutos que se habían desprendido del mesón, cuando llegaron al mismo por rumbo opuesto otros dos viajeros que hicieron exactamente lo mismo que los anteriores.

De manera que á eso de las diez de la noche, se encontraban los cuatro jinetes pie á tierra, con sus pistolas ceñidas, dos en un lado y los otros dos en el opuesto de la enramada, muy entretenidos contemplando aquel espectáculo, nuevo para ellos, según podía notarse por sus exclamaciones y por las risas que les provocaba.

De repente, en uno de los dos grupos, casualmente en el de los que habían llegado primero, se oyó una palabra, casi como un grito de sorpresa.

—¿Será posible?

—¿Qué?

—Mira.

—¿Qué hay?

—Sigue la dirección de mi dedo. ¿Quiénes son aquellos que están enfrente?

Entonces el segundo fué el que gritó sin que le importara que lo oyeran las gentes que estaban cerca:

—¡Son Tapia y Montero! Si parece una alucinación.

Dió la casualidad de que los designados con esos nombres también se fijaran en esos momentos en los de este grupo, manifestando sorpresa, y unos y otros, como impelidos por una fuerza magnética, corrieron á encontrarse.

—¡Robles!

—¡Velázquez!

—¡Montero!

—¡Tapia!

Pronunciaron estos nombres con efusión y los cuatro se dieron repetidos abrazos.

—Vamos á la posada, dijo uno de ellos luego que terminaron las efusiones.

—Vamos, contestaron los otros tres.

Y los cuatro se fueron refiriendo los motivos por qué se encontraban allí á aquellas horas, tan lejos de las operaciones de la guerra.

La explicación que fué muy larga, y que nosotros la daremos en extracto, fué muy sencilla.

Robles y Velázquez, que constantemente habían militado con el general Arteaga, habiéndole acompañado en todas sus rudas campañas, estaban dispersos después de la derrota y captura de aquel, habiendo sabido, cuando trataban de buscarlo para incorporarse con él que había sido fusilado juntamente con el general Salazar y otros jefes, y estando interceptados por el enemigo todos los caminos del Interior, habían considerado más seguro y más prudente tomar una senda inclinada á la costa, para ir á reunirse con el general Corona que, según habían sabido,

era de los pocos caudillos que quedaban en pié, haciendo una guerra encarnizada á los franceses.

Montero y Tapia al contrario, habían seguido en el ejército que mandaba el general Negrete, y después de todas las peripecias que aquel sufrió, después de atravesar desiertos y sufrir mil calamidades, habían estado en Chihuahua con los Supremos Poderes, habían estado con su cuerpo en la acción desgraciada de Majoma y en otras muchas en que los habían hecho trizas los franceses, y venciendo mil dificultades habían conseguido atravesar el Estado de Durango completamente lleno de enemigos y sin poder ya ni seguir á sus jefes ni al gobierno, habían resuelto irse á Michoacán en donde sabían que hacían una campaña tan resuelta como fructuosa Arteaga, Salazar, Pueblita, Régules, y Riva Palacio, con quienes irían á reunirse en caso de que en Jalisco no hubiera ninguna fuerza republicana organizada á la que pudieran ofrecer sus servicios.

—De modo que tan desorientados andamos unos como otros, dijo Robles alegremente.

—Pero al fin nos hemos reunido, contestó Tapia.

—¡Y estamos vivos los cuatro! exclamó Velázquez

—Pero no me canso de admirarme de esta gran chiripa que hemos tenido, dijo el otro oficial, de esta increíble casualidad de encontrarnos en este rincón de la República.

—De veras que si creyéramos en milagros, diríamos que este es uno de los más patentes.

—¡Quién había de esperarlo!

—¡Ni por sueños!

Todo esto y algo más lo estuvieron diciendo ya en el

mesón en uno de los cuartos, sentados en sus banquillos y en torno del que contenía el candelero de barro y la vela de sebo, hasta que las de los dos cuartos se extinguieron completamente.

Cuando los cuatro, vencidos más por el cansancio y por las emociones que por el sueño, estaban dormidos profundamente, á eso de las tres de la mañana casi todos á la vez se despertaron sobresaltados al oír un estrépito infernal en el mesón, formado por el andar de muchos caballos con herraduras, por el ruido de los sables y por los denuestos y palabras soeces que decían muchas personas al mismo tiempo.

—Es una tropa, dijo Velázquez á su compañero.

—Sí, no cabe duda, son como sesenta ó cien hombres de caballería.

—Y lo peor es, agregó el primero, que no podemos reunirnos con Tapia y con Montero porque están en un cuarto de enfrente.

—Sí, los cuatro juntos podríamos acordar algo, y cuando menos vender caras nuestras vidas.

Los otros estaban, poco más ó menos, haciendo las mismas reflexiones.

—Lo mejor es esperar á que se presente una coyuntura de escaparnos, dijo Robles.

Los del cuarto fronterizo dijeron lo mismo, empuñando, por vía de precaución, sus pistolas.

Después de más de média hora de mucho movimiento en el mesón, poco á poco fué cesando, hasta quedar extinguido el ruido de espuelas y de caballos completamente.

Entonces llegó distintamente á los oídos de los cuatro oficiales otro ruido, y era el de la boda, cuya mú-

sica, canto y patadas continuaban con la mayor animación.

—Quizás es una acordada, dijo Tapia á su compañero, y siendo soldados voluntarios todos se han ido al fandango.

De la misma opinión fueron Velázquez y Robles en el otro cuarto.

En consecuencia, si todos se habían ido dejando las armas y las sillas encerradas bajo la custodia de un vigilante, era el momento de poder escapar, y casi á la vez jugaron las llaves en las cerraduras de los dos cuartos.

Apenas comenzaban los oficiales á abrir sus respectivas puertas, cuando sintieron que ambas fueron empujadas con violencia, entrando varios hombres que les pusieron los mosquetes en el pecho á cada uno de ellos, diciéndoles los asaltantes:

—Ríndanse ustedes, tales.

En esos momentos entraron otros cinco hombres montados que habían ido á buscar pasturas y todos prepararon sus mosquetes.

Los cuatro oficiales que no tenían ya las pistolas empuñadas, sino metidas en las fundas, tuvieron que rendirse.

La escena era alumbrada por los primeros albos de la mañana y por los pequeños resplandores de una hacha encendida que había en las caballerizas lejanas.

—¿Quién es el jefe de esta fuerza? preguntó Robles.

—Allí viene, le contestaron designándole á un hombre joven que apareció en el patio con sombrero galoneado y chaqueta gris, acompañado de dos individuos también armados.

El joven aquel, quien desde luego tenía todas las

trazas de ser un guerrillero, aunque lo mismo podía ser un jefe de acordada ó de una cuadrilla de bandoleros, el comandante de aquella fuerza se adelantó pues hacia donde estaban Robles y sus compañeros, y después de saludarlos políticamente, les dijo:

—¿Quiénes son ustedes?

—Nosotros somos unos comerciantes que vamos al Manzanillo, contestó Velázquez adelantándose.

El joven comandante se quedó mirándolo de arriba á abajo y le dijo luego:

—Ustedes son oficiales, según los informes que me han dado los exploradores que los han venido siguiendo, ¿á qué partido pertenecen?

Robles y Velázquez comprendieron que de aquella respuesta estaba pendiente el hilo de sus vidas, y se vieron uno á otro sin saber qué responder; pero como al mismo tiempo el joven guerrillero dió una patada en el suelo con impaciencia, Robles dijo resueltamente:

—Ya sabemos que hemos caído en poder del enemigo, así es que podemos evitar explicaciones: mándenos usted fusilar.

—¿Entonces son ustedes oficiales imperialistas?

—Somos republicanos, somos oficiales dispersos.

—Bajen ustedes esas armas, dijo el comandante á sus soldados, y luego dirigiéndose á los prisioneros:

—¿Pueden ustedes justificar que pertenecen al ejército republicano?

—Sí, señor comandante, traemos nuestros papeles, dijo Velázquez, y son los que nos han de dar la vida ó la muerte. Allí están.

Designó las maletas, el guerrillero los hizo sacar, los examinó á la luz de una antorcha, vió las firmas de Ar-

teaga y Zaragoza y entonces abrió los brazos lleno de júbilo y exclamó:

—Han caído ustedes en poder de un amigo, y quizás de un salvador, porque una sección de las tropas de Berthelin ha venido siguiéndolos, y se trataba quizás de ponerles una emboscada.

—Aquí nos hemos encontrado á estos otros dos compañeros por una feliz casualidad, dijo Robles mostrando á sus amigos que estaban un poco atrás.

El comandante ordenó que se separaran los soldados que tenían rodeados á los oficiales, quedándose solos los cinco cerca de la puerta de uno de los cuartos.

Fueron presentados unos y otros al joven guerrillero y quedaron encantados tanto de sus buenas maneras como de su figura y arrogancia.

—Ahora, dijo éste, que ya saben ustedes que están entre amigos, pueden seguir descansando otras dos horas, porque tan luego como terminen su pienso los caballos tenemos que salir de este poblado en donde no hay ninguna seguridad.

—Está bien, señor comandante, volveremos á acostarnos si usted nos lo permite; pero antes quisiéramos saber el nombre de la persona que tan oportunamente nos ha llegado en auxilio, cuando estábamos completamente sin brújula.

—Mañana, es decir, más tarde, en el camino hablaremos largo. Ahora descansen ustedes, que nosotros tenemos que hacer lo mismo. Sólo voy á mandar unos exploradores que nos cuiden mientras dormimos un rato, aunque sea con un ojo. Hasta luego, señores, dijo á los oficiales dándoles cordiales apretones de mano, hasta lue-

go. Si algo necesitan, llaman á mi ordenanza Juan Pérez.

Cada uno de nuestros cuatro oficiales, al meterse otra vez en su dura cama, no dejaba de murmurar:

—Esta es una alucinación. . . ¿no estaremos soñando? ¿De dónde diablos ha brotado ese guerrillero tan simpático en estos rumbos tan distantes, cuando no teníamos más salida ya que la de don Valentín Amador?

Y se volvieron los cuatro á dormir con la tranquilidad de las almas buenas.





CAPITULO LIX.

Se nubla el horizonte.

HABRÍA transcurrido una hora, esto es, no eran aún las cuatro de la mañana, cuando los soldados que componían la guerrilla empezaron á ensillar sus caballos, y el mismo jefe de ella fué á tocar á las puertas de los cuartos de los cuatro jóvenes, que como hemos dicho dormían á pierna suelta.

Un cuarto de hora después salían todos juntos del poblado formando un total de treinta hombres, fuera de unos tres ó cuatro más que estaban apostados más adelante y que fueron recogiendo al paso.

—Yo no sé si he hecho mal en desviar á ustedes de la dirección que se proponían seguir, les dijo el comandante á nuestros cuatro jóvenes que iban ya á su lado; pero una vez que salgamos de la zona del peligro, ustedes serán libres de seguir la que quieran. Nosotros estamos

rodeados por varias secciones de caballería que nos vienen persiguiendo desde muchas leguas y no nos ha costado poco trabajo escapar hasta ahora de caer en sus manos, pues cualquiera de esas secciones tiene más fuerza, y todas son dirigidas por un coronel francés bastante terrible, que fué quien mató á la flor y nata de nuestros guerrilleros de Jalisco, al general don Antonio Rojas.

—Sí, supimos que Berthelin lo sorprendió y lo mató.

Robles dijo luego:

—Nosotros efectivamente veníamos en busca de una tropa de línea para incorporarnos á ella, porque somos oficiales del ejército; pero como hemos tardado tanto tiempo en hallar un camino que nos pareciera seguro, todo lo vamos viendo muy distinto de como nos lo figurábamos, de manera que si no ha sido por el feliz encuentro que hemos tenido nosotros cuatro primero y luego con usted que ha venido á ser nuestro salvador, no sabríamos ahora qué hacer ni para dónde encaminarnos. Mi compañero el capitán Velázquez y yo, pensábamos ir á reunirnos con Corona en Sinaloa. Nuestros amigos los capitanes Tapia y Montero, que vienen del rumbo de Chihuahua, pensaban ir á presentarse á los jefes que hacen la campaña en Michoacán.

—Las dos empresas muy difíciles, contestó sonriéndose el comandante de la guerrilla, aunque no imposibles para hombres valientes como ustedes manifiestan serlo.

—Lo que más temíamos era que se nos agotaran los recursos y que se acabaran nuestros caballos, dijo Montero.

—Ya, ya les daré á ustedes un buen norte, siguió diciendo el guerrillero, luego que sepan ustedes algunas noticias que tal vez ignoran.

—Nosotros tenemos ya casi dos meses de no saber nada.

—Pues en estos dos últimos meses casi se puede decir que ha sufrido un cambio favorable la situación, no obstante los repetidos reveses que ha tenido que sufrir nuestra causa.

—A todo esto, no nos ha dicho usted su nombre, señor comandante, le dijo Robles.

—No les va á servir de nada mi nombre, que no es conocido más que en esta parte de la República; pero no tengo inconveniente. Me llamo Adrián Canales, y soy originario de un pueblecillo que está á quince leguas de Guadalajara y que se llama Santa Ana Acatlán. Tengo mi despacho de comandante expedido por el mismo Presidente Juárez, y he sido el único que he estado levantado en armas, de un año á esta parte, en estos rumbos, porque todos los demás hombres de combate ó han muerto ó se han sometido al imperio. Hasta ahora, de unos días á esta parte, ha comenzado á haber pequeños levantamientos, y dentro de dos ó tres semanas habrá una completa conflagración en todo Jalisco. Ya vamos á llegar á un punto en que podremos tomar un verdadero descanso, cuando menos de doce horas, seguros de que allí no penetrará ningún enemigo.

En efecto, los jóvenes oficiales habían notado con alguna extrañeza que desde hacía rato se había abandonado el sendero, y que ahora se marchaba por el centro de un bosque de cocoteros que cada vez se iba haciendo más espeso y que amenazaba llegar á ser casi impenetrable.

Así fué en efecto, habrían andado una legua, cuando los soldados tuvieron que abrir brecha para pasar hasta



—*Rindanse ustedes todos.*

llegar á una plazoleta en donde había tres ó cuatro jacales y por donde corría un manso arroyuelo.

—Aquí es, dijo Adrián á sus nuevos amigos, tenemos agua para nuestros caballos y buenas pasturas; tenemos buena sombra para más tarde que caliente el sol y tenemos mujeres que nos dispongan un regular almuerzo. Aquí, como ustedes han visto por el trabajo que hemos tenido nosotros para llegar que conocemos el sitio, será imposible que nos sorprenda el enemigo.

Sin embargo de la seguridad que ofrecía el bosque, Adrián distribuyó el servicio á su gente, mandó que fueran atendidos los caballos de los oficiales, y en seguida vino á hacerles á éstos compañía debajo de un cobertizo designado como cuartel general. Allí había asientos rústicos y una mesa formada con dos bancos y unas tablas.

—Ahora, les dijo, ustedes van á darme las noticias que traigan para en seguida darles yo las mías.

—Nosotros estamos rapados de noticias recientes, y las que tenemos son atrasadas de mucho tiempo, porque hemos tenido, tanto mi compañero y yo, como Montero y Tapia que vienen de opuesto rumbo, que venir evitando entrar en las poblaciones y haciendo rodeos, de modo que sólo hemos visto de lejos al enemigo, sin poder hablar con ningún amigo, recogiendo á lo más rumores inciertos, pero si referiremos á usted nuestras aventuras hasta este momento.

Y Robles, con su estilo claro y conciso, contó al joven guerrillero los combates en que se había encontrado, las derrotas que había sufrido, las veces que había caído prisionero y los trabajos que le había costado salvar el pellejo en medio del chubasco de contiendas porque había pasado.

Tapia también refirió cómo él y su compañero habían hecho una larga campaña desde Veracruz hasta Chihuahua, los trabajos que habían pasado en el desierto, cómo habían admirado la impasibilidad de Juárez ante los mayores peligros y ante las mayores calamidades, y cómo la persecución encarnizada que les habían hecho los franceses, había logrado separarlos de sus jefes y ponerlos en dispersión.

Entonces supieron que en el Sur de Jalisco había un ejército, y que en el Estado de Michoacán varios generales tenían algunas fuerzas organizadas, y en vez de tomar dirección para la frontera, cosa que era imposible, habían emprendido tan largo viaje, principalmente para encontrarse al lado de jefes que ya los conocían.

Adrián se sonrió y les dijo:

—Efectivamente, están ustedes muy atrasados de noticias. Después que capituló Echegaray que mandaba las últimas tropas regulares en el Sur de Jalisco, y después de la muerte de Rojas sorprendido por Berthelin, ya son partidas insignificantes, como la mía, las que han estado sosteniendo la campaña. Hasta ahora, á causa de los últimos sucesos, se han comenzado á levantar algunos pueblos, y dentro de poco, como ya dije á ustedes, cundirá la conflagración en todo Jalisco.

—¿Cuáles sucesos? preguntó Tapia con ansiedad.

—Los que les voy á relatar á ustedes brevemente, contestó Adrián. En primer lugar, el Presidente Juárez ya no está confinado á Paso del Norte donde se prorrogó su periodo legal por deserción del Vice-Presidente general González Ortega, sino que ahora ha establecido de nuevo su gobierno en la capital de Chihuahua, en donde no volverá á ser molestado por los franceses.

—¡Cómo! ¿cómo está eso? preguntó Velázquez.

—A consecuencia de que Napoleón ha gastado mucho dinero y perdido miles de hombres en México sin ningún resultado favorable, pues el imperio no se consolida, y antes bien, la resistencia del país se hace cada día más enérgica, por lo cual las cámaras legislativas y el pueblo francés instan por la retirada del ejército, lo mismo que la diplomacia de los Estados Unidos también se muestra inflexible respecto de reconocer á Maximiliano y negar su apoyo moral á Juárez, Napoleón, con el pretexto de que no se han cumplido los convenios de Miramar, pero en realidad porque la agresión llevada á efecto contra la República mexicana ha sido un fracaso, hace que los franceses abandonen ya las ciudades que tenían ocupadas y se concentren en la Capital para evacuar el país á fines del año de 1866 ó á prinipios del entrante.

—¿Es posible?

—Eso dicen el «Boletín de Noticias» y otros periódicos que he recibido de Guadalajara y algunos otros impresos que cayeron hace tres días en mi poder. Yo, como ustedes pueden ver, soy simplemente un guerrillero, un hombre ignorante, y no hago más que repetirles lo que he visto impreso en letras de molde. En realidad no sé si lo que se publica será verdad ó estará exagerado; pero también mi propio instinto, los movimientos del enemigo, los rumores que se propalan y hasta el viento que corre, todo parece indicar que se está realizando ya un cambio favorable para nosotros; el mismo que hemos esperado con fe cuantos nos hemos lanzado á defender las instituciones republicanas.

—¿De manera que tiene usted algunos periódicos de recientes fechas? preguntó Robles.

—Periódicos y cartas: aquí las tienen ustedes.

Y diciendo ésto, Adrián mandó á su ordenanza que le acercara su cartera y de ella sacó varios papeles que repartió á los oficiales.

Entonces éstos pudieron ver con gusto y con sorpresa, que efectivamente en los últimos dos meses de perdida casi, como habían dejado la causa republicana, hoy se presentaba cambiada tan favorablemente, que podía decirse que había surgido con nueva vida de en medio de las cenizas en donde la habían dejado agonizante.

Los cuatro oficiales leían y no se cansaban de lanzar exclamaciones llenas de alegría.

En un periódico encontraban la noticia de que Porfirio Diaz, después de haberse fugado de un cuartel de Puebla en que lo tenían encerrado los austriacos, se había puesto nuevamente en campaña y estaba dando golpe tras golpe á los sostenedores del imperio.

En otro impreso leían que los franceses habían perdido el fuerte de Palos Prietos, cerca de Mazatlán, tomado por el valiente coronel Jorge Granados, que Angel Martínez había tomado á Ures, vengando la nunca bien sentida muerte del general Antonio Rosales, el vencedor de los franceses en San Pedro, acción tan digna de mérito como la de Zaragoza el 5 de Mayo en las cumbres de Puebla.

En unas cartas veían confirmadas las noticias que ya tenían, de que los terribles jefes de la reacción Miramón y Márquez, habían sido desechados por el gobierno imperial y mandados á correr aventuras en tierras extranjeras, lo mismo que leyeron con suma admiración la noticia de que la misma Carlota, á quien llamaban los traidores Emperatriz, había ido á Europa á echarse á los piés de Napoleón para conseguir que no retirara aún las tropas

francesas de México, que eran las únicas en que tenía confianza Maximiliano.

Se impusieron así mismo de otras noticias importantísimas, tales como la toma de Chihuahua por Terrazas, la vuelta del Gobierno á esa ciudad, la retirada de los franceses de Durango, las victorias de Escobedo y demás jefes fronterizos en Tampico, Matamoros y en Monterrey, y la declaración que se proponía hacer Lozada, llamado también el Tigre de Alica, de que permanecería neutral en la contienda, una vez persuadido, á pesar de su ignorancia, de que era un crimen de traición á la patria el ayudar á los extranjeros á dominarla y á derramar la sangre de los mexicanos.

—¡Voto á mil demonios! exclamó Robles con su carácter arrebatado, tantos hechos gloriosos que se han sucedido sin haber estado nosotros en los trancazos!

—A nosotros sólo nos han tocado las duras, contestó Velázquez.

—Es necesario que partamos, dijo por su parte Tapia levantándose.

—Calma, amigos míos, dijo á su vez Adrián cogiéndolos de las manos y haciéndoles sentarse de nuevo. En seguida agregó:

—La guerra ahora es cuando va á comenzar con más tenacidad, y ya nos sobrarán combates en donde nos encontremos, yo se los aseguro. Por de pronto, vamos descansado aquí siquiera unos dos días, y en cuanto descansemos, que ya será tiempo de que el enemigo nos haya perdido la pista, saldremos á hacer algo de provecho, á cuyo fin todavía tengo algo muy importante que comunicarles.

Los cuatro jóvenes que ya estaban tan nerviosos como emocionados, escucharon con avidez.

—Tengo que darles otra noticia y enseñarles una carta de carácter oficial.

Entonces más se aproximaron y más se volvieron ojos y oídos:

—La noticia es que á estas horas el general Corona ha ocupado á Mazatlán y es dueño de los Estados de Sinaloa, Sonora y Durango.

—¡Ah! exclamaron todos.

—Que á estas horas también debe contar ya con un buen ejército de ocho á diez mil hombres.

—¡Oh! volvieron todos á exclamar.

—Que á estas horas también debe venir en camino la vanguardia de aquel ejército para Jalisco.

—¡Pero estamos soñando! interrumpió Velázquez.

—Y la carta que considero de carácter oficial, es ésta, continuó diciendo Adrián, á la vez que sacó una del bolsillo y leyó:

«Brigada de vanguardia.—Coronel en Jefe.—Señor Comandante.

—Aquí, dijo Adrián dejando de leer, no hay nombre ninguno, se comprende que es una circular á los jefes de fuerzas que se hallen en armas.

«Señor Comandante, siguió leyendo, por la presente hago saber á usted que por orden del General en Jefe del Ejército de Occidente, y por estar al concluir la campaña de Sinaloa, estoy en marcha para Jalisco con objeto de emprender algunas operaciones de guerra y preparar las que sean necesarias mientras llega todo el Ejército.

«Espero que sin demora se ponga usted en contacto

con todos los demás jefes de fuerza que se hallen levantados, y que todos unidos se encuentren lo más cerca posible de Autlán, á donde me propongo llegar como por el día 1º de Noviembre.

«A la vez, recomiendo á usted no sólo la mayor disciplina y el mejor orden para que los habitantes de los pueblos no se alarmen, sino que por cuantos medios estén á su alcance tome empeño en que éstos se apresuren á insurreccionarse secundando nuestra causa, pues que mucho contribuirá al buen éxito de la campaña el auxilio armado del mayor número de los ciudadanos que profesen amor á la República y á la libertad.

«Escuinapa, 15 de Octubre de 1866.

Coronel en Jefe,

Eulogio Parra.»

Al terminar Adrián tan importante lectura, los oficiales no pudieron menos que arrojar á los aires sus sombreros, y gritar con todos sus pulmones:

—¡Viva la República! ¡Abajo el Imperio!

—Ustedes van á conseguir con su algazara, que los franceses descubran nuestro retiro.

—Ya no hay franceses, contestó Velázquez.

—Todavía quedan algunos en Jalisco. Berthelin es uno de ellos.

—Pero según indican los periódicos, ya no se baten si no se les ataca. Ya van retirándose, objetó Robles, dejándonos solitos á los traidores para que nos los almorcemos.

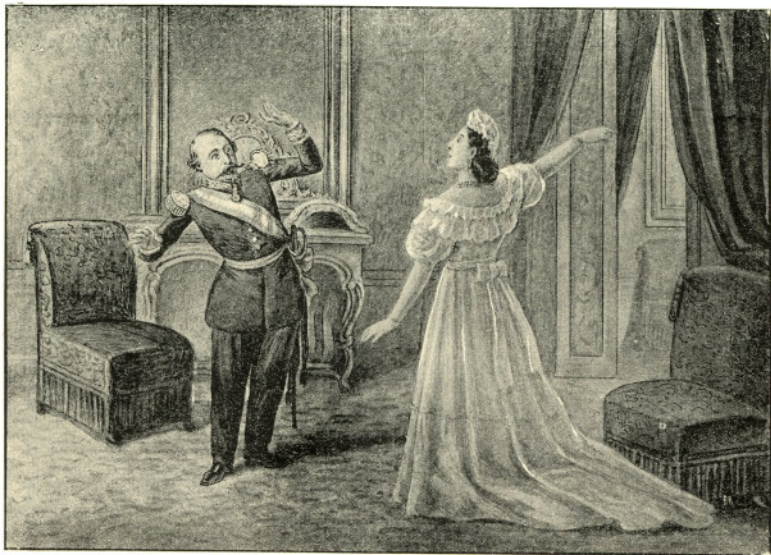
—A propósito de almuerzo, aquí viene ya el que se nos ha preparado.

Y diciendo esto Adrián, alzó los papeles é hizo que la cesina en mole, la carne de puerco con chile verde, los frijoles y las tortillas calientes, se les sirvieran debajo del cobertizo, en la misma mesita de tablas que tenían al frente.

Según había dicho Adrián, se estuvieron encerrados en el corazón de aquel bosque de cocoteros durante dos días, durmiendo bien, comiendo bien y cuidando muy bien sus caballos, de los cuales iban á necesitar para hacer jornadas de quién sabe cuántas leguas, tanto de día como de noche, escapando unas veces el bulto y otras procurando dar golpes atrevidos, según era la vida habitual de los guerrilleros, y más en aquella época en que eran perseguidos y acosados con todo encarnizamiento y con cuyo fin pululaban las contraguerrillas, las acordadas y las partidas de los pueblos que se habían manifestado amigos de la intervención, por fortuna pocos y de muy escasa importancia.

Al tercer día salieron todos del escondite al campo raso, separándose de la costa para internarse en la cordillera de montañas con objeto de ir á orientarse en la Unión de Tula, en donde Adrián tenía sus inteligencias. Allí supieron él y sus amigos con regocijo, que se iban á pronunciar contra el imperio, si es que no estaban ya á aquellas horas pronunciados, los pueblos de Cocula, Za-coalco, Atotonilco, Techaluta, Tuxcacuezcó, Teocuitatlán, San Gabriel y Tapalpa. Que también Autlán estaba dispuesto á levantarse, y que ya lo habría hecho si no fuera porque estaba allí el comandante imperialista Luciano Hurtado con trescientos dragones.

—¡Diantre! dijo Robles, allí está, pues, el enemigo á quien tenemos que combatir.



—¡ Fuera de aquí, canalla !

—Vamos allá, contestó Adrián, que al fin mi gente no está acostumbrada á contar el número de los contrarios.

El 12 de Noviembre estaban nuestros amigos en la hacienda de San Vicente esperando que se les incorporaran otras fuerzas liberales de las recientemente levantadas, cuando recibieron una noticia que á ellos, como á todos los habitantes del Sur de Jalisco, les causó un regocijo extraordinario: Berthelin, el feroz Berthelin, el terrible asesino francés cuyo nombre se había hecho execrable por sus infamias, había sido muerto con cuarenta de los suyos en manos de los guerrilleros Julio Garcia, Merino y Zepeda, á unas quince leguas de Colima.

El día 14 llegaron nuestros guerrilleros á la vista de Autlán; pero como á la vez Parra, cumpliendo su palabra, llegaba por el otro lado, los imperialistas tuvieron que escaparse á uña de caballo.

Un mes después, el 18 de Diciembre, se daba la batalla de la Coronilla en las afueras del pueblo de San Gabriel, mandada por Parra, contra mil doscientos franceses y traidores, en que los cinco jóvenes hicieron prodigios de valor, tratando no sólo de lucirse unos con otros, sino de lucir también ante los héroes de Occidente que venían cargados con los laureles de cincuenta victorias.

Adrián tuvo tiempo de ser recibido por la noche en los brazos de su Refugio que lo llenó de besos. Presentó con su mujer á sus cuatro amigos, y allí cenaron los cinco en medio de la más cordial alegría.

El 21 entraron todos al lado del vencedor Eulogio Parra á la capital de Jalisco, que fué evacuada cobardemente por el cojo general don Ignacio Gutiérrez, quien fué

acabado de destrozar en su huida por las guerrillas de García de la Cadena, no obstante que contaba con tres mil hombres y veinte bocas de fuego.

Mas tarde volveremos á encontrar á nuestros valientes y simpáticos oficiales tomando su parte respectiva en las operaciones de la plaza de Querétaro.





CAPITULO LX.

Carlota.

LUEGO que Maximiliano y sus intimos se persuadieron de que en efecto la retirada del ejército francés de México no era una simple amenaza de Napoleón para que se procurara cumplir los convenios, sino una resolución irrevocable impuesta de un lado por la diplomacia americana y del otro por las exigencias de la política y las complicaciones europeas, se convino en que la misma princesa Carlota fuera á remover cielo y tierra, á fin de conseguir que dicho ejército, que era el principal apoyo del gobierno imperial no fuera retirado, ó si de todas maneras tenia que retirarse, no fuera tan pronto, sino dos años más tarde, plazo que sobraría para el aniquilamiento de los republicanos, que si respiraban aún era por la negligencia con que había manejado la campaña el mariscal Bazaine, interesado él mismo en que desapareciera lo

existente para formarse una situación suya, pues que á consecuencia de haberse casado con una mexicana, se le había despertado la ambición de nombrarse el jefe del país, con cualquiera denominación.

Con tal propósito é investida de plenos poderes, la princesa Carlota salió de Veracruz con un reducido acompañamiento, y llegó á París el 9 de Agosto, alojándose en uno de los mejores departamentos del Gran Hotel, situado en uno de los principales boulevards.

Se la dijo que había habitaciones dispuestas para ella y su séquito en las Tullerías; pero contestó que renunciaba á los honores reales porque viajaba de incógnito.

El día 1º recibió la visita del ministro de Relaciones M. Drouin de Lhouys, que era tan zaragate como cuantos rodeaban á Napoleón el pequeño, el cual la dijo después de las frases comunes:

—S. M. el Emperador tiene la enorme pena de no poder él mismo venir á presentar sus homenajes de respeto á V. M., por encontrarse indispuerto.

—¡Qué desgracia! contestó Carlota riéndose, la enfermedad del Emperador debe ser repentina, porque anoche no faltó quien me dijera que la salud de S. M. era mejor que nunca.

—Sí, en efecto, ayer estaba bueno y ahora se encuentra enfermo. Eso le pasa con frecuencia. En realidad su naturaleza está minada, y como nunca se presta á una curación radical, son más los días malos que los días buenos que tiene, mientras no venga la postración.

—Pues lo siento, tanto más cuanto que quería verlo hoy mismo.

—Hoy mismo es imposible; pero me ha encargado que lo represente ante V. M. como si fuera él en persona,

y en esa virtud me pongo completamente á las órdenes de V. M.

Carlota clavó una mirada investigadora en Drouin de Lhouys, y luego le dijo:

—Si es usted la misma persona del Emperador, es claro que puede contestarme una pregunta, una sola.

—Hágala V. M.

—¿Tiene facultades para concluir en el instante mismo conmigo, que sí las tengo, un pacto respecto de los asuntos de México?

—V. M. no ha comprendido entonces cuál es en este momento mi representación, contestó el ministro riéndose: soy el Emperador para hacer á V. M. los honores del gobierno de Francia, para atenderla y hacerle grata su permanencia entre nosotros. Respecto á otros asuntos, sólo es el árbitro S. M. el Emperador.

—En tal caso, nada ya tenemos que hablar. Esperaré aquí todo el tiempo que sea necesario, hasta que recobre por completo la salud el Emperador de los franceses.

Y la princesa le volvió las espaldas desdeñosamente.

Bien es sabido que Carlota no tuvo que esperar mucho. Al siguiente día que fué el 11 de Agosto, acompañada de la mujer de Almonte y de otras personas, se dirigió á Saint-Cloud en donde se encontraba la Corte, y fué bien recibida por la familia imperial, menos por Napoleón, que siguió fingiéndose enfermo.

Carlota insistió tanto, que al fin logró introducirse á presencia del autócrata, el cual se manifestó con ella frío y reservado.

La princesa abordó desde luego el asunto que la llevaba, y mientras leía ella misma una larga memoria que llevaba preparada, en que se describía la situación del

imperio en México y se hacían terribles acusaciones contra Bazaine, á quien hasta se le hacía el cargo de estar en inteligencias con el enemigo, Napoleón, escuchaba con aire distraído, unas veces de pié con los brazos cruzados, otras dando paseos con marcadas muestras de impaciencia.

—¿Y bien? preguntó insolentemente luego que Carlota dió vuelta á la última página

—Maximiliano y yo suplicamos á V. M.; que en virtud de todas esas razones que consideramos convincentes, que cumpliendo V. M. con su palabra empeñada, conserve en México su ejército por dos años más al mando de otro jefe que no sea el mariscal Bazaine.

Napoleón no contestó y siguió paseándose. Tenía una cita casi á aquellas mismas horas con una preciosa condesa y estaba como en brasas.

Carlota siguió suplicándole hasta caer delante de él de rodillas. Se apresuró á levantarla diciéndola:

—Es imposible, es imposible.

Ella siguió rogando; él siguió más impaciente que inflexible, dando respuestas ambiguas, hasta que por fin la dijo:

—Nada más tengo que decir por hoy, señora: estoy ahora sufriendo . . . quizás mañana podré ver á V. M. en su propio alojamiento para darle mi última resolución.

Ella se enjugó los ojos porque había llorado, y salió sonrojada de la presencia de aquel hombre de hielo ó de piedra.

Hé aquí cómo se refiere la segunda entrevista verificada entre aquellos dos soberanos en el Gran Hotel.

Nerviosa y excitada, dicen los cronistas, brillando por momentos en sus ojos la luz de la esperanza, la princesa Carlota, con el temor y el deseo á la vez de saber su sen-

tencia de vida ó de muerte, contando las horas y los minutos, esperó la visita del Emperador.

—Ese hombre, se decía interiormente, que ha creado un trono para mi marido, no sufrirá que se estrelle en la nada tan grandiosa obra. ¿Qué me han dicho en realidad sus palabras evasivas en nuestra entrevista de Saint-Cloud? ¿Qué es lo que me ha resuelto con su frialdad y con su indiferencia? ¿Qué opinión se ha formado de mis razonamientos? ¿Qué me significó con su desvío, que estaba realmente enfermo ó que hacía esfuerzos inauditos para acallar los gritos de su conciencia? ¿Pero acaso tiene conciencia Napoleón III que no es más que un aventurero audaz, levantado en los brazos de la fortuna, un criminal cualquiera, ladrón de coronas?

Y como alucinada, como si se atropellaran en su imaginación mil sombras, mil imágenes, mil espectros, mil escenas de sangre y de incendios, sufría crisis terribles, se oprimía el pecho y el estómago, y exclamaba casi con toda convicción:

—¿Será cierto que me han envenenado en Saint-Cloud? ¿será verdad que me deslizaron un tósigo entre las golosinas con que fui obsequiada?

Cuando Luis Napoleón fué anunciado, ella salió á su encuentro temblorosa y jadeante.

Fué necesario que transcurrieran algunos segundos para que ella abordara sin rodeos la conversación que quería, diciéndole netamente después de sentarlo á su lado:

—¿Vuestra Majestad se conduce por fin de la suerte de mi marido, según puedo colegirlo de su semblante contristado. ? ¿puedo esperar por fin que será protegido?

Luis Napoleón permaneció callado por algunos mo-

mentos contemplando de hito en hito á aquella desgraciada.

Luego con voz apagada, como si fuera casi un murmullo, pero en el que se notaba inmensa pesadumbre, contestó:

—Mis compromisos con México, señora, han tocado á su fin y ya no puedo renovarlos. Mi voluntad misma, por grande que fuera, sería impotente para mantenerlos. Mis consejeros; las Cámaras; la Francia; todos se oponen á este deseo.

—Vos sois el jefe, vos sois el amo, señor.

—Yo soy el amo, señora, el jefe obedecido y respetado cuando mis disposiciones van conformes con los intereses y la gloria de la Nación. Pero yo ño soy el dueño que pueda precipitar á este país en un peligro inminente, en una guerra sin límites, sin resultados apreciables para la prosperidad común.

—Sire, vos no hablábais así antes.

—Era que antes tenía algunas esperanzas.

—¿Y ahora?

—Ahora ya no tengo ninguna.

—¿Por qué? ¿por qué, Dios mío?

—Hay que hablar con franqueza, señora. Antes creía, tenía confianza en que el Emperador Maximiliano sabría aprovechar la eficaz ayuda que yo le presté, para hacerse amar de un pueblo, para comprender sus necesidades, para penetrarse de su espíritu y para poder continuar solo la obra comenzada en común.

—¿Y ahora?

—Estoy viendo el fracaso.

Ella sintió un gran estremecimiento: se levantó, se pasó la mano por la frente, dió algunos pasos por el sa-

lón y luego tomó otra silla y se sentó frente al Emperador exclamando:

—¡Eso es terrible!

Después, al pasarse las manos otra vez por la frente, como para quitarse los malos pensamientos, dijo con tono humilde:

—Sire, se dicé que sois bueno, que vuestro corazón está siempre abierto para los que sufren. El infortunio ha caído sobre mí y sobre mi marido. Tened piedad de nosotros. Otra vez más venid en nuestro auxilio, Sire, y nosotros os amaremos y os bendiciremos.

Y cogiendo una mano de Napoleón, quiso llevarla á los labios haciendo ademán de arrodillarse.

Napoleón detuvo con rapidez áquel movimiento, é inclinándose delante de ella le contestó:

—Vos hablais, princesa, como si vuestro marido corriera algún peligro. Está en su mano evitarlo si existe. Que se retire de México juntamente con mis tropas; que abandone ese sueño de imperio, que no ha sido al fin y al cabo más que una mala pesadilla.

La joven princesa se irguió con orgullo y exclamó con penetrante acento:

—Y qué, Sire, ¿vos aconsejareis la huida á mi esposo, la huida, es decir, el deshonor y la cobardía?

—Un general, señora, no se deshonra ni comete un acto de cobardía cuando capitula después de haber perdido la batalla. El Emperador Maximiliano, ¿no está acaso en la situación de un general vencido? Que obre como tal. Es bueno dejar las grandes expresiones de efecto para mejor oportunidad.

Y como ella tuviera un sobresalto, él agregó:

—Estais sufriendo mucho, princesa, estais nerviosa. calmaos.

Pero ella, sin fijarse, prosiguió:

—Jamás un Maximiliano aceptará semejante consejo. él no saldrá fugitivo de México. nunca volverá la espalda á los rebeldes que quieren arrebatarle la corona. Si es necesario, morirá antes, moriremos juntos defendiendo nuestra causa, defendiendo nuestros derechos, defendiendo nuestra dignidad.

Napoleón hizo ademán con la mano á la princesa de que se detuviera en sus apasionadas demostraciones, y la dijo con voz reposada:

—Os suplico, señora, que examineis friamente las consideraciones que os someto, los buenos consejos que os doy. El porvenir de Maximiliano y el vuestro dependen de un hilo.

Pero ella estaba ya muy trastornada y siguió diciendo:

—El morirá y yo moriré á su lado: ambos ocuparemos una misma tumba y en ella seguiremos amándonos á pesar de la maldad de los hombres. Seremos ensalzados y se cantará nuestra gloria!

El hizo todo lo posible para tranquilizarla. Entonces ella, como volviendo de un sueño:

—¡Ah! sí, sois el Emperador Napoleón III, el poderoso Emperador que ha hecho un igual suyo á mi marido, y yo soy la pobre mujer que os implora gracia para que no condeneis á aquel desgraciado.

Después de un momento, con los ojos muy secos y dilatados:

—Así, Sire, ¿es cosa resuelta? ¿Nos abandonais de tal modo, que nada ya nos queda que esperar de vos?

—En efecto, contestó secamente, no está en mi poder ser ya útil al Emperador Maximiliano.

Ella se levantó furiosa, pero todavía tuvo fuerzas para dominarse, y volviendo á ocupar su sillón dijo con voz dulce como una caricia:

—Señor, el Emperador Maximiliano tiene enemigos que no le perdonarán: él solo contra ellos será débil y tendrá que sucumbir. Yo he venido aquí para salvarlo y él espera mi regreso con impaciencia, con la ansiedad de un condenado á muerte que cuenta las horas que le quedan de vida. Sire, vos habeis amado y es imposible que el recuerdo de vuestra felicidad os deje indiferente ante las afecciones de otros. Yo amo á mi marido y él me ama á mí: pido gracia para él y para mí. Impedid, Sire, que lo sacrifique el orgullo de un pueblo rebelde, y con esa mano que ya ha devuelto la vida á los criminales, firmad la salvación de un hombre honrado.

Ya no le fué posible contenerse por más tiempo á la desgraciada y estalló en sollozos.

Entonces el Emperador, queriendo poner fin á una escena que le fatigaba y de cuya inutilidad estaba persuadido, la dijo tomando una de sus manos entre las suyas:

—Yo haré todo lo que de mí dependa en favor del honor y la vida del Emperador Maximiliano y de su digna esposa, hasta llegar á las últimas exigencias de la razon de Estado.

—Es decir que las tropas francesas no se retirarán, interrumpió la princesa.

—Sí se retirarán y pronto. Es la resolución irrevocable de mi gobierno. La Francia no combatirá más por el sostenimiento de un trono en México; pero.

Carlota no dejó terminar al Emperador: se echó ha-

cia atrás como leona herida, se levantó erguida y fulgurante, y con la boca contraída, con los ojos chispeando, con la voz vibrante, exclamó:

—Señor: se ha dicho que sois bueno, ¡mentira! Sire: se ha dicho que sois un soberano magnánimo, ¡mentira! No sois mas que un malvado, mas que un rey de burlas, mas que un jefe de Estado sin autoridad. Vos sois la fatalidad y nosotros somos vuestras víctimas. Vos sois el mal y lo haceis; pero ya se volverá contra vos y también hará pedazos ese cetro que habeis usurpado por medio del perjurio y la infamia. Lo que ahora lamento es que una nieta de Carlos V haya venido á humillarse ante un cualquiera. ¡Fuera de aquí, canalla!

Y la princesa, siempre erguida y siempre fulgurante, le señaló la puerta con el dedo.

Napoleón III, muy hecho ya á las escenas dramáticas, se levantó sin parecer conmoverse, aunque bastante pálido, tomó su sombrero, saludó y se fué precipitadamente.

Carlota cayó desplomada.

Mientras se desarrollaba esta escena, á la vez cantante y dolorosa en el Gran Hotel, el ala del palacio de Saint-Cloud, en donde tenía sus habitaciones la Emperatriz Eugenia, se veía brillantemente iluminada como para una fiesta.

En efecto, se verificaba allí una fiesta, pero de un caracter particular, con que se daba un golpe de ridículo al imperio de Maximiliano, el golpe de gracia ante la corte napoleónica.

La pobre Pepa, que seguía de doncella de la Emperatriz Eugenia, aunque ya se había casado con un cadete que con sus influencias había hecho ascender rápidamente á Coronel, la pobre Pepa, decimos, que había inclinado el pla-

tillo de la balanza en favor de la intervención y el imperio, considerándolos como obra suya, había dicho á su ama:

—No debe V. M. permitir que se haga esa burla en la corte; puede llegar á saberse y.

—Quita de allí, Pepa, en algo hemos de divertirnos, en algo hemos de pasar el tiempo. Lo único que hacemos es variar los juegos, le contestó la Emperatriz, es una diversión como cualquiera otra. ¡Ya verás!

Y partió á ponerse el vestido que le correspondía.

Se estaba entonces ocupando en la representación de cuadros históricos la corte de la Emperatriz Eugenia. Se había puesto en una de las noches anteriores el rapto de las Sabinas, que había resultado brillante porque todas las damas habían tenido oportunidad de lucir sus desnudeces, y en esta vez iba á ponerse en escena el imperio de Maximiliano, idea que nació con motivo de la presencia en París de la princesa Carlota.

El director era Teodoro Bouville, autor del libreto en que desempeñaban papel más de cuarenta personajes.

Sonó un campanillazo, se abrió una puerta y aparecieron Maximiliano y Carlota con mantos reales y coronas de cartón. El duque de Morny con patillas postizas y Ana de Murat representaban á estos soberanos que iban seguidos de sus ministros, vestidos con plumas como en tiempo de Moctezuma; seguían las damas y chambelanes con trajes pintorescos y después una escolta de belgas.

Se suponía la celebración de una de tantas victorias obtenida contra los rebeldes mexicanos, y con ese motivo había procesión, música, Te Deum, recepción en Palacio, baile y otros festejos.

La última parte, que era el *clou d'or*, estaba reservada para cuando llegara Napoleón.

Como se usaba gran desenvoltura en la corte de Eugenia, la oportunidad que se presentó á sus damas para lucir las formas se aprovechó largamente, y así la princesa Clotilde, la condesa Poniatowska, la Tyobelzkoi, la Metternich, la Castiglione y la Pourtales no estaban cubiertas más que con mallas, con algunas plumas y con gran recargo de joyas en los brazos, en la cabeza y en el pecho.

Los ministros de Maximiliano vestían también con ligeras túnicas de plumas, según hemos dicho, y llevando gigantescas carteras debajo del brazo: estos eran representados por Fleury, Persigny, Gricout, Bourgoin, Galifat, Pierres y el marqués de las Marismas.

En medio de grandes risas, provocadas por la diversidad de trajes que cada cual había elegido á su fantasía bajo bases generales de uniformidad, estuvieron desfilando no solamente los cortesanos, sino los generales, los miembros del clero, etc., etc. Y así las ceremonias iban sucediéndose en medio de un estruendo infernal.

Cuando entró á los salones el Emperador Napoleón fué cuando comenzó el baile: entraron entonces las parejas de indios con indias, casi desnudas, y bailaron una danza macabra. El Emperador, que no había comprendido lo que había, se soltó riendo; pero luego que le explicaron que era una pantomima, una parodia del imperio mexicano, quedó sumergido en una gran melancolía.

La pantomima terminaba con una invasión de guerrilleros mexicanos que, vestidos con calzoneras, con sombreros galoneados y disparando revolvers, hacían huir á los bailadores, y á Maximiliano y á su corte los hicieron esconderse debajo de los muebles y detrás de las cortinas.

—¡Qué burla tan sangrienta! dijo Napoleón retirándose disgustado.

—Es una diversión inocente, Sire, le dijo Persigny. Carlota supo aquello y salió también huyendo de Paris.

Veinte días después se abrazaba á Pío IX, sin querer salir del Vaticano ni para dormir en su cama, porque gritaba que la habían envenenado en Saint-Cloud. Los locos y los muchados dicen las verdades algunas veces.

¡Había perdido el juicio la infeliz Carlota!





CAPITULO LXI.

Revancha.

MIENTRAS tanto don Benito Juárez seguía impertérrito empuñando la bandera de la legalidad.

Dos veces había sido empujado hasta el Paso del Norte por las columnas francesas, sin que nadie se hubiera atrevido á seguirlo á sus últimos atrincheramientos y sin haber dejado de pisar el suelo mexicano con su gobierno, que siempre permaneció firme, á pesar de las multiplicadas peripecias que lo asediaban.

Se le habían separado algunos de sus ministros como Ruiz y Prieto, que quizás eran de sus más íntimos, lo mismo que algunos otros partidarios de poca significación, con motivo del decreto en que se prorrogó la Presidencia, creyendo los descontentos que era un despojo que se hacía al general González Ortega que era el Presidente de la Corte de Justicia y por consiguiente el Vice-Presidente cons-

titucional de la República. Pero ya hemos dicho que González Ortega, desgraciadamente ó quizás por fortuna, había desertado de las filas de la defensa nacional y había emigrado al extranjero, perdiendo en consecuencia todos sus títulos á sentarse por aquel entonces en el desbarajustado sillón presidencial, que no era por cierto un lecho de rosas.

Fué uno de los momentos más terribles para don Benito Juárez, aquel en que espiró su período legal.

Los riesgos, la falta de recursos, los descalabros que sufrían diariamente las tropas republicanas, la pérdida de la vida en fin en cualquiera de las expediciones peligrosas que tenía que hacer el gobierno, ¿qué le importaba todo eso á don Benito Juárez, acostumbrado como estaba á sufrir toda clase de penalidades y á jugar su existencia en los acontecimientos?

Lo que sí le hacía mucha fuerza eran los resultados de aquella medida: ¿no vendría la escisión entre los jefes que tenían las armas en la mano? ¿No conseguiría González Ortega hacerse de partidarios é introducir el desorden entre los pocos defensores que en esos momentos tenía la patria? ¿No fracasaría en sus manos la defensa nacional? ¿No lo maldeciría después la posteridad por haber dado un paso impolítico en la hora suprema?

Felizmente estaba grabada en la conciencia pública esta convicción: el único que puede salvar la independencia de México por su tenacidad, por su firmeza, por su energía, por su dominio sobre sí mismo, por su prestigio, por su nombre, por todo, es don Benito Juárez; y así fué cómo los militares que sostenían la lucha, Escobedo, Corona, Porfirio Díaz, Riva Palacio, Régules, Alvarez, Terrazas y otras dos docenas de generales de menor signifi-



cación, aplaudieron por unanimidad la prórroga de la Presidencia, haciendo á un lado la gran figura de González Ortega, de aquel que con sus bríos y con su arrojo, más que con su táctica, había dado al traste con los Macabeos, haciendo triunfar la revolución de la Reforma.

Contra nuestros propósitos, y fuera de la índole de esta obra, nos hemos extendido en tales consideraciones, porque el asunto mismo nos ha llevado de la mano para hacerlas: ahora vamos á seguir nuestro relato bonacionamente como antes.

Parecía que los franceses habían abandonado definitivamente á Chihuahua, y allí sucedió como en las demás poblaciones que iban desocupando: que los imperialistas no podían sostenerse, y que, azorados, tenían que huir porque se consideraban ya solitos, una vez que les faltaba el ala protectora del invasor.

Entonces fué cuando por tercera y última vez se estableció el gobierno republicano en Chihuahua, y desde allí dió la dirección posible á la campaña, dirección que se reducía las más de las veces á autorizar á los jefes para que obraran discrecionalmente según las circunstancias, y á nombrar á los que debían reemplazar á los que morían ó se ausentaban de alguna región que tuviera importancia; pero nunca, ni aun estando Juárez en el Paso del Norte, dejó de estar en contacto con los militares y gobernadores que estaban en campaña, y todos los días por lo mismo se recibían correos y comisionados.

En esta vez, al llegar el gobierno á Chihuahua, el horizonte estaba completamente despejado; los Estados Unidos no reconocían otra autoridad legal que no fuera la de don Benito Juárez; la retirada del ejército francés estaba siendo un hecho, y de consiguiente el triunfo de las

armas republicanas era también un hecho seguro, por más que al lado de Maximiliano se quedaran aún algunos cuerpos extranjeros formados de franceses, austriacos y belgas en su mayor parte, los cuales no habían de pasar de cinco á seis mil hombres.

El despacho de los negocios que se hacía en Chihuahua era ya tranquilo y las únicas preocupaciones que tenían los miembros del gobierno, eran las que ellos mismos van á darnos á conocer en la siguiente conversación.

Don Sebastián Lerdo y don José María Iglesias estaban abriendo cartas y paquetes de periódicos llegados por el correo del interior que ya se había medianamente establecido, en tanto que don Benito Juárez, sentado en un sillón con los brazos cruzados oía con atención lo que los ministros le leían, porque encontrara que tuviera algún interés.

Los periódicos del imperio *El Pájaro Verde*, *el Diario de Avisos*, *La Sociedad* y otros, aparecían llenos con las derrotas que estaban sufriendo las guerrillas republicanas en todas partes donde se presentaban las armas imperialistas; en cambio, el periódico francés *L'Estaffette* se burlaba de los pelícanos y los cangrejos, como les llamaba á los clericales, y les aseguraba que no seguirían seis meses más sosteniendo la efímera administración de Maximiliano, que no contaba ni con dinero ni con soldados.

En medio de la hilaridad que produjeron las ocurrencias del periódico francés, que sin ser un periódico chistoso, tenía dichos y salidas rebosantes de ingenio, dijo don Benito:

—Es lo que á mí me aflige, nuestra falta de recursos.

—No hay abundancia, pero no hay excesiva necesidad, dijo el ministro encargado de la hacienda.

—Sí, ahora está extendida la gente por todo el país; pero cuando se reúnan, como tienen que reunirse las tropas en un punto céntrico formando un ejército de cincuenta ó sesenta mil hombres, ¿con qué los mantendremos estando tan menoscabadas las propiedades?

—Los franceses han destruido inmensas regiones, dijo Lerdo casi con melancolía; pero habrá que seguir haciendo los sacrificios que sean necesarios.

—También abrigo un temor, continuó manifestando don Benito.

—¿Cuál? preguntó Lerdo.

—Que una vez que se hayan unido Miramón, Márquez y Mejía para sostener á Maximiliano, estos generales, con su prestigio militar, hagan que se prolongue demasiado la lucha. Sobre todos ellos Miramón es tan audaz como afortunado, y si logra dar un golpe de los que él acostumbra.

—¡Bah! contestó Lerdo riéndose: no nos ha de faltar otro González Ortega que le dé el último aplastón.

Iglesias dijo por su parte:

—Ahora contamos más con la opinión pública que en tiempo de la lucha por la Reforma. Ahora se combate por la independencia y en contra de un príncipe extranjero. Como dice muy bien *L'Estafette*, al salir el último soldado francés, se derrumbará el castillo de naipes que le han hecho á Maximiliano.

—Todavía es mejor la expresión de Bazaine y más autorizada, dijo Lerdo.

—¿Cuál? preguntó Iglesias.

—La de que ahora ni con cien mil soldados podrá

sostenerse el imperio contra la actitud asumida por los dos pueblos de México y los Estados Unidos.

Los temores de don Benito no eran infundados.

Un mes más tarde, cuando apenas habían tenido tiempo de establecerse los Supremos Poderes en Zacatecas, á donde acababan de llegar de Chihuahua, esto es, el 27 de Enero de 1867, á eso de las seis de la mañana, oyeron voces y tropel de caballos en el alojamiento que ocupaban todos reunidos.

—¿Qué hay? preguntó don Benito.

Un ayudante que entró despavorido á la sala, gritó:

—Señores, el enemigo, pronto, el enemigo, ya están listos los caballos.

Apenas medio acertaron á vestirse el Príncipe y sus ministros. Al de la guerra, que fué á quien le tocó naturalmente salir á informarse, que lo era el general don Ignacio Mejía, fué á quien le tocó también volver muy descolorido y exclamar:

—El enemigo está entrando ya á la ciudad; si dilátamos cinco minutos más aquí, somos cogidos.

—¿Qué enemigo es? preguntó don Benito.

—Es Miramón, es Miramón en persona, le contestaron varios de los empleados que ya venían sonando las espuelas.

Como don Benito no estaba seguro de poderse sostener en el caballo si salía corriendo, tuvo más fé á su coche de camino, y en él fué como salió á escape de Zacatecas, seguido de sus cuatro ministros, de sus veinte inmaculados y de una escolta de cincuenta hombres, que era en los buenos tiempos la escolta presidencial.

Tenia Miramón dos horas de encontrarse en Zacatecas, habiéndose ocupado principalmente en buscar los

fondos y las armas del enemigo, que era lo que más le interesaba, cuando supo que allí se encontraba momentos antes del ataque el Presidente con sus ministros

—¡Canastos! exclamó lleno de rabia, y lo peor es que yo ví el grupo que iban formando los fugitivos, y yo mismo impedí que se les persiguiera para no fatigar mis tropas, creyendo que era sólo una guerrilla que se nos escapaba.

Entonces mandó cien hombres de caballería á las órdenes de su hermano don Joaquín, para que diera alcance al Presidente. Aquel volvió al día siguiente con su caballería destroncada.

El Presidente estaba ya en Villanueva defendido por una fuerza de quinientos hombres.

Miramón se conformó con darse otro tirón de cabellos, con más otro de la piocha.

Entonces fué cuando Maximiliano, á quien llegó un poco fantásticamente referida aquella historia, y en que se le agregaba que si Juárez no había caído aún en poder de Miramón, era infalible que caería un poco después, porque ya lo tenía como dentro de una ratonera, escribió la siguiente carta que, en vez de dar en las manos de Miramón, dió en las de Juárez:

«Palacio de México, Febrero 6 de 1867.—Mí querido general Miramón:

Os encargo de una manera muy especial, en el caso de que logreis apoderaros de don Benito Juárez, de don Sebastián Lerdo de Tejada, de don José María Iglesias, de don Luis García y del general don Miguel Negrete, de hacerlos *juagar* y *condenar* en consejo de guerra, conforme á la ley de 4 de Noviembre último que está en vigor, pero

la sentencia de muerte no será ejecutada sino después de recibir nuestra aprobación. (siguen varias instrucciones sobre esos y los demás prisioneros que se vayan haciendo y firma.)

Todo vuestro

Maximiliano. *

Por de pronto no se preocupó mucho el archiduque de que aquella carta hubiera caído en poder de Juárez. ¡já fé que después!

El gobierno fugitivo de Zacatecas, no sólo pudo volver pronto á esa ciudad, sino seguir ya para la plaza de San Luis, encontrando el camino despejado; porque ya las huestes triunfadoras de Miramón habían sido destruidas por las de Escobedo en San Jacinto, á consecuencia de cuya derrota el jefe imperialista perdió todo el material de guerra y más de ochocientos prisioneros, de los cuales fueron fusilados ciento tres franceses en su nueva calidad de filibusteros, y el hermano de aquél, don Joaquín Miramón.

¡Y esto pasaba cuando todavía Bazaine no abandonaba la Capital de la República!

La batalla había sido el 1° de Febrero, y Bazaine salió de México el 5 del mismo mes para embarcarse el 14 de Marzo, con el fin de dar tiempo á Maximiliano de que se le incorporara, una vez que debía estar viendo ya muy claro que el soñado imperio se estaba desvaneciendo como el humo.

Pero Maximiliano no veía nada ni nada escuchaba. Estaba sordo y ciego, estaba repleto de orgullo, estaba casi tan loco como su mujer!

En vez de abdicar, en vez de huir, en vez de bus-

car la solución en la huida cuando todavía era tiempo, corrió á encerrarse bajo los muros de Querétaro con sus tropas desmoralizadas, como si ya sólo la fatalidad fuera empujándolo á su perdición.

Los Supremos Poderes de la República se habían establecido tranquilamente en San Luis Potosí.

—De aquí ya sólo iremos para adelante, había dicho Juárez.

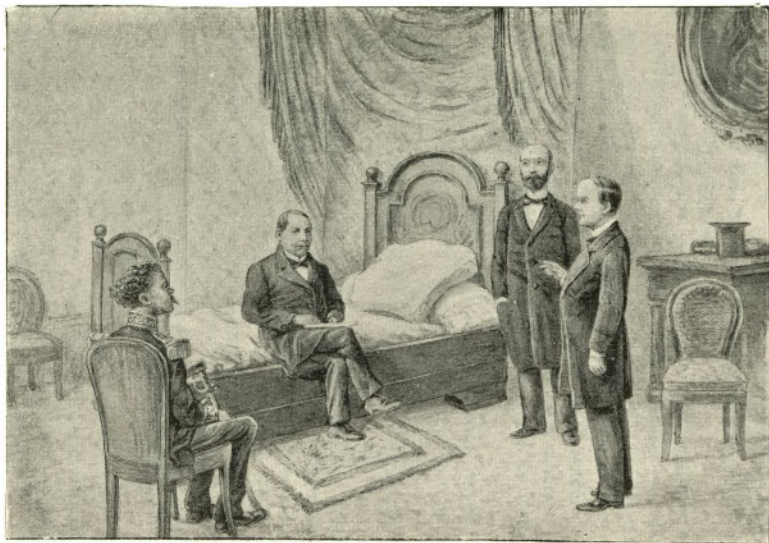
En esos momentos, cuando el ejército francés no acababa aún de abandonar el suelo mexicano, el imperio no dominaba más que en cuatro plazas fuertes que eran Querétaro, México, Puebla y Veracruz: todo lo demás se encontraba ya en poder de los republicanos.

Sin embargo, todavía no se podía cantar victoria: todavía había más de veinte mil hombres armados con doscientas piezas de artillería y mandado todo ese ejército por generales de primer orden tales como Miramón, Márquez, Mejía, Méndez, Castillo, Ramírez Arellano, Vidaurri, O'Horán y otros treinta ó cuarenta más de notable instrucción militar.

Sólo tenían en su contra una cosa y era ésta: la causa que defendían, que era una causa de traición y de infamia.

Así, se observaba que entre los hombres que componían el gobierno en San Luis Potosí, reinaba algún desasosiego: sólo don Benito Juárez permanecía tranquilo. En su presencia nadie se atrevía á cuchichear ni menos á expresar dudas ó recelos respecto del desenlace de aquella situación.

Lo que hacían era trabajar todos con el mayor tesón, del día á la noche, mandando correos y comisiona-



—*Es nuestra revancha, contestó don Benito siempre sin inmutarse.*

dos, dictando órdenes, firmando autorizaciones y comunicando acuerdos para toda la República, encaminado todo aquel cúmulo de actividad á reunir tropas, municiones y dinero en el Bajío para dar los últimos golpes á la exótica institución imperial.

La mejor noticia que tuvieron en aquellos días, y que naturalmente los llenó de júbilo, fué la de que los audaces generales que mandaban el ejército de Maximiliano, no se habían movido de Querétaro ni para atacar á Corona ni para atacar á Escobedo que desde muy grandes distancias habían ido avanzando por distintos caminos, y que antes bien, ya habían llegado hasta darse las manos en las inmediaciones de Querétaro.

Entonces fué cuando don Sebastián Lerdo, respirando á plenos pulmones, dijo al Presidente y á los miembros del gabinete:

—Ahora sí, el triunfo es nuestro: plaza sitiada, plaza tomada.

Y sucedió lo que Prim había pronosticado cinco años antes, y lo que Bazaine y todos sus generales afirmaron cuando vieron de bulto las dificultades que había que vencer: que cualquier trono que se quisiera levantar en México, tenía que estrellarse ante el sentimiento general del país, que mejor quiere Presidentes déspotas con el nombre de República, que emperadores insignes con el nombre de monarquía, suponiendo que Maximiliano hubiera sido un emperador insigne.

Después de los varios incidentes á que dió lugar un asedio que duró algo más de dos meses, incidentes que están ampliamente detallados en la leyenda histórica que lleva por título «Maximiliano» y que son conocidos de todos los mexicanos que han leído los anales de esa épo-

ca; por una ó por otra causa, pues es punto que no está bien definido todavía, la plaza sitiada cayó en poder del ejército republicano, quedando prisionera de guerra toda la guarnición que la defendía.

El día 15 de Mayo, por la madrugada, se presentó Mejía en la habitación de Juárez:

—Señor Presidente, señor Presidente, le dijo con cierta alteración en la voz.

Don Benito Juárez, que estaba más acostumbrado á recibir noticias funestas que consoladoras, creyó de pronto que se trataba aún de coger la maleta, que tenía siempre lista, para emprender la retirada; pero tío Nacho, así se le llamaba cariñosamente al ministro de la Guerra, se apresuró á tranquilizarlo diciéndole:

—Ya cayó Querétaro.

—¿Y Maximiliano? preguntó el Presidente.

—También cayó, lo mismo que todos los generales.

No se alteró sin embargo ningún músculo de la cara del supremo magistrado, y sólo en su interior se dijo:

—Es sensible que no hayan muerto ni hayan huido, porque la ley tiene que ser con ellos inexorable!

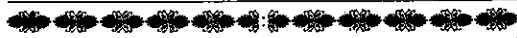
Mientras se estaba vistiendo para levantarse, oyó que se echaban á vuelo las campanas.

Entraron luego Lerdo de Tejada y los demás ministros.

El primero dijo muy festejoso:

—Ahora sí, señor Presidente, se acabaron las correrías. De aquí nos iremos á México, en donde el valiente Porfirio Díaz nos está poniendo ya la mesa.

—Es nuestra revancha, contestó don Benito, siempre sin inmutarse.



CAPITULO LXII.

¡Viva la República!

El pueblo de Santa Ana Acatlán, después de haber sido el yunque en donde se habían recibido los principales martillazos de la revolución, disfrutaba ya de la mayor tranquilidad, gobernado por sus autoridades de costumbre. Solamente en el patio de la casa de Adrián se notaba algún movimiento de caballos que se ensillaban, de mozos que iban y venían y de hombres armados que tenían toda la traza de guerrilleros.

En la sala estaba Refugio con un retoño en los brazos, y la rodeaban su marido, los suegros de éste, el licenciado Quiñones, el señor cura y el boticario.

—Adrián se nos va otra vez, dijo Refugio al último de los mencionados que acababa de llegar.

Entonces Adrián tuvo que mostrar por la quinta vez una carta de don Benito Juárez, en la que le decía que

deseaba darle verbalmente las gracias por los importantes servicios que había prestado así en la guerra de Reforma, como en la de la defensa de la honra nacional.

—Yo, como ustedes saben, continuó diciendo Adrián, regresé de Guadalajara, disolví mi fuerza luego que me lo ordenó el gobierno, y di cuenta de mis operaciones á aquel que se sirvió honrarme con su confianza; y como el deseo que expresa esta carta lo considero yo como un mandato, tengo el deber de irme á presentar al Presidente á San Luis Potosí ó donde lo encuentre.

—¿Pero te ha dado fondos para el viaje? le preguntó el licenciado Quiñones.

—Sí: juntamente con la carta particular del señor Presidente vino la orden del ministro de la Guerra para que se me ministren dos pagas de comandante en Guadalajara; pero yo no haré uso de ella una vez que no me arruinará el gasto de tres á cuatro cientos pesos.

—Tal vez con menos harás el viaje, dijo don Simón.

—Como llevo á Tomás, y hay además otros tres de mis hombres que quieren acompañarme.

—Pero ellos dicen que tienen dinero para hacer sus gastos, dijo Refugio.

—Sí, lo tendrían si nos fuéramos á caballo hasta donde se encuentre el gobierno; pero yo quiero tomar la diligencia en Guadalajara para que regresemos más pronto.

Y como avisara Tomás que los caballos estaban listos, Adrián llenó de besos á su mujer y á su hija, abrazó á los demás, salió al patio y montó en su alazán con su ligereza acostumbrada.

—¡Adios! ¡adios!

—Buen viaje!

Y en seguida se oyó el tropel que formaron los cinco hombres de armas, más tres mozos montados que se habían de volver de Guadalajara con los caballos.

La ciudad de San Luis Potosí había adquirido una importancia extraordinaria, no sólo porque residían allí los Supremos Poderes, sino porque eran los momentos en que se desbordaban sobre aquella ciudad los interesados de todas categorías en la suerte de los prisioneros de guerra que habían caído en Querétaro en poder del ejército republicano.

El Presidente acababa de llegar á su despacho una mañana, cuando le anunciaron que un joven militar, procedente de Jalisco, deseaba hablarle con empeño.

A la circunstancia casual de que aun no llegaran los ministros todavía, se debió que Adrián, pues era él, fuera recibido inmediatamente.

Don Benito Juárez, luego que lo vió, encontró en él una cara conocida; pero como había visto tantas, no era posible que de pronto recordara las circunstancias terribles en que había conocido á aquella persona.

—Me llamo Adrián Canales, dijo el joven, soy el guerrillero de Santa Ana Acatlán, á quien el señor Presidente se dignó expresarle un deseo en esta carta, deseo que vengo á cumplir con todo gusto.

El Presidente, luego que dió una ojeada á la carta, se levantó, abrazó afectuosamente al joven guerrillero y le dijo:

—Ha cambiado usted mucho en ocho años, amigo mío; cuando yo lo conocí apenas le apuntaba el bozo.

—Sí, señor Presidente, he cambiado, contestó el joven respetuosamente.

En seguida hizo que le refiriera punto por punto los

incidentes de la última campaña, y como al concluir su relato Adrián oyera las voces de varias personas, lo cual le indicó que estaba quitando un tiempo precioso al señor Presidente, se levantó para marcharse.

—Y ahora, ¿qué va usted á hacer? le preguntó éste.

—Ahora regreso á mi hogar, y allí estaré mientras la Nación, y en particular el señor Presidente, no vuelvan á necesitar mis humildes servicios.

—Nosotros estamos bien pobres, comenzó á decir el Presidente.

—Ya lo sé, se apresuró á interrumpir Adrián, y siento no ser demasiado rico para poder ofrecer abundantes recursos al gobierno; pero al menos no le seré gravoso.

—¿Recogió usted dos pagas de su empleo en Guadalupe?

—No, señor, y perdonemelo usted, que no fué por orgullo, sino porque no me hicieron falta.

El Presidente volvió á abrazarlo conmovido, agregándole que no sólo tendría el mayor gusto en volverlo á ver en la Capital, sino en serle útil en lo que se le ofreciera.

Adrián, por su parte, le dijo que estaba suficientemente pagado con su amistad, y que siempre que necesitara de un amigo leal, se acordara de uno que tenía en Santa Ana Acatlán dispuesto á sacrificarle cuanto era y cuanto valía.

—Un último favor, dijo Adrián deteniéndose. Afuera están el teniente Tomás Ramírez que me sirvió de segundo, y tres hombres, los más valientes de mi guerrilla, que sólo desean ofrecer sus respetos al señor Presidente.

—Que pasen, dijo éste.

Y los cuatro compañeros de Adrián estrecharon la

mano del señor Juárez, y se salieron sumamente satisfechos.

—Y ahora, ¿no sabes? dijo Tomás á su jefe cuando iban bajando las escaleras, oí decir á los políticos que van á ser fusilados Maximiliano, Miramón y Mejía en Querétaro. ¿Vamos á verlos?

—Vamos, contestó Adrián.

Y los cinco se pusieron en camino para Querétaro en una diligencia.

En el convento de la Cruz se encontraba el Batallón de que era comandante Julio Robles, y se hallaba éste en la puerta del cuartel, cuando llegó Luis Velázquez y le dijo:

—¿Sabes á quién me encontré en la calle?

—¿A quién?

—A Tomás Ramírez.

—¿Quien es Tomás Ramírez?

—¿No lo recuerdas? El segundo de Adrián Canales, nuestro querido guerrillero jalisciense.

—¡Ah! sí; ¿y Adrián?

—Está también aquí: fué Ramírez á buscarlo á su posada y van á llegar los dos de un momento á otro.

—¡Cuánto me alegro!

Apenas habían cruzado estas pocas palabras, cuando se dejaron ver los dos guerrilleros.

—¡Adrián!

—¡Mi querido Julio!

Se abrazaron y se contaron sus percances. Adrián tenía pocos. Había acompañado á Corona á la ocupación de Colima. Se le había encomendado después la vigilancia de ciertos caminos, y por fin, el gobernador Cuervo le había mandado dar las gracias, yéndose con el mayor

gusto á descansar en su querido pueblo al lado de su idolatrada familia.

Pero en cambio, Robles, ¡con qué brío pintó sus aventuras! como habían muerto los jefes que más lo conocían y que le hubieran dispensado una generosa protección, tales como Zaragoza, Arteaga y Salazar, y como sus otros jefes, González Ortega y Patoni, habían caído en desgracia, trabajo le había costado abrirse paso en el ejército, plegándose á las tropas de Jalisco, por más que no era jalisciense. Corona lo conocía muy apenas; pero en cambio Márquez, Dávalos, Vega y demás generales, habían visto su comportamiento en los combates, y muy recientemente cuando él solo con una pieza de artillería se había quedado sosteniendo el cerro del Cimatarío cuando fué atacado por Miramón, evitando así que la derrota de su Brigada hubiera sido más completa.

Montero, que acababa de ser nombrado capitán, había muerto á su lado en el reñido combate que les libró en el puente el príncipe de Salm Salm ¡pobrecito Montero, tan buen amigo y tan campechano siempre! Era el único de los antiguos compañeros á quien había tocado la de malas. Ahora, era comandante Robles y mandaba el cuerpo accidentalmente, porque el coronel había muerto y el teniente coronel estaba herido. Se decía que éste ascendería á coronel y él á segundo jefe, lo cual agradaría mucho á la bella Elvira, á la cual había ofrecido que sólo que muriera no volvería con algunos galones ganados en la campaña.

La relación fué larga y estuvo salpicada de chistes que mucho agradaron á los oyentes, y terminó Julio diciendo:

—Ahora los invito á almorzar conmigo, sintiendo

que no nos acompañe el capitán Tapia, (siempre el pobre se quedó de capitán) porque marchó con las fuerzas que salieron para la Capital.

—Con mucho gusto, contestó Adrián.

—Y ahora á otra cosa, siguió diciendo Robles que estaba verboso. Mañana serán fusilados Maximiliano y sus dos generales Miramón y Mejía, según dicen, en el Cerro de las Campanas, para que todos puedan presenciar el espectáculo, ¿qué van á hacer ustedes después?

—Como sólo á eso hemos venido, contestó Canales, regresaremos mis cuatro compañeros y yo á nuestro pueblo, en donde siempre estaremos á las órdenes de ustedes.

—Eso sí que no lo permitirá Velázquez, ni yo tampoco. Como ya nada tenemos que hacer aquí, es seguro que marchará todo el ejército para la Capital, y ustedes se vendrán con nosotros ¡qué diablos! no todos los días se puede ver allí el completo triunfo de la República.

—La idea es tentadora; pero reflexiona, querido Julio, que somos cinco y que no tenemos caballos.

—Todo puede allanarse. O se adelantan ustedes en la diligencia y nos esperan en el punto que designemos. O les proporcionamos caballos á tí y á Tomás, y se van con nosotros haciendo las jornadas de tropa, despachando á tus tres guerrilleros en la diligencia. O finalmente, despides á éstos para que se vuelvan á Santa Ana Acatlán á llevar noticias á tu mujer para que no extrañe tu tardanza, y ya quedándose los dos solos de cualquiera manera hacen el camino.

—¿Qué dices de eso, Tomás?

—Lo que tú dispongas, Adrián. ¿Eres mi jefe. . . .

—¡Qué jefe ni qué! ahora no somos más que amigos.

—Pues la verdad, me gustaría más que tuviéramos caballos.

—Bien, bien, concluyó diciendo Robles. Lo principal es que ustedes consientan en ir á México: lo demás se arreglará.

Y como los guerrilleros hicieron ademán de marcharse, agregó:

—No los detengo, porque voy á prepararles el banquete. banquete de campaña, se entiende. A la una en punto los aguardo.

En efecto, si no tuvieron ricas viandas en la comí-da, sí hubo regulares caldos, y sobre todo, mucha expansión, mucha alegría, mucha verba.

Cada uno vació de su pecho lo que sabía. Que los defensores de los procesados habían hecho lo imposible para salvarlos; pero que el consejo de guerra, el general Escobedo, Juárez y sus ministros se habían mostrado inflexibles. Que sólo una vez en que Lerdo de Tejada había creído observar una sombra de vacilación en el semblante de don Benito Juárez, agobiado por tantos empeños, le había dicho con entereza:

—Ahora ó nunca, señor Presidente. Si llegamos á flaquear, no se consolidarán entre nosotros las instituciones republicanas. Tenemos de nuestra parte la ley y la justicia.

Que Juárez había recordado la carta de Maximiliano á Miramón, en que dictaba con la mayor tranquilidad una sentencia de muerte para un buen número de personas, estando á la cabeza él mismo, y que entonces éste había dicho:

—Que la ley se cumpla.

Se refirió cómo se habían empleado las amenazas, la seducción, el cohecho, las tentativas de fuga y mil arbitrios más ó menos legales, los más ilegales, sin que dieran resultado, hasta aquel momento en que no había medida de vigilancia que no se hubiera adoptado, pareciendo ya que la ejecución de los tres sentenciados se verificaría el día siguiente 19 de Junio, á las siete de la mañana, mandando el cuadro formado de cuatro mil hombres el general Jesús Díaz de León.

Al día siguiente, en efecto, á las seis de la mañana marchó la División nombrada á ocupar el Cerro de las Campanas, y Adrián, con sus cuatro compañeros, eligió un buen punto de observación.

—Allá vienen, dijo á poco uno de los guerrilleros.

—Los traen en tres carruajes, agregó otro.

—¡Y qué buena escolta! exclamó Tomás.

En seguida Adrián, que había permanecido absorto, dijo:

—El de las patillas rubias que ha bajado primero es Maximiliano. El que le sigue es Miramón, á ese lo conocimos en Jalisco. El otro trigueño es Mejía. Esos hombres fueron la causa de los inmensos sacrificios que hemos hecho los mexicanos para defender la patria que ellos querían perder, y del número inmenso de víctimas que ha perecido. Si alguna vez se ha hecho justicia en el mundo, ésta es una de ellas, porque la culpa que tienen esos hombres ante la Nación, es inmensa. Maximiliano parece el más sereno, aunque pálido: se conoce que hace esfuerzos sobrehumanos para sobreponerse al terror de la muerte. Miramón ha estado enfermo, por lo mismo no es extraño que también esté descolorido, pero es el más intrépido. El que me llama la atención es Mejía, que demostró en

los combates un valor á toda prueba y que ahora aparece amilanado.

—Trae cada uno su clérigo al lado.

—Sí, los mismos que los sostuvieron en la contienda, los ayudan ahora á bien morir. Toda la sangre que se derramó, puede decirse que fué obra de los sacerdotes para defender las fincas.

—¿Qué hace ahora don Maximiliano? preguntó un guerrillero.

—Reparte dinero á los soldados que van á hacer fuego, contestó Tomás.

—Ahora habla.

—También Miramón está diciendo algo.

—Ya están los tres en línea. . . Miramón quedó en medio.

Se oyó la descarga, el humo cubrió el cuadro por un momento, y en seguida, nuestros cinco guerrilleros hechos ya á escenas de sangre, pudieron ver sin inmutarse que los tres cuerpos estaban en tierra.

—Concluyó el Imperio y todo, murmuró Adrián, vámonos.

En la noche de ese día cenaron juntos los cuatro amigos y se comunicaron sus impresiones.

Julio Robles les dijo después:

—Como ustedes saben, mañana nos ponemos en marcha para la Capital. ¿Qué dices, Adrián, se vienen ustedes con nosotros?

—Ya tenemos pasajes en la diligencia que sale mañana á las tres de la madrugada. Queremos Tomás y yo ver algo por nuestra cuenta antes que ustedes lleguen.

—Los buscaremos Velázquez y yo en la Bella Unión y los presentaremos con nuestras novias: ya verán qué guapas.

—Pero tal vez alcanzaremos algo del sitio, dijo Canales.

—No, ya no, contestó Robles: se me había pasado contarles que hoy se tuvo noticia de que al fin se sumió Márquez y está trantándose de la rendición con el general Tabera. Los austriacos se rindieron hace pocos días y los demás cuerpos se rendirán hoy, de modo que ustedes van á encontrar la Capital en poder del general Díaz.

Así sucedió en efecto.

El día 21 todavía la diligencia no pudo entrar al interior de la ciudad no sólo por las fortificaciones y los escombros, sino porque no se establecía aún el libre tráfico por las medidas de seguridad que se dictaban, así como se estaban recogiendo los elementos de guerra que había dispersos por todos lados.

Adrián y Tomás tomaron un coche y se dirigieron al hotel de la Bella Unión, sin ser molestados.

Notaron que el aspecto de la ciudad era desgarrador.

Todo estaba sucio, y se veían miles de gentes hambrientas que pedían limosna.

Más tarde, la obscuridad se hizo profunda, y entonces acabaron de apoderarse de la población el frío de la muerte y de la tristeza.

A los siete días, cuando ya las oportunas disposiciones del general Díaz habían hecho volver á la metrópoli no sólo la tranquilidad, sino la alegría, llegaron las fuerzas de Querétaro que deberían servir de escolta para la entrada triunfal del gobierno.

Velázquez y Robles cumplieron su palabra: llevaron á sus nuevos amigos á presentar con sus novias Elvira y Eva. ¡Cómo habían tenido que sufrir durante el sitio las

pobrecitas! A no ser por el hermanito que pudo sostener un pequeño comercio de comestibles ordinarios con los soldados de los retenes, se hubieran muerto de hambre. Solamente en los últimos días ya no tenían nada que vender, y estuvo toda la familia al borde del sepulcro.

Pero ahora qué gusto tenían ellas viendo á sus queridos oficiales.

Llegó por fin la hora que tanto anhelaban Adrián y sus compañeros. Se supo que el Presidente y sus ministros habían llegado á Chapultepec el 12 y que entrarían á la Capital el día 15.

Temprano tomaron lugar Adrián y los suyos en la glorieta donde está el *Caballito*, que fué donde se elevó el altar de la patria. Al llegar á ese sitio el Presidente, seguido de sus ministros y de su numeroso acompañamiento, Adrián, con voz de trueno, gritó:

—¡Viva el Presidente Juárez!

La multitud contestó:

—¡Viva!

—¡Viva la República Mexicana! volvió á gritar Adrián.

Los suyos y todos los que estaban allí contestaron:

—¡Viva!

Juárez le dirigió un saludo afectuoso con la mano, reconociéndolo, y Julio Robles, que estaba al frente con su batallón, también saludó con la espada.



CAPITULO LXIII.

Judrez en el poder.

ERA el día del cumpleaños de Refugio, la esposa del comerciante don Alejo Rincón, la que no obstante haber llegado á los cuarenta y un años se conservaba fresca y hermosa, debido á su caracter tranquilo y resignado, pues poco la alteraban los reveses así como no se entregaba á los grandes entusiasmos en las prosperidades, viendo alternarse con mucha calma los días buenos y los días malos en el curso de su poco accidentada existencia.

En esta vez, sin embargo, se había prendido sus bonitos alfileres desde temprano, con el fin de que al entrar á saludarla su marido antes de irse al almacén, la encontrara *comme il faut*.

En efecto, don Alejo se presentó á eso de las ocho de la mañana á las puertas de la recámara de la señora, llevando un estuche en las manos.

—¿Se puede entrar? la preguntó.

—Ya lo creo que sí puedes entrar. Tú no necesitas preguntarlo.

—Ya lo sé, querida mía, gracias. Primeramente dame un abrazo y luego recibirás este pequeño obsequio de tu maridito que te quiere mucho.

—¡Tómalo! exclamó ella, y no uno sino tres abrazos seguidos. dió á don Alejo manifestándose muy enternecida.

La *cuelga* consistía en un bonito aderezo de brillantes de un valor como de mil quinientos pesos.

Ella lo alabó mucho, puso la cajita en el tocador, dió otro abrazo á su marido y le dijo:

—¿Quieres sentarte un momento?

—Apenas tengo tiempo, porque deseo volverme del almacén antes de las doce para atender debidamente á tus visitas.

—No tendremos, repuso ella, más que á las personas de la familia.

—¿Y entre ellas el padrecito Ojeda?

—Sí, ya sabes que ha resultado también mi pariente.

—Lo siento por Domingo, á quien no le gustan mucho los padres.

—Domingo ha venido transformado. Si antes era circunspecto, ahora después de sus aventuras parece que está decepcionado.

—En fin, vuelvo pronto, querida.

Alejo dió un beso á su mujer y se fué, mientras ella se quedó contemplando sus joyas y en seguida ocupándose en las cosas de la casa.

A la hora reglamentaria llegaron todos nuestros vie-

jos conocidos, con más el padrecito Ojeda, hombre de unos cuarenta años, con buen traje todo negro, pero de paisano, en acatamiento de las leyes de Reforma, pareciendo á primera vista más bien un lechuguino que un sacerdote, como muchos otros padres que aceptaron con inmenso placer el cambio de vestimenta y hasta de costumbres, haciéndose muchos de ellos personajes á la moda.

Alejo llegó un poco después, disculpándose con sus ocupaciones en el almacén: dió á todos la mano con la mayor franqueza; hizo que su mujer le enseñara las *cuelgas* que había recibido; vino el mozo con la licorera, tomaron los que quisieron su copa con toda libertad y en seguida se corrió la palabra para pasar al comedor, que estaba vestido de gala con muchas flores.

Los que habían sido imperialistas se manifestaron un poco *descolados* todavía; así es que Néstor y Amparo no alzaban mucho la *gola* como antes, ni menos habiendo recibido picones de los parientes que estaban en buena posición; pero se conocía bien que hacían esfuerzos para aparentar no resignación, sino tranquilidad, confiando siempre en que vendrían tiempos mejores.

El que parecía algo taciturno era Benavides, y como aquella era la primera vez que volvían á verse todos reunidos desde hacía tres ó cuatro años, Alejo se esforzaba en que todos estuvieran contentos, y desaparecieran, si acaso los había, los males de tristeza, una vez que él también hacía lo posible por estar alegre, aunque más lo hubiera estado si Dios le hubiera mandado un hijo, un hijo varón, que había sido durante veinte años su sueño de todas las noches.

Después de las conversaciones fútiles que ocuparon la primera parte de la comida, cuando ya se habían apurado

buenos vasos de Chateau Laffitte, el padre Ojeda fué el primero que quiso animar la conversación dirigiéndose á Domingo:

—Y usted, licenciado, ¿hizo una buena campaña?

—Sí, salí de México con el ánimo de refugiarme en cualquiera parte, tal vez en el extranjero, contestó Benavides con desganó; pero en el camino cambié de parecer y me uní á unas fuerzas republicanas, en las que tuve á veces carácter militar y otras fui secretario de los jefes. Yo nunca he sido político ni militar; pero las persecuciones me obligaron á huir, y con dolor de mi corazón y contra el parecer de mi familia abandoné á Refugio, que no tuvo más consuelo en todo el tiempo de mi ausencia que el muy grande de su hijo y de sus padres que le endulzaron las horas de angustia cuando le contaban las gentes ó creía ella que estaba yo corriendo grandes peligros.

—¿De modo que sufrió usted persecuciones durante el imperio?

—Sí, señor: fué mi nombre puesto en la lista de sospechosos de rebeldía, hasta llegó á suponerse que era yo autor de artículos contra el gobierno que aparecieron en la *Sombra*, supe á tiempo que iba á ser encarcelado y todos los de la familia convenimos en que lo más acertado era escapar el bulto. Me uní, como dije, á los liberales, me tocó hacer una buena parte de la campaña en Michoacán y me encontré á las órdenes del general Régules en el sitio de Querétaro.

—¡Ah! muy bien, muy bien. ¿De suerte que usted presencié la caída de Maximiliano?

—Fui testigo ocular, como quien dice, de las agonías y muerte de aquel sueño de imperio.

—¿De manera que ahora ya estará usted muy contento?

—Estoy tranquilo, pero no contento, porque no veo que la paz esté consolidada.

—¡Ave María Purísima! Pues no se puede pedir más para un partido militante, que su triunfo completo por medio de las armas.

—Voy á decir á ustedes con entera franqueza cuál es mi pensamiento. Yo creo que este es el momento oportuno en que el señor don Benito Juárez debiera desaparecer de la escena política, dejando la dirección á otros hombres de mayor tino administrativo. Juárez ha sido el denodado campeón de la Reforma y la Independencia, mejor dicho, el baluarte de granito en que no pudieron ménos de estrellarse los ejércitos y las energías de los enemigos de la patria; Juárez ha representado el valor heroico, la resistencia indomable, la tenacidad ciega, cualidades que en la lucha cuando se cuenta con la opinión pública, siempre acaban por conquistar el triunfo más tarde ó más temprano; pero el hombre que sirvió tanto para llevar empuñada la bandera de la defensa nacional, no puede ser ya á propósito para entrar en lucha con sus mismos amigos, y volverá, como en su primer gobierno, á ser la víctima de las intrigas de gabinete y á dar uno tras otro pasos desacertados, ó porque no tiene habilidad para conservar el equilibrio, ó porque fia demasiado en sus fuerzas y en el prestigio de los que lo rodean, el caso es que está haciendo á millares los descontentos y sembrando él mismo, sin quererlo, la semilla de la discordia.

Como todos guardaran silencio, Alejo se apresuró á decirle:

—Bueno, pero explícate con más claridad

—Vamos á los hechos. Después de los triunfos alcanzados en Querétaro y en esta Capital, quedó en pié un ejército de unos sesenta mil hombres que el gobierno no podía mantener, ni menos estando, como lo están, agotadas todas las fuentes de la riqueza pública. No pudiéndose seguir sosteniendo un ejército tan numeroso que apenas había podido vivir en tiempo de guerra sobre el país, por fuerza tenía que disolverse ó reducirse, y así se hizo, por bandadas se mandó volver á miles de hombres, con todo y sus jefes, á sus hogares, sin siquiera pagarles una parte mezquina de los sueldos que se les quedaron adeudando: ¿creen ustedes que todos esos hombres, muchos de los que son militares de profesión, sólo expusieran su vida en todos los momentos de la campaña para que á la postre no se les dieran ni siquiera las gracias? ¿Creerán ustedes que generales tan ameritados como Porfirio Díaz, y tantos otros del Norte y de Occidente, han quedado satisfechos con que se les despache á sus casas á tomar descanso de las fatigas? Se dirá que pelearon por patriotismo los unos, y los otros por conquistarse una poca de gloria. Eso se dice por dignidad, pero en el fondo siempre queda un germen de disgusto que tiene que venir á causar nuevas revoluciones, máxime cuando á éstas se les da una bandera, como ha sucedido con la Convocatoria para las elecciones generales que se atribuye al señor Lerdo de Tejada, y conforme á la qué se trata de armar al gobierno del voto contra las disposiciones legislativas, y de dar voto activo y pasivo á los clérigos en el momento precisamente en que más se ha cacareado que á ellos se debió la guerra de tres años, que ellos trajeron la intervención extranjera y que han sido, y siguen siendo los

irreconciliables enemigos de la República. Perdóneme usted, padre, lo que digo, no tomándolo como una alusión á su caracter sacerdotal, pues demasiado sé que es usted un hombre ilustrado, que no ha llegado á mezclarse en la política, y que si algunas opiniones tiene respecto de ésta, no son malsanas, ni obsecadas, ni extremistas.

—Puede usted hablar con franqueza, licenciado, se apresuró á contestar el padre Ojeda. Cualesquiera que sean mis opiniones privadas, tengo la virtud, si se la puede llamar así, de ser tolerante.

—Lo mejor era que no hablaran de esas cosas, dijo Adela con una sonrisa deliciosa.

—Déjalos que hablen de lo que quieran, se apresuró á intervenir Refugio, ya sabés que los señores no están contentos si no echan su cuarto á espadas sobre política.

—Y sobre todo, agregó Alejo, que esa es la comidilla del día. Por ejemplo, en el comercio donde empezaba á reinar la tranquilidad, ahora que han visto que los periódicos de la oposición se comen á Juárez, comienzan á temer que haya nuevos trastornos.

—¿Y no son de opinión los comerciantes de que Juárez está en el caso de dejar el poder á Porfirio Díaz ó á Riva Palacio?

—Sí, y aun algunos indican la conveniencia de que fuera Presidente Escobedo y aun Corona, porque consideran que se necesita una mano más firme que la de un civil en la administración.

—¡Cosa rara por cierto! siguió diciendo Benavides. Don Benito tan enérgico, tan tenaz, tan inmovible, tan fuerte, tan sufrido, tan acertado en sus disposiciones en la campaña á la hora de los grandes peligros, ahora presen-

ta todas las apariencias de ser un hombre débil, apocado, flexible, que manejan como un pedazo de cera sus ministros.

—¿Cuáles ministros? preguntó el clérigo distraidamente.

—Don Ignacio Mejía que es excesivamente sanguinario, y que todas cuantas pequeñas borrascas se levantan en el país, quiere concluir las á fuego y sangre, exasperando á las gentes, hasta lo indecible; pero más que él don Sebastián Lerdo de Tejada, que es quien domina la situación, y que, muy pagado de sí mismo, hace de sus caprichos leyes, é impone sus menores deseos como necesidades que deben aceptarse sin la menor vacilación. Ha formado una camarilla de siervos entre todos los hombres que tienen ascendiente en la política, sean magistrados, legisladores ó militares, y con ella gobierna á su sabor, sin importar le un comino que el descontento cunda por todas partes y que se formen horizontes preñados de nubes que amenazan hacer que se desaten recias tempestades.

—Pues era lo que querian ustedes, ya lo tienen, murmuró Néstor.

—Yo no quería, ni podía querer nada más que mi tranquilidad, se apresuró á contestar Benavides, no la tuve, fui perseguido y apelé á la fuga como una defensa natural. No tuve aquí garantías con el imperio y fui á buscarlas en el campo de los liberales que me las proporcionaron con toda amplitud. En el mismo caso se encontraron otros muchos que salieron huyendo de las poblaciones por horror á las cortes marciales. Pero al ir al campo liberal, no fui á defender á Juárez ni á ningún hombre en particular, sino á las instituciones y á la patria. A Juárez lo reverenciábamos todos porque tenía empuñada la bandera

de la nacionalidad, lo mismo que hubiéramos reverenciado á Comonfort, por ejemplo, si él se hubiera encontrado al frente de la República defendiéndola de la invasión extranjera. Su firmeza y otras muchas circunstancias hicieron que aquel triunfara, y yo y todos los mexicanos, todos los buenos mexicanos se entiende, lo hemos aplaudido, lo hemos ensalzado, lo hemos llenado de bendiciones; pero no por eso estamos ahora también obligados á seguir aplaudiendo sus yerros, precisamente para que su gloria, la inmensa gloria que conquistó en su lucha contra el imperio, no se empañe en lo más mínimo, porque queremos que su nombre pase á la historia limpio y sin mancha, porque como mexicanos amantes de nuestra patria, deseamos que ésta saque el provecho de su victoria engrandeciéndose, conquistando una paz duradera y proporcionando á todos sus hijos las ventajas de una positiva democracia y de una verdadera libertad.

—Dice bien Domingo, apoyó Alejo que era un buen padre político y que profesaba á su yerno profundo cariño y gran admiración, dice bien Domingo, como dicen bien todos los que tienen intereses que perder, que ésta era la oportunidad de que el gobierno, con una buena política que no fuera caprichosa y dominadora, estableciera la unión de todos los mexicanos y sobre ella cimentara las bases de la prosperidad.

—Pero es imposible que los gobiernos contenten á todos, dijo el sacerdote, es imposible que deje de haber partidos y que éstos no se encuentren en lucha abierta en una República como esta. Aquí todos los gobiernos han tenido opositoristas y estamos acostumbrados á vivir en el seno de la revolución.

—Probablemente no me he explicado con claridad,

contestó Benavides. Lo que yo digo, y conmigo los hombres de sana intención, es que el gobierno sigue una senda contraria á la que debía seguir, cuando ha tenido y tiene los mejores elementos en que apoyarse para establecer de una vez una Republica honrada y popular. Seria muy difuso si me pusiera á citar todas las inmoralidades, todas las intrigas de mala ley, todos los despilfarros, todos los actos atentatorios y de crueldad de que se acusa á los hombres del poder con mucho fundamento. No queremos que el gobierno se componga de ángeles ni que contente á todos, sino que no descontente á muchos adrede, no queremos, en suma, que esté dando pretextos y más pretextos para que volvamos á las asonadas. En esa virtud, creemos que es un crimen político que después de tantos sacrificios que ha hecho el país para conquistar su independendia, hoy no se le quiera dejar ni siquiera un átomo de libertad; si, señores, es un crimen de alta traición matar en sus gérmenes á la democracia, porque esos atentados de corrupción y de violencia que se cometen en las urnas electorales, por ejemplo, serán un precedente fatal para el porvenir, porque desde ahora para lo sucesivo, tendremos aprendido á escarnecer el voto público y llegaremos á la decadencia antes de haber nacido á la vida republicana. Los hechos consumados y el principio de autoridad serán las palabras que sirvan para cubrir todas las infamias, se creará la indiferencia por las instituciones y ya no volveremos á tener en este país Presidentes, sino dictadores.

Casi todos los comensales estuvieron al último de acuerdo con el abogado, porque en aquel tiempo no habia quien no leyera los periódicos de oposición.



CAPITULO LXIV.

Los comentarios.

POR última vez también van á acompañarnos los complacientes lectores al pueblecillo de Santa Ana Acatlán, en donde se encontraban reunidas todas las personas principales del lugar que habían salido á recibir al comandante Adrián Canales, quien regresaba de su expedición á México acompañado de sus fieles guerrilleros que también se daban sus humos de vencedores.

Una vez que se habían abrazado todos á una media legua de distancia á donde habían ido los hombres escoltando á la hermosa Refugio, pues las señoras y señoritas se habían quedado esperando en el portal á los viajeros, se encaminaron juntos á la casa de Adrián, que era ahora la principal del pueblo y que se encontraba adornada con arcos de flores y banderas. Allí la recepción fué más ruidosa, porque se encontraba casi todo el

pueblo reunido, y desde que desembocó la comitiva en la plaza hubo músicas, repiques y cohetes.

El licenciado Quiñones y el cura que deseaban vivamente oír la relación que de sus nuevas aventuras tenía que hacer el joven comandante, procuraron que la fiesta terminara lo más pronto posible, despidiendo amablemente á la concurrencia luego que cada cual hubo saboreado su copa de vino y sus pasteles.

Refugio entre tanto no se desprendía del brazo de Adrián, y solía decirle al oído:

—Mira, mira cómo te quieren todos; mira cómo aquí puedes ser más feliz que en ninguna otra parte.

Todavía el cura y el licenciado Quiñones tuvieron que moderar su impaciente curiosidad por una hora larga.

Después que se fueron las gentes que llenaban el portal, quedaban las familias con quienes Refugio cultivaba relaciones, así como las personas de la familia á quienes también se obsequió con refrescos.

Eran las once de la mañana cuando ya se encontraron solos los íntimos rodeando á Adrián, el cual invitado á referir todo lo que quisiera desembuchar, habló de esta manera:

—¿Recuerdan ustedes que me alejé del pueblo en los momentos en que había depuesto las armas y me preparaba á dedicarme al trabajo pacífico de mi tienda, recuerdan ustedes que me fui invitado por el señor Juárez á que me le presentara para que echáramos un párrafo? Lo echamos efectivamente en el palacio de San Luis Potosí, en donde me recibió y me agasajó de un modo excepcionalmente amable. Apenas lo creían las personas que lo vieron, y apenas lo creía yo mismo que todo un Presidente me llamara, á mí, el más humilde de los guerrilleros, para

darme un abrazo y para decirme que pidiera lo que quisiera. No le pedí nada, reservándome para cuando estuviera en México, pero sí quedé muy contento de la acogida regia que nos dió á mí y á mis compañeros: aquí está Tomás que no me dejará mentir.

—En efecto, fuimos muy *chiquiados* por el gobierno y hasta se nos convidó á comer, dijo Tomás lamiéndose los labios.

—De San Luis nos fuimos á Querétaro, en donde vimos fusilar á Maximiliano y á los generales Miramón y Mejía, y en donde tuvimos el gusto de encontrar á los simpáticos oficiales Robles y dos de sus camaradas, menos al capitán Montero que murió en el desgraciado combate del Cerro del Cimatario. Tuvimos allí dos días de charla con esos buenos amigos, y como ellos nos hicieran instancia para que no regresáramos á nuestro pueblo sin conocer antes la Capital de la República, y nosotros también estábamos alborotados para presenciar la entrada del gobierno, nos fuimos en una diligencia y llegamos á México alojándonos en el hotel de la Bella Unión.

Aquí Adrián relató muchos incidentes que le fueron comunicados de la campaña heroica que había hecho el general Porfirio Díaz en los Estados de Oriente, la toma asombrosa de la ciudad de Puebla el 2 de Abril y la derrota inmediata de Márquez que iba con lo más florido del ejército imperialista en auxilio de la plaza, y el estado lamentable en que el sitio de dos meses había puesto á la Capital, en donde reinaban, cuando ellos llegaron, la miseria, el hambre, la peste y todas las demás calamidades que son el contagio indispensable de la otra gran calamidad que se llama la guerra.

Contó en seguida cómo estuvo la entrada del gobier-

no y de sus tropas, y cómo los habitantes recobraron á poco la tranquilidad y el buen humor, siendo la República nuevamente establecida y reanudados el tráfico y el movimiento del comercio y de las industrias.

Relató con entusiasmo creciente los amores de Julio Robles y de Luis Velázquez, pintando á sus novias Elvira y Eva Fregoso con tintes de vivos colores. Eran unas muchachas pobres, pero ¡qué bellas! y ¡qué virtuosas! y ¡qué simpáticas! y ¡qué juiciosas! y ¡qué trabajadoras! y ¡qué fieles! y ¡qué buenas!

—A Julio Robles y á Luis Velázquez los hizo Corona tenientes coroneles, con mando de cuerpo luego que llegaron á la Capital; pero los dos llevaron un gradísimo susto cuando se esparció la noticia de que se iba á disolver la mayor parte del ejército de Occidente, que era en su mayor parte compuesto de reclutas y mandado por oficiales improvisados, comenzando por el general en jefe, que de simple empleado de una tienda de comercio (como yo) había salido á dar principio á su carrera militar, y siguiendo por los otros que eran abogados, médicos, rancheros y hasta artesanos. (Tolentino era barbero en Tepic.) Mis amigos, pues, se pusieron tristísimos luego que fueron impuestos de este rumor que circuló con mucha insistencia, y que se empezó á ver realizado luego que se dieron las gracias á Porfirio Díaz, á Vicente Riva Palacio, á Toledo, á Granados y á otros muchos generales y coroneles que figuraron en primera línea, á quienes se despachó á sus casas (los que las tuvieron) sin pagarles el dineral que se les quedó debiendo en toda la campaña.

—Con que se hizo eso, interrumpió el licenciado Quiñones, ¿se cometió tal ingratitud?

—Se licenció á la mayor parte del ejército, porque

es imposible que la Nación, y menos en las circunstancias en que se encuentra en estos momentos el erario, pueda sostener sesenta mil hombres.

—El problema, en efecto, era difícil de resolverse, siguió diciendo el abogado; pero debió haberse pensado antes que todo en no descontentar á los hombres que expusieron tantas veces su vida para salvar á la patria, porque éstos además del cumplimiento de un deber, iban buscando también alguna recompensa. ¿De qué les sirvió, pues, ganar sus ascensos uno á uno, distinguiéndose en los combates, si después de haber llegado á ser comandantes, coroneles y generales, se encontraban con que el día menos pensado ya no eran nada?

—Eso era lo que me reservaba á decir á ustedes en seguida, contestó Adrián: que aunque los jefes todos á quienes se licenció se sometieron á su suerte con festiva resignación, en los corrillos, hablando privadamente, pusieron de oro y azul al gobierno, dando á entender con toda claridad que ya no eran los amigos de Juárez y sus ministros, sino sus enemigos más encarnizados, una vez que su firme adhesión se la pagaban con una marcada ingratitud. Ellos decían: es cierto que la Nación no puede pagar este ejército; pero debió haberse hecho una selección justa de jefes y oficiales, prefiriendo á los que tuvieron mayores méritos, y en seguida debía haberse preferido á los demás para los distintos ramos de la administración. Lo que hizo los descontentos no fué la separación brusca que sufrieron de sus respectivos cuerpos de ejército, sino la forma, la forma que fué impolítica en supremo grado, porque vieron claramente que los ministros quisieron rodearse de favoritos y no de patriotas. Algunos como el general Díaz crecieron más porque se vió que Juárez lo

que quería era que no se quedara ninguno dentro de la administración que pudiera hacerle sombra, porque estaba resuelto á apelar á toda clase de medios para mantenerse en un poder que con tanta constancia había sostenido á través de tantas vicisitudes. Si había expuesto su vida, si había pasado trabajos durante la lucha, ¿por qué no había de disfrutar ahora tranquilamente de lo que su trabajo le había costado?

—Pues lo que yo me temo, y lo mismo pensamos todos aquí al ver los periódicos que nos llegan de Guadalajara con tantas noticias alarmantes, es que vuelva á encenderse la guerra civil, ¿no es verdad, señor cura?

—Es verdad, señor licenciado, ya varias veces hemos emitido tal opinión.

—Sobre todo, por la Convocatoria anticonstitucional de Lerdo de Tejada, dijo el boticario.

—Y por las crueldades que está cometiendo el ministro de la guerra, dijo el dependiente de la tienda á su vez, que como todos los del pueblo estaba ya muy dado á la política.

—¿Qué crueldades? preguntó una de las señoras.

—Pues nada menos que mandar matar, sin forma de juicio, á cuantos se pronuncian.

Tomás, que no quería quedarse sin mojar su sopa, dijo á su vez:

—Adrián, por el cariño particular que profesa á don Benito Juárez, no dice todo lo que hemos venido oyendo por el camino. No hay quien no sea de opinión de que en estos momentos lo mejor que puede hacer es retirarse del gobierno para conservar toda la gloria que le hicieron ganar la constancia y el valor con que ha sostenido la bandera de la República en medio de tantos peligros como ha te-

nido que correr; porque ahora para organizar la administración, consolidar la paz y hacer respetables las instituciones, se necesita un hombre de otro temple.

—¿De qué clase de temple? preguntó el abogado.

—Según oí decir, de uno que no se deje dominar por los ministros ni gobierne con camarillas.

Como se ve, aquel guerrillero algo inculto, el segundo de Adrián en la campaña de caminos y encrucijadas, se había limado mucho con el viaje y ahora parecía hasta personaje político de segunda fila.

—Sí, es verdad que yo soy apasionado de Juárez, contestó Adrián; pero amor no quita conocimiento. Yo también soy de los que creen que aunque el señor Lerdo de Tejada tiene un grandísimo talento, como es caprichoso y soberbio, más perjudica que sirve en la administración. Si el señor Juárez hubiera cambiado de ministerio al llegar á la Capital, haciendo ingresar á tantos hombres populares que hay como Porfirio Díaz, Riva Palacio, Altamirano y otros, ahora estaría su gobierno sumamente prestigiado y querido, pues según la marcha que lleva, cada paso que da es un desacierto ó un atentado, que van sembrando por todas partes el descontento general. Si yo no fuera tímido, si yo no hubiera tenido tanto encogimiento al despedirme del señor Juárez y le hubiera dicho: —señor, deje usted ese cargo que no le ha de causar más que sinsabores en el porvenir. Usted para ser grande, muy grande, para ser inmortal, ya no necesita estar en este potro de tormentos; pero si usted, por disfrutar de las satisfacciones que da el poder, quiere permanecer en él á todo trance, conserve la amistad de todos los que lo sostuvieron á pesar de su golpe de Estado dado en el Paso del Norte en la hora del peligro, y sobre todo, haga

que se cumplan y se respeten las instituciones. Todas esas muchedumbres que empuñaron las armas, no fué sólo para defender la independencia, sino también la libertad. Ellas no han querido seguramente derribar á un tirano de corona y cetro, para echarse encima otro tirano de frac negro: ellas todas lo que habían querido es hacer la conquista de una nación independiente, pero gobernada con su Constitución liberal. Para tener continuas suspensiones de las garantías individuales por cualquier pronunciamiento de cuatro gatos, para ver que semata por todas partes con menos forma de juicio que lo hacían las cortes marciales, para seguir con los mismos despilfarros que tenía el imperio y hacer continuados atropellos á las instituciones por cada cacique de los que se han puesto en los Estados, no valía la pena de que se hubieran hecho tantos sacrificios, ni de que tanta sangre se hubiera derramado. Abra usted los ojos, señor, y vea que su ministro Lerdo, y usted también, quizás inconscientemente, nos van arrastrando al abismo, esto es, á la intervención definitiva, de alguna nación fuerte que por humanidad venga á ponernos en juicio á cintarazos, haciendo previamente la declaración de que somos incapaces para gobernarnos por nosotros mismos. Termine usted su obra grandiosa, señor, obrando patrióticamente. Deje usted la nave del Estado si no puede, como buen piloto dirigirla por aguas tranquilas: es mejor el bien de todos que la obstinación. Es mejor dejar á tiempo detrás de sí un reguero de gloria y de bendiciones, que arroyos de lágrimas y de sangre llenos de maldiciones. Abra los ojos, señor, vea el abismo, sálvese usted y sálvenos también á nosotros, salve á la libertad, salve á la patria! Esto hubiera dicho yo al señor Juárez, si no le hubiera profesado tanta veneración. Lo que hice fué

abrazarlo con ternura al despedirme de él y derramé una lágrima, una lágrima que se deslizó silenciosa por mis mejillas, que significaba á la vez honda tristeza por el porvenir de la patria.

—Habla bien este muchacho, exclamó el cura entusiasmado.

Refugio se acercó é hizo á Adrián una caricia muy expresiva.

Todos los demás festejaron igualmente aquel discurso.

—En resumidas cuentas. dijo el boticario.

—En resumidas cuentas, contestó Tomás, no se pasarán cinco meses sin que tengamos otra vez encima la revolución.

—¿Pero por qué, Dios mío? preguntó una de las tías de Refugio.

—Porque hombre, siguió diciendo Tomás, en todas partes se les están imponiendo á los pueblos autoridades arbitrarias, gobernadores ignorantes y sanguinarios; por todas partes se está violando el sufragio público; por todas partes se están cometiendo grandes delitos que quedan impunes; por todas partes reina la inseguridad y la desconfianza, de tal modo, que algunas gentes echan de menos las garantías que daban los franceses en las poblaciones que ellos ocupaban como conquistadores.

Aquí se llegaba de la conversación, cuando el cura se levantó murmurando:

—En fin, nosotros no hemos de ser los que componamos el mundo.

En esos momentos se oyó el ruido de la diligencia, y poco después se presentó Patricio que había llegado en ella de Guadalajara,

En la noche anterior había reinado gran excitación en aquella ciudad: se había sabido que González Ortega había sido envenenado en el Saltillo, que el general Patoni había sido fusilado en Durango por orden del general Canto, que se había hecho una hecatombe en Puebla y que los generales Toledo y Granados que tan buenos servicios habían prestado á la República, acababan de ser sentenciados á muerte por el general Escobedo.

Además, se susurraba también que el general Guadarrama había chocado con el gobernador de Jalisco Gómez Cuervo y que estaba intentando pronunciarse.

En fin, el comercio estaba alarmado y los viejos liberales con el alma en un hilo.

—Lo dicho, exclamó Quiñones, Adrián tendrá que volver á organizar su guerrilla.

—Protesto, contestó Adrián, yo defenderé á mi patria del dominio extranjero siempre que se ofrezca; pero no me mezclaré en las guerras civiles, cualesquiera que sean las circunstancias, ni menos pelearé jamás contra el Presidente don Benito Juárez.

Todos se despidieron, y por la noche, ya cuando Adrián estuvo solo con su mujercita y su hijo, los abrazó y los llenó de besos.

—Aquí es donde está la felicidad y no en otra parte, exclamó.

Refugio también lo besó y le dijo:

—Por mi parte, haré cuanto pueda para que vivas contento.

Y efectivamente, aquella fué la noche más feliz de Adrián y Refugio.



CAPITULO LXV.

La Ciudadela.

Las pasiones políticas se desencadenaron produciendo el desasosiego más espantoso en la sociedad; en el parlamento mexicano se libraron batallas de palabra enormemente tempestuosas; los pequeños pronunciamientos aparecieron como fuegos fatuos por todos lados de uno á otro confin de la República; la lucha de los periódicos gobiernistas y de oposición, en que no se tenía ningún miramiento, atizaba tenazmente la discordia; tras de las pequeñas chispas revolucionarias vinieron los grandes movimientos armados, rebelándose contra el poder central varios generales y gobernadores; los acontecimientos entonces se desarrollaron con vertiginosa rapidez, y todavía el gobierno no acababa de vencer un obstáculo cuando se le presentaban otros y otros que le hacían difícil la vida, porque se le agotaban los recursos y menguaban más y

más cada día su prestigio y su autoridad; pero los hombres que estaban al frente de la situación tenían la costumbre de ver el peligro de frente, habían luchado contra la reacción cuando estaba más poderosa con los recursos del clero y con las espadas de los militares más aptos y más atrevidos, lo mismo que habían medido sus fuerzas con las muy grandes de las potencias intervencionistas, á la vez que con el partido que se formó en México por la monarquía; aquellos hombres eran además activos para la defensa y el ataque, eran valientes hasta la temeridad, eran serenos, eran firmes, eran tenaces y estaban engreidísimos con el mando, de modo que no había forma de que se desmoralizaran, ni decayeran, ni temblaran por más grandes que fueran los peligros que se amontonaran sobre sus cabezas, y así fué como salieron al frente de los diputados, escritores y militares de oposición, sus falanges de periodistas, oradores, estadistas y generales que estuvieron sosteniendo palmo á palmo, en una lucha diaria, el terreno que habían conquistado al caer en el cadalso las cabezas de Maximiliano, Mejía, Miramón, Méndez, O'Horán y Vidaurri.

Dejando atrás peripecias que no tuvieron más interés que los precedentes fatales que establecieron para dar sepultura quién sabe por cuántos años á las verdaderas instituciones republicanas, peripecias que contribuirían muy poco al objeto que nos propusimos al escribir esta relación si nos pusiéramos á detallarlas, llegaremos al momento álgido en que tres partidos se disputaban encarnizadamente el poder, y que llevaban los nombres de juarista el primero, lerdistista el segundo y porfirista el tercero, que era el más pobre en elementos oficiales, pero el más rico en el campo de la opinión.

Sabido es que este último partido se formó con todos los descontentos que había contra el gobierno, el lerdista por las impaciencias del ministro Lerdo de Tejada y de sus amigos y el de Juárez por el de los parásitos ó pan-cistas que en todas épocas se acostumbran á vivir con los que están arriba.

Como naturalmente este último partido era el más fuerte, porque contaba con todos los elementos del poder, los otros dos, por su posición, tuvieron que unirse para contrarrestarle, y á esto se llamó la liga lerdo-porfirista, que por dos años tuvo mayoría parlamentaria y logró algunas victorias, muy efímeras por cierto, una vez que su predominio no podía ser sólido ni permanente.

En estos momentos, esto es, cuando la lucha estaba más enardecida entre estos partidos contendientes, es cuando vamos á introducir al lector á las habitaciones palaciegas.

Se encontraban reunidos con el señor Juárez tres de sus ministros y algunos de los íntimos, á eso de las doce del día, cuando penetró un ayudante anunciando la visita del señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

El Presidente de la Suprema Corte de Justicia no era otro que don Sebastián Lerdo de Tejada, que había dejado la cartera de Relaciones para ponerse al frente de su partido.

El nombre del visitante cayó como bomba en la reunión, y sólo el señor Juárez dijo con voz tranquila al ayudante:

—Dígale usted que entre.

Los ministros y los íntimos desaparecieron detrás de unas cortinas yéndose á las piezas inmediatas, como te-

nian la costumbre de hacerlo siempre que llegaba algún importuno.

Don Benito se levantó de su asiento, tendió la mano á su antiguo ministro y lo invitó á sentarse en el sofá mientras él ocupaba un sillón colocándose de manera que le diera por la espalda la luz que penetraba por los balcones.

—Señor Presidente, dijo Lerdo con voz aflautada sin cuidarse de que hubiera por allí algunos ministros que estuvieran escuchando lo que iba á decirse, y sin recurrir á los preámbulos de cajón, vengo impulsado, casi revestido de los poderes de algunos políticos para suplicar á usted, en nombre de la tranquilidad pública, se sirva introducir algunas modificaciones en la marcha administrativa.

Juárez frunció el entrecejo, y sólo dijo lacónicamente:

—Prosiga usted.

—Señor Presidente, continuó diciendo Lerdo con tono incisivo, no se puede ocultar á usted, ni á sus inteligentes consejeros, que el horizonte se está cubriendo de nubes amenazadoras, que muy pronto va á desencadenarse una tempestad que hará grandes destrozos en el país si no se logra deshacerla á tiempo, lo cual puede lograrse ahora con sólo que el poder tenga algunas ligeras complacencias con los partidos militantes. Desde luego puedo asegurar á usted, señor Presidente, que el partido llamado lerdista que se ha fijado en mí para que suceda á usted en el poder, compuesto de personas inteligentes, pacíficas, honradas y patriotas, no se complicará en las medidas de violencia ni las aprobará tampoco, porque evoluciona dentro de la paz, dentro de la ley y de la justicia; pero no podrá oponerse razonablemente á lo que hagan otros, ni menos

ayudará al poder de una manera activa y eficaz, si ese poder no le da las necesarias facilidades de modo que no entre en contradicción consigo mismo combatiendo las libertades públicas que ha venido proclamando. Una vez hecha esta franca declaración, la de que el partido lerdistita ni es revolucionario ni se pondrá del lado del poder en caso de que éste no modifique su política, entro de lleno en el asunto, señor Presidente: el general Porfirio Díaz y sus partidarios, que son todos hombres de acción y de algún prestigio en las masas, están haciendo preparativos que se encuentran á la vista de todos para proclamar la revolución tan luego como el Congreso, cuya mayoría es gobiernista (debido á los manejos oficiales) haga en favor de usted la declaración de Presidente de la República, con todo y no haber obtenido la mayoría de los sufragios y á pesar de las suplantaciones que se han hecho del voto público á ciencia y paciencia de los representantes independientes de la Nación. .

—¿De modo que lo que ustedes quieren es que el Congreso no declare quién es el Presidente de la República? preguntó don Benito interrumpiendo á Lerdo de Tejada.

—Lo que nosotros queremos es que se evite el escándalo de los pronunciamientos, cuando esto es tan fácil.

—¿Cómo?

—Entregando la Presidencia.

—¿A quién?

—A Porfirio Díaz, por ejemplo.

Don Benito se puso cárdeno. Lerdo de Tejada sabía muy bien que el señor Juárez primero transigiría con el diablo que con el general Díaz, de modo que se había di-

cho para su capote: «Si Juárez es patriota y quiere librar al país de una hecatombe, no entregará la Presidencia á Porfirio Díaz, pero la entregará á su antiguo ministro Lerdo de Tejada.»

Don Benito se serenó luego y dijo con aparente calma:

—Prosiga usted.

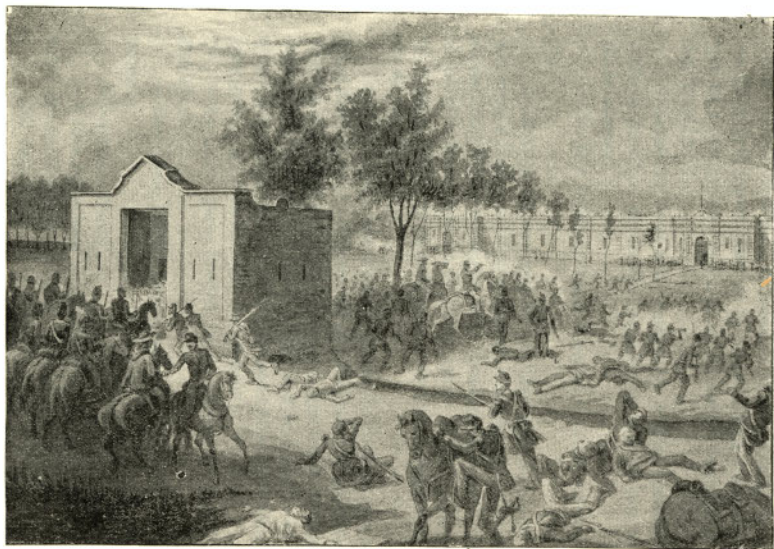
—Ya casi nada tengo que agregar, sino conjurarle, una y cuantas veces sea necesario en nombre de los amantes de la paz, en nombre de todas las clases sociales que están con el alma en un hilo, en nombre del cariño que usted profesa á la patria, en nombre de lo más sagrado, señor Presidente, para que salvemos á la República de los horrores de la revolución. Estamos sobre el cráter de un volcán, señor Presidente; pero usted, con una sola palabra, puede alejar para siempre todos los peligros que nos amenazan.

—Esa palabra que ustedes quieren arrancarme no la pronunciaré jamás, porque me lo prohíben la ley y mis deberes, contestó don Benito con firmeza. Usted me conoce bien, señor Lerdo de Tejada, y sabe que siempre estoy dispuesto á defenderme y á morir cuando es necesario. Si el Congreso me nombra otra vez Presidente de la República, yo sostendré ese título con valor y con honra, mientras tenga vida.

Don Sebastián Lerdo se levantó para retirarse y don Benito también para despedirlo, siendo el primero en tenderle la mano y decirle:

—Deseo, qué á pesar de todo, sigamos siendo buenos amigos.

—Muy honrado me siento con la amistad de usted, señor Presidente, le contestó luego don Sebastián con voz



Ataque de la Ciudadela.

atiplada; pero me alejo á la vez con el hondo pesar de no haber podido conseguir ni siquiera la más leve promesa en favor de la tranquilidad de la patria. ¡Ojalá y la sangre que va á derramarse, no turbe el bienestar de usted, señor Presidente!

Don Benito se sonrió, acompañó á don Sebastián hasta la puerta, y allí le dijo como haciendo á un lado todo lo anterior:

—No deje usted de venir á verme con más frecuencia.

Todavía no se incorporaba don Sebastián Lerdo con sus amigos Romero Rubio y Ramón Guzmán que estaban esperándolo en las antecámaras de la Presidencia, cuando ya el ministro Mejía, que era el único que se había quedado en la pieza inmediata oyendo la conversación, estaba al lado de don Benito.

—¡Cho! ¡Cho! esta era su exclamación favorita, que la lanzó en esta vez el ministro con un silbido mayor que otras veces, á la vez que con la fuerte emoción que sentía le temblaban los mostachos, ¡cho! ¡cho! pues es nada lo que quiere el señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia, ¡que le entreguemos el sillón Presidencial!

—Lo quiere para Porfirio Díaz, contestó secamente don Benito.

—Era bueno haberle dicho que sí, á ver si se conformaba.

—Seguramente no.

—Entonces se hizo el cálculo de que á él era á quien había de ofrecérsele.

—Tal vez.

—A mi juicio, tiene miedo á los resultados de la lucha armada.

—Si, cree que la revolución que van á promover los porfiristas será formidable.

—Y lo sería si no les tuviéramos tomadas todas las avenidas. Ya tenemos contados uno á uno los soldados de que disponen, ya tenemos en lista á todos los jefes que van á pronunciarse, conocemos todos sus elementos mejor que ellos. Porfirio Díaz cuenta con dos mil hombres y doce piezas de artillería; pero lo rodearemos prontamente con siete mil veteranos mandados por jefes como Alatorre y Rocha, con los cuales basta y sobra para pulverizarlos. Treviño y los demás revoltosos de la frontera del Norte sí podrán armar de tres á cuatro mil hombres; pero antes de que puedan moverse, ya tendrán encima como unos seis mil hombres de buenas tropas del gobierno, mandados por Zepeda, Florentino Carrillo y otros jefes de confianza. A García de la Cadena y á cuantos se le unan en el Interior, los aplastaremos con la cuarta División y con las guarniciones que tenemos listas en San Luis y Guanajuato. A los conspiradores de México no les perdemos pisada, de tal modo que el primer día que quieran moverse, se verán conducidos á Santiago Tlaltelolco por la policía. El único que me inquieta un poco es Donato Guerra; pero á ese lo contendremos el tiempo que sea necesario al frente de las tropas que manda sin concederle ninguna licencia, y mientras sirva al gobierno, no se pronunciará. Que vengan, pues, con sus amenazas y con sus revolucioncillas. ¡cho! ¡cho! Aquí los estamos esperando nosotros para darles su merecido.

—¿De modo que tú no crees que haya peligro en que se haga mañana ya la declaración del Congreso?

—Debe hacerse, una vez que estamos preparados.

—Bien, contestó don Benito brevemente, dí á Castillo Velasco que lo arregle para mañana.

—¡Cho! ¡cho!

El ministro salió á toda prisa relamiéndose los labios por las ejecuciones que veía en perspectiva tan luego como estallara la guerra.

Como el gobierno había cuidado principalmente de tener diputados suyos en el Congreso, que era donde estaba la llave del poder, aunque no hubiera tenido la mayoría de los votos para la Presidencia, se hizo la computación á toda prisa y se declaró con pasmosa precipitación que el ciudadano Benito Juárez había resultado electo Presidente de la República.

Los diputados de la minoría protestaron, los periódicos lerdistas y porfiristas dijeron pestes contra los abusos enormes de los funcionarios, la nación se estremeció indignada ante aquel lujo de cinismo que acababa de un golpe con el sistema republicano; pero triunfaba el principio de autoridad, que era el caballito de batalla de los que manejaban el pandero.

Entonces los hombres de acción no quisieron reprimir sus ímpetus, y sin esperar á que el caudillo empuñara la bandera de la rebelión en la Noria, resolvieron de una manera muy torpe, seguramente, librar la primera batalla.

Creían contar con toda la guarnición de México, por tener en ella á sargentos, á oficiales y hasta á jefes bien comprometidos, y acordaron pronunciarse el 1° de Octubre, aprovechando quizás la circunstancia de que ni el ministro de la guerra ni el comandante militar se encontraban en sus puestos.

El primero se había ido á hacer una de sus visitas

de costumbre á su amigo el cura de San Angel, y el segundo andaba de paseo en una de las haciendas de las inmediaciones.

El señor Juárez estaba, como de costumbre, en su despacho acordando los negocios pendientes con su secretario particular, cuando se presentó un ayudante diciéndole:

—Señor Presidente, se han pronunciado la guardia de la cárcel de Belem y la Ciudadela. Se dice que también ha seguido el movimiento el 1° de Línea.

El señor don Benito Juárez se levantó con toda tranquilidad, tomó su sombrero y se encaminó á la puerta de Palacio.

Ya sabía que no podía contar ni con el ministro de la guerra ni con el comandante militar, y él personalmente dictó las primeras disposiciones que fueron: ocupar las alturas principales con las tropas disponibles, sacar á la calle la artillería y hacer que ocurrieran los jefes principales á recibir órdenes.

Los primeros que se le presentaron fueron los generales Donato Guerra y Sóstenes Rocha, y á ellos encomendó practicar las operaciones sobre los puntos pronunciados.

—Señor, le dijo alguno de los amigos de que estaba rodeado, el General Donato Guerra está comprometido con los porfiristas.

—Está más comprometido con su deber, contestó don Benito.

Y don Donato Guerra fué á situarse en el Paseo al frente de ochocientos dragones.

Le dieron parte á don Benito Juárez de que en la

primera refriega en las calles había muerto el gobernador del Distrito.

—Pronto será vengado, contestó imperturbable.

Cuando volvieron los oficiales que habían ido á inspeccionar el campo enemigo y dieron parte de que la revolución estaba localizada en la Ciudadela con novecientos presos que se habían sacado de la cárcel de Belem y cien hombres de tropa de línea, mandó retirar los retenes que ocupaban las torres, ordenó que se metieran los cañones que se habían abocado en las esquinas, y él, seguido de gran acompañamiento, se dirigió á la estancia Presidencial y salió al balcón principal como punto de observación.

A los diez minutos se empezaron á oír los cañonazos y muy apenas los disparos de la fusilería.

En la Ciudadela se había reunido una docena de los generales descontentos, Negrete, Toledo, Cosío Pontones, Chavarría y otros, que al oscurecer, después de ocho horas de desigual combate, viendo que no eran secundados por los militares comprometidos que habían recibido dinero, se pusieron en salvo.

El ministro de la guerra llegó cuando todas las disposiciones estaban dadas, sólo para ordenar que á nadie se diera cuartel.

Rocha no necesitaba por cierto de tal recomendación.

Cuando ya no había quien supiera manejar los cañones en la Ciudadela, y se encontraban allí á lo sumo unos trescientos hombres sin jefe y sin procurar defenderse, entró Rocha con sus tropas simulando un terrible asalto.

Se mandaron encender antorchas, se formó en el patio á los prisioneros y empezó la matanza.

A las diez de la noche se fusiló á seis oficiales. A las once á veinte cabos y sargentos. A las doce á cincuenta soldados de línea y en seguida á los paisanos. A las cinco de la mañana iban fusilados trescientos infelices.

Todavía á las seis de la mañana fueron fusilados otros doce sospechosos traídos de las calles inmediatas.

La cuarta reelección de don Benito había sido bautizada con un arroyo de sangre.

La revolución porfirista se había iniciado con la hecatombe de la Ciudadela.

Mientras el general Donato Guerra derramaba lágrimas de ternura viendo que se sacrificaba á trescientos hombres inocentes, el ministro Mejía se frotaba las manos por el espléndido triunfo que había alcanzado el principio de autoridad.





CAPITULO LXVI.

Mutuas agoni

Las trescientas y tantas víctimas que se sacrificaron en la Ciudadela durante la noche del 1° de Octubre y la mañana del día 2, inyectaron de sangre la atmósfera de México y durante ocho días se estuvieron aspirando aquellos vapores mortíferos.

El día 3 de Octubre, ¡siempre esa fecha fatal! se presentó al Congreso firmada por los diputados Alfredo Chavero, Prisciliano María Díaz González, Gumesindo Enriquez, Rafael González Paez, Gabriel M. Islas y José Romero, el proyecto de suspensión de garantías y facultades extraordinarias, estableciendo la ley marcial y condenando á muerte á cuantos se pronunciaran y fueran desafectos al supremo gobierno.

A la matanza de la Ciudadela y la ley del terror votada por el Congreso juarista, contestaron, como un desa-

fio á muerte, los pronunciamientos de la frontera y el siguiente notable Manifiesto expedido en la hacienda de la Noria por el general Porfirio Díaz:

«Al pueblo mexicano:

«La reelección indefinida, forzosa y violenta del Ejecutivo federal, ha puesto en peligro las instituciones nacionales.

«En el Congreso una mayoría regimentada por medios reprobados y vergonzosos, ha hecho ineficaces los nobles esfuerzos de los diputados independientes y convertido la representación nacional en una Cámara cortesana, obsequiosa y resuelta siempre á seguir los impulsos del Ejecutivo.

«En la Suprema Corte de Justicia la minoría independiente, que había salvado algunas veces los principios constitucionales de este cataclismo de perversión é inmoralidad, es hoy impotente por la falta de dos de sus más dignos representantes y el ingreso de otro llevado allí por la protección del Ejecutivo. Ninguna garantía ha tenido desde entonces amparo; los jueces y magistrados pundonorosos de los tribunales federales son sustituidos por agentes sumisos del Gobierno; y los principios de mayor trascendencia quedan á merced de los peores guardianes.

«Varios Estados se hallan privados de sus autoridades legítimas y sometidos á gobiernos impopulares y tiránicos, impuestos por la acción directa del Ejecutivo, y sostenidos por las fuerzas federales. Su soberanía, sus leyes y la voluntad de los pueblos han sido sacrificadas al ciego encaprichamiento del poder personal.

«El Ejército, gloriosa personificación de los principios conquistados desde la revolución de Ayutla hasta la ren-

dición de México en 1867, que debiera ser atendido y respetado por el Gobierno para conservarle la gratitud de los pueblos, ha sido abajado y envilecido, obligándolo á servir de instrumento de odiosas violencias contra la libertad del sufragio popular, y haciéndole olvidar las leyes y los usos de la civilización cristiana en Mérida, Atexcall, Tampico, Barranca del Diablo, la Ciudadela y tantas otras mantanzas que nos hacen retroceder á la barbarie.

«Las rentas federales pingües, saneadas, como no lo habían sido en ninguna otra época, toda vez que el pueblo sufre los gravámenes decretados durante la guerra, y que no se pagan la deuda nacional ni la extranjera, son más que suficientes para todos los servicios públicos, y deberían haber bastado para el pago de las obligaciones contraídas en la última guerra, así como para fundar el crédito de la Nación cubriendo el rédito de la deuda interior y exterior legítimamente reconocida. A esta hora, reducidas las erogaciones y sistemada la administración rentística, fácil sería dar cumplimiento al precepto constitucional, librando al comercio de las trabas y dificultades que sufre con los vejatorios impuestos de alcabalas, y al Erario de un personal oneroso.

«Pero lejos de esto, la ineptitud de unos, el favoritismo de otros y la corrupción de todos, han cegado esas ricas fuentes de la pública prosperidad: los impuestos se reagran, las rentas se dispendian, la Nación pierde todo crédito y los favoritos del poder monopolizan sus espléndidos gajes. Hace cuatro años que su procacidad pone á prueba nuestro amor á la paz, nuestra sincera adhesión á las instituciones. Los males públicos exacerbados día por día, produjeron los movimientos revolucionarios de Tamaulipas, San Luis, Zacatecas y otros Estados; pero la

mayoría del gran partido liberal no concedió su simpatía á los impacientes, y sin tenerla por la política de presión y arbitrariedad del Gobierno, quiso esperar con el término del período constitucional del encargado del Poder Ejecutivo, la rotación legal y democrática de los poderes que se prometía obtener en las pasadas elecciones.

«Ante esta fundada esperanza que, por desgracia, ha sido ilusoria, todas las impaciencias se moderaron, todas las aspiraciones fueron aplazadas, y nadie pensó más que en olvidar agravios y resentimientos, en restañar las heridas de las anteriores disidencias, y en reanudar los lazos de unión entre todos los mexicanos. Sólo el Gobierno y sus agentes, desde las regiones del Ejecutivo, en el recinto del Congreso, en la prensa mercenaria y por todos los medios, se opusieron tenaz y caprichosamente á la amnistía que, á su pesar, llegó á decretarse por el Congreso en virtud de mil circunstancias que supo aprovechar la inteligente y patriótica oposición parlamentaria del 5º Congreso constitucional. Esa ley que convocaba á todos los mexicanos á tomar parte en la lucha electoral bajo el amparo de la Constitución, debió ser el principio de una época de positiva fraternidad, y cualquiera situación creada lealmente en el terreno del sufragio libre de los pueblos, contaría hoy con el apoyo de vencedores y vencidos.

«Los partidos, que nunca entienden las cosas en el mismo sentido, entran en la lucha electoral llenos de fé en el triunfo de sus ideas é intereses, y vencidos en buena lid, conservan la legítima esperanza de contrarrestar más tarde la obra de su derrota, reclamando las mismas garantías de que gozan sus adversarios; pero cuando la violencia se arroga los fueros de la libertad, cuando el soborno sustituye á la honradez republicana, y cuando la falsifica-

ción usurpa el lugar que corresponde á la verdad, la desigualdad de la lucha, lejos de crear ningún derecho, encona los ánimos y obliga á los vencidos por tan malas arterias, á rechazar el resultado como ilegal y atentatorio.

«La revolución de Ayutla, los principios de la reforma y la reconquista de la independencia y de las instituciones nacionales, se perderían para siempre si los destinos de la República hubieran de quedar á merced de una oligarquía tan inhábil como absorbente y antipatriótica.

«La reelección indefinida es un mal de menos trascendencia por la perpetuidad de un ciudadano en el ejercicio del poder, que por la conservación de las prácticas abusivas, de las confabulaciones ruinosas y por la exclusión de otras inteligencias é intereses, que son las consecuencias necesarias de la inmutabilidad de los empleados de la administración pública.

«Pero los sectarios de la reelección indefinida prefieren sus aprovechamientos personales, á la Constitución, á los principios y á la República misma. Ellos convirtieron esa suprema apelación del pueblo en una farsa inmoral y corruptora, con mengua de la majestad nacional que se atreven á invocar.

«Han relajado todos los resortes de la administración buscando cómplices en lugar de funcionarios pundonorosos.

«Han derrochado los caudales del pueblo, para pagar á los falsificadores del sufragio.

«Han conculcado la inviolabilidad de la vida humana, convirtiendo en práctica cotidiana asesinatos horribles, hasta el grado de hacer proverbial la funesta frase de *Ley-fuga*.

«Han empapado las manos de sus valientes defen-

sores en la sangre de los vencidos, obligándolos á cambiar las armas del soldado por el hacha del verdugo.

«Han escarnecido los más altos principios de la democracia; han lastimado los más íntimos sentimientos de la humanidad, y se han beñado los más claros y trascendentales preceptos de la moral.

«Reducido el número de los diputados independientes, por haberse negado ilegalmente toda representación á muchos distritos, y aumentado arbitrariamente el de los reeleccionistas con ciudadanos sin misión legal, todavía se abstuvieron de votar 57 representantes en la elección de Presidente, y los pueblos la rechazan como ilegal y antidemocrática.

«Querido en estas circunstancias, instado y exigido por numerosos y acreditados patriotas de todos los Estados, lo mismo de ambas fronteras que del interior y de ambos litorales, ¿qué debo hacer?

«Durante la revolución de Ayutla, salí del colegio á tomar las armas por odio al despotismo: en la guerra de Reforma combatí por los principios, y en la lucha contra la invasión extranjera sostuve la independencia nacional hasta restablecer al gobierno en la capital de la República.

«En el curso de mi vida política he dado suficientes pruebas de que no aspiro al poder, á encargo ni á empleo de ninguna clase; pero he contraído también graves compromisos para con el país por su libertad é independencia, para mis compañeros de armas, con cuya cooperación he dado cima á difíciles empresas, y para conmigo mismo de no ser indiferente á los males públicos.

«Al llamado del deber mi vida es un tributo que jamás he negado á la patria en peligro; mi pobre patri-

monio debido á la gratitud de mis conciudadanos, medianamente mejorado con mi trabajo personal, cuanto soy y cuanto valgo por mis escasas dotes, todo lo consagro desde este momento á la causa del pueblo. Si el triunfo corona nuestros esfuerzos, volveré á la quietud del hogar doméstico, prefiriendo en todo caso la vida frugal y pacífica del obscuro labrador, á las ostentaciones del poder. Si, por el contrario, nuestros adversarios son más felices, habré cumplido mi último deber para con la República.

«Combatiremos, pues, por la causa del pueblo, y el pueblo será el único dueño de su victoria. «Constitución de 57 y libertad electoral;» será nuestra bandera; «menos gobierno y más libertad,» nuestro programa.

«Una convención de tres representantes por cada Estado, elegidos popularmente, dará el programa de la reconstrucción constitucional, y nombrará un presidente provisional de la República, que por ningún motivo podrá ser el actual depositario de los poderes de la Guerra.

«Los delegados, que serán patriotas de acrisolada honradez, llevarán al seno de la convención las ideas y aspiraciones de sus respectivos Estados, y sabrán formular con lealtad y sostener con entereza las exigencias verdaderamente nacionales. Sólo me permitiré hacer eco á las que me han señalado como más ingentes; pero sin preterición de acierto ni ánimo de imponerlas como una resolución preconcebida, y protestando, desde ahora, que aceptaré, sin resistencia ni reserva alguna, los acuerdos de la convención.

«Que la elección de Presidente de la República sea directa personal, y que no pueda ser elegido ningún ciudadano, que en el año anterior haya ejercido por un sólo

día autoridad ó encargo cuyas funciones se extiendan á todo el territorio nacional.

«Que el Congreso de la Unión pueda ejercer sólo funciones electorales, en asuntos puramente económicos, y en ningún caso para la designación de los altos funcionarios públicos. Que el nombramiento de los secretarios del despacho y de cualquier empleado ó funcionario que disfrute por sueldo ó emolumentos más de 3,000 pesos anuales, se someta á la aprobación de la Cámara.

«Que la unión garantice á los Ayuntamientos derechos y recursos propios como elementos indispensables para su libertad é independencia.

«Que se garantice á todos los habitantes de la República el juicio por jurados populares que declaren y califiquen la culpabilidad de los acusados; de manera que á los funcionarios judiciales sólo se les concede la facultad de aplicar la pena que designen las leyes preexistentes.

«Que se prohiban los odiosos impuestos de alcabala y se reforme la ordenanza de aduanas marítimas y fronterizas, conforme á los preceptos constitucionales y á las diversas necesidades de nuestras costas y fronteras. La convención tomará en cuenta estos asuntos y promoverá todo lo que conduzca al restablecimiento de los principios, al arraigo de las instituciones y al común bienestar de los habitantes de la República.

«No convoco ambiciones bastardas ni quiero avivar los profundos rencores sembrados por las demasías de la administración. La insurrección nacional que ha de devolver su imperio á las leyes y á la moral ultrajadas, tiene que inspirarse en nobles y patrióticos sentimientos de dignidad y justicia.

«Los amantes de la Constitución y de la libertad

electoral son bastante fuertes y numerosos en el país de Herrera, Gómez Farías y Ocampo, para aceptar la lucha contra los usurpadores del sufragio popular.

«Que los patriotas, los sinceros constitucionalistas, los hombres del deber, presten su concurso á la causa de la libertad electoral, y el país salvará sus más caros intereses. Que los mandatarios públicos, reconociendo que sus deberes son limitados, devuelvan honradamente al pueblo elector el depósito de su confianza en los periodos legales, y la observancia estricta de la Constitución será verdadera garantía de paz. Que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el ejercicio del poder, y esta será la última revolución.—*Porfirio Díaz.*»

¡Cosa muy particular! Don Benito Juárez, sus ministros, los diputados, los comerciantes, los agricultores, los que se llamaban banqueros (aunque no los había entonces aún) los sacerdotes, el ejército, el pueblo, todo el mundo sabía, todo el mundo esperaba, todo el mundo estaba en el secreto de que el Cincinato mexicano iba á pronunciarse en su hacienda de la Noria, y sin embargo, la noticia de que había desenvainado la espada para combatir al gobierno, produjo una sensación inmensa.

En la casa de nuestro amigo don Alejo Rincón se reunieron esa noche todos los contertulianos, sin exceptuar al pariente sacerdote, para saber noticias.

Después de que Alejo dijo:

—En el comercio ha caído como bomba el pronunciamiento de Porfirio Díaz: todas las operaciones se suspendieron y todos han comenzado á poner en salvo sus fondos, ó mandándolos á Europa ó metiéndolos en sus escondites subterráneos.

—¿De modo que es verdadera la noticia? preguntó el clérigo.

—Tan verdadera, contestó el licenciado Benavides, que se llamó violentamente al general Rocha para que se ponga al frente de la División que va para Oaxaca, y que ya recibió orden de comenzar las operaciones el general Alatorre. Lo sé de buena tinta.

—Lo que pasó, dijo Néstor que ya empezaba de nuevo á querer tomar una ingerencia directa en la política, fué que los de la Ciudadela echaron á perder toda la combinación del Directorio Porfirista.

—¿Cómo estuvo eso? preguntó con interés el sacerdote.

—Voy á contarle á ustedes, en pocas palabras, según lo supe de boca del mismo general Negrete. De aquí se mandaron dos comisionados á Oaxaca para interpelar al general Díaz respecto de si estaba ó no dispuesto á encabezar la revolución. El general contestó que sí y mandó el plan que fué completamente variado por Benítez. Hubo con ese motivo algún desacuerdo respecto de los manejos sucesivos. El Directorio había dispuesto que se iniciara el movimiento en la frontera, lo mismo que en Oaxaca, el día último de Septiembre de este año de 1871, es decir, á fines del mes pasado, y con ese objeto salieron de aquí los mismos comisionados que estuvieron con el general Porfirio Díaz á dar la palabra de orden á los generales Treviño, Naranjo y Pedro Martínez; pero se acordó también que hasta que esos movimientos causaran aquí su efecto moral se intentarían dar un golpe de mano desde el momento en que ya se contaba con la mayor parte de la guarnición, y sobre todo con el general Donato Guerra que, al renunciar el mando de las tropas del gobierno, no



El general Díaz estaba rodeado de sus amigos en el patio de la casa.

dejaría de atraérselas otra vez al encabezar él mismo la revolución en la Capital. En esa forma el plan resultaba infalible. Juárez tendría que ser derribado del poder en unos cuantos días por más bien preparado que estuviera á la resistencia. Pero los hombres de armas, sin obedecer al Directorio, anticiparon los sucesos, ya por la impaciencia que tenían de lanzarse á la pelea, ya para aprovechar el momento que creyeron oportuno por no encontrarse en México ni el ministro de la guerra ni el comandante militar y además estar bien comprometida la guarnición, el caso fué que con su imprevisión han fortalecido al gobierno y han debilitado á su partido, haciendo que se aplaze su triunfo indefinidamente.

—Néstor está bien enterado, se apresuró á decir Benavides, eso precisamente es lo que refieren los porfiristas prominentes, agregando que nada perjudica tanto como el excesivo celo de los amigos.

—Y á tí ¿qué te interesa eso? preguntó Amparo á su marido.

—Me interesa mucho, contestó Néstor, porque yo y todos mis amigos estamos dispuestos á ayudar á la revolución para que caiga don Benito Juárez, que ha sido nuestro más encarnizado enemigo.

—Tiene razón, Néstor, dijo Benavides, cualquier gobierno nuevo que venga, procurará echar un velo sobre lo pasado.

Inútil es decir que el sacerdote pariente de la familia dió su aprobación.

La que suspiró fué Adela, quien dijo por lo bajo á su amado consorte:

—Ahora, aunque se venga el mundo abajo, no te vuelvo á dejar que te marches á la guerra.

El abogado contestó en voz alta:

—No, ahora no tomaré las armas para afiliarme en ningún bando, aunque bien comprendo que todo hombre honrado, que todo buen patriota debe desear la caída de un gobierno que se ha hecho detestable por sus abusos, que ha matado por cientos á los mexicanos en Atexcal, en Tampico y en la Ciudadela, que ha derrochado los fondos públicos, que ha destruido la fé que se tenía en las instituciones y que no ha sabido dar ni una sola muestra de decoro, de hidalguía, ni de patriotismo, dejándose arrastrar por la sed de mando, hasta convertir el gobierno demócrata en una descarada dictadura. No combato yo á ese poder, pero sí apruebo que lo combatan otros, y seré de los que aplaudan el día que lo derriben.

Y así como en la casa de Alejo, en todas las casas de la Capital se hablaba del gran acontecimiento, y si bien en muchas partes se manifestaba satisfacción deseándose el triunfo del héroe de Oriente, en las más se sentía la mayor angustia, ya fuera por el temor á los males que producía la guerra, fuera por el recelo de que se estableciera una dictadura militar, ó fuera en fin por los grandes intereses que había criado el gobierno de don Benito Juárez, así en lo general se lamentaba la noticia como precursora otra vez de la era de los pronunciamientos.

El juarismo, que estaba ya envalentonado con su gran victoria de la Ciudadela, acometió con fé la campaña contra los pronunciadados, á los cuales rodeó facilmente de tropas fieles tanto en Oaxaca como en la frontera, dando término en unos cuantos dias con los del primer punto, y algunos meses más tarde con los del segundo, siendo el héroe de las principales jornadas el general Sós-

tenes Rocha, que aunque costaba bastante caro al gobierno, lo *chiqueaba* mucho porque sabía darle repetidas victorias.

El vencedor de la Ciudadela fué y ocupó á Oaxaca determinando la muerte del gobernador del Estado, que era nada menos el hermano del caudillo de la revolución, y luego fué también y derrotó á los caudillos del Norte, con quienes estaba ya unido el valiente general Donato Guerra, los cuales defendieron con poca fortuna los cerros de la Bufa y de Bolzas que están á la entrada de Zcatecas.

Todos los principales jefes de la revolución andaban ya fugitivos en varias direcciones: Porfirio Díaz en el extranjero ó buscando ya un puerto en que poder desembarcar para presentarse en el interior de la República; Donato Guerra por Chihuahua; Treviño y Martínez en los Estados fronterizos y García de la Cadena por el cañón de Juchipila, de modo que el gobierno había vuelto á triunfar en toda la línea, lo cual significaba que no se había eclipsado todavía la brillante estrella de Juárez.

Es necesario rendir el tributo correspondiente al ministro de la guerra D. Ignacio Mejía, no sólo por la actividad extraordinaria que desplegó en estas circunstancias, sino por el acierto con que manejó aquella difícil campaña, luchando por un lado contra el gran prestigio militar del caudillo de la revolución, y por el otro con las penurias del erario, sabiéndose aprovechar de la lealtad y las buenas dotes de la mejor oficialidad que tenía el ejército.

Solamente habría triunfado la revolución de un modo indudable, en el caso de haber llegado el general Porfirio Díaz á tiempo para ponerse al frente de las tropas que habían organizado Treviño, Donato Guerra y Pedro

Martínez, los derrotados de la Bufo, pues bien sabido es que había poca cohesión entre ellos y que ninguno tenía la táctica necesaria para medirse con el general don Sós-tenes Rocha.

En aquellos momentos en que estaban los elementos de la revolución dispersos y con muy pocas esperanzas de volver á levántarlos, apareció el general Porfirio Díaz en Tepic, después de haber cruzado trabajosamente y por entre el enemigo desde el Manzanillo los Estados de Colima y Jalisco, encontrándose allí con algunos de sus partidarios que habían buscado también un refugio á la sombra de Lozada.

El caudillo se reanimó viéndose rodeado de buenos amigos y con muy buena perspectiva de proporcionarse nuevos elementos de guerra, es decir, unos quinientos hombres bien armados que iba á levantarle en pocas semanas el general don Plácido Vega.

También se le proporcionarían algunas piezas de montaña sacadas de la sierra de Alica.

Era mala la procedencia de la gente y de las armas; pero la guerra es la guerra: para el que se anda ahogando, cualquiera tabla es buena tabla de salvación.

¡ Aquellos elementos iban á servir solamente para salir por de pronto del atolladero. Después ya veríamos.

El general Porfirio Díaz formó su Estado Mayor con el entonces coronel don Francisco Mena, con el licenciado Ireneo Paz, con el doctor Gaxiola y otros pocos amigos que estaban allí reunidos, y se fué á establecer su Cuartel General en Santiago Ixcuintla. Vivían todos hermanablemente en la casa de Agatón Martínez, cacique del pueblo, y uno de los capitanes más consentidos de Lozada.

Allí en Santiago Ixcuintla se supo que la revolución había sido derrotada pero no vencida. Que el general Manuel Márquez dominaba en la capital de Sinaloa y en los principales Distritos, que Donato Guerra estaba rehaciéndose en Chihuahua; que la sierra de Puebla estaba incendiada; que en el Sur, el Estado de Guerrero estaba insurreccionado, y finalmente, que las tropas fronterizas que fueron salvadas en la Bufo por Pedro Martínez, habían alcanzado un espléndido triunfo en el Chopo, con todo lo cual tenían asegurado otra vez el dominio de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas.

El caudillo, en esos momentos, consideró que su causa no estaba perdida aún, y que todo dependía, para levantarla y triunfar, de que pudiera ponerse prontamente en campaña, así es que los elementos que iban á proporcionársele eran esperados con ansia.

Ya no quería quinientos hombres con artillería, sino siquiera una buena escolta de cien lanceros para dirigirse á Chihuahua y lanzarse como una tromba para el Interior.

Una tarde el 18 de Julio (habían transcurrido diez meses ya desde el momento en que se había encendido la chispa revolucionaria) llegó un extraordinario con pliegos de Tepic.

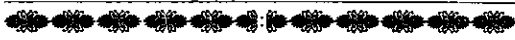
El general Porfirio Díaz estaba rodeado de sus amigos en el patio de la casa de Agatón Martínez, sentados todos bajo la sombra de un naranjo, cuando con voz firme, que hizo temblar á todos leyó:

«Juárez ha muerto. Lozada mandó repicar en Tepic las campanas. Ustedes ya no están seguros en el territorio.—*San Román.*»

El caudillo, muy serio, mandó que se ensillaran los caballos, y poco después salió de Santiago Ixcuintla seguido de su pequeña comitiva con rumbo al Estado de Sinaloa.

Todos iban cabizbajos, sobre que se les presentaba más oscuro que nunca el porvenir.





CAPITULO LXVII.

Últimos momentos.

¿Qué había pasado, pues, en México? Vamos á decirlo en pocas palabras, retrotrayéndonos al tiempo en que tuvieron desarrollo los acontecimientos.

Aunque se habían celebrado con pompa las derrotas de los revolucionarios, el gobierno no las tenía todas consigo.

Ninguno de los jefes principales había muerto ni se había sometido. Cada cual mandaba una fuerza más ó menos considerable y esto hacia que las tropas federales se fraccionaran también, se fatigaran y consumieran sus elementos.

Y la prueba de que el gobierno no estaba tranquilo con sus triunfos, fué que hizo fuerza de vela en el mes de Abril de 1872 en el Congreso para sacar nuevamente

las facultades extraordinarias, las cuales le servirían no tanto para perseguir y aniquilar á los pronunciados, cuanto para declarar en sitio á los Estados y quitar á los gobernadores desafectos, de los que todavía quedaban algunos.

Los diputados de oposición, á pesar de que se había hecho una buena limpia de ellos en las elecciones, todavía formaban un número respetable, y algunos de gran empuje, de modo que levantaron gran polvareda con esa cuestión, pronunciándose por sus oradores discursos brillantísimos; pero su oratoria y su habilidad parlamentaria se estrellaron ante los votos de la mayoría juarista, que nunca estuvo más compacta, y la famosa ley de suspensión de garantías salió en el mes de Mayo siguiente, mandándose circular con un contundente oficio del ministro de gobernación.

El Congreso se clausuró el día último del mes, después de haber votado todo cuanto quiso el gobierno, y sin motivo alguno justificado, vino una crisis ministerial que llamó mucho la atención por su falta de oportunidad.

Ya el señor Juárez tenía muchos meses de estar al frente del poder como Presidente reelecto, y la asamblea legislativa no había tenido el menor desacuerdo con el gabinete, habiendo éste observado con el jefe de la Nación una política homogénea.

No sólo ésto: se había grangeado la odiosidad de los descontentos é iban á retirarse los ministros con el anatema de haber contribuido á violar el voto público y á derramar de un modo copioso la sangre de los mexicanos.

La única razón con que quisieron justificar la crisis fué con la de que ya era tiempo de dejar en libertad al

Presidente para que eligiera su consejo. Y como aquel Presidente, á diferencia de otros Presidentes, era muy amante de los cambios, dejó con su cartera al general Ignacio Mejía, ministro de la guerra, porque no había con quien substituirlo y le era indispensable para dirigir la campaña y la supresión de los enemigos, y nombró como ministro de relaciones á don José María Lafragua, una estantigua; de hacienda á don Francisco Méjía, una nulidad; de justicia y gobernación á don Joaquín Ruiz y á don Francisco Gómez del Palacio, que no aceptaron, quedando por de pronto acéfalas estas secretarías.

Como coincidió con el cambio de gabinete el de la derrota sufrida por las fuerzas del gobierno que mandaban el general Corella y otros jefes en el Chopo, los maldicientes, ó mejor dicho, las gentes de buen humor, dieron en llamar á los nuevos ministros los padres Camilos, que eran los que en otros tiempos acompañaban los cadáveres al cementerio.

Y sí fueron los padres Camilos aquellos ministros, no precisamente en la acepción que le daban al mote los desocupados, sino porque cuando apenas comenzaban á disfrutar de las delicias del poder, vino la catástrofe más inesperada.

Se había pasado la primera quincena del mes de Julio sin ninguna novedad, cuando el día 18, á eso de las seis de la mañana, se presentaron los señores Ramón Guzmán y Manuel Romero Rubio en la casa de la calle de San Francisco que ocupaba don Sebastián Lerdo de Tejada.

—Está aún durmiendo el señor Ministro, les contestó el primer criado á quien se presentaron.

Aunque era el Presidente de la Suprema Corte de

Justicia, y de consiguiente el Vice-Presidente de la República, todos le llamaban el señor Ministro por la costumbre de tratarlo así en tantos años que lo había sido.

—No importa que esté durmiendo, dijo con brío el señor Guzmán, anda á decirle que somos nosotros, y que traemos un asunto de la mayor importancia.

El mozo se resistía aún, pero los visitantes seguían avanzando hasta encontrarse cerca de la alcoba del personaje, de modo que éste oyó las voces y las conoció:

—¿Qué es, qué es? preguntó desde adentro, ¿qué pasa?

—Poca cosa, contestó don Ramón Guzmán precipitándose á la habitación como un cohete, que don Benito Juárez ha muerto.

—Murió anoche á las once y media el señor Presidente, repitió Romero Rubio á su vez.

Don Sebastián dió un salto en la cama y se restregó los ojos, sin decir nada, aunque como diciendo siempre:

—¿Estaré soñando?

En seguida, empezando luego á vestirse violentamente dijo en voz alta:

—Vamos, cuéntenme qué es lo que ha pasado.

A la vez les hizo ademán expresivo para que se sentaran.

Los visitantes, sin dejar los sombreros que tenía cada uno en la mano izquierda, tomaron asiento y entonces Ramón Guzmán hizo uso de la palabra diciendo:

—Supimos desde ayer que el señor Juárez estaba indispuesto.

—Sí: se nos hizo saber que tenía una indisposición ligera, interrumpió Lerdo.

—Nos ocultaban su gravedad, agregó Romero Rubio.

—La verdad es, continuó diciendo Ramón Guzmán, que ayer, el mismo don Benito ignoraba su estado, según me ha dicho uno de los médicos, tanto más cuanto que el enfermo, con una fuerza de ánimo extraordinaria, estuvo disimulando los vértigos que le acometían.

—¿Y cuál, pues, ha sido su enfermedad?

—Una neurosis del gran simpático.

—Ya recuerdo ahora, murmuró Lerdo de Tejada, que desde que estábamos en Paso del Norte, solían asaltarle algunas indisposiciones alarmantes. Sigán ustedes refiriéndome.

Entonces, entre los dos íntimos de don Sebastián, se repartieron el relato, haciéndole saber que el grande hombre, soportando con su flema de costumbre los más agudos dolores, estuvo despachando hasta que su médico de cabecera, el doctor Alvarado, lo hizo meterse en cama, haciendo poco después á la familia la declaración de que su mal era incurable y tenía el paciente por lo tanto, pocas horas de vida; pero que para rectificar ó ratificar el pronóstico, era conveniente llamar á los doctores Lucio y Barreda, quienes confirmaron la opinión del primero.

Siguió haciendo progresos la enfermedad. A las once tuvo fuerzas todavía para llamar á Camilo, su fiel servidor, para que le oprimiera el cerebro, se quedó quieto algunos minutos más, reposando la cabeza en su mano, y á poco, esto es, á las once y media el doctor, Alvarado, que no lo perdía de vista, al observar que se ponía rígido dijo conmovido:

—¡Acabó!

La familia y todos los presentes rompieron en sollozos.

Don Sebastián Lerdo de Tejada, entre tanto, se ha-

bía acabado de vestir y se había sentado á la orilla de la cama escuchando el interesante relato, cuando fué anunciado el ministro de la guerra.

—Voy á recibirlo, dijo á sus amigos, y en seguida estoy con ustedes. No juzgo conveniente que nos vea reunidos.

El general Mejía fué recibido en el salón y estuvo con el Presidente de la Suprema Corte cerca de una media hora, al cabo de la cual volvió don Sebastián á su alcoba, en donde lo esperaban Ramón Guzmán y Romero Rubio á quienes les dijo:

—Vino á confirmarme la infausta noticia. A las cuatro de la mañana se han reunido los ministros en Palacio, han levantado el acta de defunción del Presidente y la han firmado los señores Lafragua, Mejía don Ignacio, Balcárcel, el doctor Ignacio Alvarado, don Francisco Mejía y como notario don Crescencio Landgrave, se acordó que se llamara al que debe sustituir al Presidente de la República por ministerio de la ley y ahora se está embalsamando el cadaver.

—¿Y quién va á ser el llamado por ministerio de la ley? preguntó Ramón Guzmán haciéndose el zongo.

—El Presidente de la Suprema Corte de Justicia, contestó don Sebastián con modestia.

Entonces, á una se levantaron Ramón Guzmán y Romero Rubio y estrecharon en sus brazos con efusión, al que iba á ser dentro de pocas horas, al que era ya en realidad el Presidente de la República.

Siguieron los comentarios agradables que se desprendían de aquel inesperado suceso.

Pero éstos ya fueron de sobre mesa, porque don Sebastián Lerdo se acordó, en medio del júbilo que le estaba aho-

gando y que se esforzaba mucho en disimular, se acordó, decimos, de que tanto él como sus amigos estaban en ayunas.

Como era natural en tales circunstancias, los tres se dieron á hacer las consideraciones del caso.

Mientras que el general Porfirio Díaz, dijeron, había tenido que lanzarse á las aventuras de una revolución ensangrentando el país, comprometiendo á sus amigos de los campos y las ciudades, exponiéndose él mismo á perder su popularidad con las derrotas, ellos, metidos en sus casas, sin más trabajo que el de mantener intacto á su pequeño partido, pues nunca el partido lerdistas llegó á ser enteramente nacional, ellos, como por medio de un beneficio oculto, llegaban al poder que tanto apetecían, dejando tanto á juaristas como á porfiristas con tamaño palmo de narices.

No podían, pues, quejarse de la Providencia ó de la casualidad, de quien quiera que hubiera enviado tal ganga, una vez que cuando ya estaba completamente perdida la partida que venían jugando hacia dos años, un golpe de la suerte venía á ponerlos en posesión de los destinos de la República, y lo más beneficioso todavía, de las rentas públicas, que aunque eran escasas, daban lo suficiente para proporcionarse una vida confortable.

—De modo que no se opondrá nadie á que vaya usted á empuñar las riendas del gobierno, dijo Ramón Guzmán.

—Nadie absolutamente, contestó Lerdo de Tejada, el único que podría hacerlo es el ministro de la guerra que dispone de las tropas; pero él mismo ha propuesto que se me llame en el acto, según me ha asegurado, en lo que están de acuerdo los demás ministros.

—¿Quién había de oponerse? preguntó Romero Rubio con convicción. Mejía el otro es un pobre hombre, Lafragua es una momia y Balcárcel. ustedes saben quién es Balcárcel.

Todos se rieron y siguieron desde luego organizando el nuevo gabinete, en los mismos momentos en que una comisión de Palacio se presentó con la nota del Ministro de Relaciones llamando á ocupar su puesto al Vice-Presidente de la República.

Mientras tanto, el gobernador Montiel, Chavero, Juan José Baz, Arteaga, Saavedra y una docena ó dos docenas de diputados juaristas estaban en las antecámaras de Palacio mustios y acongojados, no sólo por la pérdida de su jefe que sentían muy entrañablemente, como era natural, puesto que había sido tan bueno con todos (tan bueno, tan bueno que le atribuían la frase aquella de que el que no era su amigo era su enemigo), sino que en la media vuelta que había dado la rueda de la fortuna, ellos, que por tantos años habían estado arriba, quién sabe por cuántos otros iban á quedar abajo, mientras pasaban por lo menos el noviciado de los nuevos méritos para lograr colocarse otra vez en la posición á que estaban acostumbrados.

En el inmenso salón de Embajadores, que ocupaba desde el balcón central hasta la esquina del ala izquierda del Palacio, que sirvió de cámara ardiente, fué expuesto el cadáver de don Benito Juárez desde el día 20 hasta el 23, por la mañana, en que debían verificarse los funerales con una suntuosidad nunca vista.

Durante ese tiempo estuvo la población de México visitando aquel sitio con el mayor recogimiento.

Sólo cuando se agolpaba en demasiado número el pueblo soberano, solía haber sus pequeños desórdenes.

El gobernador del Distrito publicó un bando con nueve artículos, diciendo cómo se habían de verificar los funerales el día 23, á las nueve de la mañana.

A esas horas fué bajado el cadaver en hombros de algunos empleados y bajo la vigilancia del gobernador de Palacio general Francisco Zérega y ayudante del Presidente coronel Juan Francisco Novoa. El cuerpo fué encerrado en una caja de zinc que se soldó herméticamente y luego ésta en otra de caoba que tenía pocos adornos, resaltando encima estas letras B. J.

Al ponerse en marcha la comitiva, muy numerosa como tenía que ser, se dispararon cuatro cañonazos.

Abrían la marcha los batidores vestidos de gran lujo, luego las tropas, luego las corporaciones y empleados, seguía el gran carro fúnebre, y llevando las cintas negras á los lados don Luis Velázquez, director de la Escuela de Jurisprudencia; don Alejandro García, comandante militar; don Manuel Izaguirre, tesorero general de la Nación y don Alfredo Chavero, regidor.

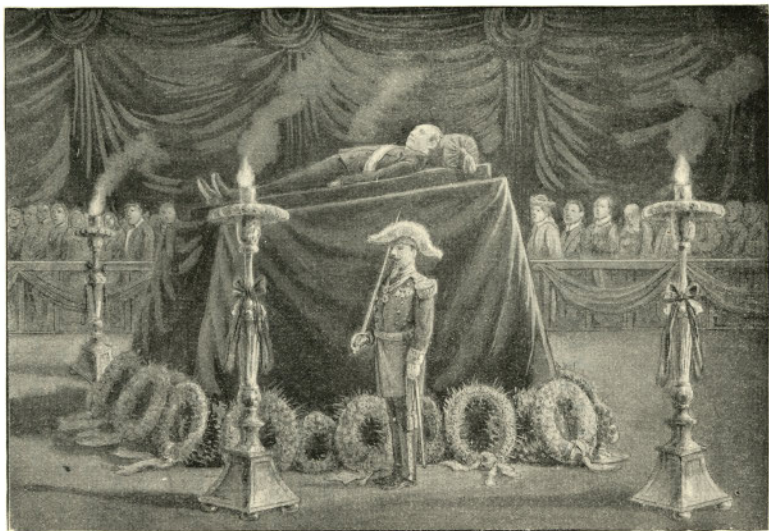
Seguían después los altos funcionarios, presididos por el Vice-Presidente de la República, ya en funciones de Presidente, don Sebastián Lerdo de Tejada.

El duelo se despidió en el panteón de San Fernando.

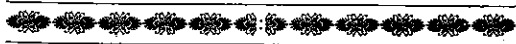
Cuando la procesión pasaba por la calle de Plateros, se oyó á un hombre del pueblo que dijo:

—¡Qué lástima que este Presidente no haya muerto hace diez meses!

La voz de aquel hombre del pueblo se oyó muy distintamente como si fuera un eco de la República Mexicana.



El cuerpo de Juárez en la cámara ardiente.



EPILOGO.



HABÍAN transcurrido cinco meses del último sensacional acontecimiento que acabamos de referir, cuando en el mes de Diciembre, entre el 16 y el 24, en día domingo, es decir, en noche de domingo, se celebraba una fiesta de posadas en una casa fronteriza á la Alameda por el lado donde se encuentra el templo de San Juan de Dios.

Desde por la mañana estuvieron llegando los cargadores sin número y los muchachos mandaderos muy recargados de ramas de pino, de cedro y de otras yerbas, de faroles de colores, de cajas con juguetes, de piñatas, de canastos con comestibles y bebestibles, de sillas, mesas y candiles, y de otra infinidad de adminículos que suelen ser indispensables en esas populares fiestas que con tanto entusiasmo y con tanta devoción se celebran anualmente en

la Capital de la República, con la circunstancia de que cuando ya parecen ir decayendo, como decayó el carnaval, la fiesta de Santa Anita y otras costumbres, la de las Posadas, como el ave Fénix, renace siempre con más vigor de sus propias cenizas.

Después de que estuvieron llegando los cargadores y muchachos mandaderos con aquel enjambre de objetos vistosos, otro grupo de personas, algunas de la casa y otras de la vecindad, dieron principio febrilmente al adorno que consistió en llenar de ramas verdes y faroles de colores el zaguán, el patio, la escalera y los corredores, poniendo en pocas horas aquella casa con el aire de fiesta más acabado.

Se sentía, se oía, se gozaba con lo verde, dando grande ensanche á la respiración, al mismo tiempo que gozaba también la vista con aquel variado matiz de colores que daban los farolillos y las yerbas.

El fresco ambiente, el buen olor, la atmósfera perfumada hasta en sus últimos pliegues, todo aquel conjunto pintoresco hacía bien á los sentidos y convidaba á gozar con el cuerpo más que á elevarse con el alma al séptimo cielo por medio de las oraciones.

Al penetrar á aquel recinto, daban ganas de exclamar como aquel noble ruso en la «Vida Parisiense: «Broma me pide el cuerpo ya.»

Naturalmente todo el día, pero más particularmente en la noche, la puerta de la casa estuvo llena de curiosos de todas edades y de todos sexos y cada cual se lamía los labios diciendo para sus adentros:

—¡Esta sí va á ser posada!

Y en efecto, todo olía á fiesta, con el olor penetrante de los pinos, las amapolas y ~~madreselvas~~, desde el zaguán

hasta la primera vivienda de la derecha, que estaba cuajada de arcos, festones, cortinajes y farolillos, y en la cual vivía la familia Fregoso.

Esta familia Fregoso la componían doña Josefa, viuda de un comandante del mismo apellido, Elvira y Eva sus hijas y el hermanito de éstas Joaquín, que ya estaba muy crecido y que ya ayudaba á los gastos de la casa con un sueldo de sesenta pesos que estaba ganando en una casa de comercio.

Pero quienes en realidad costeaban la posada, eran los oficiales del Regimiento de Julio Robles, quienes se habían empeñado en hacer aquel homenaje á su coronel en la misma casa de su novia.

Esto quiere decir que Julio Robles, á pesar de todas sus genialidades, pues que parecía que había nacido para vivir en el cuartel y nada más que en el cuartel, había seguido siendo fiel á Elvira, lo mismo que el teniente coronel Luis Velázquez seguía, como hacía unos nueve años, apasionado de la linda Eva.

Apenas había acabado de oscurecer, cuando se detuvo un coche á la puerta, del cual se apearon dos militares que entraron á la casa seguidos del asistente que había llegado también en el pescante, el cual iba cargando un cajón con doce botellas de champagne.

De una vez descubriremos el secreto.

Los jefes habían querido, por su parte, dar una agradable sorpresa á sus subalternos.

Los militares del carruaje no eran otros que el alegre Robles y el juicioso Velázquez, novios como hacía un buen número de años de las dos muchachas de la casa, que ya no lo eran tanto, pues que Elvira, la mayor, contaba ya veintiocho años y veinticinco la segunda.

Ambos militares subieron las escaleras, atravesaron el corredor y recorrieron la vivienda como Pedro por su casa.

Cuando llegaron á la pieza llamada la recámara, la encontraron cerrada, y entonces Robles dijo con voz de cañón:

—¿Hemos madrugado mucho, verdad? Ustedes se están vistiendo.

Dentro de la alcoba se oyeron carreras, risas y chicheos.

—No hay cuidado, dijo luego Velázquez, no se apuren, vamos á la calle y volmemos.

—No nos tardamos diez minutos, dijo una voz argentina á través de la puerta.

—Tomen todo el tiempo que gusten, ¡qué diantres! pónganse más guapas que nunca, siguió diciendo Robles, los convidados apenas empiezan á llegar y aquí estaremos nosotros pronto para hacerles los honores de la casa.

En efecto, á los pocos momentos entraron á la sala dos familias y á los cinco minutos un pequeño grupo de oficiales subalternos de los que costeaban la posada de aquella noche.

En esos momentos también daban las siete, que era la hora que se había fijado para dar principio á la fiesta.

La concurrencia siguió llegando, y se compuso, como debe suponerse, de las familias que vivían en las otras viviendas de la casa y otras casas contiguas; pero es preciso advertir que todas las muchachas iban bien puestasitas y todas las señoras y caballeros que las llevaban parecían personas formales, esto es, se veía bien que eran todas familias de la clase media, pero decentes. Había algunas cursiloncitas, como es de ley en esas reuniones, pero eran cursiloncitas no sólo muy pasaderas, sino muy aceptables.

Cuando ya había alguna gente reunida, se abrió la puerta de la recámara y aparecieron Eva y Elvira resplandecientes de belleza: la primera vestida de blanco, la segunda de un azul pálido que hacía resaltar mucho la blancura de su cutiz.

Y en verdad que ninguna de las dos necesitaba mucho afeite para presentarse: las dos estaban frescas, rosagantes, voluptuosas, esbeltas.

Luego que abrazaron y besaron á sus amiguitas, diéron un expresivo apretón de manos á sus novios y se sentaron en el estrado.

En seguida apareció doña Josefa, que fué la que dió orden de que dos muchachos tomaran los peregrinos y el hijo repartiera las velas para que comenzará á cantarse la letanía recorriendo las habitaciones, según la costumbre, en una dilatada procesión.

Así se hizo en medio de una gran algazara.

Todos se levantaron á un tiempo de los asientos y se agruparon en medio de la sala, queriendo cada cual que se organizara la comitiva de este ó del otro modo, sin que nadie hiciera caso, mientras que otros encendían las velas y las muchachas que iban á encabezar el canto se ponían de acuerdo con los músicos para darse el tono.

De repente se oyó gritar con voz algo campanuda: «Saaanta Maariaaa,» los músicos dieron cuerda al acompañamiento y la procesión se puso en marcha, siguiendo todos los concurrentes en dos filas á los Peregrinos.

—Usted no canta, Velázquez, dijo doña Josefa dirigiéndose al teniente coronel.

—Si canto las aturdo.

—No le hace, aprenda á Robles.

Y entonces Velázquez abrió la boca y se puso á res-

ponder la letanía, pero tan destempladamente, que todos soltaron la risa.

—Esto ya no es devoción, sino una mogiganga, dijo una de las mamás, indignada ante tanta irreverencia que se iba haciendo en la letanía.

Las muchachas que guiaban el canto á cada paso se interrumpían para contestar las cuchufletas que les dirigían desde el otro extremo del corredor; los músicos se iban entonces por otro lado en el tono, los que contestaban el *ora pro nobis* lo hacían de un modo endemoniado; habla breves coloquios entre los que iban de vecinos sobre que no los fueran á quemar ni á gotear con las velas, y todo esto excitaba la risa, de modo que la mamá aquella que ya habia manifestado cierto enojo, volvió á decir á sus vecinos:

—No podía esperarme otra cosa habiendo militares en la posada.

—Pues no hubiera usted venido, le contestó luego la mujer de un oficial que iba allí muy cerca.

—Yo vine á rezar, contestó la vieja, no á hacer mo-fa de las cosas santas.

—A rezar se va á la iglesia, aqui venimos á divertir-nos, replicó la oficiala.

Y como la vieja gruñera y empezara á meter el disturbio, gritó Robles con voz de trompeta:

—No interrumpan el canto, señoras.

La procesión bajó al patio, recorrió las otras viviendas y por fin regresó á la sala, cuya puerta estaba cerrada para que los que venían de fuera dieran principio al canto de

¿Quién les da posada
A estos Peregrinos
Que vienen cansados
Por estos caminos. ?

siguiéndose las demás estrofas que son tan populares, á pesar de estar hechas con una literatura de perros propia más bien, según el dicho vulgar para arder en un candil

Con arreglo á los *perversos* aludidos se abrieron las puertas, entraron los Peregrinos y tras ellos en tropel los concurrentes, que obscurecieron la sala con el humo de las velas que iban apagando al entrar y depositándolas en una canasta, todavía humeantes.

—Tomen asiento los que quieran juguetes, dijo uno de los oficiales.

Todos obedecieron, como si aquella hubiera sido la voz de un general ante una tropa, y en seguida apareció la gran charola llevada por Joaquín Fregoso y el subteniente Carpio *copeteada* de preciosos dijes de porcelana.

Por supuesto las señoras grandes escogieron los juguetes más bonitos, y algunas hubo que se embolsaran tres ó cuatro más para las sobrinas y sobrinos que no habían podido venir.

Con esto terminó la fiesta de la posada y comenzó el baile.

Naturalmente los primeros que sacaron á su pareja fueron los novios, y ya juntas las unas y las otras parejas, se colocaron en el centro de la sala para bailar en dos grupos unos lanceros.

Mientras el bastonero organizaba los dos grupos, Róbles pudo decir muy quedo á Elvira:

—Estás encantadora, ¿sabes?

—Lisonjero.

—No es lisonja, me gustas mucho y ahora más. ¿Qué te ha dicho tu mamá de nuestro casamiento?

—Está contentísima, y más cuando le has asegurado que concurrirán á la boda tus amigos Adrián Canales y el licenciado Benavides con sus respectivas esposas.

—Ya las conocerás y me dirás si no son grandes mujeres esas. Adrián llega mañana y Benavides ya me dijo que tendría mucho gusto en ser uno de mis padrinos.

En frente de esta pareja se decía también:

—Tú eres la joven más linda que hay no sólo en esta sala, sino en todo el mundo.

—Tú siempre bromista, Luis.

—No es broma, te adoro.

—Porque me quieres, por eso te parezco así.

—Porque no hay otra como tú, ni tan hermosa, ni tan buena.

—Si no te quisiera yo tanto también.

—Y muy fiel que me has sido.

—Calla, calla, era mi deber, te lo había yo jurado.

—Pero dentro de quince días que nos casemos.

—¿Tan pronto?

—¡Pronto á los nueve años de novios!

En ese momento rompió á tocar la música y comenzaron las cuadrillas que ya no dejaron que siguiera adelante ni ésta ni aquella otra conversación.

Pero nosotros, en nuestra calidad de cronistas, daremos el siguiente resúmen.

El baile de aquella posada continuó muy alegre y terminó á las doce de la noche.

No había que desvelarse mucho porque al día siguiente era 24 de Diciembre y había cena de Noche Buena.

A esta cena ya concurrieron Adrián Canales y Refugio su esposa, que acababan de llegar de Santa Ana Aca-

tlán y el licenciado Domingo Benavides y Adela que iban á ser padrinos de Robles.

¿Cómo se habían conocido Robles y Benavides? Pues en el sitio de Querétaro, en donde estuvieron militando bajo las mismas banderas.

Allí Robles había rescatado á Benavides en los momentos en que una tropa enemiga lo había cogido prisionero y lo iba á meter á la plaza, servicio de que nunca quería aquel que se hablara, porque le había parecido la cosa más natural exponer la vida para salvar á un correligionario.

Después que concluyeron las fiestas de posadas, quedaron concertadas las dos bodas para el día de los Santos Reyes, porque decía Robles que así debía de ser puesto que se trataba de dos reinas.

Ya deberá suponerse el lector los abrazos que se dieron Julio Robles y Adrián Canales habiendo sido tan amigos y habiendo dejado tanto tiempo de verse.

Tomás Ramírez, el inseparable compañero de Adrián, también lo quiso acompañar en su viaje á México no sólo por concurrir á la boda de aquellos oficiales que también habían sido sus amigos, sino porque no podía encontrarse bien cuando no estaba cerca de su antiguo jefe.

Luis Velázquez fué el que arregló el programa de las dos bodas.

El casamiento civil se verificaría el día 5 en la casa de las novias. Habría un pequeño concierto íntimo.

El casamiento religioso el día 6 á las nueve de la mañana.

Aunque habían protestado todos la Constitución y estaban, como quien dice, excomulgados, tenían que cumplir con aquel requisito para no distinguirse.

Después de terminada la ceremonia en la iglesia, á

la fotografia y de la fotografia á la quinta Corona en la Vega.

—Verán, les habia dicho Velázquez á Julio, á Adrián y á las novias, es alli muy bonito: hay un museo de antigüedades, hay palomares, la mar de patos y otras aves, un gran jardín y muy buena cocina. Un día de campo alli, regocijaría á la emperatriz de las Indias y al emperador de todas las Rusias.

Y todo se hizo al pié de la letra como lo dijo Luis Velázquez.

Las novias estaban ese día de los Reyes verdaderamente deliciosas con sus vestidos blancos y llenas de azahares. Refugio, morenita y graciosa, llevó un traje de seda negro que le caía muy bien, y Adela, la sin par Adela con sus grandes ojos negros y su elegante talle de gacela vestía de moaré, y por más que quería aparecer modesta, no la dejaban su aire distinguido y aristocrático.

Benavides, cuando concluyó el banquete de boda y se bebió el champagne, pronunció un brindis elocuentísimo, haciendo votos porque á la sombra de la paz de la República fueran felices todos aquellos hijos de la guerra.

Adrián con toda sencillez abrazó á sus amigos y les dijo que al volver á su pueblo no olvidaria las horas de ventura que habia pasado junto con sus más queridos amigos.

Luis Velázquez lloró enternecido; pero Julio Robles, dando un fuerte puñetazo sobre la mesa que hizo volar varias copas, acordándose de sus tiempos de truhaneria, exclamó:

—¡Qué diablos! nada de enternecimientos ni de ni-



ñerías. Somos todos amigos, nos queremos y se acabó. Y cuando volvamos á encontrarnos, si es que vuelve á haber guerras, en los campos de batalla, siempre en nuestro mismo partido que es el de los hombres libres, nos tendremos las manos como nos las tendimos antes, y volveremos á exclamar: «todos para uno y cada uno para todos.»

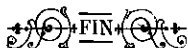
—Bien, bien, le gritaron de todas partes.

Y en tanto Refugio dijo á los recién casados en tono afectuoso y reservado:

—Que sean ustedes tan felices aquí como nosotros en nuestro pueblo.

Y Adela, que no podía quedarse atrás en estas circunstancias, no pudo más que decir con los ojos arrasados de lágrimas:

—¡Benditos sean estos hombres tan buenos!



INDICE

de los Capítulos que contiene el Tomo II.

Capítulos.	Págs.
XLII. Contrastes .	3
XLIII. Arreglo de otra boda	13
XLIV. Sigue la contienda .	23
XLV. Preludios monárquicos.	33
XLVI. Torpezas	44
XLVII. Amenazas europeas .	55
XLVIII. ¡A la guerra!	68
XLIX. En las Tullerías.	83
L. La conferencia tripartita	94
LI. Se desata la tempestad	106
LII. Momentos supremos	119
LIII. Juárez es arrollado	131
LIV. Una mujer fuerte .	143
LV. Nueva peregrinación.	154
LVI. ¡Sangre! ¡sangre! ¡sangre!	169
LVII. El triunfo del Imperio	183

INDICE.

Capítulos.	Págs.
LVIII. El guerrillero . .	195
LIX. Se nubla el horizonte	206
LX. Carlota	219
LXI. Revancha	232
LXII. ¡Viva la República!	243
LXIII. Juárez en el poder	255
LXIV. Los comentarios	265
LXV. La Ciudadela .	275
LXVI. Mútuas agonias .	287
LXVII. Ultimos momentos	303
Epílogo	313



INDICE

la colocación de las láminas del Tomo II.

	<u>Págs.</u>
Apareció el general Parrodi.	34
En la corte de la Emperatriz Eugenia	90
Impaciente el coronel Diaz, avanzó él mismo á donde estaba detenido el carruaje .	114
En este momento el combate era terrible:	126
Quiroga cometió el desacato de mandar tirotear el carruaje del Presidente.	166
Maximiliano sólo pudo contestar á Bazaine con un apretón de manos.	189
—Ríndanse ustedes todos.	203
—¡Fuera de aquí, canalla!	229
—Es nuestra revancha, contestó don Benito, siempre sin inmutarse	243

LÁMINAS DEL TOMO II.

Ataque de la Ciudadela	284
El general Díaz estaba rodeado de sus amigos en el patio de la casa	300
El cuerpo de Juárez en la cámara ardiente	311

